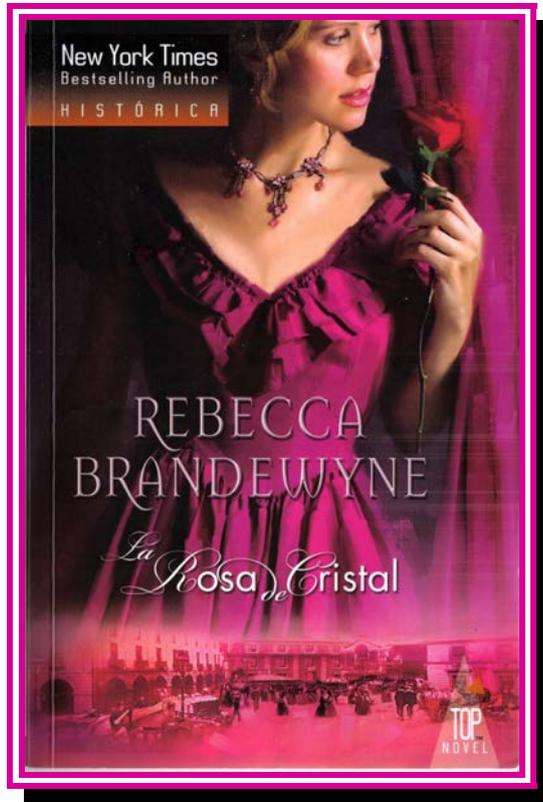


# La Rosa de Cristal

Rebecca Brandewyne



**La Rosa de Cristal (01.07.2007)**

**Título Original:** The Crystal Rose (2006)

**Editorial:** Harlequín Ibérica

**Sello / Colección:** Top Novel N° 46

**Género:** Histórico – Regencia

**Protagonistas:** Rose Windermere y Hugo Drayton

## Argumento:

*Inglaterra, 1850: mientras camina por las abarrotadas calles de Londres, Rose Windermere está a punto de ser derribada por un hombre que le susurra un ominosa advertencia.... y que le pone una carta en la mano antes de huir. La carta parece bastante inofensiva, ya que sólo contiene los planes de un caballero para concertar una cita con su amada; sin embargo, el sello con el que está lacrada hace que Rose recuerde su infancia idílica en la India, y un mundo que quedó destruido una noche terrible en la que un violento asalto le costó la vida a Hugo, su mejor amigo.*

*En una ciudad cautivada por la Gran Exposición, Rose redescubre la exótica tierra de su infancia, y el pasado cobra vida inesperadamente. Atrapada en una red de mentiras e intriga, debe desentrañar las complejas maquinaciones de un hombre cuya sed de poder amenaza a una monarquía... y a su propio corazón.*

## *Listado de personajes*

### **EN LA INDIA:**

#### **Delhi:**

Coronel Hilary Windermere, oficial del ejército de Su Majestad. Señora Violet Windermere, su esposa. Las hijas de ambos: Rose, Jasmine, Lily, Heather, Angelica y Daisy

Francis y Anamitra Drayton, el conde y la condesa de Thornleigh. Lord Hugo Drayton, vizconde de Lansdowne e hijo de la pareja. Mayur Singh, el criado indio del vizconde de Lansdowne

### **EN INGLATERRA:**

#### **Londres:**

##### **En Russell Square:**

Señorita Candlish, el ama de llaves. Señora Beasley, la cocinera. Hannah, una doncella. Nancy, una doncella. Polly, la criada.

Profesor Prosser, un profesor de universidad

##### **Los muchachos y las muchachas de las calles:**

Ashley, una florista. Bobby, el ladronzuelo. Brock, el aprendiz del carnicero. Burke, el artista callejero. Chandon, el trabajador de los muelles. Chris, el vendedor de empanadas. Agente Dreiling, un policía. Jake, el hijo del dueño de una caballeriza. Joey, el muchacho del velocípedo. Jollette, una florista. Jordan, el tendero. Leddy, el repartidor de periódicos. Nick, el hijo del panadero. Victor, el hijo del pescadero.

##### **En Harley Street:**

Señor Raj Khanna, un caballero procedente de la India. Mahout, criado indio del señor Khanna

##### **En Lincoln's Inn Fields:**

Señora Delphine Squasher, una viuda. Onslow, un matón a sueldo. Lombard, un matón a sueldo

##### **En Belgrave Square:**

Señor Avery Ploughell, un miembro del Parlamento. Señor Douglas Delwyn, un letrado. Señora Lynne Ambrose, una viuda. Eastlake, un mayordomo.

##### **En Grosvenor Square:**

Lord Saxon St. Giles, marqués de Highmoor

##### **En Southwark:**

Señora Charlotte Blott, madre del señor Gerald Blott

##### **Dartmoor:**

##### **En Drayton Hall:**

James Wormwood, conde de Thornleigh. Señor Gerald Blott, un vividor. Señora Dora Blott, esposa del señor Blott

*Mi amor es como una hermosa rosa que el mes de mayo floreció;  
un dulce día de verano,  
en Delhi encontré a mi amor.*

*Su cara estaba elevada hacia los rayos del sol; era grácil como un hada, el destino nos unió.*

*Adiós ahora, amor mío, nos debemos separar; a tu lado volveré, andando sin descansar.*

*En los dioses y el destino ambos debimos confiar; un encuentro repentino por fin nos vuelve a juntar.*

*Dos caras de la moneda unidas vuelven a estar; yo que te amé en la distancia, te revelo mi pesar.*

*Mi entrega a ti es tan total, mi bella rosa de cristal, que mi amor no acabará ni aunque se seque el mar.*

*Ni aunque se seque el mar, mi amor y las rocas se fundan al sol;*

*y aun así yo te amaré, mi amor al cesar las arenas del reloj.*

Adaptación del poema de Robert Burns. Una roja rosa roja.

## Prólogo

En la lejana Delhi

El ornamento no es sino la pérfida orilla de un peligrosísimo mar: el hermoso velo que oculta una belleza india.

William Shakespeare.

*El mercader de Venecia* (1596 – 1597)

Ladrones en la noche

Sus rostros morenos, con turbantes blancos de seda, se arremolinaban en el crepúsculo.

John Milton.

*El paraíso recobrado* (1671)

Chandni Chowk. Delhi, India, 1835

A la joven Rose Windermere la despertaron los gritos; los gritos... y la luz.

El resplandor que iluminaba el oscuro cielo nocturno se asemejaba al de unos festivos fuegos artificiales, y resultaba aún más terrible y aterrador porque era extrañamente hermoso a pesar de su origen perverso. Las lenguas amarillas y anaranjadas de las llamaradas proyectaban sombras que bailaban con desenfreno en las paredes de la habitación, y una lluvia de chispas relucientes entraba por las ventanas abiertas; parecían pequeñas estrellas fugaces, que parpadeaban y morían sobre el suelo de madera.

Rose se sentó en la cama con la boca abierta en una pequeña mueca de asombro, hipnotizada por la luz y las cenizas brillantes, sin comprender al principio su terrible significado; sin embargo, poco a poco los gritos y los chillidos que llegaban desde más allá de las ventanas empezaron a penetrar en su conciencia, al mismo tiempo que el olor acre del humo inundaba su nariz, y se dio cuenta de que algo iba muy mal.

Su súbito temor se vio reforzado cuando oyó el alboroto que se levantaba en la *haveli* de su padre. Era una mansión que daba a Chandni Chowk, la calle principal de Delhi donde además se encontraba el mercado. Los gritos de su madre resonaron en la casa, y Rose sintió una oleada de pánico cuando las palabras le llegaron a través de la puerta cerrada de su habitación.

— ¡Que Dios nos ayude!, ¡la *haveli* de lord Thornleigh está ardiendo!

Al oír aquello, Rose sintió que un puño apretado le oprimía con fuerza el corazón, y se preguntó aterrada si le habría pasado algo a Hugo.

Se levantó de golpe de la cama, fue corriendo hacia una de las ventanas y arrastró un pequeño taburete para subirse encima y poder ver el exterior. Horrorizada, vio

que la mansión de al lado, donde vivía su mejor amigo, Hugo Drayton, con su familia, estaba envuelta en llamas; de hecho, ése era el origen del hermoso espectáculo de luz y chispas relucientes que la había hechizado hacía sólo un momento, y que ya sólo la aterraba.

Los sirvientes indios que trabajaban para lord Thornleigh habían podido salir de sus habitaciones, situadas en la parte posterior de la mansión, y habían formado una cadena con cubos de agua desde el viejo pozo de piedra que había en el jardín trasero, para intentar apagar las llamas letales; sin embargo, incluso para alguien de ocho años como Rose, era obvio que sus esfuerzos por salvar la mansión eran inútiles. El fuego debía de haberse propagado con mucha rapidez y era demasiado tarde para sofocar el incendio, así que lo máximo que cabía esperar era evitar que se propagara a las viviendas vecinas.

Desde la ventana desde donde observaba apoyada en el alféizar, Rose podía sentir el apabullante calor del fuego. Aunque de vez en cuando alguna chispa ardiente se posaba sobre ella, el terror que sentía por lo que podía haberle pasado a Hugo la tenía presa y apenas sentía el dolor de las quemaduras; de hecho, ni siquiera se dio cuenta de los pequeños agujeros que chamuscaban el fino camisón blanco de algodón.

De repente, el ruido de la puerta de su habitación abriéndose bruscamente la arrancó de su contemplación absorta. Al volverse, vio que se trataba de Vina, su aya india, acompañada de otros sirvientes de la familia.

—¡Pequeña *memsahib!* —exclamó Vina, horrorizada al verla en la ventana—. ¿Qué está haciendo fuera de la cama?, ¡apártese de la ventana ahora mismo! ¿No ve que se ha quemado con las chispas?, ¡su camisón podría empezar a arder!, ¡podría consumirse en las llamas como la *haveli* de lord Thornleigh!

—Vina, ¿dónde está Hugo?, ¿está bien? —le preguntó Rose con tono ansioso, mientras el aya la ayudaba a bajar del taburete y la apartaba de la ventana—. ¿Qué ha provocado el incendio?

—No lo sé. El coronel ha ido a ayudar y a ver si puede enterarse de algo, y la señora Windermere está muy preocupada. Quiere asegurarse de que todas sus hijas están bien y a salvo, así que no debe verla así.

Vina le quitó el camisón quemado, y tras ponerle uno limpio, además de una bata y unas zapatillas, le lavó la cara y las manos, que tenía manchadas de hollín. Mientras tanto, los otros sirvientes que habían llegado con el aya se ocuparon de cerrar las ventanas de la habitación y de despertar a Jasmine, la hermana de siete años de Rose.

—Vamos, deprisa —les ordenó Vina a los demás—. Si el fuego se extiende, tenemos que estar preparados para salir de la *haveli* del coronel de inmediato.

Rose quería preguntar más cosas, pero Vina le indicó que permaneciera callada, la tomó de la mano y la condujo hasta el final del pasillo, donde se encontraron con más sirvientes y con el resto de las hermanas pequeñas de Rose. La niña luchó por contener las palabras que amenazaban con salir de sus labios, mientras avanzaba prácticamente a saltos por el suelo de madera. Nunca había visto a Vina con una

actitud tan severa; el aya solía ser una persona muy dulce y tranquila, pero en ese momento, el semblante moreno de la mujer parecía inflexible, su voz sonaba áspera al acuciar a los que la seguían a que avivaran el paso, y su mano se aferraba a la de Rose con una fuerza casi aplastante.

Cuando descendieron por la escalera central del vestíbulo hacia el pequeño saloncito que había en la primera planta, bajaron los escalones a tal velocidad, que Rose estaba segura de que se habría caído si el aya no la hubiera tenido tan bien agarrada.

—¡Mis niñas! ¡Oh, gracias a Dios que estáis todas bien! —exclamó la señora Windermere con lágrimas corriéndole por las mejillas, cuando las vio entrar en la espaciosa habitación.

Para asegurarse de que estuvieran todas, fue abrazando y besando a cada una de sus seis hijas, desde la seria Rose, que era la mayor, hasta la pequeña Daisy, que era la menor de la familia y milagrosamente seguía durmiendo en brazos de su aya.

—Mamá, ¿qué le ha pasado a Hugo? —dijo Rose, mientras tiraba insistentemente del vestido de su madre.

—No lo sé —dijo la señora Windermere con gesto ausente, claramente preocupada—. El coronel ha ido a ver si puede enterarse de algo, pero aún no ha vuelto. Espero que esté bien... ¡y Hugo también, claro! Debemos rezar por vuestro padre y por el joven Hugo, pero no podemos olvidarnos de lord y lady Thornleigh. Ahora, tenéis que quedaros aquí sentadas y tranquilas; si no pueden contener el fuego, tendremos que evacuar la casa de inmediato.

—Mamá, quieres decir que... ¿tendremos que dejar nuestra casa? —le preguntó con preocupación Lily, la hermana de seis años de Rose—. ¡Pero yo no quiero salir, está oscuro! —exclamó, antes de echarse a llorar.

—¡Lily, cálmate! —la reprendió su madre—. ¡No puedo pensar contigo formando tanto escándalo! Cielos, ¿qué podemos hacer para prepararnos? Tenemos que llevarnos mis joyas y la cubertería de plata, claro...

La señora Windermere empezó a recorrer la habitación, tomando y dejando objetos valiosos mientras murmuraba para sí y les daba órdenes a los sirvientes; estos últimos estaban acostumbrados a la habitual actitud aturullada de su señora, acentuada en ese momento debido a la crisis, así que se pusieron manos a la obra de inmediato para realizar las tareas realmente necesarias.

Rose lo observaba todo en silencio desde un sofá; el corazón le latía en el pecho con tanta rapidez, que parecía atronarle en los oídos, y no podía dejar de preguntarse lo que le habría pasado a Hugo.

Mayur Singh había matado a un hombre con sus propias manos, y lord Hugo Drayton, que tenía trece años y era vizconde de Lansdowne y heredero al título de conde de Thornleigh, lo había visto con sus propios ojos. Sin embargo, Hugo apenas podía creerlo, incluso sabiendo que sus padres, lord y lady Thornleigh, acababan de ser brutalmente asesinados mientras dormían, y que él habría corrido la misma

suerte de no ser por la rápida y salvaje reacción de su criado, Mayur Singh, que lo había protegido.

Agazapado tras unos arbustos a cierta distancia de la *haveli* en llamas de su padre, su único pensamiento era que, curiosamente, a pesar del calor combinado del verano y del incendio, tenía frío y estaba temblando en la ropa que el criado le había puesto a toda prisa antes de sacarlo a hurtadillas de la mansión. Después de ordenarle que permaneciera escondido y en silencio al amparo de las plantas, Mayur Singh había regresado a la casa y Hugo no sabía qué había sido de él, si habría perecido abrasado bajo las llamas y también estaría muerto.

No entendía por qué su criado había creído que era necesario que se ocultara, ya que seguramente hacía mucho que los bandoleros indios, conocidos como dacoit, se habían marchado; sin duda, se habían desvanecido bajo el manto de la noche después de matar a sus padres y de robar todos los objetos de valor fácilmente transportables de la casa.

Por un segundo, Hugo estuvo tentado de salir de su escondite para intentar averiguar todo lo que pudiera, pero se contuvo ante la perspectiva de tener que enfrentarse al enfado de Mayur Singh si éste se enteraba de su desobediencia; aun así, se sintió como un cobarde escondiéndose tras las plantas mientras los sirvientes arriesgaban sus vidas para intentar sofocar el incendio antes de que se extendiera.

Hugo lanzó una mirada cargada de ansiedad hacia la casa contigua a la suya, donde vivía su mejor amiga, Rose Windermere, y se sobresaltó al ver de repente su pequeño rostro de duende por una de las ventanas del piso superior, como si sus pensamientos la hubieran conjurado.

— ¡Rose! — la llamó con voz ronca, incapaz de contenerse —. ¡Rose!

Por desgracia, la confusión y el alboroto que reinaban en la calle eran tales, que ella no pudo oírle. Nadie lo hizo... excepto Mayur Singh, que se acercó silenciosamente a él por la espalda y le cubrió la boca con una mano para silenciarlo. Hugo se resistió con desesperación, temiendo que uno de los dacoit lo hubiera descubierto, pero se detuvo en seco al oír la voz de su criado.

— ¡Quieto, *sahib*! ¡Soy yo!

— ¡Gracias a Dios! — dijo Hugo, más que aliviado, cuando Mayur Singh lo soltó —. ¿Dónde has estado?

— Recuperando esto — el criado levantó la pequeña caja de seguridad que había pertenecido al padre de Hugo, y añadió —: Contiene documentos importantes que usted necesitará algún día; por suerte, los bandidos no sabían dónde estaba escondida. Vamos, tenemos que irnos.

— ¿Que tenemos que irnos?, ¿adónde?

— Al Punyab, con la familia de su madre, por supuesto.

— Pero... ¿por qué? — la mera idea dejó atónito a Hugo —. ¡Lo mejor sería ir a la *haveli* de los Windermere, y contárselo todo al coronel!

—No —dijo el criado, con expresión muy seria—. Ya sé que los Windermere son sus amigos, y que la pequeña *memsahib* y usted están muy unidos, pero de momento sólo podemos confiar en la gente de su madre.

—Pero... ¿por qué?, ¿por qué no podemos confiar en los Windermere?, ¿por qué ha tenido que pasar algo así? ¡No entiendo nada!

—Yo... yo tampoco lo entiendo, *sahib* —le dijo Mayur Singh con gravedad—. Aparentemente, parece un simple robo, pero me pregunto por qué han matado a sus padres. Es algo muy extraño, así que no creo que lo que ha pasado esta noche sea sólo lo que parece.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Hugo, desconcertado y más inquieto que nunca.

—Está claro que los *dacoit* tenían información muy precisa sobre sus padres, su *haveli* y sus pertenencias, así que es posible que esto no haya sido un ataque aleatorio. Con sus padres y usted fuera de escena, su primo sir James Wormwood es el heredero del título y de las posesiones de lord Thornleigh, y nunca me ha gustado ese hombre ni me he fiado de él.

Hugo se quedó de piedra al oír aquello, ya que nunca se le había ocurrido pensar que su propio primo podía desearles algún mal a su familia y a él.

—Pero... Mayur Singh, no comentaste nada cuando sir James vino desde Inglaterra a visitarnos.

—No, porque yo no era nadie para hablar de tales cosas, *sahib*.

—Pero si sospechas algo así, con más razón tendríamos que contárselo todo al coronel Windermere, ¿no crees?

—No, porque no tengo pruebas que demuestren lo que creo, al menos aún, y sir James se enterará de que usted sigue vivo si acudimos al coronel Windermere. Eso le pondría en peligro si él está detrás del ataque de esta noche, *sahib*, y no puedo permitirlo. ¡Y ahora dese prisa!, tenemos que irnos mientras los demás sirvientes están ocupados intentando contener el fuego, para poder escapar sin que nadie nos vea.

En algún lugar recóndito de su mente, Hugo se dio cuenta de que no estaba completamente lúcido, que estaba en un estado de choque que lo mantenía helado y aterrorizado. Le resultaba muy difícil digerir la posibilidad de que su primo hubiera planeado su muerte, pero lo cierto era que apenas lo conocía. Él había nacido en la India, y Mayur Singh lo había cuidado desde pequeño; era su criado de confianza, su consejero y su amigo, así que no protestó más y, después de tragar con dificultad, asintió y se alejó tras él con sigilo.

Mientras andaba, Hugo volvió a levantar la mirada hacia la ventana de la mansión de los Windermere donde había visto antes a Rose, pero se le encogió el corazón al ver que ella ya no estaba y que la ventana estaba cerrada. Angustiado, no pudo dejar de pensar en las terribles posibilidades; ¿y si los sirvientes no habían podido evitar que el fuego se propagara?, ¿y si la casa de los Windermere se había incendiado, y Rose se había abrasado viva?

Sus ojos se llenaron de lágrimas ardientes y se apresuró a secárselas con disimulo, para que Mayur Singh no se diera cuenta; el sirviente se volvió hacia él, y su rostro moreno permaneció impassible al decirle con voz queda:

— *Sahib*, no se preocupe por la pequeña señorita Windermere. Si las llamas no pueden contenerse, su familia tendrá tiempo más que suficiente para escapar de su *haveli*.

— Crees... ¿crees que volveré a verla, Mayur Singh?

— Si usted así lo desea.

— ¡Claro que lo deseo! — dijo Hugo con fiereza.

— Entonces, estoy seguro de que un día se cumplirá su deseo.

— Coronel Windermere, le agradezco sus más que diligentes esfuerzos por localizar a los *dacof* que asesinaron a mi tío Francis, a su mujer y a su hijo; sin embargo, ya han pasado más de tres meses, y creo que incluso usted debería admitir que es muy poco probable que los bandidos lleguen a ser capturados algún día. Es más, estoy convencido de ello; seguramente han huido al Punjab o a alguna otra región remota, donde no tendrán que pagar por sus crímenes. Es algo indignante, por supuesto, pero no podemos hacer nada al respecto.

Después de tomar un sorbo de su taza de porcelana, sir James Wormwood volvió a dejarla en su platito y colocó ambos sobre la pequeña mesa redonda que había a un lado. Tras los gruesos cristales de sus gafas con montura plateada, sus ojos azules contemplaron sin parpadear al coronel y a su esposa, y ésta última pensó que parecía un odioso sapo y se estremeció a pesar de que era un caluroso día veraniego.

— Coronel, estoy seguro de que ha hecho todo lo que ha podido en este asunto — continuó diciendo sir James —, pero debe de tener otros asuntos más urgentes que apresar a los asesinos de mis pobres y desafortunados familiares. Es una gran tragedia, claro, pero me temo que la India es un país duro e implacable, plagado de peligros inesperados. Me sorprende que su preocupación por su esposa y sus hijas no le haya llevado a dejar su puesto aquí y a volver a Inglaterra...

La señora Windermere creyó oír una amenaza velada en aquellas palabras, y se alegró cuando sir James se levantó de repente para marcharse; cuando él salió del pequeño saloncito, se volvió hacia su marido con ansiedad.

— No me gusta nada ese hombre — le dijo, con voz poco firme y el labio inferior tembloroso —. ¡Es un diablo, espero que no vuelva a pisar esta casa!

— Querida, no sueles mostrarte tan poco compasiva — comentó el coronel Windermere, sorprendido por aquella reacción tan atípica en su esposa.

— Ya lo sé, pero no puedo evitar lo que siento... ¡y si fueras honesto, confesarías que ese hombre te gusta tan poco como a mí!

— Tienes razón, Violet, no me gusta nada — el coronel soltó un suspiro, y añadió — : y aún peor, aunque hasta ahora no he podido probarlo, sospecho que él tuvo algo

que ver con el asesinato de lord y lady Thornleigh y del joven Hugo, porque sir James va a heredar el título y las posesiones de la familia.

— ¡Lo sabía! ¡Oh, querido, acabas de confirmar mis peores temores en cuanto a ese hombre! ¡Desde el principio desconfié de él, ojalá no hubiera venido nunca a la India! Lo siento tanto por lord y lady Thornleigh, y por su hijo... ¡además, la muerte de Hugo ha estado a punto de acabar también con nuestra pobre Rose!

La señora Windermere se detuvo, claramente angustiada por la mera idea, y tras unos segundos continuó diciendo:

— Siempre ha sido una niña especial... como un duende o un hada, pero en las últimas semanas, desde el incendio y la muerte de Hugo, ha perdido un peso que ya le faltaba antes y casi parece un espectro. Estoy enferma de preocupación por ella... ¡y por todos nosotros! ¿Qué hacemos en este país dejado de la mano de Dios?, ¿vamos a morir asesinados en nuestras propias camas, como nuestros pobres vecinos? Si tienes razón y sir James realmente tuvo algo que ver con sus muertes... y no lo dudo ni por un momento, porque la herencia de los Thornleigh es mucho más importante que las propiedades mal administradas que heredó sir James... ¿qué impide que intente eliminarnos a nosotros también? ¡Es obvio que quiere que dejes de investigar! Además, aunque sea inocente, si los bandidos se están volviendo tan osados como para asaltar las *havelis* de la gente adinerada en Delhi, nosotros podríamos ser sus próximas víctimas.

— Sí, querida, ya lo sé. Yo mismo me he pasado muchas noches en vela preocupado por estas cuestiones, y he decidido que, por la seguridad y el bienestar de todos nosotros, lo mejor será que renuncie a mi puesto en el ejército de Su Majestad y que volvamos a Inglaterra lo antes posible.

— ¿Quieres renunciar a tu puesto? — la señora Windermere se quedó atónita, porque no había esperado algo así—. Pero... pero, ¿de qué vamos a vivir?

— Me reembolsarán el precio íntegro de mi comisión en el ejército, y tengo algo ahorrado para casos de emergencia. Tendremos que ahorrar, por supuesto, controlar los gastos y ese tipo de cosas, y no podremos permitirnos un estilo de vida tan acomodado como el que llevamos aquí, pero aun así estoy seguro de que nos las arreglaremos bien, Violet — dijo el coronel con optimismo.

La señora Windermere no estaba tan convencida como su marido, pero si tenía que elegir entre su monedero y las vidas de su familia, prefería ser pobre a estar muerta.

La pequeña Rose, que hasta ese momento había estado arrodillada al otro lado de la puerta del saloncito, con la oreja pegada al ojo de la cerradura para poder oír a escondidas la conversación de sus padres, se alejó de allí sintiéndose profundamente abatida.

¡Querían marcharse de la India!

La idea la aterrorizaba, porque aquél era su hogar, no Inglaterra. Ella había nacido allí, y era el único mundo que había conocido; además, si se marchaba no volvería a

ver a Hugo nunca más... y en lo más profundo de su corazón, ella se aferraba con fuerza a la esperanza de que aún seguía vivo, sin importar lo que dijeran los demás. Era imposible que estuviera muerto y enterrado en su tumba para siempre; ella nunca lo creería.

¡Nunca!

## *LIBRO PRIMERO*

Un encuentro fortuito

Quizás «azar» sea el pseudónimo que usa Dios cuando no quiere firmar con su propio nombre.

Anatole France (Jacques Anatole François Thibault).

*El jardín de Epicuro (1894)*

# Capítulo 1

Un sueño, quizás

Dormir, quizás soñar; sí, ahí está el problema, por qué debemos pensar en los sueños que pueden llegar en ese sopor de muerte, cuando nos desprendemos de esta vorágine mortal.

William Shakespeare.

*Hamlet (1600 – 1601)*

El sueño de Rose sobre la India...

Los antiguos la habían llamado Indraprastha, y decían que era el Reino de los Dioses; sin embargo, para la niña de cabello rubio plateado que estaba de pie en el corazón de la ancha calle principal, con la carita levantada hacia el brillante sol, Delhi era simplemente la ciudad de su nacimiento y el único mundo que había conocido en su vida. Sus límites los marcaba una enorme muralla de arenisca roja que había construido el poderoso emperador mogol Shah Jahan, casi doscientos años antes de que ella naciera dentro de su perímetro, y la pequeña nunca había ido más allá.

Era mayo, y el sofocante calor del verano ya se había adueñado de Delhi; como una cobra, la ciudad se extendía en la gran llanura a lo largo de la orilla occidental del río Yamuna, bajo la mirada impasible y pétrea de las montañas de Aravalli, de Shivalik y del Himalaya que se levantaban más allá, cortando con sus perfiles dentados el cielo. Desde Baluchistán, al oeste, soplaban un viento cálido y árido que recorría las calles y las cubría de una fina capa de polvo. A finales de junio, el monzón inundaría la parte inferior de la llanura y refrescaría el aire sofocante que cubría Delhi, pero, de momento, la ciudad se cocía bajo el abrasador sol de la tarde.

Debajo de una sombrilla blanca de seda con encaje que llevaba su aya, Vina, para proteger su pálida y delicada piel de los rayos implacables del sol, la niña, que se llamaba Rose Windermere, también estaba sofocada de calor. Observaba con envidia a los niños casi desnudos y morenos que chapoteaban en el agua fresca del canal de Faiz Nahar, que se alimentaba del río y que discurría a lo largo del centro de Chandni Chowk, dividiendo en dos la calle principal. Rose anhelaba poder quitarse la mayor parte de su opresiva ropa inglesa y unirse a los bulliciosos niños, pero ése no sería el comportamiento adecuado de la hija mayor de un coronel del ejército de Su Majestad, y tampoco sería un buen ejemplo para los nativos infieles.

Su madre le había inculcado aquellas normas restrictivas desde la cuna, así que sólo podía limitarse a mirar anhelante, ansiando ardientemente tener la misma libertad de los otros niños mientras el calor del sol penetraba en sus poros y la envolvía, a pesar de la sombrilla que su aya empuñaba para protegerla. De vez en cuando, algunas gotas de agua del canal la rociaban, y Rose sonreía con placer extasiado.

Aquella mañana, como siempre, la pequeña de ocho años había estado trabajando con ahínco en sus lecciones diarias, en la habitación de estudio que había en el piso superior de la *haveli* de su familia; la mansión daba a Chandni Chowk, y su padre la había adquirido cuando Su Majestad lo había destinado a Delhi. Rose se había apresurado a acabar sus deberes para poder salir antes de que llegara la hora más calurosa del día, y cuando por fin había terminado, había salido acompañada de Vina, ansiosa por explorar Chandni Chowk; a pesar de que había nacido allí, aquel lugar aún seguía fascinándola.

Chandni Chowk se había ubicado originariamente en un espacio abierto de forma octogonal más allá de los hermosos jardines Begum ka Bagh, creados por la hija mayor y favorita del Shah Jahan, Jahanara Begum, y había ido creciendo hasta convertirse en el corazón y el alma de Delhi. Según la leyenda que Rose se sabía de memoria, su nombre significaba “plaza iluminada por la luna”, porque la Jahanara Begum había hecho que construyeran un estanque en el centro cuyas aguas reflejaban la luz de la luna y las estrellas, de forma que parecía como si miles de pétalos de jazmín flotaran en su superficie. El estanque se alimentaba del canal, que el padre de la Jahanara Begum había reformado durante su reinado para que la gente tuviera agua para beber y para regar los cultivos.

Al este se levantaba el sereno templo de Jain, así como la mezquita Jama Masjid y la colosal puerta Lahore, que daba paso al imponente palacio del fallecido Shah; se lo conocía como Lal Qila o “fuerte rojo”, y como la misma Delhi, se extendía a lo largo de la orilla occidental del gran río. Al oeste estaba la esplendorosa mezquita Fatehpuri Masjid, y desde Chandni Chowk radiaba un laberinto de calles y estrechos callejones que albergaban las docenas de bazares de la ciudad.

Al este de Kalan Mahal se concentraban los pulidores de metales para ofrecer sus servicios, y en los sucios y malolientes mercados de aves y pescado, los pollos enjaulados cacareaban y el pescado fresco descansaba con la mirada fija y vacía. Contrastando con aquel hedor, desde los exóticos y aromáticos mercados de harina y especias del bazar de Naya, en Khari Baoli, llegaba una brisa cargada con una mezcla de los aromas del anís, las conservas, los mangos secos, las hojas comestibles de papel de plata, las semillas de loto, los pepinillos, las granadas, el azafrán, los azúcares y la cúrcuma.

Las tiendas del bazar de Kinari florecían con una profusión de artículos de boda de alegres colores, mientras que en las ventanas abovedadas y en los pequeños balcones de las casas del bazar de Chawri, las “bailarinas” se exhibían y llamaban a los hombres que pasaban por allí para que fueran a disfrutar de sus encantos.

De todos los bazares, y de la misma Chandni Chowk, se elevaba una cacofonía de voces; los mercaderes anunciaban sus productos, los vendedores regateaban acaloradamente con los compradores, los sirvientes pedían paso para los palanquines, y los niños gritaban y reían mientras jugaban. A lo largo de la calle, luchaban por avanzar los carruajes tirados por caballos y los carros con bueyes, así como algún que otro camello e incluso elefantes, que también servían como modo de transporte en aquella exótica ciudad.

— ¿Quieres un poco de *sohanhalwa*, Rose? — le preguntó Hugo.

Lord Hugo Drayton, el vizconde de Lansdowne, era el mejor amigo de Rose; aunque tenía trece años, cinco más que ella, habían crecido puerta con puerta y eran dos jóvenes muy unidos que compartían sueños y secretos. Poco antes, Rose y su aya se habían encontrado en la calle con Hugo y con su criado, Mayur Singh, y los cuatro habían continuado juntos amigablemente; minutos atrás, Hugo se había parado en Ghantewala, la tienda más antigua de Chandni Chowk, y había comprado un poco de *sohanhalwa*, un dulce elaborado a base de frutos secos y azúcar.

Rose asintió y sonrió feliz, y cuando Hugo le dio un trozo lo mordió con ganas. Sabía por experiencia propia que tenía que comérselo rápidamente, antes de que atrajera a la multitud de moscas que siempre plagaban Delhi.

Le encantaba Ghantewala. Según una antigua leyenda, cuando el cortejo del emperador pasaba por Chandni Chowk, siempre se paraba delante de la tienda para que le ofrecieran sus dulces. El elefante también recibía algún premio, y al cabo de un tiempo, el animal se había aprendido tan bien el camino, que se paraba allí sin que nadie se lo indicara, y los pequeños cascabeles que llevaba en la cabeza tintineaban mientras sacudía la cabeza, hasta que le daban los dulces. De ese modo había recibido Ghantewala su nombre, ya que el término hindi «ghante» significaba «cascabel».

Mientras saboreaba el dulce y se chupaba los dedos pegajosos bajo el sol, Rose contempló a un elefante que avanzaba por Chandni Chowk. Sabía que no le pertenecía al emperador, ya que éste había muerto mucho tiempo atrás, pero aun así se preguntó si el animal se pararía también delante de la tienda y esperaría impaciente su regalo. Los arreos del elefante eran muy suntuosos, porque sólo los indios más ricos podían permitirse aquellos animales; el arnés de cuero estaba adornado con unas plumas largas y con unos pequeños cascabeles dorados que tintineaban alegremente, y el *howdah*, el sillín colocado en su lomo, estaba cubierto por sedas hiladas con oro y satenes de colores brillantes, y adornado con gruesos flecos y vistosas filigranas trenzadas de las que colgaban monedas de oro puro. De vez en cuando, a través de las cortinas del *howdah*, que ondeaban bajo la brisa, Rose vislumbraba al joven noble que montaba el animal. Al lado del elefante caminaba su *mahout*, el conductor.

La niña cerró sus enormes ojos verdes y se imaginó que el elefante pertenecía al emperador y que de un momento a otro se pararía delante de la tienda de dulces, así que no supo qué fue lo que asustó al animal. Sólo fue consciente de que, de repente, se oyó lo que parecía el alarido de una mujer, aunque ella sabía por experiencia que era el grito de un pavo real, y entonces el elefante lanzó un sonoro barrito antes de derribar a su *mahout* y de salir en estampida por Chandni Chowk, donde se desató el caos.

Mientras el aterrorizado animal corría por la calle abarrotada, la gente gritaba y corría en todas direcciones, pisoteándose y empujándose en su desesperado intento de escapar de la furiosa carga del elefante. Las ayas y las madres se apresuraron a poner a salvo a los asustados niños, pero Rose se horrorizó cuando se vio zarandeada y empujada de un lado a otro por la multitud, y no pudo evitar que la arrastraran hacia delante y que la separaran de su aya.

La niña lanzó una mirada frenética a su alrededor, y se quedó petrificada al ver al elefante destrozando puestos y carros antes de enfilarse de súbito derecho hacia ella; hasta ese momento, no se había dado cuenta de que aquellos animales enormes y pesados podían avanzar con tanta rapidez. Frutas, hortalizas, flores y fragmentos de madera de los carros volaban en todas direcciones, y Rose soltó una exclamación cuando una granada la golpeó con fuerza en la mejilla y los pétalos de las flores rotas cayeron sobre ella como una lluvia de estrellas.

Todo parecía moverse a cámara lenta a su alrededor de forma difusa, como si fuera una escena en una viñeta, congelada en el tiempo. El elefante se dirigía hacia ella, barritando enloquecido, y en algún rincón de su mente, Rose se dio cuenta de que el joven noble que lo montaba estaba tan aterrado como ella, porque estaba aferrado con todas sus fuerzas a su asiento mientras el animal iba de un lado a otro.

De repente, Hugo la levantó en brazos y la apartó del camino mortal del elefante, mientras Mayur Singh se limitaba a agarrar el arnés del animal. El criado se balanceó en el aire durante lo que pareció una eternidad, y Rose pensó que iba a morir aplastado, pero se sorprendió y se sintió profundamente aliviada cuando el animal se fue deteniendo de forma gradual; finalmente, se quedó parado mientras Mayur Singh le hablaba suavemente para calmarlo.

Al cabo de unos segundos, apareció cojeando el *mahout* del animal para hacerse cargo de él. El hombre no paraba de hacer reverencias mientras se disculpaba repetidamente con su joven amo, y le agradeció a Mayur Singh su ayuda. Cuando logró recuperar la compostura, el joven a lomos del elefante tomó un saquito de cuero de su cinturón, y sacó un puñado de monedas que lanzó al asustado y enfadado gentío que se había ido acumulando y que pedía una compensación por las pérdidas sufridas. Después le lanzó una moneda de oro macizo a Mayur Singh, que éste atrapó con destreza.

Entonces, el joven noble le dio indicaciones a su *mahout* con tono seco antes de cerrar firmemente las cortinas del *howdah*, y el hombre hizo que el elefante volviera a ponerse en marcha.

Mientras el aya de Rose, Vina, se acercaba a ellos medio histérica, Hugo dejó a su amiga en el suelo y le preguntó con expresión grave si estaba bien. Temblando aún por el susto, ella asintió y le dijo:

— Me has salvado la vida.

— Quien salva una vida es responsable de ella para siempre — afirmó Mayur Singh con solemnidad —. ¡Vina, tranquilízate! La pequeña *memsahib* está bien, no ha pasado nada.

Justo cuando el criado acabó de hablar, el elefante se volvió de repente y echó a correr de nuevo hacia ellos, barritando salvajemente; sin embargo, en esa ocasión le salían unas llamaradas anaranjadas de la trompa, que alcanzaron a Mayur Singh y a Hugo. Ambos se convirtieron en pilares de fuego y empezaron a correr enloquecidos de un lado a otro, hasta que toda Chandni Chowk estuvo ardiendo, envuelta en llamas...

Russell Square. Londres, Inglaterra, 1850

Rose se despertó de golpe de las garras del sueño... o mejor dicho, de la pesadilla... que la había mantenido presa segundos antes. Por un instante, aturdida y desorientada, creyó que aún era una niña y que estaba en su habitación en la *haveli* de su padre, en Chandni Chowk, pero, poco a poco, mientras su mente empezaba a registrar el suave golpeteo de la lluvia contra las ventanas, se dio cuenta de que era una mujer adulta y de que estaba en la habitación que compartía con su hermana Jasmine, en la casa que su padre tenía en Russell Square.

En Delhi casi nunca llovía con tanta suavidad; por lo general, la lluvia solía llegar violentamente con los fuertes vientos de los monzones, que penetraban desde el océano Índico y que lo empapaban todo a su paso.

Tumbada en la cama, con las lágrimas que había vertido mientras dormía aún deslizándose silenciosamente por sus mejillas, Rose pensó en lo extraño que era que después de tantos años su sueño la hubiera transportado tan inesperadamente de vuelta a su infancia y a Delhi. Hacía mucho que no permitía que aquellos recuerdos salieran del lugar secreto donde los había encerrado en su corazón, cuando su familia se había embarcado rumbo a Inglaterra.

Habían pasado quince años desde entonces, y sin embargo, allí tumbada bajo la tenue luz combinada de la luna, de las farolas de gas que se alineaban a lo largo de Russell Square y de las brasas de la chimenea, Rose podía ver el brillo ardiente del sol sobre Delhi y sentir sobre ella su árido calor, como en su infancia y en la pesadilla que la había despertado. Había nacido en la India y se había criado allí, así que nunca se había imaginado como una extranjera en aquel país, pero al madurar había entendido que nunca habría podido encajar del todo en su tierra natal, que había estado más allá de su alcance incluso antes de que se fuera de allí con su familia.

Inglaterra era y había sido siempre su hogar, pero de repente, por primera vez desde su infancia, Rose lloró por ello. Tuvo que morderse con fuerza el labio inferior y esconder la cara en la almohada para ahogar sus sollozos, mientras la inundaba un dolor tan profundo y descarnado que la herida parecía reciente, en vez de causada una década y media atrás.

Jasmine siguió durmiendo tranquilamente junto a ella; era obvio que sus sueños no estaban turbados por visiones distorsionadas del pasado y que permanecía ajena a su llanto sofocado, y Rose se sintió agradecida. Aunque su hermana sin duda intentaría ofrecerle consuelo con las mejores intenciones, lo único que ella deseaba en ese momento era estar a solas con sus propios pensamientos y su dolor.

Después de un largo rato, Rose se levantó cuidadosamente de la cama que compartía con Jasmine y, tras ponerse la bata que descansaba a los pies de la cama, se acurrucó en una de las sillas que había junto a las ventanas, con vistas a Russell Square. Las cortinas no estaban cerradas del todo y, a través de la estrecha rendija, pudo ver que las calles que rodeaban el viejo parque que había en el corazón de la plaza estaban desiertas. Rose también se alegró de aquello, porque ver las calles llenas de gente habría hecho que se acordara de Chandni Chowk y de un montón de

cosas más que se había esforzado por olvidar, pero que esa noche se habían colado en sus sueños.

Confundida y desconcertada, se preguntó por qué habría vuelto el pasado para atormentarla; al fin y al cabo, su jornada había sido como cualquier otra, sin nada destacable.

Para decepción de su familia, Rose no se había casado y a los veintitrés años disfrutaba de la vida tranquila de una solterona, ayudando a su madre a dirigir el hogar de los Windermere. Se sentía culpable por no haberse casado aún, pero, por desgracia, sabía que sólo tenía su belleza pálida y etérea para atraer a los posibles pretendientes. Su familia era acomodada y respetable, pero no tenía títulos ni una fortuna que pudieran tentar a un hombre a proponer matrimonio a una de las seis hermanas; además, aunque Russell Square era una zona más que digna, había dejado de estar de moda en Londres.

En aquellos días, sus hermosas y enormes casonas con jardín no costaban demasiado, y pertenecían, a familias que podrían definirse como “moderadamente distinguidas”. Los Windermere se encontraban en ese grupo, y por lo tanto, aunque la belleza y la elegancia de las seis hermanas no tenían parangón, sólo servían para que las madres de las otras muchachas casaderas no las invitaran a sus fiestas y reuniones. De momento, el único pretendiente que le había salido a Rose había sido el profesor Prosser, un profesor de universidad medio calvo bastante quisquilloso y prosaico que además era mucho más viejo y bajo que ella, y al que sus hermanas llamaban “el profesor Prosa”.

Rose suspiró al pensar en ello, y su boca se curvó en una mueca irónica.

De niña, había soñado con convertirse en condesa al hacerse mayor, pero esos sueños habían muerto en la India junto con su amigo Hugo Drayton. Se preguntó por qué aquella terrible noche del pasado había vuelto para atormentarla después de tanto tiempo, mezclada de forma caótica con el día que Hugo le había salvado la vida en Chandni Chowk, y soltó un pequeño sollozo.

Perdida en el pasado, Rose miró sin ver por las ventanas, que estaban empapadas por la lluvia y empañadas por la niebla que se extendía desde el Támesis. Russell Square se encontraba en el barrio de Bloomsbury, al norte del río, y bordeaba al norte y al sur con Euston Road y con New Oxford Street, y al este y al oeste con Gray's Inn Road y con Tottenham Court Road. Aunque años atrás había sido un hervidero de actividad, se había convertido en un barrio relativamente tranquilo, ya que la clase alta se había trasladado al West End.

Si los Windermere hubieran vivido en Belgravia en vez de en Bloomsbury, Rose no habría tenido ningún problema para encontrar un buen partido, pero en ese momento creía que su futuro sólo le deparaba la vida de solterona a la que se había ido acostumbrando; sin embargo, si era sincera consigo misma, debía admitir que nunca se había resignado a su destino. Adoraba a su familia, pero se había dado cuenta de que ansiaba algo más que la vida que se le ofrecía en Russell Square... siempre lo había ansiado, pero hasta esa noche había reprimido sus deseos y sus sueños.

Rose se levantó de golpe y fue de puntillas hasta su joyero, que estaba sobre su tocador de caoba. Todas sus joyas eran de bisutería, excepto una que tenía escondida en el fondo del joyero y cuidadosamente envuelta en papel de seda. Por primera vez desde que lo había guardado allí, fue apartando las frágiles capas de papel hasta dejar al descubierto el collar. Era una sencilla pero elegante cadena de oro, y de ella colgaba su mitad de la antigua moneda *gupta* de oro que el joven noble que iba sobre el elefante le había dado a Mayur Singh. El criado la había partido en dos, pero Rose no sabía lo que había sido de la otra mitad, que le había pertenecido a Hugo, ya que había desaparecido la noche que sus padres y él habían sido brutalmente asesinados; por su parte, ella había atesorado su mitad.

La moneda tenía unos mil años de antigüedad, y Mayur Singh les había dicho a Hugo y a ella que era una pieza única. Estando completa, mostraba en la cara al rey Chandragupta I dándole un anillo a su reina Kumaradevi, y en el reverso a la diosa Ambika montada sobre un león. Mayur Singh le había dado la mitad donde aparecía la reina a Rose y la parte del rey a Hugo, y les había dicho que les recordaría siempre el vínculo que los unía, y que se había forjado a partir de su infancia compartida y por el hecho de que Hugo le había salvado la vida.

Rose sintió una punzada de amargura al darse cuenta de que el criado había tenido la esperanza de que las dos partes de la moneda volvieran a unirse algún día, por medio del matrimonio entre Hugo y ella; de no ser así, Mayur Singh no habría cortado en dos algo tan valioso.

Tras soltar un suave suspiro, Rose se colocó el collar mientras sus dedos temblaban por el frío y la pena, y lo colocó de manera que su mitad de la moneda descansara entre sus pechos. En ese momento, se dio cuenta de que parecía mucho más ligero de lo que recordaba; al recibirlo de niña, le había parecido muy pesado, pero en ese momento no le parecía tan compacto como recordaba, a pesar de que era un collar macizo.

Tras cerrar de nuevo el joyero, Rose se acercó a la chimenea, añadió varios troncos y reavivó el pequeño fuego con el atizador hasta que su calor empezó a caldear de nuevo la habitación. Después volvió a la silla que había junto a las ventanas, y se acurrucó en ella con los pies encogidos bajo su cuerpo.

—Rose, vas a morirte de frío ahí sentada, sin una manta o un chal para cubrirte — dijo Jasmine en la semipenumbra de la habitación. Se levantó de la cama y sacó dos chales de seda con flecos de un cofre indio tallado, y tras darle uno a Rose, se cubrió con el otro. Después se sentó en la silla que había frente a la que ocupaba su hermana mayor, y le preguntó—: ¿Qué pasa?, ¿por qué estás despierta a estas horas?

—No lo sé, no podía dormir —Rose soltó un suspiro trémulo, y confesó—: he tenido una pesadilla.

—¿Sobre qué?

—Sobre aquel día... aquel día hace tanto tiempo en Chandni Chowk, en el mercado, cuando aquel pobre elefante se asustó... pero en mi sueño, todo se mezclaba con aquella noche terrible... aquella noche en la que Hugo y sus padres murieron asesinados.

– No me extraña que no puedas dormir, debe de haber sido un sueño horrible.

– Sí.

Preocupada por la obvia angustia de su hermana, pero sin saber qué decir, Jasmine optó por permanecer en silencio. Al contrario que Rose, a ella nunca le había gustado la India, el lugar de su nacimiento, y como no había llegado a conocer demasiado bien a Hugo Drayton, su muerte y la de sus padres no la habían afectado tanto como a su hermana. A pesar de que quería ofrecerle consuelo, no sabía cómo hacerlo, y sentía que se había entrometido en su privacidad y en su dolor. Estaba claro que Rose había estado llorando, aunque intentaba ocultárselo.

– Iré a buscar un poco de té, ¿de acuerdo? – sugirió al fin.

– Hacía frío, así que he intentado avivar el fuego sin hacer ruido, pero lo único que he conseguido ha sido despertarte. No quiero molestarte más...

– Rose, ni me importa que me hayas despertado, ni me molesta traer el té; además, una taza nos calentará un poco más, y a lo mejor nos ayuda a conciliar el sueño.

Jasmine se levantó, y salió de la habitación con cierto alivio mientras pensaba esperanzada que, a lo mejor, su breve ausencia le proporcionaría a su hermana el tiempo suficiente para recomponerse.

En efecto, Rose aprovechó aquellos minutos para recuperar la compostura. Sentía profundamente haber despertado sin querer a su hermana, pero ya estaba hecho; además, quizás le iría bien hablar con Jasmine. A lo mejor había mantenido guardadas en su interior demasiadas cosas, y durante un tiempo excesivo.

No sabía qué creer, pero era consciente de que, después de quince largos años, debía obligarse a enfrentarse al hecho de que Hugo Drayton llevaba mucho tiempo muerto y enterrado, a pesar de sus esperanzas infantiles, y que no volvería a verlo ni a ir a la India. Tenía que dejar de vivir en aquella especie de limbo, aceptar la proposición de matrimonio del profesor Prosser y seguir adelante con su vida.

El hecho de que preferiría estar en una tumba antes que ser la esposa del profesor era inconsecuente.

## Capítulo 2

Al mercado

Al mercado, al mercado, a comprar un buen pan. Al volver a casa, nos lo vamos a zampar.

*Canción popular*

Russell Square y Covent Garden.

Londres, Inglaterra, 1850

– Buenos días, señorita Windermere.

– Buenos días, Leddy, ¿cómo estás? – saludó Rose al chico que repartía el periódico.

El muchacho la miró con expresión adoradora, mientras le daba la última edición del *Times* a través de la verja negra de hierro forjado que separaba el patio delantero de la casa del coronel Windermere de la acera.

– Mucho mejor ahora que la he visto, señorita Windermere – le dijo Leddy con una sonrisa tímida, mientras se tocaba el borde de la gorra en un gesto de respeto.

Rose se sonrojó ligeramente. Leddy llevaba varios años llevándoles el periódico, y en ese tiempo había quedado patente que, a pesar de que era demasiado joven para ella, el chico había construido en su mente una especie de fantasía romántica sobre ellos dos. Rose no había hecho nada para darle esperanzas y no sabía cómo desanimarlo, sobre todo teniendo en cuenta que el muchacho le caía bien y que no quería herir sus sentimientos.

– Gracias, Leddy. Que tengas un buen día.

– Sí, señorita. Y usted también.

Rose se volvió, subió los escalones del porche de la casa y cerró la puerta con firmeza tras de sí; por experiencia previa, sabía que si miraba por la mirilla vería a Leddy allí de pie, contemplando la casa con expresión reverente... sí, sus sospechas se confirmaron al ver que él seguía allí, con los pies aparentemente pegados al suelo y los ojos fijos en la puerta principal. Su rostro reflejaba la esperanza de que ella volviera a aparecer.

Rose sacudió ligeramente la cabeza, y no pudo evitar esbozar una sonrisa para sus adentros. A pesar de su incomodidad, había algo dulce y enternecedor en el sencillo afecto del muchacho que siempre le alegraba el día. Aun así, se apresuró a reprenderse con severidad por ceder ante su impulso infantil de echar un vistazo por la mirilla; al fin y al cabo, debería estar haciendo todo lo posible por sofocar la actitud adulatoria de Leddy, y no preguntándose si él aún seguía enamorado de ella.

Después de cuadrar los hombros con determinación, fue al comedor y dejó con cuidado el periódico a un lado del plato de su padre en la mesa del desayuno. El coronel Windermere, que se había pasado la mayor parte de su vida en el ejército de Su Majestad, tenía ideas muy concretas sobre el funcionamiento de su casa, y a su entender, las bandejas del desayuno en la cama eran un lujo que uno sólo podía permitirse en caso de enfermedad. Por esa razón, la familia entera se reunía a la hora del desayuno en el comedor, sin excepciones.

—¿Cómo están los riñones, Rose? —le preguntó su madre al entrar apresuradamente en la habitación, entre el crujido de su crinolina almidonada—. Espero que la señora Beasley los haya cocinado bien esta vez, ya sabes que el coronel no soporta que estén demasiado crudos o demasiado hechos.

—No te preocupes, mamá. Creo que la señora Beasley los ha cocinado hoy a la perfección.

Después de comprobar obedientemente que los riñones estaban en su punto, Rose volvió a cubrirlos con la tapa. A lo largo del aparador había otras bandejas con beicon, gruesas lonchas de jamón de York, huevos duros, fritos y revueltos, gachas humeantes, tomates salteados, fruta fresca, panecillos calientes, tostadas, y todo un surtido de mermeladas y gelatinas que la señora Beasley había preparado el verano anterior. A un lado había varios recipientes con café y té calientes, además de una jarra de leche fría; en resumen, se trataba del desayuno copioso y opíparo con el que al corpulento coronel le gustaba empezar el día.

—Vaya, menos mal —dijo la señora Windermere, con un suspiro de alivio—. ¡El desayuno es mucho más agradable cuando el coronel no está refunfuñando por la comida!

—Sí, mamá —contestó Rose.

Hacía mucho tiempo que había aprendido que era inútil discutir con su madre; aunque la señora Windermere era amable y bienintencionada, también era una mujer un tanto atolondrada que se abrumaba con cualquier cosa. Su familia constituía su vida entera, y necesitaba que sintieran que no podían arreglárselas sin ella; como ellos eran plenamente conscientes de lo que pasaba, hacía mucho tiempo que todos, desde el coronel hasta Daisy, la hija menor, habían puesto en marcha una benévola conspiración para evitar que ella se enterara de que en realidad la casa funcionaba como la seda gracias a los esfuerzos combinados de Rose, de la señorita Candlish y de la señora Beasley, que eran el ama de llaves y la cocinera respectivamente.

—Rose, ¿dónde están tus hermanas? —le preguntó a su hija la señora Windermere, mientras sus manos revoloteaban con nerviosismo y dejaban a su paso varias bandejas de comida destapadas—. ¡Ya sabes que al coronel le gusta la puntualidad en las comidas!

—Ya estamos todas aquí, mamá, no te preocupes —dijo Jasmine.

La joven habló con un tono tranquilizador fruto de una larga práctica, al entrar en el comedor justo a tiempo de oír el comentario de su madre. Tras ella iban las demás hermanas Windermere: Lily, Heather, Angelica y Daisy.

—Claro que me preocupo, Jasmine —insistió su madre, suspirando de nuevo—. Si no lo hago yo, ¿quién va a ocuparse de estas cosas? Al fin y al cabo, la casa no se organiza sola.

—No, querida, claro que no —el coronel, Hilary Windermere las observó desde la puerta con un brillo travieso en sus ojos azules—. No puedo ni imaginarme dónde estaríamos sin tu admirable capacidad de organización —se detuvo unos segundos, mientras su mujer sonreía por su cumplido, y finalmente añadió—: ¿Cómo está mi jardín de flores esta mañana?

El coronel siempre llamaba así a su mujer y a sus hijas. Era un jardinero empedernido, y después de haber conseguido que la hermosa Violet Mayfield accediera a ser su esposa, había declarado que todas sus hijas recibirían nombres de flores... aunque solía decirle a su mujer que “Ninguna puede compararse a ti, querida. Tú eres la flor más hermosa de todas”.

Nadie sabía lo que habría pasado si hubiera tenido algún hijo, ya que la señora Windermere no había engendrado ningún varón... aunque no había sido por falta de entusiasmo; aun así, si el coronel Windermere lamentaba no tener un hijo que prolongara el apellido familiar y que siguiera sus pasos, nunca lo decía, y parecía satisfecho con su ramillete de hermosas hijas. De hecho, cuando ellas se acercaron a él charlando alegremente para darle los buenos días y acompañarlo al aparador, el coronel pensó para sus adentros que era el hombre más afortunado de la tierra; su único pesar era que, como sólo era el hijo menor de un baronet, no tenía un título ni una fortuna con los que asegurar buenos matrimonios para sus hijas.

Le dolía profundamente ver cómo sus hijas mayores se iban resignando a ser unas solteras, y aunque creía que la situación habría sido más llevadera si ellas se lo hubieran echado en cara, nunca lo habían hecho; al contrario, solían mostrarse alegres y optimistas, y sólo en contadas ocasiones discutían entre ellas o con él.

—Haz algún comentario sobre los riñones, papá —murmuró Rose—. A mamá le preocupa que estén demasiado crudos o demasiado hechos para ti, y que empieces a refunfuñar.

—Así que soy un ogro en la mesa del desayuno, ¿verdad? —el coronel le lanzó a su hija una mirada conspiradora, mientras las comisuras de su boca se elevaban en una pequeña sonrisa.

—Pues claro, papá.

—Entonces, de ahora en adelante tendré que procurar elogiar más a tu madre y a la señora Beasley, porque no se me ocurre nada más terrible que un ogro en un jardín de flores.

—Papá, sabes muy bien que no eres ningún ogro, sino nuestro gnomo de la suerte.

—Mmm... si fuera así, a estas alturas tus hermanas y tú estaríais casadas, no he podido hacer por vosotras todo lo que habría querido. Rose, no me discutas. Soy bastante mayor para aceptar mis responsabilidades, y aunque sé que como militar he llegado tan lejos como era posible, y que me ha ido mejor que a muchos otros, lamento que mi condición de hijo menor haya impedido que vosotras podáis

conseguir lo que os merecáis. A estas alturas, tendríais que estar casadas y ocupándoos de vuestros propios hogares, no supervisando el mío; además, vuestra madre y yo albergábamos la esperanza de tener nietos, por supuesto... Rose, pareces cansada, trabajas demasiado.

—No, papá, no es eso. He tenido una noche... inquieta, y me duele un poco la cabeza. Después de desayunar iré al mercado, y con el aire fresco y el paseo me despejaré y me sentiré mejor enseguida. No te preocupes por mí, no quiero causarte molestias.

—Rose, tú nunca me causas molestias, pero si estás segura de que sólo es eso... — el coronel le dio unas palmaditas en el brazo, en un gesto algo inseguro pero cargado de cariño.

Lo cierto era que, a pesar de que vivía rodeado de mujeres, el coronel Windermere se sentía mucho más cómodo en los barracones del ejército llenos de hombres. Siempre había pensado que el macho de la especie humana era directo y fácil de entender, mientras que el género femenino era un completo misterio y tenía tantas capas como una flor. Al tratar con las mujeres, era más fácil quererlas y cuidarlas con mimo que cavar demasiado hondo y arriesgarse a dañar sus frágiles pétalos o, aún peor, a destruir sus raíces.

Con la mente ocupada en tales divagaciones, el coronel ocupó su lugar a la cabecera de la mesa mientras su mujer se sentaba en el extremo opuesto y sus hijas se colocaban tres a cada lado. Empezaron a desayunar, y de vez en cuando les fue leyendo fragmentos del *Times* en voz alta.

—¿A quién le importa la aburrida bolsa de valores? —le interrumpió Daisy finalmente, con tono de impaciencia—. ¡Por favor, papá, léenos lo realmente interesante! ¿Qué noticias hay sobre la Gran Exposición, y sobre el Palacio de Cristal donde va a celebrarse?

Cinco años atrás, en 1845, el príncipe Alberto, esposo de la reina Victoria, había sido nombrado presidente de la Asociación para las Artes, cuya sede estaba en John Adam Street, justo debajo de la calle Strand. El propósito de la asociación era estimular la tecnología y el comercio, y antes de que el príncipe Alberto asumiera la presidencia, las acciones se habían centrado básicamente en la concesión de premios. Cuando el príncipe había tomado posesión de su cargo, había sugerido una iniciativa a una escala mucho mayor: que se celebrara una exposición en el atractivo edificio que albergaba a la sociedad.

Todos los londinenses se habían quedado atónitos cuando la primera exposición había recibido unas veinte mil visitas, y en vista del gran éxito conseguido, se había convertido en un evento anual. En junio de 1849, el príncipe había convocado a los miembros de la asociación al Palacio de Buckingham para discutir una propuesta aún más ambiciosa: la Exposición de la Industria de todas las Naciones, en la que participarían más de cien países. Tras la aprobación de la idea, la reina Victoria había nombrado una Comisión Real para que supervisara los trabajos, y se había elegido el proyecto de Joseph Paxton de un enorme “palacio de cristal” que albergaría la exposición.

—Señorita, quiero que sepas que tengo algo de dinero invertido en esa «aburrida bolsa de valores», como tú la llamas —le dijo el coronel a su hija menor—. Tengo que encontrar la manera de asegurar el futuro de mis hijas, ¿no? Sobre todo el tuyo, Daisy. Según tu madre, sueles salir a la calle sin tu sombrero, y te salen un montón de pecas en esa nariz respingona tuya. Yo no tengo nada en contra de las pecas, claro, de hecho, me gustan, pero tu madre me ha informado de que resultan desastrosas para una jovencita que quiere destacar en la sociedad de hoy en día.

—Y así es, coronel. Yo misma se lo he dicho a Daisy en más de una ocasión —anunció la señora Windermere con firmeza, mientras le lanzaba a su hija menor una mirada exasperada—. Lydia Collingwood es tan pecosa, que parece uno de esos grandes felinos del zoológico. Nunca atraparé un marido con esas pecas... ¡y tú tampoco, Daisy!

—Claro que sí, porque sólo aceptaré por marido a un hombre al que le gusten mis pecas, como papá —afirmó Daisy con impertinencia—. Así que estás malgastando todas esas fresas y esos pepinos conmigo, mamá; además, no creo que sirvan de nada. ¡Papá, por favor! ¿Hay algo en el *Times* sobre la exposición del príncipe Alberto?

—¡Sí, papá, cuéntanoslo! —exclamó Angelica, con tanto entusiasmo que estuvo a punto de tirar su huévela al ir a tomar la sal.

—Sí, papá, hazlo —dijo Jasmine con sequedad—. ¡O Daisy no va a dejar de parlotear sin parar sobre el tema!

—Es verdad, no habla de otra cosa desde que se enteró de que la exposición iba a celebrarse, aunque no entiendo su interés —comentó Heather, mientras untaba mermelada en una tostada—. Sólo habrá un montón de viejos artilugios y de máquinas nuevas, como siempre, a pesar del número de países que participan.

—Puede, pero no hay duda de que va a ser el acontecimiento del año que viene... ¡y toda la gente importante asistirá a la ceremonia de inauguración en mayo, así que tenemos que ir! —exclamó Lily, antes de apresurarse a añadir—: Creo que las entradas no serán demasiado caras, así que estarán dentro de nuestras posibilidades; además, aún tenemos meses para ir ahorrando.

—Roce, estás muy callada. ¿No quieres aportar tu propia opinión sobre la exposición? —le dijo el coronel.

—Bueno, yo sólo espero que, como el Palacio de Cristal va a construirse en Hyde Park, el techo abovedado en el que ha insistido la comisión sirva realmente para preservar todos los árboles centenarios de la zona, y que las vibraciones causadas por los visitantes no provoquen que la construcción se derrumbe, como temen algunos. Por un lado, la exposición no durará eternamente, y si hay que talar o incluso podar los árboles, después Hyde Park no volvería a ser el mismo; y por el otro, sería una gran tragedia que el recinto se derrumbara sobre los asistentes.

—Mmm... bueno, según el *Times*, parece que no eres la única persona en Londres a quien le preocupa el tema —comentó el coronel, mientras leía el periódico con sus gafas de montura plateada—. Los políticos y los propietarios de las casas que hay alrededor de Hyde Park siguen en pie de guerra; al parecer, creen que la exposición

malogrará permanentemente la zona, a pesar de que la Comisión Real ha prometido preservar todos los árboles, dismantelar después el Palacio de Cristal y devolverle al parque toda su gloria inicial. Hay otros que siguen temiendo que la estructura no sea segura a pesar de todas las comprobaciones, y que las vigas de metal se rompan por la resonancia creada por los asistentes. También hay quienes se oponen a que la exposición se celebre en Londres, porque siguen creyendo que después de los problemas que hubo en el continente hace dos años y de la caída de varios regímenes, como la monarquía francesa, los revolucionarios y los radicales invadirán la ciudad para instigar la rebelión, el asesinato de la reina Victoria y del príncipe Alberto, y la instauración de la república.

— ¡El asesinato de la reina! — la señora Windermere se horrorizó tanto ante la mera idea, que se estremeció —. ¡En ese caso, no iremos a la exposición! No sería seguro, ya sabéis que ha habido más de un intento de acabar con la vida de nuestra soberana... ¡podríamos morir en medio del levantamiento!, ¡acordaos de toda la gente masacrada en París, cuando los soldados obligaron a abdicar al rey Luís!

— ¡Papá! — exclamó Lily con tono acusador.

Incluso la actitud normalmente afable de Daisy se agrió visiblemente al mirar de soslayo a su padre.

— Vamos, vamos, no es necesario que mis propias hijas se alíen en mi contra — se apresuró a decir el coronel—. Y tampoco tiene que preocuparte el hecho de asistir a la exposición, querida — le dijo a su mujer—. Inglaterra no es como el continente, aquí somos completamente civilizados... y no tenemos ningún interés en deshacernos de nuestros soberanos, ni violentamente ni de ninguna otra manera. ¡Estoy convencido de que de aquí a doscientos años, aún habrá un monarca en el trono de Inglaterra!

— Eso espero, coronel, porque la reina Victoria, el príncipe Alberto y su familia son un buen ejemplo para todos nosotros.

La señora Windermere tenía mucho más que decir sobre aquel tema, pero cuando Rose se dio cuenta de que su madre estaba a punto de empezar un monólogo sobre la moral social de aquellos tiempos, anunció que tenía que ir al mercado además de otras tareas y empezó a levantarse de la silla.

— Yo también he acabado de desayunar — dijo Jasmine, mientras se levantaba también—. Rose, ¿te acompaño al mercado?

— Claro, si tú quieres.

Las dos hermanas subieron a su habitación, donde se pertrecharon con sus sombreros, las chaquetas y los bolsos, y después de pasar por la cocina para conseguir dos grandes cestas en las que llevar la compra, se dispusieron a salir rumbo al mercado de Covent Garden.

Era un día soleado y tenían que caminar menos de un kilómetro y medio, porque aunque Russell Square suponía el beso de la muerte desde un punto de vista social en aquellos días, seguía teniendo una ubicación privilegiada. Rose descendió los escalones de la entrada, camino a la única puerta que había en la verja de hierro, que

se encontraba entre dos pilares coronados por sendas bolas de piedra; al mirar distraídamente hacia la plaza, se dio cuenta de repente de que, a pesar de la elegante arquitectura georgiana de los imponentes edificios que rodeaban el hermoso parque verde, el vecindario había caído en declive desde sus pasados días de gloria.

Manchados por el inevitable hollín de las chimeneas, que se había mezclado con la también inevitable lluvia que rociaba la ciudad, muchos de los edificios tenían una apariencia desgastada y sucia, incluida la casa de su propia familia. Russell Square estaba bastante cerca de la Universidad de Londres, donde impartía clases el profesor Prosser, y también del Museo Británico y de los tribunales de Gray's Inn Lane, así que las casas de la zona aún pertenecían a gente respetable y en muchas de ellas vivían académicos, artistas o letrados. Los integrantes de la clase alta se habían ido trasladando paulatinamente hacia la zona oeste, a distritos como Piccadilly, Mayfair, Belgravia y Tyburnia.

—Ojalá pudiéramos irnos de aquí —dijo Jasmine, como si le hubiera leído el pensamiento a su hermana. Jasmine, sabes que es imposible —respondió Rose con voz suave mientras abría la puerta.

Al oír que las bisagras chirriaban, tomó nota mental de que había que engrasarlas, y notó también que había que limpiar y pintar tanto la puerta como la verja, ya que estaban cubiertas de excrementos de pájaro y de herrumbre.

—En ninguna otra zona de Londres podríamos encontrar una casa tan grande con jardín por una renta tan razonable. Papá ha hecho todo lo que ha podido, y sé que le preocupa mucho no haber podido conseguir nada mejor para nosotras. No suele hablar del tema, pero esta mañana me lo ha comentado.

—¡Pobre papá! ¡Lo que necesito es que un caballero de brillante armadura me lleve muy lejos de aquí! Jasmine suspiró, y le preguntó a su hermana—: Rose, ¿alguna vez has deseado escapar sin más?

—Sí, a veces, pero no sé cómo podría lograrlo.

Ninguna de las dos dijo nada más sobre el tema, porque de hecho no quedaba nada por decir. Ambas eran plenamente conscientes de la situación de su familia, y ninguna de las dos albergaba demasiadas esperanzas de poder mejorarla.

De modo que, cerraron la puerta tras ellas y cambiaron de tema mientras se dirigían hacia Great Russell Street y Bloomsbury Square, que era una plaza algo más pequeña. Mientras caminaban codo con codo, mantuvieron los ojos bien abiertos y los bolsos firmemente agarrados, ya que cuanto más se acercaban a la calle principal de *i.e.* Holborn y a la zona circundante a la plaza de Lincoln's Inn Fields, más probabilidades tenían de encontrarse con ladrones y carteristas. De hecho, conocían a un pequeño ladronzuelo llamado Bobby, ya que una vez, cuando él estaba aprendiendo su “oficio”, se había hecho un lío tan grande al intentar cortar la correa del bolso de Jasmine, que ella le había pillado con las manos en la masa.

Ante el asombro de Rose, su hermana había agarrado al muchacho por el cuello de la camisa, dispuesta a entregarlo al agente de policía más cercano; sin embargo, Rose se había quedado impactada al ver la delgadez de Bobby y el miedo que brillaba en sus ojos a pesar de su actitud desafiante. Se había apiadado de él al darse cuenta del

tipo de vida que debía de llevar en las calles, y había convencido a Jasmine de que lo soltara en vez de denunciarlo.

El muchacho había jurado solemnemente que estaba en deuda con ellas para siempre, y a veces, cuando iban al mercado, lo veían cerca. Debía de ser una persona de palabra, porque en ocasiones le habían visto interceptar a otros chicos para que no se acercaran a ellas, así que no podían evitar relajarse un poco cuando se lo encontraban... como en ese momento.

—Buenos días, señorita Windermere. Hola, señorita Jasmine —las saludó el muchacho, apoyado despreocupadamente en una farola. Su pelo rubio rojizo necesitaba un peine con urgencia, y tenía un cigarro a medio fumar en la comisura de los labios—. Van al mercado, ¿no? —dijo, señalando con un gesto las cestas que llevaban.

—Sí, Bobby —contestó Rose—. ¿Has encontrado ya algún trabajo?

—Estoy en ello, señorita Windermere, estoy en ello.

—Sí, claro —dijo Jasmine, observándolo con expresión desaprobadora—. ¡Seguro que sigues robando a los pobres y confiados transeúntes!

—Bueno, usted desde luego que no es demasiado confiada, señorita Jasmine, porque me pilló con las manos en la masa —comentó el muchacho, con una sonrisa insolente.

—Sí, y tú eres muy afortunado de que mi hermana no sea tan dura como yo, o estarías en la cárcel.

—Ya lo sé, ya lo sé... y siempre le estaré agradecido a la señorita Windermere por interceder por mí, y a usted por escucharla.

—Bobby, tengo una propuesta para ti —le dijo Rose de repente—: si quieres ganarte unos peniques honestamente, te pagaré por limpiar y pintar la verja de nuestra casa. Esta misma mañana me he dado cuenta de que está bastante mal. Y también hay que echarles un poco de aceite a las bisagras de la puerta.

—¡Rose!, ¿cómo se te ocurre algo así? ¡Es un ladrón! —protestó Jasmine.

—Puede que tenga razón, señorita Jasmine —le dijo Bobby—, pero tengo mi orgullo como todo el mundo, cumplo con mi palabra y pago mis deudas. Así que de acuerdo, señorita Windermere, voy a hacerlo por usted. Sólo tiene que decirme cuándo y dónde.

—Mañana por la mañana —sugirió Rose. Tras darle su dirección, añadió—: Tendré el cubo con agua, la pintura y el aceite listos y esperándote.

Cuando las dos hermanas prosiguieron su camino hacia la intersección de las calles de Bolton, Broad Street y Drury Lane, Jasmine sacudió la cabeza con incredulidad y dijo:

—¡Tendremos suerte si Bobby y sus amigotes no roban en casa!, ¡no entiendo cómo se te ha podido ocurrir algo así!

– Jasmine, es cierto que hay que arreglar la verja, tú también tienes que haberte dado cuenta cuando hemos salido de casa. Además, Bobby no ha intentado volver a robarnos desde aquel día que lo soltamos en vez de entregarlo a la policía.

– A veces creo que confías en los demás con demasiada facilidad, Rose. Espero que Bobby no acabe tomándote el pelo.

– Yo también lo espero – murmuró Rose, más para sí misma que para su hermana.

Después de girar en Drury Lane, siguieron hasta llegar a Long Acre, que había sido una calle principal desde la época de los sajones. Con el tiempo, se había convertido en una zona donde trabajaban principalmente los constructores de carruajes, los curtidores, los herreros y los tapiceros, pero entre sus establecimientos también podían encontrarse carpinteros, ebanistas, fruteros, panaderos y muchos más. Dos de las tiendas más interesantes eran Merryweather, donde construían aparatos para apagar incendios, y The Hobby Horse, donde vendían velocípedos y otros medios de locomoción. Delante de ésta última se encontraba Joey, el hijo del dueño, barriendo la acera.

– Buenos días, *signorina* Windermere. Hola, *signorina* Jasmine – las saludó el muchacho alegremente.

Se llevó una mano al borde de la gorra, y cuando sonrió, sus dientes blancos parecieron relucir en contraste con su piel morena. Joey procedía de una familia italiana que había emigrado a Inglaterra.

– Buenos días, Joey – dijeron ambas hermanas al unísono.

Hacía mucho tiempo que lo conocían, ya que Daisy sentía una inexplicable fascinación por todos los artilugios que se vendían en la tienda, y por todas las invenciones modernas en general. Por eso estaba tan entusiasmada con la Gran Exposición.

Desde Long Acre, tomaron James Street y no tardaron en llegar a Covent Garden.

Covent Garden había sido inicialmente un jardín de hierbas del priorato de Westminster, pero en 1552 se le concedió el lugar y siete acres de terreno conocidos como Long Acre a John Russell, el conde de Bedford. Francis Russell, uno de sus descendientes, había derribado en 1634 todos los viejos cobertizos que se habían construido tras el muro de Bedford House, en la parte sur de la zona, y había empezado a trabajar en la construcción de una nueva plaza a partir de los diseños de Iñigo Jones. El arquitecto también había erigido la columnata de las zonas norte y este.

Veinte años atrás, el último duque de Bedford había financiado la construcción de un atractivo edificio que albergara el mercado, para reemplazar a las enormes casonas que habían caído en desuso cuando los integrantes de la clase alta se habían ido de la zona, huyendo del griterío del bullicioso mercado.

El nuevo edificio, creado por el arquitecto Charles Fowler, estaba formado por una enorme avenida central, donde estaban los vendedores de costosas frutas y verduras como las fresas y los melocotones, además de varias tiendas pequeñas ocupadas por

vendedores de productos más baratos como las manzanas, las peras y las ciruelas; también había una zona para los vendedores de coles, patatas, cebollas, nabos y zanahorias, y una arcada servía de sostén para una espaciosa terraza con dos invernaderos llenos de flores exóticas y una fuente con un mecanismo regulado por el viento.

En medio de todo aquello había un sinfín de caminos que llevaban hasta el centro de la plaza, y que eran lo suficientemente espaciosos para albergar tenderetes individuales, carros, carretas y carretillas de todas clases. En la parte oeste, se alzaba la pequeña pero hermosa iglesia de San Pablo, que también había sido diseñada por Ñigo Jones.

Los días de mercado, los vendedores empezaban a llegar a las dos de la madrugada para preparar sus puestos. Llegaban con sus carros tirados por burros o ponis, cargados hasta los topes con sus productos, dispuestos a encontrar un buen sitio en la plaza; muchos se llevaban a sus hijos, y dormían bajo los carros custodiados por sus perros. También había cientos de vendedores ambulantes, la mayor parte irlandeses que se habían visto obligados a buscar fortuna en otros lugares a causa de la Gran Hambruna; llegaban con cestos y bandejas, para recoger los productos que iban a vender.

Más tarde llegaban las niñas que vendían berros, las muchachas un poco mayores que trabajaban de floristas, y los golfillos como Bobby, que se ganaban la vida como ladronzuelos y carteristas; la mayoría de ellos estaban medio muertos de hambre y vestían harapos, y sus pies descalzos golpeteaban sobre el suelo pavimentado cuando huían de la policía y husmeaban en busca de cualquier comida que pudieran robar o conseguir a base de súplicas. También había músicos, mimos y todo tipo de artistas para entretener a los viandantes, y un espectáculo de títeres hacía disfrutar a niños y mayores.

La plaza era un hervidero de actividad, y el aire estaba cargado del bullicio de los vendedores anunciando sus productos a voz en grito, de los regateos acalorados con los clientes, de las sonoras risotadas de los hombres compartiendo unas cervezas, de las mujeres hablando de los últimos cotilleos, y de los niños jugando. Aquella cacofonía de sonidos se mezclaba con los acordes de los violines, las flautas y los demás instrumentos de los músicos ambulantes, y con los relinchos de los burros, los ponis y los ladridos de los perros.

Sobre la plaza flotaba la suave fragancia de la fruta madura y las verduras, mezclada con el olor de tantos cuerpos sudorosos apiñados bajo el sol, de la comida y los excrementos de los animales, y del cercano río Támesis.

Rose y Jasmine se sumergieron en aquel bullicio con las cestas en ristre, mientras saludaban a las jóvenes floristas y a los vendedores con los que se habían ido familiarizando a lo largo de los años, y de vez en cuando se fueron parando para examinar los productos que se les ofrecían. No se acercaron a la avenida central, porque los productos más selectos eran demasiado caros para sus bolsillos, pero pasaron un tiempo considerable en los puestos más económicos, regateando y llenando los cestos con lo mejor que podían permitirse.

— ¡Son ustedes duras de pelar, señoritas!

Jordan, el hijo de uno de los vendedores, cuya familia de agricultores había emigrado desde Francia, guiñó un ojo y rió entre dientes mientras Rose le daba varias monedas por unas manzanas y unas peras.

— ¡No lo suficiente! — rió Jasmine.

En el pequeño carrito que llevaban Ashley y Jolette, sus floristas preferidas, las dos hermanas compraron unos preciosos ramilletes y los colocaron cuidadosamente en las cestas. Al retomar su camino, ambas se sorprendieron cuando Bobby, el ladronzuelo, se acercó a ellas en medio del gentío.

— ¿Qué pasa, Bobby? — le preguntó Rose—. ¿Has cambiado de opinión sobre lo de mañana?

— No, no es eso. Señorita Jasmine, sé lo que piensa de mí, pero yo le estoy agradecido de verdad por lo que hizo, así que he pensado que tenía que saber que un tipo le ha pagado a mi colega Burke para que le haga un retrato de usted. Se acuerda de Burke, ¿no? Es un artista, suele trabajar aquí, en Covent Garden.

— Sí, por supuesto... pero, ¿a qué hombre te refieres?, ¿dónde está?

Jasmine frunció el ceño, confusa e inquieta ante aquella noticia inesperada.

— Vengan conmigo, señoritas. Por aquí.

Bobby se fue abriendo camino con destreza entre la multitud, y mirando de vez en cuando sobre su hombro para asegurarse de que las dos hermanas lo seguían, las condujo hasta su amigo Burke. El hombre estaba sentado en un taburete, con un carboncillo en la mano y la cabeza inclinada sobre un bloc de dibujo que tenía en las rodillas.

— Señorita Windermere, señorita Jasmine, les presento a mi colega Burke — les dijo Bobby, mientras su amigo se levantaba y las saludaba con un gesto de la cabeza—. Burke, cuéntales lo del tipo que te ha pagado para que hicieras un retrato de la señorita Jasmine.

— No puedo decirles mucho. Es alto y moreno, como si pasara mucho tiempo al aire libre, pero por cómo hablaba no creo que fuera de aquí, y no le había visto antes. A lo mejor es un campesino, que ha venido a vender su mercancía. De todos modos, se ha largado en cuanto las ha visto venir, aunque ya me había pagado por el retrato y aún no lo había acabado — al ver el desconcierto y la preocupación que se reflejaban en el rostro de Jasmine, Burke añadió—: No creo que el tipo quisiera hacerle ningún daño, supongo... supongo que sólo pensó que era guapa, y si no le importa que se lo diga, señorita, de verdad que lo es.

Jasmine se sonrojó, y Rose se dio cuenta de que su hermana se sentía halagada.

— Tenga, quédese con el retrato si quiere — siguió diciendo el artista, mientras le alargaba la hoja de papel.

— No, gracias — contestó Jasmine—. Se lo agradezco, Burke, pero como alguien ha pagado por él, no estaría bien que yo me lo quedara.

— ¿Quiere que la avisemos si el tipo vuelve a por él? — le preguntó Bobby.

—Sí, por favor. Como ha dicho Burke, seguramente el hombre no tiene malas intenciones, pero, aun así, resulta bastante... curioso. ¿No lo crees, Rose?

—No sé qué decirte —dijo Rose, con una sonrisa tranquilizadora—. Eres una mujer muy guapa, Jasmine... y no lo digo sólo porque seas mi hermana... así que puedo entender que un hombre, a pesar de ser un completo desconocido, haya querido tener tu retrato.

—Bueno, entonces supongo que debería sentirme halagada, pero aun así parece... no sé, algo bastante extraño. ¡Es desconcertante pensar que me han estado espiando!

—Yo creo que, más que espiándote, el hombre debe de haber estado admirándote —sugirió Rose con tacto.

—A lo mejor —concedió Jasmine. Como si estuviera intentando convencerse a sí misma, añadió—: En todo caso, es algo sin importancia, porque se ha ido y no volveremos a saber de él.

Se había hecho un poco tarde, así que las hermanas decidieron volver a casa; sin embargo, se detuvieron en su panadería preferida, donde además de harina vendían productos horneados como pan del día anterior, que resultaba más barato, empanadas y tartas. Nick, el jovial hijo del panadero, siempre se mostraba muy alegre y cortés cuando las atendía.

Después fueron a la carnicería que había al lado, donde Brock, el atrevido aprendiz del carnicero, siempre las divertía con sus ocurrencias y las hacía reír. Cerca de allí estaba la pescadería, regentada por una familia hispana cuyos antepasados habían llegado a aquellas costas en tiempos de la reina Isabel y la Armada Invencible. Victor, el tímido hijo del pescadero, siempre guardaba para ellas varias de las mejores piezas. Después, tal y como solían hacer siempre que iban juntas al mercado, Rose y Jasmine compraron un par de empanadas calientes que vendía un joven llamado Chris en su carrito, para comérselas por el camino.

Empezaron a andar por la calle de Holborn, en dirección a Southampton Street y Bloomsbury Square, pero cuando Rose apenas le había dado un par de mordiscos a su empanada de carne, un hombre que iba corriendo por la acera golpeó contra ella accidentalmente con tanta fuerza, que la dejó sin aliento y estuvo a punto de tirarla al suelo. Lo único que la salvó de la caída fue la rápida reacción del hombre, que la agarró mientras se tambaleaba precariamente. La empanada se le había caído al suelo, y los contenidos de la cesta estuvieron a punto de correr la misma suerte.

—Perdone. Discúlpeme, por favor. Lo siento... lo siento mucho —jadeó el desconocido, mientras intentaba recuperar el aliento y lanzaba una mirada por encima del hombro, como si lo estuvieran persiguiendo.

Rose se quedó sin habla durante unos segundos que le parecieron una eternidad. No estaba acostumbrada a toparse con desconocidos en plena calle, y además, las manos del hombre seguían aferrándole los brazos con fuerza, y sus dedos presionaban su piel hasta casi magullarla; aun así, se sorprendió al darse cuenta de que lo que sentía no era dolor, sino algo nuevo y extraño... y tan increíblemente intenso, que su poder desconocido la aturdió y también la asustó. Sintió la boca seca, y su corazón empezó a martillearle desbocado en el pecho.

Los penetrantes ojos negros del desconocido, brillantes e insondables bajo la luz del sol, se fijaron en los suyos como si estuviera buscando algo en su rostro sobresaltado, algún signo... ¿de qué? Rose no lo sabía y fue incapaz de preguntárselo, ya que no podía pronunciar palabra.

A su alrededor, todo parecía moverse a cámara lenta, como si estuviera en medio de una difusa sucesión de imágenes. Durante aquel efímero momento en el tiempo, sólo fue consciente del hombre, de sus manos sobre ella, de su rostro moreno tan cerca del suyo que podía sentir su aliento sobre su piel y oler el aroma de sándalo y vetiver que emanaba de su cuerpo.

De repente, los sensuales labios del desconocido se tensaron en una fina línea, y asintió para sí mismo, como si hubiera quedado satisfecho con lo que había visto en sus enormes ojos verdes y en su rostro. Se sacó un sobre del bolsillo interior de la chaqueta, y ante el asombro mayúsculo de Rose, lo metió en su cesta, bien escondido debajo de la fruta y las verduras.

— ¡Guárdelo con su vida!

Tras pronunciar aquellas palabras, que eran tanto una orden como una súplica, el desconocido se alejó corriendo sin más.

## Capítulo 3

El sobre y la carta

Señor, las cartas unen las almas incluso más que los besos.

John Donne.

*Carta a sir Henry Wotton*

*(escrita antes de abril de 1598)*

Holborn y Russell Square. Londres, Inglaterra, 1850

— ¡Rose! Rose, ¿estás bien? — le preguntó Jasmine con preocupación, mientras la ayudaba a mantenerse en pie al ver que le flaqueaban las piernas.

— Estoy... estoy un poco mareada.

Jasmine miró frenética a su alrededor, buscando algún lugar donde Rose pudiera sentarse, pero afortunadamente Brock, el aprendiz del carnicero, había visto lo sucedido desde la ventana del establecimiento y se apresuró a sacar una silla de madera.

— Señorita Windermere, siéntese aquí — le dijo, visiblemente preocupado. Dejó la silla apoyada contra la pared de la carnicería, a salvo del paso de los transeúntes que circulaban por la acera, y se volvió hacia el vendedor de empanadas—. ¡Chris, ven a echarnos una mano! La señorita Windermere está mareada, y se le ha caído su empanada.

Mientras Jasmine ayudaba a su hermana a acercarse a la silla, dos tipos enormes de aspecto más que sospechoso se acercaron corriendo, apartando a empujones a los viandantes que les obstruían el camino y mirando a su alrededor como si estuvieran buscando a alguien.

— ¿Han visto pasar por aquí a un hombre alto y moreno, que parece extranjero? — les preguntó uno de los hombretones, mientras observaba con expresión suspicaz al pequeño grupo formado por las dos hermanas, el aprendiz del carnicero y el vendedor.

Brock se limpió las manos en su delantal manchado de sangre con movimientos precisos, como si estuviera preparándose para una pelea. Tanto Nick como Victor, los hijos del panadero y del pescadero, habían visto lo que pasaba desde las ventanas de sus respectivos establecimientos y salieron a la calle, flexionando los músculos; ambos eran jóvenes corpulentos, que no se achicaban.

— ¡Seguro que se refieren al hombre que ha estado a punto de derribar a mi hermana! — les dijo Jasmine a los dos rufianes, mientras Rose se sentaba en la silla—. ¡Se ha ido por allí!

Rose se quedó atónita cuando su hermana señaló hacia Newton Street, que estaba en una dirección totalmente diferente a la que el desconocido había tomado.

Sin pronunciar palabra, los dos hombres se fueron corriendo en la dirección que Jasmine les había indicado. Ella se los quedó mirando durante unos segundos para asegurarse de que no volvían, con un extraño brillo acerado en los ojos, y después rebuscó en su bolso un frasco de sales y se lo pasó a su hermana por debajo de la nariz.

— ¡Cielos, qué olor tan fuerte! — Rose frunció la nariz con disgusto cuando el olor del amoníaco y de las sales penetró en su nariz, aunque al menos le aclaró la cabeza y disipó la sensación de mareo.

— Señoritas, ¿están bien? — les preguntó Victor.

— Sí... sí, Victor, muchas gracias — le contestó Rose.

— Menos mal que esos tipos se han largado, porque iba a enseñarles buenos modales — Brock se golpeó la palma de una mano con el puño, para enfatizar sus palabras.

— Tenga, señorita Windermere. Invita la casa — Chris le dio otra empanada de carne, para reemplazar a la que se le había caído.

— ¡Oh, qué detalle! Gracias, Chris.

— ¿Te sientes lo bastante bien para volver a casa? — le preguntó Jasmine, con expresión preocupada.

— Si no puede andar, podríamos pedirle a nuestro amigo Jake que nos dejara uno de los carruajes de alquiler de su padre, señorita Windermere — le dijo Nick.

— No, no hace falta molestar a Jake, puedo caminar sin problemas.

Después de agradecerles a los muchachos su ayuda, las dos hermanas emprendieron el camino de vuelta a casa, y ambas se mantuvieron alerta por si volvían a ver a los dos granujas que obviamente habían estado persiguiendo al otro hombre. Mientras caminaban, charlaron sobre los inesperados acontecimientos que habían sucedido aquella mañana; se plantearon la posibilidad de que el desconocido que había encargado un retrato de Jasmine tuviera algo que ver con el hombre que había chocado con Rose, pero finalmente ambas decidieron con renuencia que seguramente no existía conexión alguna entre los dos incidentes. Aun así, las dos sentían curiosidad por el sobre que permanecía guardado en el fondo de la cesta de Rose, y se preguntaban qué podía contener.

— Sea lo que sea lo que hay dentro, debe de ser algo perjudicial para alguien... puede que incluso sea peligroso — comentó Rose con tono reflexivo—. Si no fuera así, esos dos granujas no habrían estado persiguiendo al otro hombre. Está claro que pensaban hacerle algún daño si lograban atraparlo, y debe de tener algo que ver con el contenido del sobre. Por eso el desconocido decidió dármele a mí, y me hizo esa advertencia tan ominosa.

— Sí, por eso les indiqué una dirección equivocada a esos dos rufianes, no me gustó nada su aspecto — dijo Jasmine—. ¿Crees que deberíamos ir a informar al

agente Dreiling?, quizás él podría aconsejarnos sobre lo que debemos hacer – añadió, refiriéndose al joven agente que patrullaba la zona de Russell Square.

–No sé... al fin y al cabo, no sabemos lo que contiene el sobre. Puede que estemos equivocadas, que nos estemos dejando arrastrar por la imaginación y que el asunto resulte ser sólo una tormenta en un vaso de agua.

–No creo que eso sea probable, pero entonces... ¿crees que deberíamos abrir el sobre?

–He estado dándole muchas vueltas al asunto, pero aún no he tomado ninguna decisión. El sobre no nos pertenece, Jasmine, así que no tenemos derecho a abrirlo. Por otro lado, si el hombre que nos lo dio nos ha involucrado en algo turbio, o quizás incluso criminal, supongo que sería lícito que descubriéramos de qué se trata, ¿no crees?

–¡Por supuesto! –se apresuró a contestar Jasmine.

–De momento, será mejor que no comentemos nada de todo esto con el resto de la familia –Rose se detuvo al pie de los escalones que llevaban a la puerta principal de su casa, y posó una mano en el brazo de su hermana –. Papá se pondría furioso al enterarse de que nos hemos visto arrastradas a un asunto que puede resultar extraño en el mejor de los casos... y además, por culpa de un completo desconocido... y mamá se preocuparía muchísimo. Por no hablar de que nuestras hermanas nos abrumarían con una sarta interminable de preguntas, y quizás las pondríamos en peligro sin querer al informarlas de este asunto.

–Tienes razón.

Con la decisión tomada, entraron en la casa y, después de que Rose sacara con disimulo el sobre de la cesta y se lo guardara en el bolsillo de la chaqueta, Jasmine y ella fueron por el largo pasillo hasta la cocina. La señora Beasley, la cocinera, se hizo cargo de la compra, y como siempre, las felicitó por los productos que habían escogido.

–Prepararé un sabroso pastel para la cena con algunas de estas manzanas – comentó, mientras iba vaciando las cestas rebosantes.

–Seguro que estará delicioso, señora Beasley –dijo Rose.

Sin embargo, su mente no estaba centrada en la conversación mientras Jasmine y ella ayudaban a la cocinera y a Polly, la criada, a colocar la compra en su sitio y a poner las flores en unos jarrones para dar alegría a la casa. Cuando acabaron, las dos hermanas se apresuraron a subir a su habitación y cerraron con firmeza la puerta tras ellas.

–¡Por fin vamos a descubrir lo que hay en el sobre! –Rose lo sacó de su bolsillo, y lo miró con curiosidad al sentarse en el borde de la cama –. No está franqueado ni ha sido enviado, porque no hay escrita ninguna dirección, ni del remitente ni del destinatario –le dio la vuelta lentamente, y al hacerlo, soltó una exclamación ahogada al ver en el reverso un sello lacrado roto, con un escudo de armas.

–¿Qué pasa? –le preguntó Jasmine, sobresaltada. Se sentó junto a su hermana, y contempló el sobre por encima de su hombro.

—El sello... ¡creo que es el sello del conde de Thornleigh! Puedo estar equivocada, claro, porque éramos muy pequeñas cuando vivíamos en la India, pero estoy casi segura de que es el escudo de armas de lord Thornleigh, el padre de Hugo... así que lo que hay en este sobre tiene que estar relacionado con el primo mayor de Hugo, sir James Wormwood. Es el actual conde, porque heredó el título y las tierras cuando Hugo y sus padres fueron asesinados. El sello está roto, ¿crees que deberíamos comprobar lo que contiene?

—Sí —contestó su hermana menor, tras unos segundos de reflexión—. Creo que es necesario, porque todo este asunto se está volviendo cada vez más curioso. Rose, es posible que el hombre que te dio el sobre procediera de la India; no sólo era alto y moreno, sino que además se trataba obviamente de un extranjero, tal y como sospechaban los dos granujas... yo diría que es al menos medio indio.

—¡Oh, Jasmine, sería maravilloso si todo esto estuviera relacionado con el asesinato de Hugo y de sus padres! Papá y mamá siempre sospecharon que sir James había tenido algo que ver con aquella noche terrible en la *haveli* de lord Thornleigh, aunque papá nunca pudo conseguir ninguna prueba que lo demostrara.

—Ya lo sé, pero creo que no deberíamos esperanzarnos demasiado. Dudo que, después de tanto tiempo, sir James haya cometido el descuido de poner por escrito algo sobre aquella noche que pueda incriminarlo.

Aunque sabía que su hermana tenía razón, Rose sintió que las manos le temblaban de aprensión y excitación al abrir el sobre.

—Dentro sólo hay una carta.

—¿Qué pone?

—Eh... oh, no... parece que habla de un encuentro secreto entre dos enamorados — la voz de Rose reflejó la enorme decepción que la embargó. En voz alta, empezó a leer:

*“Querida, sólo nos quedan unos meses para planear nuestro encuentro, y debemos tomar todas las precauciones necesarias para que no nos descubran. No confíes en nadie, ni siquiera en nuestros amigos mutuos, porque son una pareja volátil y discuten con frecuencia, aunque en ocasiones resulten útiles. En primavera iré a Londres, y el día de la ceremonia, estaremos juntos para disfrutar de la celebración... y la mujer que se ha interpuesto en nuestro futuro dejará de ser un problema. Tuyo para siempre...”*

La carta no estaba firmada, pero al acabar de leerla, Rose exclamó:

—¡Dios mío, lord Thornleigh debe de estar planeando fugarse con alguna joven, para que su madre no pueda evitar el matrimonio! ¡Siempre pensé que era un hombre sin escrúpulos, y mis sospechas se confirman! ¿Qué clase de hombre induciría a una pobre muchacha a fugarse con él?

—Rose, no sabemos si se trata de una joven —le dijo Jasmine con sensatez—. A lo mejor es una mujer adulta, y lo que pasa es que se trata de una tímida solterona con una madre terrible y autoritaria.

—Supongo que es posible —admitió Rose, vacilante—. Aun así, sabiendo lo que sé de lord Thornleigh, te confieso que me siento más inclinada a creer en mi teoría; además, eso explicaría también por qué no quiere que su malvado plan se descubra. Si la familia de la joven se enterara de lo que ocurre, sin duda intentaría evitarlo. Debe de tener más de cincuenta años, porque el padre de Hugo se casó bastante mayor, y Hugo era mucho más joven que su primo. Antes de que él naciera, sir James era el heredero del título y poco más que un vividor... una vez, oí a mamá decir que era un diablo.

—Aceptaré tu palabra al respecto, Rose; porque yo nunca estuve tan unida como tú a Hugo y a su familia. Pero si el actual lord Thornleigh era de verdad tan reprobable como tú crees, realmente tuvo mucha suerte de que los Drayton fueran asesinados, ya que así pudo heredar el título y la fortuna.

—Sí, fue toda una suerte para él —Rose se detuvo por un momento, recordando con el ceño fruncido, y finalmente admitió con lentitud—: Jasmine, siempre me he preguntado si realmente tuvo algo que ver con el asesinato... como ya te he dicho, papá y mamá sospechaban que podía ser así —soltó un suspiro, y añadió—: Menos mal que no fuimos a contarle al agente Dreiling lo del sobre, porque sólo se trata de la fuga de una pareja de enamorados. Lo único que no entiendo es cómo encaja en todo esto el hombre que me lo dio.

—Seguramente, sólo era un mensajero contratado para llevar la correspondencia entre lord Thornleigh y su amada, y los dos granujas que lo perseguían debían de ser espías que controlaban a la pareja por encargo de la autoritaria madre de ella —razonó Jasmine.

—¡En ese caso, la madre debe de ser realmente horrible! A lo mejor yo estaba equivocada antes, y lo que pasa es que la mujer trata muy mal a su hija. Eso explicaría por qué la joven ha decidido escapar fugándose... a lo mejor lord Thornleigh sólo la está rescatando, y por eso el desconocido me dijo que guardara el sobre con mi vida. Ya han pasado quince años desde la muerte de Hugo, y puede que en todo ese tiempo lord Thornleigh haya cambiado para mejor, sin importar cómo se comportara en su juventud; en todo caso, no es asunto nuestro, y no es algo que represente un peligro para nosotras.

—No, supongo que no —dijo Jasmine.

—Bueno, pues ya está —Rose se levantó, dobló la carta con cuidado y volvió a meterla en el sobre—. ¿Qué crees que debería hacer con él? —le preguntó a su hermana, mientras golpeteaba despreocupadamente con el sobre en la palma de su otra mano.

—Guárdalo en un lugar seguro, ya sabes que Lily y Daisy a veces figonean. Ya sé que Lily sólo quiere enterarse de todo lo que sucede para no sentirse al margen, y que Daisy es simplemente una persona curiosa, pero aun así...

—Sí, te entiendo —dijo Rose, con una sonrisa comprensiva. A pesar de lo mucho que quería a sus hermanas, era muy difícil tener algo de privacidad. en la casa.

El secreter donde Jasmine y ella escribían su correspondencia tenía un compartimento secreto, y Rose guardó allí el sobre. Jasmine asintió con aprobación y, considerando que el tema había quedado zanjado, salió de la habitación.

Rose también creía que eso era el fin del asunto y se sintió aliviada, ya que todo aquello había abierto la puerta a muchos recuerdos dolorosos, igual que la pesadilla de la noche anterior; además, al darse cuenta de que todo se reducía a la fuga de unos enamorados, se había sentido un poco avergonzada de haber formado parte de ella, por pequeña que hubiera sido su implicación.

Lo único que seguía preocupándola era una idea tan descabellada, que ni siquiera se había atrevido a confesársela a Jasmine: por un alocado instante, cuando aquel desconocido alto y moreno la había mirado a los ojos con tanta intensidad y le había pedido con voz suave pero apremiante que guardara aquel sobre con su vida, ella había experimentado la desconcertante pero aplastante sensación de que era su querido Hugo, que había vuelto a su lado milagrosamente vivo.

Con una dolorosa sensación de angustia, Rose se dio cuenta de que aquello era imposible, de que seguramente lo había creído por el extraño e inesperado despertar de todos sus recuerdos de la India. Desde un punto de vista lógico, sabía que Hugo llevaba quince años muerto y enterrado en su tumba, que había sido la esperanza tenue y vana que aún sobrevivía en el fondo de su corazón la que había hecho que creyera lo contrario por unos segundos.

Aun así, al pensar en ello, se dejó caer en la cama y se echó a llorar.

## Capítulo 4

El juego al descubierto

El tiempo lo revela todo.

Erasmus.

*Adagia*

Harley Street. Londres, Inglaterra, 1850

Manteniéndose alerta por si los dos rufianes que lo habían perseguido conseguían encontrarlo de nuevo, Hugo Drayton, el verdadero y legítimo lord Thornleigh, puso rumbo a la casa donde se alojaba, en Harley Street. Sólo se sentía seguro allí, porque era donde residían no sólo los ingleses que habían prosperado en la India, sobre todo gracias a la Compañía de las Indias Orientales, sino también los *nababs* y sus criados.

Nadie le prestaba la más mínima atención en aquella zona, que era exactamente lo que había querido al llegar desde la India. Tras la muerte de sus padres, había adoptado el alias de Raj Khanna, y bajo aquella identidad era un indio más que había sido “civilizado” por el ejército de Su Majestad, y que tras ver la Luz del Progreso, había zarpado desde la India en dirección a Inglaterra para celebrar su buena fortuna.

Hugo suspiró aliviado al llegar a Harley Street sin ningún contratiempo, aunque su atractivo rostro seguía ceñudo a causa de lo que había pasado aquella mañana. Mientras caminaba por la acera, oyó el sonido de conversaciones en hindi, panyabí y otras lenguas indias, y cuando le llegó el aroma del *mulligatawny* y del curri, casi pudo imaginarse que estaba de vuelta en la India; sin embargo, se apresuró a recordarse con firmeza que aquella parte de su vida se había terminado definitivamente. Quizás volviera algún día de visita a su país nativo, pero nunca volvería a vivir allí.

Su destino estaba en Inglaterra, en aquel país de verdes pastos y páramos salpicados de brezos, de bosques en sombra y colinas cubiertas de aulaga. Hugo admitía que le gustaba aquella tierra, porque era un lugar donde el sol acariciaba con su calor desde el cielo nublado, en vez de abrasar como un atizador ardiente lanzado por la mano de un dios vengativo; donde el agua caía en una suave llovizna que besaba el suelo y el rostro levantado del caminante como una amante, en vez de golpear con una fuerza torrencial que empapaba el suelo y el mismo alma; y donde la etérea niebla blanca, además de envolver los lejanos picos de las montañas, también cubría con su manto los extensos brezales que se extendían hasta los acantilados y las playas, y los huecos secretos que se escondían entre las ramas de los árboles ancestrales y los nuevos brotes.

Hugo sabía que, si lo intentaba, podía llegar a ser feliz allí, pero antes tenía mucho por hacer.

Tras abrir la puerta con su llave, entró en la modesta casa adosada que había adquirido al llegar a Londres. A pesar de que había amasado una fortuna en la India y podría haberse permitido comprar lo más selecto de Piccadilly o de Belgravia, había elegido la zona de Harley Street porque allí encajaba a la perfección y porque no le gustaba hacer ostentación de su riqueza. Su objetivo no era impresionar a la alta sociedad.

— ¿Ha tenido éxito en su búsqueda, *sahib*? —le preguntó su criado en el vestíbulo, con expresión impasible.

— Sí y no, *Mahout* —le contestó Hugo, utilizando el nombre que años atrás le había puesto a Mayur Singh para ocultar su verdadera identidad—. Conseguí lo que buscaba, pero volví a perderlo y tendré que recuperarlo.

— Es inusual en usted no conseguir lo que se propone, *sahib*.

— Sí, ya lo sé. Por desgracia, aunque pude registrar la casa de la señora Squasher a conciencia y sin interrupciones, y mi búsqueda dio sus frutos, ella debió de descubrir mi robo poco después de que yo me marchara, porque envió a dos matones tras de mí. Está claro que es más dura de lo que yo creía, porque se ha levantado sorprendentemente pronto. Por la cantidad de vino que bebió ayer por la noche y lo tarde que se fue a dormir, creí que dormiría al menos hasta el mediodía.

— ¿Qué fue lo que encontró?

— Un sobre con el sello de los Thornleigh, y una carta bastante interesante. Es sorprendente que James se haya mostrado tan descuidado, pero aunque es tan astuto y taimado como un zorro, no es ni el mejor ni el más inteligente. No importa lo listo que se crea, lo cierto es que ha cometido errores en el pasado y que al parecer no ha aprendido de ellos, lo cual demuestra verdadera torpeza.

— Pero... ¿ya no tiene usted el sobre y la carta, *sahib*? —le preguntó Mayur Singh.

Conocía bien los numerosos defectos de sir James, y sólo le interesaban para aprovecharlos en beneficio de Hugo.

— No. Cuando pensaba que me iban a atrapar, se los di a Rose. ¡Dios, aún sigo sin poder creerlo!

Hugo le explicó a Mayur Singh lo ocurrido en Holborn, tan furioso consigo mismo que no sabía cómo reaccionar. Nunca había tenido la intención de involucrar a su hermosa y amada Rose en su plan para vengarse de su enemigo mortal, su primo sir Jades Wormwood, pero lo había hecho sin querer.

Desesperado, se preguntó cuáles eran las probabilidades de topar precisamente con Rose mientras huía de los matones de Delphine Squasher.

Si los dos rufianes no hubieran estado pisándole los talones, si no hubiera tenido tanto miedo de que lo atrapasen... sabía que si lo hubieran atrapado era muy posible que hubiera perdido la vida además del sobre, porque sin duda los dos hombres le habrían torturado y asesinado antes de dejar su cuerpo en cualquier callejón maloliente para que las ratas se ocuparan de él, o de lanzarlo al Támesis.

Había decidido confiarle el sobre y la carta a alguien, ya que así podría negar que sabía algo al respecto si lo atrapaban, y quizás salvar la vida; había sabido que era una esperanza muy remota, pero había sido mejor que nada.

Aun así, dárselos a Rose...

— Los designios de los dioses nos resultan desconocidos, *sahib* — dijo Mayur Singh con gravedad, cuando Hugo le contó todo lo que había sucedido —. Es posible que la *memsahib* esté destinada a ayudarlo de alguna forma, igual que usted la ayudó a ella cuando aquel elefante se descontroló en Chandni Chowk.

— ¡No quiero que ella se involucre en esto!, ¡sabes perfectamente bien que sir James es un hombre vil, y muy peligroso! Asesinó a mis padres, y habría acabado también conmigo de no ser por ti. Le haría daño a Rose sin pensárselo dos veces, si creyera que ella supone alguna amenaza para él.

— *Sahib*, tranquilícese — insistió el criado —. Sus espías no nos han dicho nada que indique que sir Wormwood sabe siquiera que ella existe.

A regañadientes, Hugo no tuvo otro remedio que admitir que Mayur Singh tenía razón. Tenía informadores de confianza y muy bien pagados por todo Londres, y como la mayoría habían viajado con él desde la India, sabían perfectamente bien que sería una locura traicionarlo. De modo que no tenía razón alguna para dudar de sus informes, según los cuales sir James no tenía ni idea de que él aún seguía vivo. Su primo ignoraba que no había muerto pasto de las llamas en la *haveli* de su padre, aquella noche fatídica en la que su mundo entero se había desvanecido y había sido reemplazado por otro que en aquel entonces le había parecido ajeno y a veces increíblemente duro.

Sir James, a quien Hugo se negaba a concederle el título de lord Thornleigh ni siquiera de palabra, no se relacionaba con los habitantes del barrio de Bloomsbury, a pesar de que se asociaba con otras personas de mucha peor calaña... como Delphine Squasher.

Al final, había conseguido escapar de sus secuaces, pero había tenido que desprenderse del sobre y de la carta, y quizás había arrastrado a Rose a aquel juego mortal en el que estaba involucrado, y todo por nada.

Se sintió furioso y angustiado al volver a pensar en las posibles ramificaciones de sus actos, y a aquella mezcla de sentimientos se le sumó la preocupación de no saber lo que haría Rose con lo que le había dado. Existía la posibilidad de que se pusiera en contacto con sir James al ver el sello de los Thornleigh, con la intención de devolvérselo, y eso sería catastrófico. En ese momento, el sobre y la carta eran las únicas pruebas tangibles que él tenía para demostrar lo que su primo estaba planeando, así que debía recuperarlos... y pronto.

— Le entiendo, *sahib* — dijo Mayur Singh, cuando Hugo le expresó su preocupación. Cambiando totalmente de tema, añadió—: ¿Tiene hambre?, he preparado curri.

— No he desayunado, así que estoy hambriento. Hugo comió solo, porque aunque vivían solos en la casa, su criado solía insistir en mantener las formalidades. Además

del curri, Mayur Singh también le sirvió salteado de verduras, arroz, *chutney*, y *chapati*, que era un pan sin levadura que se cocinaba sobre una plancha. Después de comer un delicioso arroz con leche de postre, Hugo se retiró a su estudio para fumarse un puro y planear el siguiente paso a seguir.

Sin embargo, por mucho que se esforzó en concentrarse, sólo podía pensar en los hermosos ojos de Rose. Eran tan expresivos y honestos como recordaba de su infancia, y su increíble tono verde le había recordado a las colinas del norte de la India y habían hecho que sintiera una aguda punzada de añoranza.

Se reprendió por su debilidad, ya que tenía muy claro que Inglaterra era su futuro, y la India su pasado. Había trabajado durante muchos y largos años llenos de dificultades, había empezado desde cero, siendo un niño en aquellas colinas verdes que a veces anhelaba volver a ver, a pesar de su determinación férrea de escapar de ellas y de forjarse su propio destino.

Ni una sola vez había olvidado o dudado que Rose formaba parte de aquel destino. Sus espías la habían localizado junto a su familia en Londres, y siempre había tenido la intención de volver a verla cuando llegara el momento oportuno; sin embargo, los dioses parecían tener otros planes. La boca de Hugo se curvó en una mueca irónica, porque, al fin y al cabo, ¿qué otra cosa cabía esperar?

## Capítulo 5

Rosas de Provenza

En su rostro hay un jardín, con blancas lilas y rosales. Es un edén celestial, con frutos dulces y manjares.

Thomas Campion.

*Cuarto libro de canciones (1617)*

Russell Square. Londres, Inglaterra, 1850

Fiel a su palabra, Bobby llegó a casa de los Windermere bien temprano a la mañana siguiente, para limpiar y pintar la verja delantera y engrasar las bisagras de la puerta. Rose lo vio por la ventana, y se sintió aliviada al comprobar que no se había equivocado al confiar en él. Fue a abrir la puerta principal, y después de saludarlo jovialmente, le enseñó el cubo, la pintura y el aceite que había dejado preparados junto a los escalones la noche anterior.

— ¿Cuánto tiempo crees que tardarás, Bobby?

— Supongo que no más de dos o tres horas, señorita Windermere. Antes de nada tendré que quitar todos esos regalitos de las palomas y la herrumbre, o al pintar va a quedar hecho un desastre.

Bobby se puso manos a la obra con un rígido cepillo metálico que Rose también le había proporcionado, y pocos segundos después apareció Leddy, el repartidor del *Times*. Los dos jóvenes eran amigos, y charlaron durante un momento; finalmente, Leddy se volvió hacia Rose.

— Buenos días, señorita Windermere —le dijo. Metió la mano en la bolsa donde llevaba los periódicos que distribuía a diario en las casas de aquella ruta, sacó una copia del *Times* y la dobló con cuidado por la mitad antes de dársela—. Si hubiera sabido que quería que alguien le pintara la verja, yo lo habría hecho con mucho gusto —se la quedó mirando embelesado, como siempre, y sonrió con placer al contemplarla bajo la luz del sol, ya que el cabello rubio plateado de Rose brillaba como un halo alrededor de su hermoso rostro.

Antes de que ella pudiera contestar, Bobby le quitó a su amigo la gorra de la cabeza y le golpeó juguetonamente con ella varias veces.

— ¡Eres un pedazo de alcorcho, Leddy! —le dijo, con una enorme sonrisa—. La señorita Windermere no quiere tenerte aquí como un pasmarote, mirándola embobado.

— No la estaba mirando embobado, sólo quería ser amable —protestó Leddy, claramente avergonzado—. ¿Qué hay de malo en hablar un poco, y en ser agradable con alguien, Bobby? Siempre saludo a la señorita Windermere cuando hago la ronda de la mañana. ¿Verdad, señorita?

—Sí, Leddy —Rose sonrió a los dos muchachos. Debían de tener la misma edad que Daisy, dieciocho años, o incluso un poco menos—. Bueno, tengo que irme, seguro que mi padre quiere empezar a leer el periódico en la mesa del desayuno, como siempre. Bobby, le diré a nuestra cocinera, la señora Beasley, que te prepare algo de comer, y te lo traeré cuando venga a comprobar cómo va el trabajo. Leddy, que tengas un buen día.

—Gracias, señorita Windermere —dijeron los dos muchachos al unísono.

Rose volvió a entrar en la casa, sin dejar de sonreír. Le gustaba charlar con todos los muchachos y las muchachas con los que se había ido familiarizando a lo largo de los años que llevaba viviendo allí. Aunque adoraba a todas sus hermanas y no habría podido renunciar a ninguna, a veces deseaba haber tenido uno o dos hermanos; sin embargo, no había podido ser, así que tenía que conformarse con lo que tenía y dar gracias a Dios por sus breves conversaciones con los muchachos a los que conocía, ya que le permitían vislumbrar lo que habría sido tener algún hermano varón.

Después de desayunar, Rose fue a la cocina y le pidió a la señora Beasley que preparara un plato rebosante de comida y una taza de té bien caliente, y cuando todo estuvo listo, se lo llevó a Bobby. El muchacho estaba atareado con la verja de hierro forjado, y Rose se dio cuenta con satisfacción de que era obvio que había estado trabajando duro. El trabajo estaba bastante avanzado, y aunque la verja aún no estaba pintada, tenía mucho mejor aspecto.

—Caramba, señorita Windermere, no me esperaba algo así —dijo Bobby, mientras contemplaba con los ojos como platos la comida y la bebida que Rose le había llevado.

—Limpiar verjas es un trabajo duro, así que he supuesto que tendrías bastante hambre.

Cuando el ladronzuelo se sentó en uno de los escalones de la entrada y empezó a comer como si estuviera hambriento, Rose se dio cuenta de que probablemente era así, y deseó haber llenado aún más el plato.

—Bobby, hay un montón de pequeños trabajos y arreglos que podrías hacer aquí —le dijo lentamente—. Por supuesto, además de ganar algo de dinero, también recibirías las comidas. ¿Te interesa?

Bobby asintió vigorosamente, con la boca llena a rebosar.

—Bien.

Después de establecer lo que tenía que hacerse en la casa y de organizar el horario de Bobby, Rose no tardó en volver a su apacible rutina de siempre, y habría continuado así de no ser porque varios días después empezó a tener la extraña impresión de que la seguían y la espiaban a todas horas.

La desconcertante sensación no apareció de repente, sino que la fue invadiendo tan gradualmente que, al principio, creyó que se estaba dejando llevar por su imaginación; sin embargo, después de un tiempo no pudo seguir ignorando lo que pasaba, sobre todo porque en varias ocasiones había creído ver fugazmente al desconocido que le había dado el misterioso sobre.

La idea de que estuviera siguiéndola, espiándola, la confundía y la indignaba, porque si el hombre quería que le devolviera el sobre y la carta, sólo tenía que pedirselos. No le pertenecían, y nada la hubiera tranquilizado más que devolvérselos.

Pero existía una posibilidad que inquietaba aún más a Rose: haberse equivocado al pensar que era el desconocido quien la seguía, y que se tratara de los dos rufianes que lo habían estado persiguiendo. Aquellos hombres la habían preocupado de verdad, y sabía que a Jasmine también la habían asustado, y que por eso les había indicado una dirección equivocada. Era posible que se hubieran dado cuenta de que los habían engañado a propósito, y que hubieran decidido buscarlas para vengarse de ellas.

Rose estaba tan inquieta por esa posibilidad, que a la mañana siguiente les confió sus preocupaciones a Bobby y a Leddy, y les preguntó si habían visto a alguien merodeando cerca de la casa.

—No, señorita Windermere, pero estaré alerta —dijo Leddy con firmeza, claramente indignado por la posibilidad de que alguien quisiera hacerle daño.

—Y yo también —dijo Bobby, igual de furioso.

Varios días después, Rose rompió sin querer un jarrón de flores por culpa del desacostumbrado nerviosismo que sentía, y decidió aprovechar que era una tarde soleada para ir al parque con sus pinturas y su bloc de dibujo. Pintar era una actividad relajante, que siempre la ayudaba a aclarar su mente y a sentirse mejor. Subió a su habitación, donde se puso una chaqueta y un bonito sombrero de paja, y después recogió todos sus pertrechos de artista.

Volvió a bajar las escaleras, y tras avisar a la señorita Candlish, el ama de llaves, de dónde iba a estar por si alguien la necesitaba, salió de la casa y se sintió desmesuradamente alegre cuando la puerta de la entrada se abrió con fluidez y sin chirridos. Sintió también una gran satisfacción al ver que la apariencia de la casa había mejorado considerablemente gracias a la verja recién pintada y a otros arreglos que Bobby había hecho, como colgar unos tiestos con primulas y llenar con geranios rojos los maceteros de piedra que había a ambos lados de la puerta principal.

Al salir a la acera, Rose recorrió con aparente naturalidad Russell Square, pero no vio nada extraño. había caballos y carruajes circulando por la calle, y viandantes que le resultaban familiares andando por la acera. Aunque parecía que había bastante ajetreo a aquella hora del día, Rose sabía que era un sitio relativamente tranquilo y apartado en comparación con otras zonas de Londres.

Las calles de Bloomsbury habían sido en su día centros de actividad incesante donde podía encontrarse a los habitantes más distinguidos de la ciudad, pero ya sólo circulaba por ellas un tráfico moderado. Por las aceras caminaban personas de clase media, ancianos que no se habían dado cuenta de que la alta sociedad se había ido de allí años atrás, y familias respetables pero que no pertenecían a las clases altas, y que vivían en casas construidas por el arquitecto James Burton, como la de los Windermere.

Así que Rose no tuvo ningún problema para cruzar la calle pavimentada hacia el parque, mientras su crinolina susurraba y se mecía alrededor de sus zapatillas.

El parque que había en el corazón de Russell Square era uno de los más grandes de todo Londres. Lo había diseñado sir Humphrey Repton a principios de siglo, y estaba lleno de plataneros y otros árboles, de arbustos y de lechos de flores. Una verja de hierro, con setos a lo largo de su perímetro interior, rodeaba el parque entero, y desde las distintas entradas nacían caminos de grava que conducían hasta el centro. También había bancos donde poder descansar y disfrutar del paisaje, y cerca de la puerta sur se erigía la estatua imponente del quinto duque de Bedford, realizada en 1809 por sir Francis Westmacott. De cara a ella, al otro extremo de la calle de Bedford Place, había una estatua de Charles James Fox en Bloomsbury Square, también realizada por Westmacott.

El parque era uno de sus lugares preferidos, y Rose se había refugiado en él muchas veces a lo largo de los años. Entró por la puerta más cercana, y tras cerrarla a su espalda, empezó a andar por los caminos serpenteantes hacia el centro, mientras la grava crujía bajo sus zapatillas. Volvió a sentir en varias ocasiones la inquietante sensación de que la observaban, pero cuando se paró y miró a su alrededor con suspicacia, no vio ni oyó a nadie. Finalmente, decidió que estaba dejando que su imaginación se desbocara, y apartó la idea de su mente con decisión. Había ido al parque para escapar de sus vagos y hasta el momento insustanciales miedos, no para ahondar en ellos.

Eligió un pequeño claro cubierto de espesa hierba y extendió en el suelo la manta que había llevado consigo, bajo la sombra de un enorme platanero. Después de sentarse, abrió la caja de pinturas y el bloc y pronto estuvo totalmente concentrada en dibujar una acuarela de unas rosas de Provenza.

## Capítulo 6

La trama se complica

Cielos, la trama empieza a complicarse de verdad.

*El ensayo (1663)*

George Villiers, duque de Buckingham.

Lincoln's Inn Fields. Londres, 1850

Lincoln's Inn Fields era la plaza más grande de Londres. Como varias otras de su estilo, había sido diseñada por el arquitecto Inigo Jones durante el siglo diecisiete, y en otros tiempos había sido la zona de moda para la flor y nata de la sociedad. Muchos años atrás, había vivido allí la actriz Nell Gwynne, amante del rey Carlos II, y traidores, religiosos, mártires y duelistas habían muerto bajo los viejos plataneros del centro del parque.

La zona había ido en declive, igual que Bloomsbury, hasta que se había convertido en un lugar plagado de ladrones y criminales de todo tipo al ser un atajo ideal entre Holborn y Strand. En 1735, se había levantado una sólida verja de hierro alrededor del parque para intentar preservarlo, y finalmente se había convertido en una zona frecuentada mayoritariamente por gente de leyes, debido a su proximidad con los juzgados que había en Chancery Lane.

El difunto marido de Delphine Squasher había sido abogado, ya que el matrimonio era lo que más podía acercarla a la práctica del Derecho, teniendo en cuenta que había nacido mujer. Era algo que la había atormentado durante toda su vida, ya que estaba convencida de que habría sido mucho más competente ante un estrado que Jeffrey, su detestado marido (quien se había alegrado de abandonar la vida terrena, ya que suponía escapar de su esposa).

Pero los tribunales no admitían a los miembros del sexo “débil” como integrantes de sus distinguidas salas, así que frustrada pero decidida, la señora Squasher había encontrado una válvula de escape para sus ambiciosas aspiraciones en las obras de caridad. Por desgracia, era tan arrogante, estaba tan cegada con su propia estupidez y tan empeñada en imponer a los demás su escasa educación y sus grandiosas pretensiones intelectuales, que todos sus esfuerzos acababan en estrepitosos fracasos, ya que hacía un grave daño a los desafortunados destinatarios de su actitud pomposa y su malicia.

Sus superiores se habían dado cuenta de ello, y habían ido ignorando con creciente frecuencia todas sus sugerencias y sus opiniones hasta que ella había decidido trabajar como maestra en una escuela para señoritas. También se había mostrado inadecuada para aquel puesto, y al final la habían despedido fulminantemente ante el inmenso alivio de las jóvenes que habían sufrido su tutelaje.

En aquel momento, mientras paseaba de un lado a otro por la sala de estar de su casa en Lincoln's Inn Fields, la señora Squasher se sentía rodeada por completos idiotas, como de costumbre. Todos ellos eran incapaces de entender su extraordinario cerebro y sus inestimables talentos.

—¿Qué quiere decir que lo perdisteis, Onslow? preguntó de nuevo, mientras miraba al hombre en cuestión como si supiera que era el hijo bastardo de una ratera de taberna y de un marinero que había estado en puerto el tiempo justo para engendrarlo.

—Pues eso, señora —Onslow cambió el peso de un pie al otro, consciente de que no había sabido realizar la tarea que ella le había encomendado—. Perdimos al ladrón de vista en Holborn por un segundo... ¡sólo fue un segundo, se lo juro!, así que les preguntamos a dos señoritas si lo habían visto, y ellas nos mandaron hacia Newton Street. Pero cuando Lombard y yo llegamos allí, se había esfumado, así que pensamos que habría dado la vuelta para que le perdiéramos la pista, y que seguramente iba hacia Southwark, o a lo mejor hacia Bermondsey.

—¡Así que eso pensasteis! —dijo la señora Squasher con tono burlón. Su enorme rostro regordete, con sus ojos marrones entornados, su nariz bulbosa y sus mejillas rechonchas, reflejaba su furia—. ¡Vosotros dos no sois lo bastante inteligentes para pensar algo!, ¡las dos muchachas pudieron indicaros una dirección equivocada!

—¿Por qué harían algo así?, no tenían por qué mentir —dijo Lombard, con aparente inocencia. Era el más fuerte y corpulento de los dos, y tenía más experiencia en lidiar con los arranques de furia de su señora.

—Muy bien, podéis marcharos —dijo finalmente la señora Squasher—. ¡Cuanto antes salgáis de mi vista, mejor! Pero espero por vuestro bien que encontréis a ese ladrón, dondequiera que esté, y que recuperéis lo que me robó. ¿Está claro?

—Sí, señora.

Aliviados de poder escapar de allí con tanta rapidez, los dos hombres se apresuraron a marcharse.

Cuando se quedó sola, la señora Squasher se acercó al carrito del té y se sirvió un vaso de licor del botellón de cristal tallado que descansaba sobre una bandeja de plata. Se bebió el whisky de un solo trago, y volvió a dejar el vaso sobre la bandeja con un golpe seco mientras maldecía a Onslow y a Lombard; sin embargo, parecía imposible encontrar buen servicio en aquellos tiempos, así que tendría que conformarse con lo que tenía.

Costara lo que costase, era fundamental localizar al ladrón sin identificar que había entrado con tanto descaro en su casa. No sabía por qué se había llevado el sobre y la carta, aunque sospechaba que el hombre debía de haber reconocido el escudo de armas del sello, y que había decidido chantajear a lord Thornleigh. Si ése era el caso, entonces no se trataba de un simple ladrón, sino de un adversario muy inteligente... alguien que a lo mejor había descubierto de alguna forma el plan que se había puesto en marcha. Si realmente era una pieza en aquel juego... la señora Squasher apretó los labios.

Descubriría la verdad muy pronto y aquel tipo desearía no haberse metido en aquel asunto, pero antes de nada, tenía que recuperar lo que le había robado. El sobre y su contenido eran su seguro, porque a pesar de que estaba bastante encariñada con lord Thornleigh, su instinto le decía que no era un hombre de fiar.

## Capítulo 7

### El espía del parque

La doncella siguió sin inmutarse. Sin embargo, observé dónde caía el dardo: sobre una pequeña flor de Occidente, antes blanca como la leche, que se había vuelto púrpura por la herida del amor.

*El sueño de una noche de verano (1595 – 1596)*

William Shakespeare.

Russell Square. Londres, Inglaterra, 1850

Absorta en la acuarela de rosas de Provenza que iba tomando forma en la página del bloc, Rose no tardó en dejar atrás todas sus preocupaciones, tal y como había esperado. Había elegido acuarelas en vez de óleos porque exigían concentración y rapidez; era necesario capturar la imagen antes de que la pintura se secara, así que tenía poco margen de error y no podía permitirse el lujo de perderse en divagaciones.

El plan funcionó al principio, y todo lo que la rodeaba pasó a un segundo plano. Sólo era vagamente consciente del piar de los pájaros, del ruido de las ardillas en los árboles, del croar de las ranas y del canto de los saltamontes en los lechos de flores; sin embargo, al cabo de unos veinte minutos, cuando su dibujo estaba casi acabado, fue tomando consciencia de un sonido que al principio le pareció tan sólo el viento soplando entremedio de las ramas de los árboles, pero que finalmente consiguió romper su concentración.

Dejó el pincel en la paleta, y miró a su alrededor con curiosidad mientras se limpiaba las manos en un trozo de tela, sintiéndose perpleja y un poco inquieta. Cuando se levantó una ligera brisa que provocó el susurro de las hojas y las ramas y meció suavemente las flores, se esforzó por convencerse de que aquello era lo que había oído.

De repente, estalló un tremendo alboroto detrás de unos árboles cercanos, y Rose se levantó de golpe con una exclamación ahogada. Los pájaros que habían estado posados en las ramas hasta ese momento emprendieron el vuelo con un escandaloso griterío, y un conejo salió corriendo de los matorrales a una velocidad increíble.

Ante los ojos atónitos de Rose, de los arbustos empezaron a salir muchachos a trompicones, algunos rodando por el suelo y otros volando por los aires, entre exclamaciones como «¡Agárralo!», o «¡No dejes que se escape!», y gruñidos y gemidos de dolor. En un barullo de brazos, puños y piernas, estaban dándole una buena tunda a un atónito y apabullado oponente... aunque en su empeño, también se daban algún que otro puñetazo entre ellos por error.

—Oh, Dios mío —susurró ella, al reconocer a los chicos. Sus ojos se abrieron como platos al darse cuenta de que el hombre al que se enfrentaban era el mismísimo

desconocido que le había dado el sobre con la carta—. ¡Parad! ¡Por favor, parad! — exclamó, mientras corría hacia ellos para intentar detenerlos.

—¡Brock, ten cuidado, pedazo de idiota! —gritó Burke, el artista de Covent Garden—. ¡Por poco le das a la señorita Windermere!

—¡Perdone, señorita! —le dijo por encima del hombro Brock, el aprendiz del carnicero, antes de volver a lanzarse de cabeza a la batalla campal, con el delantal ensangrentado agitándose enloquecido.

Al final, la pelea se detuvo cuando el agente Dreiling llegó tocando el silbato y se metió hasta las rodillas en la refriega, y Nick y Victor, los hijos del panadero y del pescadero, recobraron la cordura y empezaron a separar a los combatientes. Los muchachos se fueron tranquilizando mientras jadeaban intentando recobrar el aliento, comprobaban sus heridas y refunfuñaban por el fin de la diversión. El desconocido permaneció tirado en el suelo, gimiendo; obviamente, era el que había salido peor parado de la escaramuza, aunque se había defendido extraordinariamente bien dadas las circunstancias.

Rose corrió hacia él, y se arrodilló a su lado para ver si estaba inconsciente. Tenía miedo de que hubiera resultado gravemente herido, y se sentía culpable por lo sucedido; estaba claro que Bobby y Leddy se habían tomado su preocupación muy en serio, y que habían decidido reclutar a sus amigos para protegerla.

—¡Jo, creo que tengo la nariz rota! —Jake, cuyo padre tenía una caballeriza con carruajes de alquiler en Long Acre, se tocó la nariz ensangrentada con cuidado, intentando averiguar si aún seguía estando recta—. ¿Quién ha sido el que me ha dado el puñetazo?

—¡Ha sido Leddy! —exclamó Bobby, el ladronzuelo, mientras señalaba con el dedo al repartidor del periódico.

—¡No es verdad! —protestó Leddy, con los ojos llenos de asombro por aquella falsa acusación—. Ha sido Chandon, ya sabéis lo loco que se pone en las peleas.

El muchacho en cuestión, que trabajaba en los muelles descargando barcazas, se limitó a cruzarse de brazos y a sonreír abiertamente. Era un chico duro y fuerte lleno de tatuajes, a quien le encantaba pelear, y se había escapado de su casa a una edad muy temprana para buscarse la vida.

—Será una suerte para ti si la tienes rota, eras demasiado guapito —le dijo a su amigo con descaro.

—¡Oye, tú...! —empezó a decir Jake, levantando un puño en un gesto amenazador.

—¡Vamos, dejadlo ya! —intervino el agente Dreiling.

Aunque era poco mayor que ellos, el agente les lanzó a los dos muchachos una mirada cargada de autoridad, y agarró a Jake antes de que volvieran a enzarzarse en una pelea. Blandió amenazadoramente la porra que llevaba en la otra mano, y añadió:

—¡Portaos bien, si no queréis que os dé un buen porrazo en la cabeza! Sabéis que no me gusta tener problemas en mi guardia, porque entonces tengo que tomar notas

y rellenar un montón de papeleo. ¿De qué va todo esto?, ¿por qué os habéis liado a golpes con este pobre extranjero?

— ¡Porque ha estado siguiendo a la señorita Windermere, para espiarla! — exclamó Chris, el joven vendedor de empanadas—. ¡Leddy y Bobby lo han visto!

— Sí, es verdad — confirmó Jordan, el hijo de un agricultor que vendía sus productos en el mercado—. Leddy y Bobby nos dijeron que el tipo quería hacerle daño a la señorita, y no podíamos permitirlo, ¿verdad? La conocemos desde hace años, ¡es nuestra amiga! Así que cuando Joey llegó hace un rato con su velocípedo y nos contó el plan, todos quisimos ayudar.

— Yo sólo quería... hablar con ella. Se lo aseguro, agente... no pretendía... hacerle ningún daño — jadeó Hugo.

Tenía una mano sobre las costillas, y sospechaba que alguna podía estar fracturada, o incluso rota. Nunca, ni en sus sueños más disparatados, se había imaginado que pudiera ocurrir algo así cuando intentara recuperar la carta que le había dado a Rose. El ataque de aquellos chicos le había tomado completamente por sorpresa.

— ¡Estuvo a punto de tirarla al suelo el otro día! — lo acusó Victor, fulminándolo con la mirada.

— Sí, y por su culpa se le cayó la empanada que acababa de comprar. ¡Tiene suerte de que no le haya hecho picadillo! — dijo Brock.

— ¿Por qué está siguiéndola y espiándola, *signore*? — le preguntó Joey, el hijo del propietario de la tienda de aparatos de locomoción, mientras se cernía sobre Hugo con actitud amenazadora—. Será mejor que nos diga la verdad, porque le advierto que pertenezco a una sociedad secreta de asesinos italianos... ¡y sabemos cómo tratar a los tipos como usted! — gorgoteando teatralmente, cruzó una mano por delante de su cuello, como si lo estuviera rajando.

— Oye, Joey, si es una sociedad tan secreta, ¿por qué estás presumiendo siempre de ella? — el agente Dreiling se acarició el bigote con gesto distraído, mientras valoraba la situación. Finalmente, le dijo a Hugo—: Señor, conteste a su pregunta. Aquí en Inglaterra no nos gustan nada los espías, sobre todo los que acosan a las señoras como un tigre a su presa.

— ¡El pobre hombre está demasiado dolorido para que lo interroguéis! — Rose se sacó un pañuelo del bolsillo, y lo pasó con cuidado por el labio cortado del desconocido para limpiarle la sangre—. Ayudadme a levantarlo, lo llevaremos a la casa de mi padre.

— No, de verdad que... — empezó a protestar Hugo.

— Señor, por favor, no pienso admitir ninguna objeción — insistió Rose con firmeza—. Está herido por mi culpa. Cuando les confié mis temores a Leddy y a Bobby, y les confesé que me sentía observada, no imaginé que algo así pudiera suceder.

— Es afortunada de... tener una banda... de admiradores tan incondicionales, ¿señorita...? Lo siento, pero con todo este alboroto... no creo haber oído... su nombre

—Hugo no sabía si se había quedado sin aliento por el dolor de las costillas, o por aquellos ojos verdes que lo observaban con tanta dulzura y preocupación.

—Windermere. Rose Windermere.

Bajo sus cejas oscuras, los ojos del hombre eran tan negros como Rose recordaba, y su rostro atractivo era duro y finamente cincelado. Como las de tantos otros que llegaban a Inglaterra desde la India, sus facciones eran una mezcla de rasgos europeos y asiáticos, y estaban enmarcadas por su cabello negro.

Mientras lo contemplaba, Rose sintió que la recorría una extraña sensación, una mezcla de familiaridad, anhelo y dolor, porque aquel hombre le recordaba todo lo que había dejado atrás en el país que la había visto nacer: las agrestes montañas que se erigían en la distancia, montando guardia sobre Delhi, y las amplias llanuras en las que se levantaba la ciudad, que se extendían a lo largo del río sagrado Yamuna.

Incluso allí, en medio de Londres, a Rose le pareció que podía captar el olor del agua del río, que nacía en un lago glacial de las montañas del Himalaya; le pareció que podía ver los juncos dorados, altos y esbeltos que poblaban sus orillas, y oír los gritos agudos de los flamencos que paseaban y pescaban entre ellos. Rose sabía que, más allá de Delhi, el Yamuna se unía al Ganges en un lugar sagrado, y siempre había deseado ir a visitarlo.

—Por favor, señor. No puedo evitar sentirme culpable por lo que le ha sucedido, así que le ruego que me permita resarcirle llevándolo a la casa de mi padre. Está justo al otro lado de la calle, y una vez allí, podré pedir que venga un médico si es necesario.

Cuando Hugo asintió finalmente sin decir palabra, el agente Dreiling y varios de los muchachos le ayudaron a ponerse en pie y a cruzar la calle, mientras el resto de los chicos los seguían con las pinturas y el resto de pertrechos de Rose. Aunque anteriormente todos ellos se habían sentido satisfechos por el éxito de su misión, su entusiasmo se había apagado considerablemente, ya que eran conscientes de que quizás habían herido de gravedad al desconocido en su celo por ayudar a Rose, y que era posible que el agente Dreiling los arrestara.

Cuando la pequeña procesión llegó a la puerta principal de la casa, Rose les agradeció a todos su interés por ayudarla, y les pidió que volvieran a sus respectivos trabajos para que su ausencia no les causara problemas.

—Señor, ¿desea usted presentar cargos contra ellos? —le preguntó a Hugo el policía.

—No, su intención era honorable —contestó él—. Estaban cuidando de una amiga.

Cuando los muchachos se marcharon, Rose le pidió al agente que por favor se encargara de que alguien fuera a buscar al doctor Haverham, y después condujo a Hugo al interior de la casa; sin embargo, al llegar al saloncito se detuvo en seco, ya que Jasmine y el profesor Prosser estaban sentados en el sofá, obviamente incómodos.

Los dos se levantaron de inmediato ante la inesperada intromisión, y aunque por distintas razones, ambos se sintieron consternados al ver al hombre que se apoyaba en Rose.

—Jasmine, profesor Prosser, este caballero ha sido atacado en el parque y está herido. ¿Podéis ayudarme a tumbarlo en el sofá?

—Mi querida señorita Windermere, entiendo perfectamente la bondad innata que la ha impulsado a socorrer a este caballero, pero ¿cree que es prudente invitar a un completo desconocido a la casa de su padre? Lo digo sin ánimo de ofender, señor — dijo el profesor, mientras se apresuraba a ir junto a Rose con una actitud posesiva que hizo que ella se sonrojara de vergüenza e indignación.

—No se preocupe — consiguió decir Hugo, con los dientes apretados a causa del dolor que sentía—. Sin embargo, debo decir que no soy un completo desconocido para estas dos señoritas. Permita que me presente: soy Raj Khanna, y aunque procedo de la India, actualmente vivo en Harley Street.

Por una cuestión de prudencia, Hugo se presentó con el alias que había adoptado en la India y sacó una tarjeta de presentación del bolsillo, sin saber que a Rose se le acababa de caer el alma a los pies. Al oír su nombre y verlo escrito en la tarjeta que él le entregó al profesor, Rose sintió que recorría su cuerpo una oleada de angustia insoportable, y se dio cuenta de que, a pesar de todo, por muy absurdo e inútil que pareciera, había albergado una pequeña esperanza de que el desconocido fuera su querido Hugo.

Pero era algo imposible, por supuesto, y no sabía qué había hecho que creyera que podía producirse aquel milagro; aun así, mientras ayudaba a llevar al hombre hasta el sofá, bajó ligeramente la cabeza y parpadeó intentando contener las lágrimas, rezando para que los demás no notaran su desazón.

—Debo ir a hablar con la señorita Candlish, nuestra ama de llaves — murmuró, cuando el paciente estuvo cómodamente instalado—. Tengo que explicarle por qué he hecho llamar al doctor Haverham, para que el resto de la familia no se preocupe. Sólo tardaré un momento. Jasmine, ¿puedes acompañarme? Profesor, si fuera usted tan amable de hacerle compañía al señor Khanna...

—Por supuesto, señorita Windermere. Pero después, ¿podría dedicarme unos minutos de su tiempo? He venido a visitarla, como de costumbre, y he lamentado muchísimo no encontrarla en casa. Por supuesto, la señorita Jasmine es una compañía muy agradable — dijo, con una pequeña inclinación de cabeza hacia la hermana en cuestión—, al igual que sus otras hermanas y sus padres. La señorita Jasmine me informó de que el resto de la familia estaba fuera con excepción de su madre, que está reposando en su habitación, pero es a usted a quien deseaba ver con particular interés — añadió, mientras la contemplaba desde detrás de sus enormes gafas.

Rose pensó que parecía un búho desmesurado y curioso, y no supo si reír o llorar.

—Por supuesto, señor. Pero antes, debo ocuparme del bienestar del señor Khanna.

Poco después, las dos hermanas volvieron al saloncito cargadas con toallas limpias, una palangana de agua caliente, una botella de antiséptico, vendas y otros artículos que podían necesitar para tratar las heridas del paciente. Aparentemente, el daño se limitaba a cortes y magulladuras, pero Rose se había dado cuenta de que el hombre se llevaba la mano con frecuencia a un lado del torso, y temía que se hubiera roto alguna costilla. En todo caso, eso era algo que tendría que verificar el doctor Haverham.

— Señor Khanna, por favor, no intente levantarse —le dijo, cuando él hizo ademán de incorporarse al verlas entrar—. Es obvio que no está en las mejores condiciones y, dadas las circunstancias, no es necesario que nos andemos con ceremonias, así que deje que intentemos determinar el alcance de sus heridas.

Hugo no estaba acostumbrado a que una mujer se preocupara por él y lo cuidara, así que le resultó muy extraño tener a dos lavándole las manos y la cara, y limpiando la sangre y la arena de sus heridas. Él estaba acostumbrado a cuidar de sí mismo, con la sola excepción de Mayur Singh. En circunstancias normales, después de recibir una tunda así se las habría arreglado para alquilar un carruaje que lo llevara de vuelta a su casa. No le gustaba nada estar tan indefenso, y mucho menos permanecer así ante otras personas, así que no podía entender por qué había dejado que lo llevaran a la casa de los Windermere. Seguramente lo había impulsado la esperanza de recuperar el sobre y la carta.

Sin embargo, Hugo sabía que aquélla no era toda la verdad. Había varias razones por las que había permitido que lo llevaran hasta allí... y una de las principales era que anhelaba saber todo lo posible sobre Rose. En ese momento, mientras ella se inclinaba junto a él intentando establecer la gravedad de las magulladuras de su rostro, Hugo notó el aroma embriagador de su perfume de rosas mezclado con la suave fragancia de su cabello, y sintió que regresaba a su infancia y a Chandni Chowk. El recuerdo de Rose en la calle principal, con su aspecto de hada y el tórrido sol bañando su melena rubia, estaba grabado a fuego en su memoria para siempre.

Podría haberse quedado mirándola eternamente en el parque, incluso haber hecho un retrato de ella pintando las rosas de Provenza, pero sabía que sólo habría conseguido crear una pálida imitación como mucho, que no habría podido capturar la verdadera esencia de su ser. Parecía tan esquiva y etérea como una reina de las hadas, procedente de algún mítico lugar bañado por la luz del sol y por las aguas del mar.

— Señor Khanna, me está usted mirando fijamente —le dijo ella con suavidad—. He intentado ser lo más cuidadosa posible, pero si le he hecho daño...

— No, no es eso, discúlpeme. Lo que pasa es que sus ojos... su color me recuerda a las verdes colinas de la India, mi tierra natal.

— Entiendo —Rose sonrió, y añadió—: Tomaré sus palabras como un cumplido, señor Khanna, porque mis hermanas y yo nacimos en la India, y vivimos allí durante unos años antes de venir a Inglaterra. En ocasiones, aún echo de menos aquel país. ¿Siente usted nostalgia a menudo?

— A veces, pero Inglaterra es ahora mi hogar.

No hubo tiempo de añadir nada más sobre el tema, ya que justo en aquel momento llegó el doctor Haverham acompañado del ama de llaves. Después de las presentaciones de rigor, las dos hermanas y el profesor Prosser se apartaron a un lado con discreción para que el médico pudiera disfrutar de algo de intimidad con su paciente.

El profesor Prosser se apresuró a insistir en que Rose le dedicara unos minutos de su tiempo, e incapaz de encontrar la manera de rechazar amablemente su petición, ella lo condujo a la biblioteca. Con ironía velada, Jasmine anunció que tenía varias tareas pendientes y consiguió escapar.

Afortunadamente, el profesor no tardó demasiado en comenzar una de sus entusiastas charlas, como si Rose fuera su alumna, así que ella pudo limitarse a escuchar a medias, como siempre, y a intercalar algún comentario de vez en cuando. Aun así, se sintió aliviada de poder poner fin poco después a sus explicaciones, con la excusa de tener que comprobar cómo estaba el paciente.

— Por supuesto, señorita Windermere — dijo él, de mala gana —. Pero no acabo de entender por qué ha traído aquí al señor Khanna; aunque lo conozca, lo más oportuno habría sido dejar que el agente Dreiling se hiciera cargo de la situación.

— Señor, mi conciencia me habría dictado que le prestara ayuda a cualquiera en unas circunstancias tan desafortunadas, y como es cierto que conozco al señor Khanna, aunque de forma muy superficial, habría sido poco caritativo de mi parte dejar su cuidado en manos de otra persona. Estoy segura de que usted lo entenderá y compartirá mi opinión.

— Bueno, por supuesto, visto en esos términos...

— Y ahora, profesor, confío en que también entenderá que me despida de usted, ya que debo hacer los arreglos necesarios para que el señor Khanna sea trasladado a su residencia, si está en condiciones de moverse. Además, hay otros asuntos que también reclaman mi atención.

— Naturalmente. Entonces permita que le diga *adieu*, esperaré con ansia la ocasión de poder visitarla de nuevo.

Después de cerrar con firmeza y alivio la puerta principal tras el profesor Prosser, Rose subió a la habitación que compartía con Jasmine en busca del sobre del señor Khanna; sin embargo, al sacarlo del compartimiento secreto donde lo había guardado, reflexionó sobre el hecho de que en realidad no le pertenecía a él, sino a la persona a quien se lo había enviado lord Thornleigh.

Por un momento, se preguntó si lo mejor era contactar con el conde, pero entonces se recordó a sí misma que sólo se trataba de los planes de una fuga, y que no quería tener nada que ver en aquel asunto. Al final razonó que, como el señor Khanna había estado en posesión del sobre, debía de contar con la aprobación de lord Thornleigh.

— ¿Vas a darle el sobre al señor Khanna? — le preguntó Jasmine, al entrar en la habitación y ver lo que estaba haciendo su hermana.

— Sí, supongo que será lo mejor, ¿no crees?

—Por supuesto —dijo Jasmine—. Parece una persona decente, justo el tipo de hombre a quien se le puede confiar un secreto, así que no me extraña que lord Thornleigh lo empleara como intermediario.

—Sí, supongo que tienes razón —Rose cerró el compartimiento secreto, y se guardó el sobre en un bolsillo del vestido.

Jasmine y ella bajaron las escaleras, y al llegar al saloncito llamaron a la puerta y esperaron a que les indicaran que podían entrar. El doctor Haverham había terminado con el reconocimiento, y el señor Khanna se estaba poniendo con cierto esfuerzo la chaqueta.

—Señorita Windermere, señorita Jasmine, les alegrará saber que, aparte de los obvios cortes y magulladuras, el señor Khanna sólo tiene varias costillas magulladas —les dijo el médico, mientras empezaba a meter sus instrumentos en la bolsa negra que siempre llevaba consigo—. Se las he vendado, y no tardarán en curarse.

—Me alivia oír eso, doctor —comentó Rose.

El médico les dijo que no hacía falta que lo acompañaran a la puerta, y se fue justo cuando la señorita Candlish apareció con el carrito del té. Cuando habían llegado del parque, Rose le había pedido que lo fuera preparando.

—Señor Khanna, pensé que quizás tendría hambre después de tan dura experiencia —Rose tomó la tetera de porcelana y le sirvió una taza, y después le preparó un plato del surtido de sándwiches, pasteles y tartas que la cocinera había preparado—. Una taza de té me pareció lo mínimo para resarcirle.

—Ya ha hecho más que suficiente, señorita Windermere —le dijo Hugo con expresión muy seria, mientras aceptaba la taza y el plato que ella le ofrecía—. De hecho, no puedo agradecerles lo suficiente a su hermana y a usted lo que han hecho por mí. Estoy en deuda con ustedes, así que si alguna vez puedo servirles de alguna ayuda, espero que me lo hagan saber.

—Es usted muy amable, señor Khanna —Rose tomó un sorbo de té, y después dejó la taza sobre el platito a juego—. Aunque nuestros caminos ya se han cruzado en dos ocasiones en circunstancias nada halagüeñas, espero que podamos enderezar la situación, así que permítame que lo tranquilice: aún tengo el sobre que me entregó. Supongo que deseará que se lo devuelva, y créame que estoy más que encantada de hacerlo. Sólo tenía que pedírmelo, no era necesario que me siguiera y me espiera.

—Por favor, reciba mis más sinceras disculpas por ello —dijo Hugo con rigidez, al darse cuenta de que la había ofendido y quizás incluso asustado.

Se dijo que tendría que haber seguido su impulso inicial. Había pensado en presentarse ante los Windermere con su verdadera identidad, explicarles todo lo que había sucedido y pedirles ayuda, pero no lo había hecho por miedo a que dudaran de su historia, que le creyeran un impostor y, en el peor de los casos, que se pusieran en contacto con sir James. Además, no había querido que Rose se viera involucrada en todo aquel asunto, ya que entonces estaría expuesta a un peligro potencial. Al final, había decidido que lo mejor era observar durante unos días a los Windermere desde una distancia prudencial, en especial a Rose, para determinar el camino a seguir.

—El... sobre y la carta que contiene tienen un gran valor para mí —siguió diciendo lentamente—, y existía el riesgo de que me hubiera... equivocado al juzgarla, aunque ahora me doy cuenta de que no fue así. Le agradezco muchísimo todo lo que ha hecho, señorita Windermere. No tenía derecho a involucrarla en mis asuntos, y el único culpable de lo sucedido soy yo. Es usted muy afortunada de tener unos amigos como los jóvenes que acudieron a defenderla.

—A la mayoría de la gente le parecería extraño y poco apropiado que yo tenga amigos como ellos, señor Khanna.

—Yo no soy como la mayoría de la gente, y un solo amigo de verdad vale más que cien de los que afirman serlo pero que desaparecen cuando se los necesita.

—Estoy completamente de acuerdo —Rose se sacó el sobre del bolsillo, y añadió— : Aquí lo tiene. Confío en que lo encontrará tal y como me lo dio.

—No tengo la menor duda —Hugo se lo metió en un bolsillo de la chaqueta sin apenas mirarlo, ya que no quería ofenderla parándose a comprobar que realmente estaba todo en orden—. Señorita Windermere, a riesgo de parecer insolente... ¿me permite preguntarle si su hermana y usted han leído la carta que hay en el interior del sobre?

—Me temo que sí —admitió Rose, un poco sonrojada—. Pero le prometo que no lo hicimos con mala intención. Como aquel día en Holborn le perseguían dos hombres de aspecto más que indeseable, temimos que usted nos hubiera involucrado en algo que pudiera poner en peligro a nuestra familia. Aunque Jasmine les indicó, deliberadamente, una dirección equivocada a sus perseguidores, no sabíamos si volveríamos a verlo, así que decidimos que lo más sensato era examinar el sobre y su contenido.

—Sí, por supuesto. En su lugar, yo habría hecho lo mismo —tuvo que admitir Hugo.

—Sin embargo, cuando descubrimos que el asunto no era más que la fuga de unos enamorados... y por supuesto, puede contar con toda nuestra discreción al respecto... nos sentimos más tranquilas. Seguramente no habríamos vuelto a pensar más en el tema, si usted no hubiera empezado a seguirme a todas partes. Yo no alcancé a verlo con claridad, por supuesto, pero imagino que Bobby sí que lo consiguió; él... vive en las calles, así que es muy astuto. Sé que le sonará un poco raro, pero... noté su presencia, sentí que me vigilaban.

—Ya veo.

Hugo sintió un gran alivio al saber que Rose no había conseguido verlo, que en realidad había sido un muchacho con ojos de lince quien lo había descubierto y había organizado el plan que había conseguido atraparlo, ya que de no ser así, habría empezado a cuestionarse las habilidades que había aprendido a lo largo de muchos años en la India. Aun así, los engranajes de su cerebro empezaron a funcionar a toda velocidad mientras valoraba la situación... cuánto tenía que revelar, si realmente tenía que revelar algo, sobre sus sospechas en relación con el juego mortal en el que había entrado a formar parte.

—No fue mi intención asustarla al seguirla, pero como ya le he comentado antes, el sobre y la carta son muy valiosos para mí. Señorita Windermere, señorita Jasmine, no quiero alarmarlas, pero... los dos hombres que me perseguían aquel día eran realmente unos indeseables. Si alguna de ustedes dos, o cualquiera de esos chicos que obviamente les son tan devotos, volviera a verlos, o si intentaran importunarlas de alguna forma, les ruego que me informen de ello. De hecho, permítanme que insista: si necesitan alguna vez mi ayuda por cualquier razón, no duden en contactar conmigo, por favor —Hugo le dio a Rose una de sus tarjetas blancas de visita con elegantes letras negras, y añadió—: Ahí tienen mi dirección. En caso de necesidad, también pueden contar con mi criado, en quien pueden confiar sin reparos. Se llama... Mahout.

Hugo se dijo que aquello no era completamente mentira. Además, puesto que antes había tenido que presentarse como Raj Khanna debido a la presencia del profesor Prosser, aquél no era el momento de revelar súbitamente su verdadera identidad y explicar la misión en busca de venganza en la que se había embarcado.

—Gracias, señor Khanna.

—Por favor, señorita Windermere, no me lo agradezca. Estoy en deuda con usted. Pero ha sido un día bastante largo y empiezo a sentirme algo cansado, así que será mejor que me vaya —tras dejar la taza y el plato cuidadosamente a un lado, Hugo se levantó y añadió—: por favor, dígame a su cocinera que el té estaba delicioso.

—La señora Beasley se alegrará de oírlo, señor. No solemos recibir demasiadas visitas, así que me temo que se le presentan pocas oportunidades de demostrar su talento culinario.

Rose y Jasmine acompañaron a Hugo a la puerta, pero se horrorizaron al ver que cojeaba un poco a causa de la paliza que había recibido, y de inmediato insistieron en que se llevara uno de los bastones del coronel. Entonces, con mucho tacto, Jasmine se despidió y desapareció escaleras arriba.

—¿Quiere que envíe a una de las doncellas a por un carruaje de alquiler o un coche de punto, señor Khanna? —le preguntó Rose, con el ceño ligeramente fruncido. Le preocupaba que él no pudiera arreglárselas, ni siquiera con la ayuda del bastón.

—No. Le agradezco el ofrecimiento, pero un pequeño paseo hasta que consiga un carruaje me vendrá bien. Si no hago algo de ejercicio, me temo que se me entumecerán los músculos.

—Como quiera —Rose extendió una mano con educación, y añadió—: Que tenga un buen día, señor Khanna. Aunque no fuera en las mejores circunstancias, no lamento haberlo conocido, porque me ha hecho recordar la tierra donde nací y todo lo que amé allí.

—A pesar de las circunstancias, yo también he disfrutado de su compañía, señorita Windermere —Hugo tomó su mano, y se inclinó respetuosamente sobre ella—. Espero que volvamos a vernos.

## *LIBRO SEGUNDO*

Las dos mitades de la moneda

Os veo como galgos tirando de la correa, listos para echar a correr. El juego ha empezado.

William Shakespeare.  
*Enrique V (1598 – 1600)*

## Capítulo 8

Una historia contada

¿Qué es la vida? Un frenesí. ¿Qué es la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción.

*La vida es sueño (1635)*

Pedro Calderón de la Barca.

Russell Square y Harley Street.

Londres, Inglaterra, 1850

Después de que el hombre al que conocía como Raj Khanna se marchara, Rose permaneció en el recibidor durante largo rato, pensando en todo lo que había ocurrido. La mano que él había tomado en la suya aún irradiaba el calor del contacto, y la apretó contra su pecho mientras la cubría con la otra mano. No entendía por qué, pero se sentía extraña, acalorada, entusiasmada y asustada, como si ese día su vida hubiera sufrido un giro radical... aunque era una idea descabellada, por supuesto.

– Señorita Windermere, ¿se ha ido ya el caballero?, ¿puedo retirar el carrito del té? – le preguntó la señorita Candlish.

– Sí, por favor.

Rose se recompuso y se apresuró a subir a su habitación. Tal y como había esperado, Jasmine estaba esperándola allí.

– Jasmine, ¿dónde está todo el mundo? Apenas podía creer que tuviéramos el saloncito para nosotras solas mientras estaba aquí el señor Khanna, y que no aparecieran todas nuestras hermanas con un montón de preguntas.

– No creas que es por falta de curiosidad. Cuando te fuiste al parque, decidieron aprovechar el buen día que hace y dar un paseo hasta el bazar del Panteón. Lily quería comprar unas flores y unos lazos para hacer arreglos en un sombrero, y las demás la acompañaron por si encontraban alguna buena oferta. Papá se fue a su club, y mamá se retiró a su habitación a leer, pero se quedó dormida en su diván; en resumidas cuentas, sólo la servidumbre sabe que el señor Khanna ha estado aquí.

Además de la señorita Candlish, la señora Beasley y Polly, la criada, había dos doncellas: Hannah y Nancy.

– Parecería muy extraño que les pidiéramos que no informaran a nadie de lo sucedido, así que si nos preguntan, creo que deberíamos decir simplemente que el señor Khanna fue atacado en el parque mientras yo estaba allí, sin añadir nada más – dijo Rose.

– Sí, tienes razón. Oh, Rose, te gusta ese hombre, ¿verdad?

– ¿Es tan obvio?

—Sólo para mí, porque te conozco muy bien.

—Sí, me gusta... y mucho. Aun así, lo cierto es que sabemos muy poco de él, y aunque parece respetable, va bien vestido y sus modales son impecables, a veces las apariencias engañan.

—Pero no dudó en darte su tarjeta, en la que aparece su dirección —comentó Jasmine—. ¿Te ha pedido permiso para visitarte?

—No, aunque ha dicho que espera que volvamos a vernos.

—Bueno, eso suena prometedor... y además, también se ha ofrecido a ayudarnos en caso de necesidad. Creo que eso habla bien de él.

—Sí, es cierto —dijo Rose—. Pero a pesar de lo mucho que he disfrutado de su compañía, no me atrevo a albergar la esperanza de que esté interesado en mí. Nuestro primer encuentro fue totalmente fortuito, y el segundo el resultado de un plan alocado de los muchachos de la vecindad.

—Tenían buena intención, Rose.

—Ya lo sé, pero podrían haberle hecho daño de verdad al señor Khanna, incluso haberlo matado. ¿Qué habría pasado si él hubiera decidido presentar cargos contra ellos?, ¿si hubiera insistido en que el agente Dreiling los arrestara? Podrían haber acabado en la cárcel.

—Estoy segura de que esa posibilidad ni siquiera se les ocurrió; al fin y al cabo, son jóvenes e impulsivos. Sé que probablemente lo que voy a decir no está bien, pero lo cierto es que creo que su preocupación por ti es muy dulce y conmovedora. Por favor, Rose, no seas demasiado dura con ellos... ¡si las circunstancias hubieran sido diferentes, podrían haberte salvado la vida!

Rose y Jasmine no podían saber que, justo en aquel momento, Hugo estaba pensando exactamente lo mismo.

Con la ayuda del bastón del coronel, se las había arreglado para ir hasta Upper Montague Street, donde consiguió encontrar un coche de punto libre. Después de hacer que se parara, se subió y le dio su dirección al conductor, mientras ignoraba estoicamente la mirada de desaprobación que el hombre le lanzó.

Aunque Hugo aún no se había visto en un espejo, sabía que debía de tener un aspecto desastroso, y que seguramente parecía que acababa de participar en una pelea de taberna. Pero como pocas veces le importaba lo que pensarán de él los demás, no le prestó la más mínima atención al desdén del conductor. El caballo gris que tiraba del vehículo se puso en marcha obedientemente en cuanto su amo le dio la orden e hizo restallar las riendas, y pronto estuvieron camino de Harley Street.

Hugo se recostó en el asiento, y cerró los ojos con cansancio. Aunque les había ocultado al doctor Haverham y a las hermanas Windermere lo dolorido que estaba en realidad, y lo único que quería era descansar, su cabeza se negaba a permitirle ese lujo, ya que era un remolino de pensamientos, imágenes y recuerdos... y Rose era el centro de todos ellos.

Era obvio que existía un vínculo entre ellos, por eso Rose había notado que la estaba espiando, aunque no había conseguido verlo. A pesar de la paliza que le habían dado, Hugo sentía un profundo agradecimiento hacia los muchachos que habían ejercido de ángeles guardianes para ella. Ellos no habían tenido manera de saber que él no quería hacerle ningún daño a Rose, y si las circunstancias hubieran sido diferentes, podrían haberle salvado la vida. Eso lo tranquilizaba bastante, al igual que el hecho de que ni su hermana Jasmine ni ella hubieran entendido la verdadera importancia del sobre y de la carta que contenía. Era mucho mejor para ellas que no lo supieran; además, después de pasar un rato con ellas, estaba convencido de que podía confiar en su total discreción.

La súbita sacudida del coche de punto al detenerse arrancó a Hugo de sus reflexiones, y después de pagar al conductor, sacó su llave y entró en su casa.

— ¡Por todos los dioses! ¿Qué le ha pasado, *sahib*?

— Mahud, he tenido la gran desgracia de ser aporreado y vencido por un puñado de muchachos muy listos.

— ¿Le ha acorralado una banda de delincuentes?

— No, no pretendían robarme, sólo dejarme un par de cosas claras... te lo contaré todo, amigo mío, te aseguro que es una historia que te va a encantar.

— De acuerdo, señor. Apóyese en mí, ¿ha comido algo?

— Sí, he tomado un té excelente en una compañía igual de excepcional, así que no tengo prisa por cenar.

El estudio de la casa de Hugo estaba decorado con una mezcla armoniosa de muebles y accesorios tanto ingleses como indios. Había varias estanterías de madera tallada llenas de libros, un armario, un aparador y un escritorio de madera negra como el ébano, que conjuntaba con la repisa de la chimenea. También había una mezcla de sillones de cuero y tapizados, y varias mesas y grandes plantas distribuidas por toda la habitación. Un biombo se levantaba en una de las esquinas, y de las ventanas colgaban gruesas cortinas de terciopelo para mantener a raya el frío clima inglés. El suelo estaba cubierto por una mullida alfombra oriental, sobre la que descansaba la piel de un tigre de bengala. El animal había matado a varias personas, y Hugo había acabado con él en una cacería en la India. En las paredes había una impresionante selección de obras de arte.

Hugo se sentó en uno de sus cómodos sillones de cuero marrón, y apoyó la pierna herida en una otomana. Durante la pelea en el parque se había torcido el tobillo, probablemente cuando había intentado escapar a rastras. La pierna también había recibido varias fuertes patadas.

— Mahud, prepara un par de bebidas — Hugo abrió una caja ornamentada que había sobre la mesa que tenía al lado, y sacó uno de sus puros. Tras encenderlo, tomó una bocanada y expulsó el aire lentamente. finalmente, añadió —: Después, te contaré mi historia.

## Capítulo 9

En un páramo lejano

Es raro que se reúna gente que se dedica al mismo negocio, aunque sea para disfrutar y pasarlo bien, y que la conversación no termine en una conspiración contra el público.

*La riqueza de las naciones (1776)*

Adam Smith.

Drayton Hall. Dartmoor, Inglaterra, 1850

Aunque el sol del atardecer resplandecía con un brillo anaranjado sobre Londres, muy lejos de allí, en Dartmoor, brillaba con una luz pálida y enfermiza que apenas lograba penetrar las nubes de tormenta que cubrían el cielo. Aquella mañana sólo había caído una fina llovizna, pero en ese momento la lluvia caía con fuerza y empapaba los páramos. Los brezos, la retama y los helechos se encorvaban bajo el aguacero, e incluso las aisladas cimas que se levantaban como gigantes sobre la tierra parecían estremecerse. Las formaciones graníticas se extendían como dedos hacia el cielo, y entre sus nudillos pétreos corrían las verdes venas de la maleza.

Las turberas, que eran peligrosas en el mejor de los casos, eran aún más traicioneras bajo la lluvia y la luz mortecina, y los rebaños y los animales que recorrían los páramos evitaban por puro instinto las minas mortales. El terreno estaba salpicado de árboles retorcidos que habían soportado el azote de los duros elementos durante años, y cuyas ramas nudosas se movían violentamente bajo la tormenta. Más allá de las colinas y de las playas, las olas se agitaban embravecidas.

Un relámpago rasgó el cielo, y su luz iluminó una mansión que se levantaba en la distancia con un esplendor rígido y sobrio. Tenía forma de hache, estaba construida con el mismo granito que daba forma a los páramos, constaba de tres plantas, y la cubría un tejado de tejas negras. La sólida puerta principal de roble estaba flanqueada por dos altas torres que parecían llegar a las nubes, y los grises muros almenados tenían altos miradores con parteluces y ventanas con paneles, que parecían mirar a través de la lluvia como ojos escondidos tras una máscara.

Se trataba de Drayton Hall, el que había sido hogar de los condes de Thornleigh durante siglos, y el hombre que ostentaba el título en aquel momento, James Wormwood, no era ninguna excepción. Había codiciado durante mucho tiempo aquella casa que, tras la muerte de su tío y su familia en la India, había pasado a ser suya.

Había sido una verdadera lástima que su tío Francis se casara y engendrara un heredero a una edad tan avanzada, cuando hacía años que había quedado claro que iba a heredar el título y las tierras su sobrino, el único hijo que habían tenido la hermana menor de Francis y su disoluto marido, sir Philip Wormwood.

Pero claro, ¿qué podía esperarse de un inglés que se había vuelto un salvaje, se había casado con una india y había engendrado en ella un hijo mestizo? Desde la incursión de Inglaterra en la India, ese tipo de historias se había convertido en algo muy habitual, pero aquélla en concreto había acabado cuando los bandoleros habían asesinado al tío Francis, a su esposa Anamitra, a quien lord Thornleigh nunca consideraría su tía, y al hijo del matrimonio, Hugo. Entonces había empezado realmente la vida del conde, cuando había ocupado el lugar que siempre había considerado que le pertenecía en Drayton Hall.

—Milord, ¿ha oído lo que le he dicho? ¡Han robado la carta que le entregamos de su parte a la señora Squasher!

Lord Thornleigh apartó la mirada de la ventana empañada por la lluvia, y se volvió hacia sus huéspedes, Gerald y Dora Blott, que estaban sentados frente a la chimenea del salón. Había sido la señora Blott la que había hablado y le había arrancado de sus reflexiones.

—¿Y qué? —se limitó a contestar, mientras enarcaba una ceja plateada.

Aunque nunca había sido una gran belleza, la señora Blott quizás había sido considerada en otros tiempos una mujer atractiva, pero iba camino de convertirse en un adefesio. Era una mujer corpulenta, varios centímetros más alta que su marido, el señor Blott, y como últimamente había engordado considerablemente, parecía haber doblado su tamaño. Su cabello tenía un tono amarillo pálido más que artificial, conseguido a base de los mejunjes que se ponía en él, y a pesar de que su marido y ella nunca parecían tener problemas de dinero, siempre vestía con gran vulgaridad, y llevaba ropa barata completamente inapropiada para la ocasión.

En otro tiempo, lord Thornleigh la había encontrado divertida, pero ya sólo la consideraba aburrida. Como sabía que su marido frecuentaba garitos y prostíbulos, el conde suponía que el hombre también se había hartado de los dudosos encantos de su esposa.

—¿Qué quiere decir, milord? —con una risita propia de una colegiala, ella lo miró con indulgente desaprobación, como si estuviera hablando con un niño travieso pero ocurrente—. ¡El sobre estaba sellado con su escudo de armas y, seguramente, la carta que contenía era muy reveladora!

—¿Cómo puede saber lo que había en el sobre, señora Blott?, ¿acaso lo abrió antes de dárselo a la señora Squasher?

Lord Thornleigh se la quedó mirando sin parpadear tras los gruesos cristales de sus gafas con montura plateada, sin saber que, por un momento, ella pensó que parecía un pescado o incluso un sapo.

—¡Yo no hice tal cosa, milord! —la señora Blott abrió sus ojos azules con fingida sorpresa, y pretendió sentirse escandalizada ante la mera idea.

Por supuesto que había abierto la carta, con un cuchillo de hoja muy fina y bien caliente. Había ido con mucho cuidado para separar el sello lacrado del papel sin romperlo, porque necesitaba saber lo que se llevaban entre manos lord Thornleigh y la señora Squasher.

A la señora Blott le gustaba el conde y quería acostarse con él, pero no se fiaba de él.

Era posible que aquel hombre fuera más listo que su marido, y si sus planes se malograban, no quería ser la que quedara al descubierto; dejaría que fueran otros los que corrieran aquella suerte, porque ninguno era tan inteligente como ella ni tenía tantos recursos. Su padre se había vuelto loco por algún defecto del cerebro y había acabado muriendo en un manicomio, pero antes de eso, había estado lo suficientemente cuerdo para acumular una cantidad considerable de dinero y guardarla para ella. El señor Blott no tenía ni un penique, aparte de lo que conseguía sacarle a la vieja zorra de su madre o a cualquier persona desprevenida; lord Thornleigh había heredado una fortuna, por supuesto, pero ella sabía que el juego y otros hábitos de su vida disipada habían mermado sus recursos considerablemente, y en cuanto a la señora Squasher, vivía en Lincoln's Inn Fields, así que con eso estaba todo dicho.

—¿Qué va a hacer ahora que a la señora Squasher le han robado el sobre y la carta, milord? Es una lástima que haya demostrado ser tan poco cuidadosa, su carácter descuidado podría ser una amenaza para todos —la señora Blott soltó un profundo suspiro, pero para sus adentros, estaba encantada de que la otra mujer hubiera cometido un error tan estúpido—. Aunque supongo que Lincoln's Inn Fields no es la zona más segura de Londres, muchos indeseables deben de llegar desde el otro lado del río, procedentes de sus casuchas en Lambeth, Southwark o Bermondsey —no mencionó el hecho de que la madre del señor Blott vivía y ejercía su oficio en Southwark. No era necesario que el conde lo supiera todo.

—En ese caso, nuestro ladrón es un hombre muy listo —dijo lord Thornleigh con sequedad—, porque dudo que muchos de los habitantes de esos distritos puedan reconocer mi sello, o que sepan leer siquiera.

—Intenté decirle eso mismo a la señora Blott —el señor Blott levantó los ojos de su tercer vaso de whisky y fulminó a su mujer con la mirada, antes de volverse hacia el conde con una sonrisa almibarada—. Pero ya sabe usted cómo son las mujeres. En cuanto se enteró del contratiempo que había habido con el sobre, mi esposa se empeñó en que teníamos que venir a Dartmoor de inmediato, y yo accedí porque no deseo que se vea usted en una posición difícil por culpa de la dejadez de la señora Squasher, milord.

—Por supuesto —el conde también sonrió, pero sus ojos azules permanecieron fríos y duros—. Sin embargo, les aseguro que no había necesidad de que vinieran desde Londres, porque la señora Squasher ya me había enviado a un mensajero para informarme de la pérdida del sobre y de la carta... aunque lo cierto es que se trata de algo inconsecuente. No pueden incriminarme tanto como ustedes parecen creer, porque la carta no contiene nada realmente concreto y su única finalidad era la de tranquilizar a la señora Squasher, que parecía estar flaqueando. Quien me interesa realmente es el propio ladrón, porque si su objetivo hubiera sido el robo, no tiene sentido que se llevara el sobre y dejara objetos de valor, como las joyas de la señora Squasher.

—Quizás las dejó donde estaban porque son todas falsas —sugirió la señora Blott con malicia.

—Aun así, podría haberlas vendido en una tienda de empeños por una o dos monedas —después de tener que explicar algo que él consideraba obvio, lord Thornleigh se sentía molesto por la falta de perspicacia de la señora Blott—. Por lo que tengo entendido, parece que nuestro ladrón, quienquiera que fuese, chocó con dos señoritas en Holborn mientras escapaba de la casa de la señora Squasher. Aunque ella cree que ni el encontronazo ni el hecho de que las muchachas les dieran indicaciones equivocadas a sus hombres fueron incidentes deliberados, no me siento satisfecho. He descubierto la identidad de las jóvenes, y da la casualidad de que me resultan ligeramente conocidas a través de mi difunto tío Francis. Antes de la llegada de ustedes, había pensado en ir a Londres para hacerles una visita... o mejor dicho, para visitar a su padre, el coronel Hilary Windermere, con el objetivo de congraciarme con la familia y averiguar si realmente se han involucrado en mis asuntos. Por varias razones que a ustedes no les incumben, es posible que haya sido así, pero también puede ser que no tengan nada que ver en todo esto, en cuyo caso, no tendríamos que preocuparnos más por ellos. Ya veremos lo que sucede.

Finalmente, decidieron que el señor y la señora Blott acompañarían a lord Thornleigh a Londres en su carruaje. A él no le hacía demasiada gracia la idea, pero de momento necesitaba a los Blott y sabía que le convenía tenerlos vigilados, porque eran extremadamente caprichosos e inestables.

## Capítulo 10

Las visitas

Pero son las últimas personas cuya visita querría recibir.

*Los rivales (1775)*

Richard Brinsley Sheridan.

Russell Square. Londres, Inglaterra (1850)

Rose se sintió vagamente decepcionada cuando, en los días posteriores al incidente con Raj Khanna en el parque, su plácida rutina volvió a establecerse como si nada la hubiera interrumpido. Sentía una extraña agitación, como si hubiera estado esperando algo que no se había materializado; aunque lo que había ocurrido la había consternado, en el fondo sabía que también había animado su vida, y la había llenado de una excitación desacostumbrada.

Y tampoco podía dejar de pensar en el señor Khanna, con quien había empezado todo.

Aquel hombre la atraía y la intrigaba. Cuando su familia se había enterado de que Rose lo había llevado a la casa después de que lo atacaran en el parque, había tenido que enfrentarse a un montón de preguntas.

—Estoy segura de que tu intención era buena, Rose. No habría sido cristiano dejar al pobre hombre tirado en el parque, por supuesto, pero ¿quién es? —había comentado con nerviosismo la señora Windermere, mientras cenaban—. Quizás el profesor Prosser tenía razón, y lo más apropiado habría sido que dejaras que el agente Dreiling se ocupara del asunto, en vez de traer a casa a un desconocido.

—Mamá, quizás el señor Khanna no era un desconocido para Rose —había sugerido Daisy con picardía, muy sonriente—. A lo mejor tiene un pretendiente desde hace tiempo, y no nos lo había dicho.

—Daisy, no seas impertinente —la había reprendido su madre—. ¡Si Rose tuviera otro pretendiente además del profesor, nos lo habría dicho! ¿Por qué querría guardarlo en secreto? No tendría sentido, porque para mí sería una gran alegría saber que una de mis preciosas niñas ha encontrado un posible pretendiente... y no es que el profesor Prosser no esté cualificado en ese sentido, pero, en fin, una podría esperar algo mucho mejor. No entiendo cómo es posible que un hombre os vea y no se quede prendado de vosotras, ¡si pudiéramos mudarnos a Belgravia...! Estoy convencida de que si viviéramos allí, vuestras posibilidades de encontrar un buen partido aumentarían enormemente.

—Mamá, no podemos estar seguros de eso —se había apresurado a protestar Rose, que no quería que su padre se incomodara—. Pero te aseguro que no tengo motivos para creer que el señor Khanna esté interesado en mí.

—Vaya, lamento oír eso, querida —había dicho la señora Windermere, con un profundo suspiro—. Aunque quizás sea lo mejor, dado que no sabemos nada sobre él. Harley Street es una buena zona, pero no es precisamente Piccadilly; además, aunque al parecer el señor Khanna viste con propiedad y su comportamiento fue impecable, es posible que se dedique al comercio o a algo igual de indeseable. ¡Siempre había tenido la esperanza de que mis hijas pudieran obtener algo mucho mejor!

—Si el hombre procede de la India y vive en Harley Street, no será ningún problema conseguir información sobre él —había dicho de repente el coronel Windermere, ante el asombro de su familia—. Seguramente, alguien del club lo conoce o sabe algo de él.

El coronel pertenecía a un club que se había creado años atrás para los caballeros que eran o habían sido oficiales destinados al ejército o a la armada de Su Majestad en las Indias Orientales, aunque también podían pertenecer a él aquellos que habían tenido alguna conexión con la administración y los asuntos relacionados con la India.

El coronel había solicitado ser admitido en el club para poder refugiarse allí en los momentos en los que necesitara un respiro de una casa llena de mujeres, y había pagado las treinta libras de la cuota de admisión. Se había sentido más que satisfecho cuando le habían dado el visto bueno sin ningún problema, y a partir de entonces había mantenido su calidad de socio pagando una cuota de ocho libras y ocho chelines, más una donación de una libra a la biblioteca. Él lo consideraba un pequeño precio a pagar, ya que el club le proporcionaba una válvula de escape y la oportunidad de mantener conversaciones de hombres.

—¡Buena idea, papá! —había exclamado Lily, entusiasmada—. No se me había ocurrido. Mamá, así podrás estar tranquila, porque papá se enterará pronto de si el señor Khanna es realmente alguien.

—Sí, Lily, y seguramente te sentirás muy decepcionada si resulta que sólo es un comerciante —había comentado Heather, con una sonrisa—. ¡Es obvio que tienes la ilusión de que Rose se case con un lord rico y con título, para que las demás podamos encontrar también marido!

—¿Y qué tiene eso de malo? —había preguntado Lily, sonrojada—. ¿Por qué no podemos esperar algo más de la vida?, todo el mundo lo hace.

—Es posible que lo que dices sea cierto, pero si me caso, deseo que sea sólo por amor —había comentado Rose con suavidad.

—Eres demasiado romántica —había dicho Angelica, sacudiendo la cabeza.

—Rose, aunque no me gustaría que ninguna de mis hijas tuviera un matrimonio carente de amor... al fin y al cabo, el coronel y yo nos casamos porque nos enamoramos... debes admitir que ayudaría mucho que tu esposo tuviera algo de dinero en el bolsillo —había dicho la señora Windermere con firmeza.

—Quizás. En todo caso, no tengo ningún marido ni preveo tener uno en el futuro inmediato, porque aunque es posible que el profesor Prosser se esté planteando ofrecerme matrimonio, no pienso aceptar. En cuanto al señor Khanna, tienes mucha

razón al decir que no sabemos nada sobre él, y de todas formas, como nuestros caminos se cruzaron por azar, es muy dudoso que vuelva a saber de él.

—El azar no existe, y aquello que nos parece un mero accidente nace del más profundo manantial del destino —había citado Jasmine con suavidad—, así que yo de ti no estaría tan segura de que nunca volverás a ver al señor Khanna, Rose. Al fin y al cabo, es probable que venga a devolver el bastón de papá.

Aquellas palabras habían generado tal revuelo y nerviosismo en la mesa, que el coronel Windermere había recibido la orden de ir a su club cuanto antes, para intentar averiguar todo lo que pudiera sobre el misterioso señor Khanna.

En los días posteriores, los Windermere recibieron una visita; sin embargo, Rose no sólo se decepcionó al saber que no se trataba del señor Khanna, sino que se sintió horrorizada cuando el ama de llaves informó a la señora Windermere y a sus seis hijas de que lord Thornleigh y un conocido suyo, el señor Blott, estaban reunidos con el coronel en su estudio.

—¡Lord Thornleigh! —exclamó la señora Windermere, claramente sorprendida y consternada—. ¿De qué querrá hablar con el coronel? Hijas, qué gran oportunidad sería esta visita, si su señoría no fuera un... ¡un reptil! En estas circunstancias, no creo que nos convenga tener nada que ver con él, porque es un hombre que nunca me ha caído bien y de quien nunca me he fiado; de hecho, siempre he sospechado... quizás me equivoque, pero... siempre he creído que tuvo algo que ver en el asesinato del anterior lord Thornleigh y su familia. Aun así, supongo que vuestro padre se sentirá obligado por una cuestión de educación a traer al saloncito a los dos caballeros, cuando hayan concluido sus asuntos. En ese caso, debemos esforzarnos todas por ser amables, sin importar lo difícil que nos resulte.

—¿Amables? —dijo Rose. Estaba tan nerviosa, que se pinchó accidentalmente con la aguja que estaba utilizando para bordar, y una pequeña gota de sangre brotó de la herida—. ¡Cielos, qué torpe soy!, ¡me he pinchado! —se levantó apresuradamente, y tras dejar a un lado su costura, se sacó un pañuelo blanco de encaje y envolvió con él su pulgar—. Debo ir a curármelo de inmediato.

—Date prisa, Rose —la instó su madre con nerviosismo—. A pesar de la antipatía que siento por el actual lord Thornleigh, y de lo mucho que desconfío de él, no sería buena idea ofenderlo y granjearnos su enemistad. Es un hombre muy desagradable, y creo que también bastante peligroso.

Rose no se quedó para seguir oyendo el inacabable parloteo de su madre y salió del saloncito lo más rápidamente que pudo, con Jasmine pisándole los talones. Las dos hermanas se apresuraron a subir a su habitación, cerraron la puerta con firmeza y se quedaron mirándose la una a la otra con consternación y ansiedad, mientras intentaban recuperar el aliento que habían perdido al subir tan rápidamente las escaleras.

—¡Dios mío!, ¿qué crees que significa esto, Jasmine? —Rose fue hasta una palangana que había en una mesita, la llenó con un poco de agua de la jarra que estaba junto a ella, y empezó a limpiarse el pulgar—. En todos los años que llevamos

viviendo en Londres, lord Thornleigh no se ha dignado a visitarnos ni una sola vez, a pesar de que papá y mamá tenían una relación muy buena con su predecesor. Y ahora, se le ocurre venir de repente... ¿por qué? ¡Esto tiene algo que ver con el sobre y la carta!, ¡estoy segura!

—Sí, yo también lo creo —Jasmine limpió el dedo herido de su hermana con una pastilla de jabón, y después se lo enjuagó y se lo secó cuidadosamente—. Te pondré un poco de antiséptico para que no se infecte.

Rose permaneció en silencio mientras su hermana acababa de curarle el dedo, aunque en su cabeza se arremolinaban los pensamientos. Sólo podía recordar dos ocasiones en las que se había sentido tan asustada como en ese momento: aquel día en Chandni Chowk cuando el elefante del joven noble se había descontrolado, y la noche en la que había mirado por la ventana de su casa de Delhi y había visto la *haveli* de los Drayton en llamas. Sintió que se le secaba la boca, y el corazón empezó a martillearle en el pecho.

—Rose, tienes que calmarte —le dijo Jasmine con suavidad—. Si no lo haces, lord Thornleigh se dará cuenta de que hemos visto el sobre con su sello, y sabrá que hemos leído la carta.

—¿Y si ya lo sabe? Si tenías razón y el señor Khanna era un mensajero suyo, es posible que se lo haya contado todo. ¡Oh, Jasmine, quizás nos equivocamos al confiar en el señor Khanna!

—Es posible, pero no sabemos con seguridad si el señor Khanna trabajaba para lord Thornleigh. Quizás tenía el sobre por otra razón que nosotras desconocemos.

—No imagino qué otra razón podría haber para que tuviera algo así en su posesión.

—Yo tampoco —admitió Jasmine a regañadientes—, pero, al fin y al cabo, sólo se trata de una fuga de dos enamorados, ¿no? Como no tenemos ningún interés en frustrar los planes de lord Thornleigh, no creo que haya ninguna necesidad de que mencionemos siquiera el asunto. Además, en el caso de que surja el tema, ¿qué tenemos que temer? Podemos limitarnos a asegurarle a lord Thornleigh nuestra total discreción, y seguramente ése será el final del asunto.

—Sí, supongo que tienes razón —dijo Rose—. Quizás me esté preocupando por nada, dejando que mis temores de la infancia se descontrolen; al fin y al cabo, no conozco a lord Thornleigh, ya que sólo lo vi una o dos veces en la India. A lo mejor la mala opinión que mamá tiene de él me ha influido, puede que lo haya juzgado mal y que mis sospechas de que pudo estar involucrado en la muerte de Hugo y de sus padres sean infundadas y que, realmente, fueran los bandoleros los únicos culpables.

—Esperemos que sea así. Los niños a menudo tienen ideas muy extrañas, basadas en la mala interpretación de fragmentos de conversaciones que han oído, ya sea de forma accidental o al estar fisgando. Y ya conoces a mamá. Es posible que oyera a algún sirviente cotilleando sobre algún supuesto pecadillo de lord Thornleigh, y que decidiera que era un hombre detestable cuando en realidad se trataba sólo de un joven alocado. No sabemos si ha cambiado con el paso de los años.

—Visto desde ese punto de vista, tu argumento me parece muy sensato —Rose suspiró, y sonrió con ironía al decir—: Pero tú siempre has sido mucho más sensata que yo, claro. Pobre mamá. Por su bien, y por el nuestro propio, espero que nuestras sospechas sobre lord Thornleigh estén infundadas; de hecho, casi me has convencido de que es así.

—En ese caso, deberíamos bajar al saloncito si ya has recuperado la compostura, antes de que mamá tenga que mandarnos llamar. ¡Nos estaría regañando por el resto de nuestras vidas!

Las dos hermanas se echaron a reír y, de mucho mejor humor, salieron de la habitación y empezaron a bajar las escaleras; sin embargo, se pararon en seco a medio camino al ver a los tres hombres charlando jovialmente en el vestíbulo. Uno de ellos era su padre, y los otros dos obviamente debían de ser lord Thornleigh y el señor Blott. Al oírlos bajar, los caballeros interrumpieron su conversación y levantaron la mirada hacia ellas.

—Ah, milord, señor Blott, aquí llegan mis dos hijas mayores.

De muy buen humor, el coronel Windermere sonrió con ostensible orgullo ante la hermosa estampa que formaban sus dos hijas, cuyos rasgos contrastaban de forma impactante al estar la una junto a la otra; mientras que la mayor era rubia y etérea, la menor era morena y terrenal. Jasmine se parecía a la rama paterna, aunque como el resto de sus hermanas, tenía su propia versión de los ojos verdes de su madre.

—¡Bajad, niñas! Estaba conduciendo a su señoría y al señor Blott al saloncito, donde están vuestra madre y vuestras hermanas —el coronel se volvió hacia el mayor de los dos hombres, y le dijo—: Lord Thornleigh, permita que le presente a mis hijas, Rose y Jasmine. Queridas, os presento a lord Thornleigh y a su acompañante, el señor Blott.

—Encantada de conocerle, milord —educadamente, Rose extendió su mano hacia el conde.

Se parecía muy poco al recuerdo que tenía de él, y eso hizo que admitiera para sí que, probablemente, Jasmine había acertado en su valoración de la situación. En su mente, Rose había visto a lord Thornleigh como un verdadero ogro... como un diablo, tal y como su madre lo había llamado; sin embargo, el caballero que se inclinó sobre su mano no era demasiado diferente a los otros de su clase. No era ni atractivo ni muy feo, sino del montón, y seguramente no le habría prestado la más mínima atención de haberse cruzado con él por la calle. Era un poco más alto y bastante más corpulento que el hombre que le acompañaba, y lo único destacable en él era su pelo completamente gris y sus pálidos ojos azules, agrandados por sus gruesas gafas. Iba bien vestido, aunque sin llegar a ser ostentoso, y llevaba muy pocas joyas.

—Es un placer conocerla, señorita Windermere.

Los labios del conde se curvaron en una sonrisa amable, pero en ese momento, Rose se dio cuenta de que algo en su fina boca sugería crueldad y de que su sonrisa no alcanzaba a sus ojos, que brillaban con una extraña codicia acerada.

—Ahora entiendo por qué el coronel Windermere está tan orgulloso de sus hijas —añadió él.

Rose se esforzó por controlar el súbito estremecimiento que la recorrió. En un santiamén, todas las palabras tranquilizadores de su hermana se desvanecieron y sus miedos anteriores volvieron a asaltarla, por lo que de nuevo se sintió indecisa y sin saber qué pensar.

—Sí, papá es nuestro mayor paladín —murmuró, mientras bajaba la mirada con recato.

Rose apartó su mano de la de lord Thornleigh, y se la ofreció al señor Blott. Era posible que en su juventud se le hubiera considerado un hombre atractivo, pero era obvio que los años de una vida disipada le habían pasado factura.

Tenía el pelo negro y muy rizado, lo que revelaba que debía de tener sangre extranjera en cierta medida, y a pesar de que había intentado esconderla, tenía una visible calva en la parte posterior de la cabeza. Debajo de sus ojos marrones, unas enormes bolsas hablaban de demasiadas noches de libertinaje. Su cara, que en otros tiempos seguramente había sido delgada, estaba bastante hinchada, y su piel tenía un extraño tono macilento, como si tuviera algún problema de salud. Su cintura también había engordado con el paso de los años, pero, irónicamente, sus ropas eran aún más refinadas que las de lord Thornleigh, y llevaba unas joyas mucho más ostentosas.

Rose pensó que parecía una serpiente sibilina, cebada después de tragarse a su desventurada presa.

De forma instintiva, le cayó mal al instante... por lo que su aprensión sobre lord Thornleigh se acrecentó, ya que ella creía firmemente que podía juzgarse a una persona en función de sus compañías. Al ver que Jasmine saludaba a los dos hombres con reticencia, y que sus sonrisas eran tan forzadas como las suyas propias, Rose se dio cuenta de que su hermana había cambiado de opinión sobre el conde y que compartía sus miedos, así que su nerviosismo se acrecentó aún más.

El coronel Windermere, claramente ajeno al estado de ánimo de sus dos hijas, siguió riendo y bromeando con los dos caballeros, y tras invitarlos a entrar en el saloncito con gran pompa, procedió a presentarles a su mujer y a sus hijas restantes.

Cuando la señorita Candlish les llevó el té, la señora Windermere hizo los honores y empezó a servir la bebida en las tazas de porcelana y a llenar los platos con un surtido de la comida que había preparado la señora Beasley. Por acuerdo tácito, Rose y Jasmine se habían asegurado de sentarse en los sillones que había frente a la chimenea, para no tener que hacerlo junto al conde o al señor Blott.

—Es un placer volverlo a ver, lord Thornleigh —dijo la señora Windermere, con una pálida sombra de su sonrisa habitual—, pero ha venido usted a la ciudad muy pronto, ¿verdad? La temporada empieza de aquí a varias semanas.

—Ya había tardado demasiado en venir a saludarlos, señora, y le ofrezco mis más sinceras disculpas por ello. Pero en respuesta a su pregunta, sí, tenía algunos asuntos que requerían mi atención con urgencia, así que decidí ahorrarme un viaje innecesario y venir a Londres antes de lo previsto. Aunque Drayton Hall está

convenientemente situado en Dartmoor, le confieso que he alcanzado una edad en la que empiezo a desear rebajar un poco mi ritmo de vida y ahorrarme todas las molestias posibles.

—Le entiendo, milord. Es algo que nos pasa a todos —asintió la señora Windermere—. Nosotros pasamos a menudo los veranos en Derbyshire o en Yorkshire, pero este año me temo que no me sentí con ganas de ir. Viajar es tan agotador, que me destroza los nervios. Pero no quiero aburrirlo con una cháchara inútil sobre mi salud, así que le ruego que nos cuente cómo van las cosas en Drayton Hall. Su tío, el difunto lord Thornleigh, solía hablarnos de su casa ancestral, y aunque hace muchos años que no voy a Dartmoor, recuerdo que era un lugar azotado por el viento y desolado, aunque extrañamente hermoso.

—Ha cambiado poco, señora, y Drayton Hall sigue como siempre... es una mole formidable de granito que sin duda seguirá en pie mucho después de que yo mismo esté muerto y enterrado.

—Bueno, esperemos que eso no ocurra en mucho tiempo, milord —la señora Windermere se detuvo a tomar un sorbo de su taza, y después añadió—: ¿Le ha acompañado a Londres lady Thornleigh, o llegará más tarde?

—Señora, me temo que me encuentro en la desafortunada tesitura de haber alcanzado la madurez sin casarme. En mi juventud, disfrutaba de mi libertad y pude viajar a muchos sitios... quizás por eso ya no me atrae ir de un lado a otro... y cuando mi tío Francis y mi primo Hugo murieron asesinados en la India, la carga de Thornleigh y del resto de propiedades cayó sobre mis hombros. Fue algo completamente inesperado, por supuesto, ya que hasta aquel momento, Hugo había sido el heredero de su padre.

—Sí, fue una gran tragedia lo que les sucedió al difunto lord Thornleigh y a su familia —dijo el coronel, con gravedad—. Nosotros nos fuimos de la India poco después, porque aunque consideraba que el lugar era suficientemente seguro para mí, no soportaba la idea de poner en peligro a mi esposa y a mis hijas. Entre los crímenes de los bandoleros, las protestas de los mogoles y de otros grupos nativos, y la creciente arbitrariedad de la Compañía de las Indias, pensé que el país era un barril de pólvora; de hecho, sigo creyendo que algún día estallará.

—Es posible que tenga razón, coronel —asintió lord Thornleigh, con aparente indiferencia—. Pero de momento, aún se le puede sacar provecho.

—Sí, eso parece —el coronel se inclinó hacia delante, y tomó otro sándwich de pepino de la bandeja que había sobre el carrito del té—. Lord Thornleigh y el señor Blott querían consultarme sobre algunos aspectos relacionados con la cultura y el comercio de la India —le dijo a su familia—. Por eso han venido.

Rose se alarmó al oír aquellas palabras. Su padre les había comentado que había hecho varias inversiones en el mercado de valores, para intentar asegurarles el futuro, y no le gustaba nada la idea de que se embarcara en algún negocio con lord Thornleigh y con el señor Blott, porque no confiaba en ellos.

Había notado que, a pesar de su aparente actitud afable, los dos hombres habían observado subrepticamente el saloncito, y era obvio que habían notado que las

cortinas estaban descoloridas, los muebles desgastados y la alfombra raída. Temió que aquello, sumado al hecho de que su padre tenía seis hijas a su cargo, pudiera haberles dado la impresión de que estaría dispuesto a sumarse a cualquier plan con la promesa de grandes beneficios; sin embargo, cualquier suma de dinero que su padre pudiera invertir sería irrisoria para alguien tan adinerado como el conde, así que seguramente estaba equivocada.

Aun así, Rose se sintió inmensamente aliviada cuando lord Thornleigh y el señor Blott se marcharon, sobre todo porque, por extraño que pareciera, ninguno de los dos había mencionado en ningún momento ni el sobre ni la carta.

## Capítulo 11

### Oscuras sospechas

La sospecha estará repleta de ojos durante toda nuestra vida, ya que de la traición hay que confiar tan poco como del zorro.

*Enrique IV (1597 – 1598)*

William Shakespeare.

Harley Street y Russell Square. Londres, Inglaterra, 1850

Hugo eligió su ropa con un esmero especial aquella mañana, aunque normalmente sólo prestaba atención a lo que llevaba para asegurarse de que iba limpio y pulcro. Sabía que las mujeres lo encontraban atractivo, porque muchas se habían ofrecido a compartir su cama a lo largo de los años, pero también era consciente de que a algunas les resultaría un pretendiente inaceptable e incluso ofensivo porque era medio indio.

Él se sentía profundamente orgulloso de su ascendencia, y consideraba que no era algo de lo que avergonzarse. Para él, su madre india había sido la igual de su padre inglés, aunque sabía que la alta sociedad londinense no compartiría su opinión. Desde que había llegado a la ciudad, y exceptuando a quienes había conocido en Harley Street, habían sido muy pocas las personas que no le habían mirado con desdén. Rose y Jasmine Windermere habían sido dos de ellas, quizás porque también habían nacido en la India.

Cuando le habían dado la paliza, Rose no había dudado ni un momento en llevarlo a la casa de su familia y en ocuparse de sus heridas antes de que llegara el doctor Haverham, a pesar de que para ella era un completo desconocido.

Cuando ella le había dejado a solas con el médico, Hugo se había rendido a la necesidad de observar hasta el último detalle del saloncito, de descubrir todo lo que pudiera sobre Rose y su familia. El viejo doctor Haverham, que conocía a los Windermere desde que habían regresado a Inglaterra y había sido su médico durante todo aquel tiempo, se había mostrado más que dispuesto a charlar sobre ellos, y había comentado que eran una familia muy agradable y que era una pena que las seis hijas siguieran aún solteras.

No había sido necesario que Hugo preguntara la razón de que ninguna de ellas se hubiera casado, ya que su disimulada inspección de la anticuada decoración del saloncito le había dado la respuesta. El coronel Windermere era el hijo menor de un baronet, y probablemente no había recibido una herencia demasiado cuantiosa, porque la considerable cantidad necesaria para pagar su comisión en el ejército, que su padre u otro familiar debía de haber pagado, le sería devuelta íntegramente al retirarse. Si además había podido ir ahorrando algo durante sus años de servicio activo, era probable que hubiera conseguido reunir una modesta cantidad con la que

mantener a su familia, pero poco más. Y vivir en Bloomsbury tampoco había beneficiado en nada a las hermanas Windermere.

Pero Hugo no necesitaba una mujer adinerada ni con título, y Rose le interesaba mucho más de lo que jamás había imaginado. Después de reflexionar largo y tendido, y acicateado por la terrible sospecha de que el profesor Prosser tenía la intención de convertir a Rose en su esposa, había decidido que, a pesar de su profunda renuencia a involucrar a Rose y a su familia en el peligroso y desagradable asunto en el que estaba metido, era muy reprobable seguir mintiéndoles sobre su verdadera identidad y sobre el objetivo que se había fijado.

Al darle el sobre y la carta a Rose, la había involucrado involuntariamente en la complicada trama que se estaba urdiendo, y aunque ella ignoraba el verdadero valor de la carta, era posible que estuviera en peligro por el solo hecho de haberla leído. De modo que Hugo había decidido que en cuanto se recuperara de sus heridas, que desgraciadamente habían resultado ser más graves de lo que había creído en un principio, iría a presentarse adecuadamente ante los Windermere y les revelaría su identidad y la verdad sobre su primo, sir James. Además, de ese modo estaría en una posición mucho más ventajosa para poder defender a Rose, en caso de que ocurriera algo.

Después de pasar algún tiempo con su hermana Jasmine y con ella, no creía probable que ninguna de las dos pusiera en duda su identidad y la historia que tenía que contarles, y sus espías no le habían informado de nada que le hiciera replantearse su decisión de confiar en los Windermere.

—¿Va a volver a verla, *sahib*? —le preguntó Mayur Singh con expresión inescrutable, cuando Hugo se volvió hacia él después de comprobar su aspecto en el espejo una vez más.

No había necesidad alguna de preguntar a quién se refería el criado.

—Sí, *Mahout*. ¿Qué tal estoy?

—Muy bien, *sahib*. Sus cortes están casi curados y apenas se notan, y los moratones se han desvanecido, así que no veo nada objetable en su aspecto.

—Bien, porque no deseo dar una impresión aún peor de la que he dado hasta el momento.

En el recibidor, Hugo tomó el bastón del coronel Windermere del mueble con tablero de sólido mármol y espejo biselado, y Mayur Singh le abrió la puerta.

—Buena suerte, *sahib*.

Por un segundo, Hugo creyó vislumbrar un brillo travieso en los ojos marrones de su criado.

—Gracias, *Mahout*.

Al salir a la calle, Hugo paró un coche de punto y le dio al conductor la dirección de los Windermere. La casa estaba a poco menos de un kilómetro y medio de distancia de allí, así que podría haber ido caminando; sin embargo, aunque bajo otras circunstancias habría disfrutado del paseo, los días se habían vuelto fríos con la

llegada del otoño y a menudo, como en ese momento, caía una fina llovizna. Aunque no le molestaba la baja temperatura y la suave lluvia, aún le dolían un poco las costillas, y el tobillo que se había torcido aún no estaba lo suficientemente bien para someterlo a una caminata bajo el frío y la lluvia.

El trayecto duró unos veinte minutos a causa del típico tráfico denso y bullicioso de Londres, y Hugo incluso tuvo la oportunidad de comprarle un bonito ramo a una joven florista que se acercó al vehículo mientras estaba parado esperando paso; sin embargo, cuando por fin llegaron a Russell Square, se sintió sorprendido y confuso al ver delante de la casa de los Windermere un espacioso y costoso carruaje negro, tirado por cuatro caballos. Con el bastón del coronel, dio unos golpecitos en el pescante del conductor.

—Deténgase aquí un momento —le dijo.

El hombre tiró de las riendas, y el caballo que tiraba del vehículo se detuvo de inmediato. Desde el lugar donde se encontraba, Hugo podía ver un lateral del carruaje negro con claridad, y reconoció de inmediato el escudo de armas de la puerta. Era el mismo con el que se había sellado el sobre que Rose le había devuelto días atrás, y que él había escondido en un panel secreto de su estudio.

Aquel carruaje pertenecía al conde de Thornleigh. Hugo entrecerró los ojos con súbita suspicacia, y su mandíbula se tensó. El bastón del coronel, que tenía agarrado con tanta fuerza que resultaba sorprendente que no se hubiera partido en dos, parecía quemar su mano con un fuego tan terrible que sintió un repentino y salvaje impulso de lanzarlo lo más lejos posible. Sin embargo, lo que hizo fue tirar el ramo de flores a un charco de la calle, y después golpeó furiosamente en el pescante.

—Lléveme de vuelta a Harley Street —le ordenó con sequedad al conductor. Cuando el vehículo se puso en marcha y sus ruedas pasaron por el charco y aplastaron el delicado ramo, Hugo no miró atrás.

## Capítulo 12

### Verdaderas identidades

El libro de la vida comienza con un hombre y una mujer en un jardín. Y termina con las Revelaciones.

*Una mujer sin importancia* (1893)

Oscar Fingal O'Flahertie Wills Wilde.

Russell Square y Harley Street.

Londres, Inglaterra, 1850

Conforme fueron pasando los días, Rose sintió una mezcla de desconcierto y abatimiento al ver que Raj Khanna no volvía a aparecer por su casa, ni siquiera para devolver el bastón de su padre. De hecho, el bastón les fue devuelto mediante un mensajero, junto con una nota que resultaba gélida por su extrema corrección. Aquello podía deberse a que el inglés no era la lengua materna del señor Khanna, pero Rose lo dudaba, ya que mostraba una gran fluidez al hablar.

No entendía por qué parecía haberse vuelto tan distante de repente, y se sentía profundamente dolida por su actitud. Por varias razones que apenas había admitido ante sí misma, y mucho menos ante su familia, había deseado fervientemente que el señor Khanna fuera al menos su amigo.

Según la información que su padre había descubierto en su club, el señor Khanna era un misterio incluso para los que le conocían y se relacionaban con él. Aunque era un hombre muy educado y sus modales y su vestimenta resultaban impecables, era un solitario e incluso una especie de excéntrico ermitaño. Nadie parecía saber de dónde procedía, más allá de la obviedad de que su país de nacimiento era la India. Nunca hablaba de sus padres ni de otros familiares, así que nadie sabía quiénes eran; sin embargo, se daba por hecho que procedía de una buena cuna, porque era muy improbable que un impostor pudiera ser tan bien educado y elegante, o que estuviera tan familiarizado con las normas sociales de la clase alta. Aun así, el señor Khanna no había intentado introducirse en los círculos más selectos, a pesar de que algunas damas le habían mandado invitaciones para que asistiera a sus fiestas, intrigadas por él y por los negocios que llevaba a cabo con sus maridos.

De puertas afuera, su casa era idéntica a las de la zona, pero según los caballeros que habían estado en su interior, estaba decorada con gran lujo, llena de una costosa mezcla de muebles indios e ingleses. Aunque no había duda de que el señor Khanna era muy rico, sólo tenía un criado a su servicio, llamado *Mahout*; además, se sabía que tenía intereses en varias empresas lucrativas relacionadas sobre todo con el comercio de productos de la India, que era un hombre de negocios duro y astuto, pero justo, y que si se le agraviaba, era un adversario peligroso e implacable.

Rose se había sentido aún más desconcertada al conocer toda aquella información, porque la descripción no le encajaba con un hombre capaz de acceder a hacer de intermediario furtivo entre lord Thornleigh y la joven con la que éste pensaba fugarse.

Mirando ausente por la ventana empañada de lluvia de su habitación, mientras se mordisqueaba distraídamente el carnosos labio inferior, Rose volvió a darle vueltas a aquel curioso asunto, y pensó que quizás el señor Khanna había accedido a ayudar al conde porque le debía algún tipo de favor.

Tampoco tenía explicación que lord Thornleigh hubiera decidido visitar a su familia de repente, después de más de una década, en compañía del señor Blott, ni el hecho de que ambos hubieran atribuido su visita a la necesidad de consultar a su padre sobre asuntos relacionados con la India, y que no hubieran mencionado ni el sobre ni la carta. Aunque su padre se había sentido muy halagado, él mismo había señalado que llevaba quince años alejado de aquel país, y que seguramente habían cambiado muchas cosas.

Todo aquello era muy extraño, y cuanto más pensaba en el asunto, más raro le resultaba. Si lord Thornleigh hubiera necesitado consejo de verdad, ¿por qué no se lo había pedido al señor Khanna? Al fin y al cabo, él acababa de llegar a Inglaterra y estaba íntimamente familiarizado con la India. Nada tenía sentido.

A causa de la aversión instintiva que había experimentado hacia lord Thornleigh y hacia el señor Blott, Rose sintió que la carcomía la sensación de que allí había algo más en juego que lo que Jasmine y ella habían pensado en un principio, y empezó a preocuparse de nuevo por su propia seguridad y sobre todo por la de su familia. Intentó convencerse de que se estaba portando como una tonta, de que saber que lord Thornleigh planeaba fugarse con alguien no suponía un peligro para su familia; de hecho, si lo pensaba bien, todo indicaba lo contrario. Si el señor Khanna le había contado al conde que Jasmine y ella habían leído la carta, entonces la visita de lord Thornleigh había sido una cortesía, un gesto para mostrarles la gratitud que sentía por su discreción, sin tener que mencionar el tema. Sí, eso podía explicarlo todo.

Pero Rose siguió preocupada, incapaz de sacudirse de encima la siniestra impresión que le habían producido lord Thornleigh y el señor Blott, la terrible sensación de que había algo vital, quizás mortal, que se le había escapado a lo largo del camino.

De repente, se preguntó por primera vez si era posible que Jasmine y ella hubieran malinterpretado la carta. Al abrir el sobre, ambas estaban presas de un nerviosismo exaltado y de una gran aprensión, y habían leído la carta rápidamente y con cierta culpabilidad, conscientes de que estaban entrometiéndose en asuntos ajenos a pesar de las buenas razones que justificaban sus acciones.

Rose cerró los ojos y, con el ceño fruncido, intentó crear una imagen mental de la carta, recordar lo que ponía palabra por palabra, para poder decidir si Jasmine y ella podían haber malinterpretado su significado.

Pero el intento fue inútil, porque la habían leído una sola vez antes de guardarla, y de eso ya hacía semanas. Rose necesitaba conocer algunas respuestas para poder

tranquilizarse, pero sabía que sólo un hombre podía dárselas: Raj Khanna. Él le había dicho que no dudara en contactar con él si alguna vez necesitaba su ayuda, y que además también podía confiar en su criado, y en ese momento se preguntó si había sido una oferta carente de valor o si se la había hecho con sinceridad.

Sólo había una forma de averiguarlo, pero Rose sintió que su corazón se aceleraba de miedo y excitación ante la idea. Seguramente no sería apropiado que fuera a verlo sola, debería ir con Jasmine... no, iría sola, decidió de repente. Sus ojos verdes relampaguearon con súbita determinación, y su pequeña barbilla se levantó con igual resolución. Si realmente había algo más en todo aquel asunto de lo que parecía a simple vista, entonces involucrar aún más a Jasmine podía exponerla a un peligro mayor.

Una vez tomada la decisión, Rose sabía que tenía que actuar con rapidez, antes de que flaqueara su valor y la asaltaran las dudas. Se apartó de la ventana, salió sin hacer ruido de la habitación y bajó sigilosamente por las escaleras traseras. Después de comer, su padre se había ido a su club y su madre había subido a su cuarto a leer, y seguramente se había quedado dormida. Aburridas porque había estado cayendo una fina llovizna durante todo el día, cuatro de sus hermanas le habían pedido a su padre que, de camino al club, las llevara al bazar del Soho en su carruaje. Jasmine se había quedado en casa, pero desde el saloncito llegaba el sonido distante del piano, así que no tenía que preocuparse por ella. La señorita Candlish y las dos doncellas estaban ocupadas con la colada, y la señora Beasley y Polly, la criada, estaban horneando pan en la cocina. Como no pensaba estar fuera mucho tiempo, Rose creyó que podía salir sin que nadie notara su ausencia.

Al llegar al rellano de la parte posterior de la casa, tomó de una percha que había en la pared la vieja capa que solía ponerse cuando trabajaba en el jardín, y después de cubrirse con ella, se puso la capucha. Tras agarrar un paraguas, salió al jardín, fue hasta la puerta trasera y salió a la calle, donde hizo que un coche de punto se detuviera. Le dio al conductor la dirección de Harley Street, y un cuarto de hora después, el vehículo la dejó en su destino.

Rose se quedó frente a la puerta de la casa de Raj Khanna sin saber qué hacer. La nota que él había enviado con el bastón había sido muy fría y distante, y temió que al verla allí le cerrara la puerta en la cara. entonces, más que consciente de que el vehículo que la había llevado hasta allí se había ido y que los transeúntes la contemplaban con curiosidad, se obligó a hacer acopio de valor y, después de respirar hondo, tomó la aldaba y golpeó en la imponente puerta negra.

Después de un largo momento, abrió la puerta un hombre indio, alto y moreno. Rose se lo quedó mirando sin poder articular palabra durante lo que le pareció una eternidad, conmocionada e incrédula, y finalmente jadeó:

— ¿Mayur Singh...?

Por primera vez en toda su vida, Rose se desmayó.

## Capítulo 13

Vidas pasadas, antiguos amores.

El hombre cabal aumenta la duración de su existencia; en eso consiste vivir dos veces: en poder disfrutar de la vida transcurrida.

*Epigramas*

Marcial (Marcus Valerius Martialis).

Harley Street. Londres, Inglaterra, 1850

— ¡*Sahib!* ¡*Sahib!* — gritó Mayur Singh con voz ronca, después de agarrar a Rose justo a tiempo para evitar que su cabeza golpeará contra el suelo.

Al oír los desesperados gritos de su criado, Hugo salió corriendo de su estudio, y se detuvo en seco al ver a Mayur Singh llevando reverentemente en sus brazos el cuerpo inconsciente de Rose.

— No sé por qué ha venido, pero verme la ha conmovido — le explicó el criado con suavidad, mirando con expresión acusadora a su señor.

Hugo soltó una maldición ahogada, y se pasó una mano temblorosa por el pelo. Tomó a Rose de los brazos de Mayur Singh, y después de abrir de una patada la puerta de uno de los salones, entró con ella y la dejó con cuidado en el sofá. Poco después, el criado apareció a su lado con un frasco de sales, una toalla y una palangana con agua tibia.

Hugo abrió el frasco, y lo pasó por debajo de la nariz de Rose. Ella tardó unos segundos en reaccionar, pero entonces el fuerte olor penetró en su nariz y con una mueca se apartó bruscamente, antes de abrir poco a poco los ojos con obvia confusión. Hugo mojó la toalla en el agua de la palangana, la estrujó y se la colocó en la frente.

— Rose, ¿sabes dónde estás? — le preguntó con voz suave y tranquilizadora —. No, no intentes levantarte aún. *Mahout* me ha dicho que has sufrido una conmoción.

Enmudecida, maravillada, Rose miró a Hugo durante unos segundos que a él le parecieron una eternidad. Entonces, ella levantó una mano temblorosa y vacilante y la posó en su mejilla morena. Con un dedo, empezó a recorrer el ángulo de una ceja densa y oscura, la curva de un ojo enmarcado por largas pestañas, el plano de un pómulo, la línea de su nariz aquilina, y la curva de su sensual boca.

Durante toda la exploración, que fue tan ligera como el revoloteo de las alas de una mariposa contra su piel, Hugo permaneció muy quieto, sin apenas atreverse a respirar. Lo invadió una súbita oleada de vergüenza por haber dudado de ella, por haber sospechado que estaba conspirando con lord Thornleigh contra él.

Hacía mucho tiempo que no sabía cómo querer a alguien.

—¿Cómo... cómo es posible? —Rose sacudió ligeramente la cabeza, como si estuviera intentando despertar de un sueño—. Durante todos estos años creí que estabas muerto, pero eres mi querido Hugo, ¿verdad? Por eso percibí que me vigilabas... porque el vínculo que nos unía de niños aún existe, tan poderoso como siempre. Es increíble que no me diera cuenta, que no te reconociera... aunque la última vez que te vi eras un niño, y ahora eres un hombre. ¿Lo sabe lord Thornleigh?, ¿por eso vino a visitarnos?

—No, sir James Wormwood... no es, y nunca ha sido realmente lord Thornleigh... no tiene ni idea de que aún sigo vivo. ¿Os visita a menudo, Rose?

—No, nos visitó hace unos días por primera vez en todos los años que llevamos aquí. Jasmine y yo creímos que su visita podía tener algo que ver con el sobre y la carta... Oh, Hugo, estoy tan confundida, tan asustada... desde nuestra infancia le he tenido miedo a tu primo, y después de conocerlo, creo que mis temores eran fundados. Por favor, ¿puedes explicarme lo que está pasando?, por eso he venido a verte, para intentar encontrar algunas respuestas. No quería inmiscuirme en tus asuntos, sino tranquilizar mi inquietud. Hugo, ¿por qué no nos dijiste que estabas vivo?, ¿por qué te haces llamar Raj Khanna? Y mi querido Mayur Singh... ¿tendría que haber adivinado que eras tú en cuanto oí el nombre "Mahout"! ¿Aún amansas a los elefantes?

—De vez en cuando, *memsahib*... aunque no lo he hecho desde que vinimos a Inglaterra —Mayur Singh sonrió, y su piel morena y curtida se arrugó con las marcas de su alegría.

—Tenemos mucho que contarnos —dijo Hugo con seriedad—, pero antes de nada, ¿te encuentras bien?, ¿quieres algún refresco?, ¿algo de té para que entres en calor?, ¿un poco de *sohanhalwa* para tentar a tu paladar?

—¡*Sohanhalwa*! ¡No lo he probado desde que vinimos de la India!, ¡me encantaría comer un poco!

—Lo sospechaba —dijo Hugo, sonriendo por primera vez.

Mayur Singh se apresuró a ir a la cocina para preparar el té y el *sohanhalwa*, el dulce que Rose adoraba de pequeña.

—Vamos —añadió Hugo, antes de levantarse y de alargar la mano hacia ella—. Dame la capa y los guantes, y te enseñaré mi casa. Después hablaremos.

Tras dejar su ropa de abrigo en el mueble del recibidor, Hugo la condujo por las hermosas habitaciones de su casa, que estaba decorada con muy buen gusto, mientras iba haciendo alguna que otra observación. Durante todo el recorrido, Rose sintió como si todo aquello no fuera real, como si fuera a despertarse de un momento a otro en su cama en Russell Square, y descubrir que todo había sido un sueño. Aún no podía acabar de creer que Hugo estuviera vivo, que Raj Khanna y él fueran el mismo hombre, y que su criado, *Mahout*, fuera el mismísimo Mayur Singh. Pero tampoco podía dudar que era cierto, porque aunque Hugo había cambiado y se había convertido en un hombre en los últimos quince años, Mayur Singh seguía siendo el mismo de siempre.

Al acabar el recorrido, volvieron al salón. Mayur Singh había encendido un acogedor fuego en la chimenea, y ya tenía listos y esperándolos el té y el *sohanhalwa*.

Rose se apresuró a tomar un dulce, y cerró los ojos de placer al darle un bocado y saborear la dulzura afrutada que pareció deshacerse en su boca.

— Está delicioso, ¡justo como recordaba! ¡Oh, cómo he echado de menos el sabor de la India!

Incluso de niño, Hugo había pensado que Rose era tan bonita como la flor de la que tomaba su nombre, la rosa. Al convertirse en mujer, su belleza había florecido en todo su esplendor.

En ese momento, pensó en lo extraña que era la “rueda” del destino que los había vuelto a unir, y se preguntó qué probabilidades había de que, de todas las mujeres de Londres, chocara precisamente con ella mientras huía de la casa de la señora Squasher. Debían de ser de una entre el número de estrellas que brillaban en el cielo, así que su encuentro no podía ser una pura coincidencia.

Mayur Singh le había dicho una vez que el destino los había unido a Rose y a él, y en ese momento, Hugo supo que era cierto. Los dioses los habían separado mucho tiempo atrás, pero habían vuelto a unirlos. Tenía que haber alguna razón para ello.

— De ahora en adelante, debes venir siempre que echas de menos el sabor de la India, porque aquí siempre encontrarás un pedacito de ese país... —“... y de mi corazón”. Las palabras resonaron en la mente de Hugo, pero no las pronunció en voz alta. Aún había demasiado por decir entre ellos, aún tenían que redescubrir muchas cosas el uno del otro —. Rose, siempre serás bienvenida en mi casa. Me alegro de que sepas la verdad sobre mí.

— Pero no ibas a contármela tú — comentó ella con voz queda, mientras la invadía de nuevo el dolor que había sentido al leer la gélida nota que él le había enviado —. No ibas a volver a verme jamás. ¿Por qué?, ¿qué te he hecho yo para merecer tal cosa?

— Nada — confesó él, avergonzado y furioso consigo mismo al ver lo mucho que la había herido su intento de apartarse de su vida —. Para serte sincero, hace unos días fui a visitaros para devolver el bastón de tu padre y para revelaros mi verdadera identidad, y también para contaros mi pasado y la razón que me impulsó a venir a Inglaterra; sin embargo, al llegar a Russell Square, vi el carruaje de sir James delante de la casa de tu padre. Rose, me has dicho que mi primo te asusta, pero yo no le tengo ningún miedo. Es mi enemigo mortal.

— Pero... ¿por qué?, ¿acaso tuvo algo que ver con la muerte de tus padres?

— ¿Por qué piensas eso? — dijo Hugo, con voz súbitamente acerada.

— No... no lo sé. Cuando éramos niños, oí que mamá decía que era un... un diablo, y que sospechaba que podía estar involucrado de alguna manera en el asesinato de tus padres. Ella también le tiene miedo. Al principio, Jasmine pensó que la reacción de mamá era exagerada, porque lo cierto es que tiene cierta tendencia a ser un poco melodramática, y que a lo mejor tu primo sólo era un disoluto; sin embargo, después de conocerlo, ya no está tan segura de ello. Sólo sé que de pequeña lo taché de

monstruo en mi mente, y que para intentar encontrar algún sentido a lo que os había sucedido a tus padres y a ti, culpé a sir James, fuera culpable o no, porque pensaba que era un ogro. La visita que nos hizo el otro día sólo sirvió para reforzar mi opinión. Hugo, ¿qué fue lo que pasó aquella noche realmente?, ¿cómo conseguiste escapar?, ¿dónde has estado durante estos quince años?, ¿cómo has vivido?, ¿cómo te convertiste en Raj Khanna?, ¿qué importancia tienen el sobre y la carta de sir James? Porque está claro que no estabas haciendo de intermediario y que él no está planeando fugarse, que es lo que Jasmine y yo supusimos en un principio al leer la carta.

—No, por lo que yo sé... que por desgracia, no es demasiado de momento... sir James está planeando asesinar a la reina Victoria.

## Capítulo 14

Un asesinato de lo más vil

El crimen saldrá a la luz, no hay duda de ello.

*Cuentos de Canterbury, el cuento de la priora (1387)*

Geoffrey Chaucer.

Harley Street. Londres, Inglaterra, 1850

Rose se quedó mirando a Hugo con incredulidad durante un largo momento, completamente atónita, convencida de que no podía haberle oído bien.

— ¡Asesinar a la reina! ¿Estás... estás seguro, Hugo? — consiguió decir al fin.

— Sí. Como ya te he dicho, hay muchas cosas que aún desconozco, y de momento tengo muy pocas pruebas materiales que puedan probarlo; aun así, estoy convencido de que eso es lo que planea — dijo Hugo con expresión sombría—. Pero es mejor que empiece desde el principio, y para eso debo remontarme a nuestra infancia en Delhi... y a las sospechas de tu madre de que él tuvo algo que ver con el asesinato de mis padres.

Hugo se detuvo durante un instante para organizar sus ideas, y tras tomar un sorbo de té, retomó su explicación.

— Rose, a diferencia de ti, mi padre sólo tenía una hermana, Louisa. Era menor que él, una muchacha dulce y tímida, tanto que mi padre solía decir a menudo que temía por ella, por lo que sería de su vida. Se casó a los dieciocho años con sir Philip Wormwood, pero el matrimonio no le aportó madurez y confianza en sí misma, como mi padre había esperado, sino que su naturaleza tímida pareció empeorar. Por desgracia, sir Philip resultó ser un hombre frío, cruel y déspota, y la hizo muy desdichada al tratarla mal en vez de con amabilidad y comprensión. Al final, murió al dar a luz a sir James.

— ¿Así que sir James no llegó a conocer a su madre?

— No. Lo crió su despiadado padre, y tú misma puedes ver el resultado. Es una copia exacta del difunto sir Philip, en todos los aspectos. Como ya sabes, mi padre se casó bastante tarde, así que sir James creyó durante muchos años que él sería el heredero de su patrimonio; obviamente, el título de conde le resultaba preferible al de baronet. Estando en la India, mi padre conoció a mi madre, Anamitra, y se casó con ella. Era una princesa en su tribu, los Khanna, así que cuando yo era niño, bromeaba diciéndome que, aunque mi padre me había llamado Hugo, para ella siempre sería su pequeño rey... Raj.

— Raj Khanna — murmuró Rose, con una sonrisa—. Ahora entiendo por qué elegiste ese nombre, pero no sé por qué no pudiste seguir siendo Hugo Drayton.

¿También tú sospechabas que sir James había tenido algo que ver con el asesinato de tus padres?

—Sí, porque él nunca pudo aceptar mi nacimiento, ni la subsiguiente pérdida de Thornleigh y del resto de las tierras de mi padre. Además, para sir James era mucho peor saber que el nuevo heredero de mi padre era un mestizo. Al principio, mi ascendencia no tuvo la más mínima importancia, porque era algo relativamente común en la India, y a su debido tiempo me habrían enviado al país de mi padre, para recibir la educación necesaria y ocupar mi puesto en la sociedad. Mi piel es morena, pero no tanto como para que me impida acceder a los círculos más selectos; además, el hijo rico de una princesa, aunque sea india, es bien recibido por la clase alta. A raíz de la aparición de los barcos de vapor, los viajes de Inglaterra a la India se volvieron más seguros y relativamente rápidos, y a partir de entonces, a los hombres como mi padre les resultó más fácil llevarse a sus mujeres y sus familias a la India, y así no tener que optar por una esposa india. Pero de todas maneras, a sir James no le habría importado lo que yo fuera... porque sobre todo lo demás, yo era el heredero de mi padre.

Hugo, que hasta ese momento había estado sentado junto a Rose en el sofá, se levantó súbitamente para estirar las piernas. Fue hasta la chimenea, se arrodilló ante ella y, después de agregar más leña, tomó el atizador para avivar el fuego.

—Rose, ¿te molesta que fume?

—No.

Él sacó un puro de una pequeña cajita que había sobre una mesa, lo encendió y, después de inhalar profundamente, soltó una nube de humo al aire. Inquieto como un tigre de Bengala, empezó a pasearse por la habitación, y tras servirse un poco de licor de un botellón de cristal, finalmente se sentó en una de las sillas tapizadas que había frente al sofá.

—Como puedes imaginarte, la noche en que los bandidos atacaron la *haveli* de mis padres fue la peor de mi joven vida. Asesinaron primero a mi padre y a mi madre, claro, y mientras tanto, uno de ellos fue por el pasillo hasta mi habitación con la intención de acabar también conmigo. Pero como Mayur Singh era mi criado personal, no dormía en las habitaciones de los sirvientes, sino en una pequeña antesala de mi dormitorio. Afortunadamente, siempre ha tenido un sueño muy ligero, así que se despertó al oír entrar al intruso, y tras una breve lucha, lo mató. Para aquel entonces, mis pobres padres ya estaban muertos, y los bandidos habían prendido fuego a su habitación. Cuando Mayur Singh se dio cuenta de que la casa entera estaba siendo atacada, se apresuró a arrastrar el cuerpo del hombre muerto a mi habitación, y después de despertarme, colocó el cadáver en la cama y lo cubrió con las sábanas para que en la oscuridad pareciera que se trataba de mí. Entonces me bajó a escondidas por las escaleras, y salimos a la oscuridad de la noche.

Hugo volvió a detenerse brevemente, y siguió fumando taciturno mientras recordaba aquella noche aciaga. Finalmente, continuó con su relato.

—El fuego se había propagado con una rapidez aterradora, seguramente gracias a algún acelerante que debieron de emplear los intrusos, así que para aquel entonces,

los sirvientes ya se habían despertado y habían salido de sus habitaciones. Los bandidos, después de asesinar a mis padres y creyéndome muerto, reunieron todo el botín que pudieron de la *haveli* y escaparon. Mayur Singh consiguió sacarme de allí en medio de la confusión y del pánico, bajo el amparo de la oscuridad y de las nubes de humo. Me dejó escondido en unos arbustos durante unos minutos, mientras él volvía a la casa a buscar un pequeño cofre donde mi padre guardaba documentos importantes, y después me sacó de Delhi, porque temía por mi seguridad y no entendía por qué mi familia había sido tan brutalmente atacada; por regla general, los bandidos no suelen elegir unos blancos tan prominentes como la *haveli* de mi padre. Mayur Singh me llevó al Punjab, donde vivía la familia de mi madre, y allí me crié.

Hugo se detuvo durante unos segundos, y tras respirar hondo, siguió diciendo:

—Durante algunos años, la verdadera razón del asesinato de mis padres siguió siendo un misterio para nosotros, aunque Mayur Singh sospechaba desde hacía mucho tiempo que mi primo era el responsable. Con toda nuestra familia muerta, él era el heredero de todo, pero, por desgracia, no teníamos ninguna prueba de su implicación y no pudimos tomar ninguna medida contra él; sin embargo, un día Mayur Singh vio por casualidad a uno de los bandidos en el mercado de Amritsar, lo siguió hasta un callejón y lo mató, pero el hombre confesó antes de morir que el ataque a la *haveli* de mi padre no había sido algo aleatorio. Al parecer, los bandidos habían recibido una buena suma de dinero por adelantado por su crimen, de manos de un inglés a quien el hombre llamó “el gusano”; según él, también les dijo que podían saquear la casa y llevarse lo que quisieran.

—Entonces, mamá tenía razón al sospechar de sir James durante todos estos años, realmente es un diablo... ¡y mi miedo estaba justificado! —Rose sintió un profundo dolor por el terror que Hugo había tenido que pasar por culpa de la codicia de su primo, y por la terrible muerte que habían sufrido sus padres.

—Sí. No sé si sabes que de joven viajó mucho, y aunque creo que hoy día afirma que sólo estuvo en la India muy brevemente, sé que no es cierto. A causa del estatus de mi madre en su tribu, tengo muchos recursos a mi disposición, y cuando tuve la confirmación de que sir James había sido el instigador del ataque, me resultó relativamente fácil rastrear todos sus movimientos.

—Entonces, ¿por qué no has expuesto su perfidia?, ¿por qué no has reclamado tu puesto legítimo como conde de Thornleigh? —le preguntó Rose, perpleja.

—Aunque gracias a Mayur Singh tengo los documentos necesarios para demostrar mi identidad, aún no tengo pruebas contundentes de lo que hizo sir James. Después de que Mayur Singh se encontrara con aquel bandido, juntos logramos localizar a otros integrantes de la banda, que accedieron a firmar confesiones escritas antes de morir. Pero James afirmaría que esos documentos son falsos, porque la mayoría de los bandidos no sabían leer ni escribir y se limitaron a poner sus marcas, o incluso podría decir que las confesiones se habían conseguido bajo coacción.

—¿Y fue así?

—Rose, los bandidos asesinaron a mis padres —dijo Hugo, con voz suave pero cargada de emoción—. Como eres mujer, quizás no puedas entender mi deseo, mi necesidad, de tener tan poca piedad con aquellos hombres como ellos habían tenido con mis padres dormidos. Puede que el Dios de los misioneros cristianos que llegaron a la India se reservara el derecho de juzgarlos, pero en el Punjab me enseñaron que era mi derecho y mi obligación vengarme de mis enemigos.

Rose se estremeció de pronto, al darse cuenta de que el Hugo Drayton al que había conocido y querido de niña no sólo se había convertido en un hombre, sino que además había cambiado como ella jamás habría podido imaginar. Su Hugo había sido un muchacho amable que casi nunca se enfadaba y, desde luego, que nunca había mostrado un deseo tan salvaje de venganza.

—Hugo, te has vuelto duro e implacable.

—¿Y me crees peor persona por ello?

—No, entiendo tus razones para pero... me da un poco de miedo.

—Rose, nunca te haría daño.

—¡Ya lo has hecho, al enviarme esa carta tan horriblemente cortés!

Hugo se sintió culpable, y tuvo la delicadeza de ruborizarse.

—Me disculpo por ello. Cuando vi el carruaje de sir James delante de la casa de tu padre, pensé que tu familia y tú estabais conspirando contra mí, a pesar de que todo lo que sabía sobre vosotros indicaba que seríais incapaces de hacer algo así.

—Tal y como te he explicado, fue la primera vez que nos visitó, y fue una decepción para mí que viniera a vernos él, y no tú... —Rose se mordió el labio después de que se le escapara aquella confesión, y sintió que sus mejillas se sonrojaban. Avergonzada, se apresuró a cambiar de tema—. Hugo, ¿estás seguro de que sir James planea asesinar a la reina? ¡Apenas puedo creerlo! Todo esto parece tan... tan irreal. ¿Por qué quiere asesinar a alguien tan bueno como nuestra soberana?

—Bueno, sir James conoció a toda clase de gente durante sus viajes, incluyendo a muchos de los mismos revolucionarios y radicales que influyeron en las ideas de hombres como Karl Marx y Friedrich Engels.

—Te refieres al tipo de personas que muchos temen que lleguen a la ciudad durante la Gran Exposición, ¿verdad? Individuos decididos a fomentar la rebelión... ¡y a asesinar a la reina Victoria y al príncipe Alberto, para proclamar una república! Papá nos habló de ello cuando nos comentó varios artículos del *Times*. ¿Quieres decir que sir James es uno de esos extremistas?, ¿que tiene entre manos un plan así, cuando la ciudad entera está en guardia? —Rose estaba atónita.

—No. Créeme, sir James no comparte los ideales de hombres como Marx o Engels; de ser así, no se habría rebajado a cometer un asesinato para conseguir la herencia de mi padre. Pero sabe que puede utilizar a aquellos que defienden el igualitarismo como títeres para su propio beneficio. Creo que quiere deshacerse de la reina Victoria porque ella cada vez se deja influenciar más por el príncipe Alberto, y se está empezando a poner en marcha un movimiento de reforma social hacia la igualdad. Si Inglaterra continúa por ese camino, llegará un día en que los integrantes de la

Cámara de los Comunes tendrán más peso y poder que los de la Cámara de los Lores. Sir James no quiere que eso pase, por supuesto, y como es un hombre muy listo y osado, sabe que, cuanto más se hable del posible asesinato de la reina, más improbable le parecerá a todo el mundo que alguien intente llevarlo a cabo realmente. Por eso, es posible que aquellos que protegen a la reina y al príncipe no incrementen su vigilancia, sino que sientan una falsa seguridad y bajen la guardia.

— ¿Cómo descubriste la implicación de sir James en la trama?

— Hace tiempo que lo tengo bajo vigilancia, incluso desde antes de que Mayur Singh y yo viniéramos a Inglaterra. Lo sé todo sobre él... adónde va, a quién ve, lo que hace. También tengo un informador que trabaja como sirviente en su casa de la ciudad, en Belgrave Square, y otro en Dartmoor. Cuando me enteré de su relación con una tal señora Delphine Squasher, que vive en Lincoln's Inn Fields, creí prudente vigilarla también a ella. Como la mayoría de mis espías son indios, les resulta fácil introducirse en las casas de incógnito; se los considera exóticos, y por lo tanto, mucha gente desea tenerlos como sirvientes.

Hugo se detuvo unos segundos para apagar el puro en un cenicero, y siguió diciendo:

— Recientemente, uno de ellos me informó de que la señora y el señor Blott le habían entregado una carta a la señora Squasher. Como la misiva le había sido enviada por mediación del matrimonio, en vez de por correo, supuse que sin duda se trataba de algo importante, relacionado con el plan que estaban urdiendo sir James y sus compinches. De modo que yo mismo entré a hurtadillas en la residencia de la señora Squasher, para robar la nota y buscar cualquier otra cosa que pudiera serme de utilidad. Por desgracia, pensé equivocadamente que se levantaría tarde porque no se había retirado hasta el amanecer, y se despertó cuando yo estaba registrando su habitación. Empezó a gritar y a llamar a la servidumbre, y apenas pude escapar con dos de sus secuaces pisándome los talones. Ya sabes el resto.

— Sí, pero lo que no entiendo es por qué no te limitas a llevarle el sobre y la carta a la reina, y le explicas lo que está pasando.

— Porque no basta para incriminarlo, Rose. ¡Tu hermana y tú leísteis la carta, y ambas creísteis equivocadamente que se trataba de una fuga! Ante tales acusaciones, sir James mentiría sin duda y afirmararía que sólo se trataba de eso, y seguramente insinuaría la posibilidad de que yo estuviera tergiversando el contenido de la carta para causarle problemas. Como ya te he dicho, es un hombre muy listo. Aunque yo soy el legítimo conde de Thornleigh, es posible que él consiguiera convencer a la reina de que sólo soy un impostor, de que lo culpo irracionalmente del asesinato de mis padres y por ello estoy intentando vengarme con confesiones falsas de los bandidos, y con acusaciones sin fundamento. Podría parecer que sólo soy un loco vengativo... ¡y él conseguiría salir impune, sin tener que pagar por lo que hizo!

— Cielos, Hugo, ahora entiendo las dificultades a las que te enfrentas. Entonces, ¿qué vas a hacer?

Él se encogió de hombros.

—Seguiré con la vigilancia y con las investigaciones, por supuesto, hasta que esté seguro de tener lo suficiente para conseguir que lo cuelguen. En este momento, ni siquiera estoy seguro de cuándo ni dónde se llevará a cabo el intento de asesinato, sólo sé que será en algún momento de la primavera, porque, en la carta, sir James dice que es entonces cuando vendrá a Londres. Según recuerdo, también le dice a la señora Squasher que el día de la ceremonia estará junto a ella para disfrutar de la celebración.

—Eso parece indicar el uno de mayo, el día de la ceremonia de inauguración de la Gran Exposición, ¿no crees?

—Sí, pero no me atrevo a dar nada por sentado. Es posible que sir James sepa que lo vigilan, y que haya tomado medidas para enviarme en una dirección equivocada.

—Entonces, ¿sabe quién eres?

—No, aunque es posible que haya oído hablar de Raj Khanna. Es muy difícil moverse en los círculos de negocios, como hago yo, y permanecer en el más estricto anonimato; sin embargo, sir James no tiene razones para sospechar que yo esté interesado en él, ni que yo tenga alguna conexión con Hugo Drayton. De momento, tú eres la única que sabe la verdad, exceptuando a Mayur Singh.

—Hugo, supongo que sabes que puedes confiar en mí. No le diré nada a nadie — le dijo ella con vehemencia.

—Rose, sé que guardarás mi secreto. Pero debemos asumir que, como sir James fue a visitaros, ha descubierto que choqué contigo aquel día mientras huía. Es posible que crea que no fue un accidente y que sospeche que te di el sobre, así que quizás te tiene vigilada. De hecho, alguien puede haberte seguido hasta aquí.

—Lo... lo siento mucho, Hugo. No tenía ni idea... —Rose se sintió aterrada y avergonzada al pensar que era posible que lo hubiera puesto en peligro, aunque no hubiera sido de forma deliberada—. Sin embargo, salí por la puerta trasera después de tomar la decisión de venir a verte sola, porque no quería que nadie se enterara. De modo que, si alguien me vio, quizás pensó que era una de las doncellas o la criada. La capucha de la capa ocultaba mi rostro.

—Bien. Entonces, te agradecería que en esta ocasión volvieras a entrar a tu casa por la parte trasera, si a ti no te importa.

—Claro que no me importa. ¿Qué más puedo hacer para ayudarte, Hugo?

—De momento, nada. No quiero que te involucres aún más en todo esto, porque es un juego muy peligroso... sir James y sus compinches, el señor y la señora Blott, no se detendrán ante nada. No sé si la señora Squasher entiende realmente la verdadera naturaleza de la gente con la que se ha aliado. La madre del señor Blott es una prostituta de Southwark, y nunca llegó a conocer a su padre. La familia de la señora Blott era más respetable, pero su padre enloqueció y al final murió en un manicomio. Cuando ella se fugó con el señor Blott, su madre se enteró de los antecedentes de él y la desheredó. Al parecer, no sólo es hijo de una prostituía, sino que además es un vividor y un jugador empedernido.

—Conocer al señor Blott me resultó muy desagradable —Rose se estremeció visiblemente al recordar a aquel hombre—. ¡Me recordó a una serpiente que acababa de tragarse a una rata!, ¡no imagino lo que la señora Blott ve en él! ¿Qué hago si sir James vuelve a casa de visita, Hugo?, ¿y si viene el señor Blott? ¡Puede que incluso se presente con su esposa! Sir James y el señor Blott estuvieron hablando de negocios con mi padre, y temo que quieran estafarle de algún modo. Papá no es tonto, pero... se preocupa por mis hermanas y por mí.

—Entiendo. Te prometo que haré todo lo que pueda para asegurarme de que no se aprovechan de él. Mientras tanto, ni Jasmine ni tú debéis hablar con nadie del sobre y de su contenido. Si alguno de los dos vuelve a vuestra casa, debéis comportaros con toda la naturalidad posible, para que no sospechen nada. Si en alguna ocasión te sientes amenazada, ponte en contacto conmigo de inmediato. Ésta es una batalla que debo librar yo, Rose, no tú.

—De acuerdo —Rose tragó con dificultad, mientras rezaba para que no le pasara nada a Hugo justo cuando acababa de volver a encontrarlo. Echó un vistazo al pequeño reloj que llevaba prendido del vestido, y soltó una exclamación ahogada.

—¡Cielo santo! No pensaba estar fuera de casa más de una hora a lo sumo, y ya llevo dos. ¡Debo regresar de inmediato, antes de que noten mi ausencia!

Se apresuró a levantarse del sofá, y Hugo la acompañó al vestíbulo. La ayudó a ponerse la capa y le dio su paraguas, y después de que ella se despidiera de Mayur Singh mientras se ponía los guantes, la condujo a la parte posterior de la casa. Al salir al cuidado jardín trasero, Rose vio un pequeño callejón que separaba la propiedad de la casa colindante; la estrecha callejuela cortaba directamente desde Harley Street hasta Mansfield Street, que a su vez daba a varias calles, por lo que había varias rutas posibles por las que escapar.

—Supongo que ahora entiendes por qué elegí esta casa, Rose; como ves, su ubicación tiene algunas ventajas. Por si acaso sir James ha descubierto que fui yo quien robó el sobre y me tiene vigilado, será más seguro que salgas por aquí. No creo que sepa nada, pero no pienso correr el más mínimo riesgo en lo que a ti concierne.

Hugo abrió el paraguas y lo sostuvo sobre los dos para mantener a raya la fina llovizna que caía del cielo plomizo; tras abrir la puerta del jardín, condujo a Rose por el callejón hasta Mansfield Street, donde le hizo una seña al cochero de un coche de punto que pasaba por allí. Cuando el vehículo se detuvo junto a ellos, ayudó a Rose a subir y le dio el paraguas, y después le indicó al conductor la dirección a la que debía llevarla y le pagó por adelantado. Entonces se volvió de nuevo hacia Rose, levantó una de sus manos hasta sus labios y se la besó con suavidad.

—No te preocupes ni tengas miedo —le dijo—. Cuando esté convencido de que es seguro, te veré de nuevo. Hasta entonces, ten fe, mi querida Rose.

Sin añadir nada más, Hugo dio un golpecito en el pescante, y el vehículo se puso en marcha y se alejó bajo la lluvia.

## Capítulo 15

En búsqueda de consejo

Muchos reciben consejo, pero pocos lo aprovechan.

*Máxima 149*

Publilius Syrus.

Russell Square y Belgrave Square.

Londres, Inglaterra, 1850

Mientras el vehículo la llevaba de vuelta a casa, Rose no dejaba de pensar en todo lo que había descubierto aquella tarde. Apenas podía creerlo, aún sentía como si todo fuera un sueño del que estaba a punto de despertar con lágrimas de angustia corriéndole por las mejillas; sin embargo, lo único que mojaba su rostro eran las gotas de lluvia que de vez en cuando la salpicaban al escurrirse por la capota del vehículo.

¡Hugo estaba vivo! Parecía algo imposible, pero la calidez persistente en la mano que él había besado minutos antes revelaba que era cierto.

Tal y como se le había indicado, el conductor la dejó en Keppel Street, y desde allí Rose entró al jardín trasero de su casa, esperando que nadie hubiera descubierto su desaparición. Se apresuró a abrir la puerta trasera y entró en el rellano, y tras colgar la capa en la percha de la pared, metió los guantes en uno de los bolsillos de la prenda. Mirándose en un espejito que había detrás de la puerta, se alisó rápidamente el pelo húmedo y volvió a colocarse un par de mechones rebeldes bajo la redecilla que contenía su densa melena.

Cuando estuvo satisfecha con su apariencia, fue a la cocina, donde la señora Beasley y Polly estaban atareadas sacando hogazas de pan del horno y dejándolas en bandejas metálicas para que se enfriaran. Una aromática sopa de pollo estaba cociéndose en el fuego, y también había, a medio preparar y repartidos por toda la cocina, un rodaballo en salsa de langosta, paté de ostra, chuletas de cordero con guisantes, un estofado de ternera, una ensalada con gelatina, y una crema de chocolate.

—Ah, aquí está, señorita Windermere —Polly, que había empezado a cortar zanahorias, la miró sin dar muestras de curiosidad—. La señora Windermere la estaba buscando, pero ha vuelto a subir al piso de arriba.

—Estaba en el jardín —aunque aquello no era exactamente mentira, Rose se sonrojó un poco—. Pero como la lluvia ha empezado a arreciar, he decidido que era mejor entrar.

—Ha hecho usted bien, señorita. Pero el aire fresco le ha puesto color en las mejillas, así que supongo que le ha venido bien estar un rato fuera.

—Gracias, Polly. Señora Beasley, todo tiene muy buena cara y huele maravillosamente bien, como siempre. Bueno, será mejor que vaya arriba, a ver qué quiere mamá.

Como ni la cocinera ni la criada habían hecho ningún comentario sobre su ausencia, Rose dedujo que su madre no llevaba buscándola el tiempo suficiente para notar que no estaba en la casa, y sintió un profundo alivio. Aunque anhelaba contarle a alguien que Hugo estaba vivo, sabía que no podía hacerlo, ya que era él quien debía decidir si quería compartir su secreto con su familia. Además, sería desastroso para los planes de Hugo que sir James descubriera su verdadera identidad, y ella nunca traicionaría su confianza. Debía guardar para sí todo lo que había descubierto, e intentar no preocuparse demasiado.

Al llegar a la habitación de su madre, Rose llamó a la puerta.

—Entre. ¡Ah, Rose, aquí estás! —la señora Windermere, que estaba respondiendo a unas cartas en su secretar, suspiró y frunció el ceño con preocupación—. Querida, he estado pensando largo y tendido, y a pesar de que desearía que no fuese así, creo que no devolverle la visita a lord Thornleigh sería una ofensa imperdonable. Estaba pensando que mañana sería un día apropiado... ni demasiado pronto, para no parecer demasiado ansiosos, ni demasiado tarde, para no resultar maleducados. ¿Qué opinas?

—Para serte sincera, no había pensado en ello.

—¿De verdad? —la señora Windermere sacudió la cabeza, y soltó un resoplido mezcla de disgusto y exasperación—. ¡Qué muchacha más peculiar has sido siempre! Cuando eras pequeña, a veces me preguntaba si serías un ser mágico de otro mundo, porque siempre mostraste muy poco interés en éste. ¿No te das cuenta de lo irritante y molesto que es todo esto? Lord Thornleigh es rico... ¡María Penworthy me dijo que, según los rumores, obtiene siete mil libras al año! ¡Además, no está casado! Dudo que viniera solamente a pedirle consejo a tu padre, porque en ese caso, podría haber recurrido a muchos otros caballeros; seguramente, había oído hablar de lo bellas que sois tus hermanas y tú. ¡Oh, sería la madre más feliz del mundo si cualquier otro noble eligiera a una de mis hijas como esposa! Rose., tú eres la mayor, así que lo correcto sería que fueras la primera en casarse; sin embargo, la mera idea de que lord Thornleigh muestre el más mínimo interés en alguna de mis hijas hace que me estremezca de aprensión y repugnancia. Como ya os he dicho a tus hermanas y a ti... y también a tu padre, por supuesto... nunca me ha gustado ese hombre terrible, y no confío en él. Aunque parece comportarse como un caballero, hay algo... algo siniestro en él. Debemos encontrar la manera de disuadirlo sin ofenderlo, para que no decida buscarnos la ruina.

—Mamá, lord Thornleigh debe de ser unos treinta años mayor que yo, y... y a mí tampoco me gusta, ni confío en él. Así que, por favor, que ni se te ocurra la idea de que yo pueda sentirme interesada por él. ¡Prefiero permanecer soltera por el resto de mi vida, antes que casarme con alguien como él! —Rose estaba tan aterrorizada por la mera idea de un matrimonio entre lord Thornleigh y ella, que fue presa de un temblor incontenible.

—Rose, mi pobre y querida niña... no ha sido mi intención alterarte así, ignoraba que sintieras tanta aversión por lord Thornleigh como yo misma. Aparenta ser un perfecto caballero, ¿verdad? Bueno, no es especialmente atractivo, claro... de hecho, yo lo describiría como bastante anodino. Además, es una lástima que tenga que llevar esas gafas tan gruesas, porque hacen que parezca un pescado o un sapo. Aun así, alguien en nuestras circunstancias no puede permitirse el lujo de ser excesivamente selectivo, y sé que eres consciente de lo que significaría un matrimonio así para todos nosotros, ya que tus hermanas tendrían la oportunidad de ser presentadas en los círculos de la alta sociedad. De modo que sólo quería que supieras que preferiría que aceptaras al profesor Prosser y no a lord Thornleigh, sin importar cuánto insistiera éste último.

—Mamá, tienes razón al suponer que soy plenamente consciente de las circunstancias, pero, créeme, no hay nada en lord Thornleigh que me atraiga lo más mínimo, no existe nada sobre la faz de la tierra que pueda convencerme de que me case con él, bajo ninguna circunstancia. Además, dudo que él tenga intención de proponerme matrimonio.

—Entonces, ¿por qué crees que vino a visitarnos? A pesar de lo mucho que quiero y respeto a tu padre, no puedo creer que lord Thornleigh quisiera pedirle consejo sobre los asuntos de negocios en la India. Por eso sospecho que tenía algún motivo ulterior, y lo único que se me ocurre es que ha pensado en tener a alguna de mis hijas como futura esposa. ¡Es algo que me tiene muy preocupada!

Al oír las palabras de su madre, Rose tuvo que morderse la lengua para no confesarle la verdad sobre sir James; sin embargo, logró controlarse gracias a su lealtad hacia Hugo y al convencimiento de que saber el alcance de la perfidia de aquel hombre inquietaría aún más a su madre.

—Mamá, yo tampoco sé por qué lord Thornleigh decidió visitarnos —dijo, sintiéndose culpable por tener que engañarla—. Sin embargo, no debe preocuparte que Jasmine o yo accedamos a casarnos con él; de hecho, es Lily la que tendrá que ser disuadida en ese sentido, porque ella es la que se siente más afectada por nuestras circunstancias.

Rose se reprendió en silencio por no darse cuenta antes de que, a pesar de la repugnancia que su madre sentía por lord Thornleigh, su profunda convicción de lo que suponían los buenos modales la llevaría a querer devolverle la visita... y quizás también al señor Blott. La perspectiva de visitar a éste último le resultó aún más inquietante.

—Mamá, me parece conveniente que mañana le devolvamos la visita a sir James... eh... a lord Thornleigh, pero te sugiero que la mantengamos lo más breve posible, y que no hagamos nada por fomentar su interés en nuestra familia; todo lo contrario, tendríamos que intentar sofocar cualquier esperanza que pueda tener respecto a mis hermanas y a mí. En ese sentido, quizás sería una buena idea hablar con papá, porque creo que ha olvidado la mala opinión que le merecía el conde... o peor aún, que la ha ignorado en su anhelo de intentar proporcionarnos un futuro mejor.

—Sí, Rose, creo que tienes razón —la señora Windermere volvió a soltar un profundo suspiro.

Una vez zanjado el asunto, Rose fue a su dormitorio y se sintió aliviada al no encontrar allí a Jasmine. Tras cerrar con firmeza la puerta, fue hasta el tocador de caoba y sacó del joyero el collar de oro con la moneda gupta que atesoraba allí. Desdobló el papel de seda en el que estaba envuelto, se pasó la cadena por la cabeza y colocó el collar por debajo del cuello del vestido, de forma que la media moneda descansara entre sus pechos. Sabiendo que Hugo estaba vivo, el collar ya no le causaba tristeza, sino una profunda esperanza.

Rose se preguntó si Hugo había conservado su mitad de la moneda gupta. Habían tenido tantas cosas de las que hablar, que se le había olvidado preguntárselo.

## Capítulo 16

La visita

La traición nunca prospera; ¿por qué? Porque en caso de hacerlo, nadie se atreve a llamarla traición.

*Epigramas*

Sir John Harington.

Belgrave Square. Londres, Inglaterra, 1850

Era difícil de creer que, menos de medio siglo atrás, Belgravia hubiera sido conocida como los “Cinco Campos”. Había sido una zona tan indeseable, que resultaba más que peligrosa para cualquiera que tuviera que pasar por allí de noche, recorriendo a pie la distancia entre Londres y Chelsea. El lugar había sido un cenagal arcilloso de agua estancada, maleza y bancos de lodo, ocupado tan sólo por algunas casuchas en ruinas.

En 1824, el constructor Thomas Cubitt había descubierto que el suelo de los Cinco Campos no sólo estaba formado de arcilla, sino también de grava; tras extraer el primer material, lo había convertido en ladrillos que después había colocado sobre la grava, y había conseguido así que el terreno fuera edificable.

Aquel mismo año, había cubierto gran parte de los Cinco Campos y de la región adyacente con esa misma técnica, después de llegar a un acuerdo con los propietarios de las tierras, y se habían construido allí Belgrave Square, Lowndes Square y Chesham Place. Seguía siendo un terreno situado a una altitud baja (se había determinado que el nivel del suelo en la calle de Westbourne Terrace, cerca de Hyde Park, que estaba veintinueve centímetros por encima de la marca de marea alta del Támesis, estaba al mismo nivel que los áticos de las casas de Belgrave Square y Eaton Square), pero había dejado de ser un lodazal inmundo. De hecho, había llegado a convertirse en una de las zonas más elegantes y exclusivas de Londres.

El ajetreo constante de los ómnibus, los carruajes y los coches de punto que llenaban las calles por Piccadilly y Knightsbridge daban paso a las magníficas y aristocráticas mansiones de Belgravia, que era un barrio relativamente tranquilo. Caballeros y damas exquisitamente ataviados paseaban a caballo por la tarde por Rotten Row, o recorrían relajadamente Hyde Park en sus carruajes, para ver y ser vistos. Cuando el sol brillaba y los residentes salían, las aceras estaban llenas de sirvientes con peluca y librea esperando a sus señores, o paseando a perritos con sobrepeso y temperamentales que pertenecían a la clase alta, y la tranquilidad del ambiente sólo se rompía por los golpeteos de las aldabas en las puertas al llegar las visitas, que dejaban sus tarjetas para los que estaban fuera o atendiendo otros asuntos.

Lo último era lo que estaban haciendo lord Thornleigh y sus huéspedes, el señor y la señora Blott, la señora Squasher, el señor Ploughell, el señor Douglas Delwyn y la señora Lynne Ambrose. Después de una copiosa comida, los siete habían ido al saloncito, donde habían empezado a jugar a los naipes mientras discutían acaloradamente sobre su plan de asesinar a la reina Victoria. De todos ellos, sólo el señor Blott estaba razonablemente satisfecho, aunque eso era de esperar; al fin y al cabo, aún no eran las cinco de la tarde y ya iba por su tercer vaso de whisky, así que aún no había llegado al punto de ebriedad donde se volvía malhumorado y violento.

Lord Thornleigh estaba irritado porque había perdido varias partidas, y una cantidad considerable de dinero; la mayoría lo había ganado el señor Blott, quien seguramente estaba haciendo trampa. Al conde no le gustaba perder, sobre todo cuando no podía permitírselo. Aunque había heredado Thornleigh y el resto de propiedades, su torpe administración y sus excesos habían mermado los ingresos; además, también tenía que mantener la casa de Belgrave Square. Por supuesto, ni siquiera se había planteado el hecho de que podría tener una el doble de grande y por la mitad de precio en Russell Square, como los Windermere.

Nadie que fuera alguien vivía fuera del West End. Lord Thornleigh ignoró convenientemente que ninguno de sus invitados residían en aquella zona; al fin y al cabo, era necesario aceptar los compañeros de armas que uno tenía a su disposición, y había que eliminar a la reina Victoria. Aquella mujer no sólo era una reliquia en lo relativo al matrimonio y la familia, sino que además permitía que su marido extranjero, el príncipe Alberto, adquiriera cada vez más poder, y que estableciera reformas incómodas para la gente como el conde.

Lord Thornleigh creía firmemente en la necesidad de mantener diferentes clases sociales y que los sirvientes no eran ni serían nunca los iguales de sus señores, y estaba claro que la reina Victoria y el príncipe Alberto querían que esas barreras se volvieran más difusas. Por supuesto, se guardaba para sí el hecho de que sus motivos para querer eliminar a la reina eran muy diferentes a los de sus cómplices.

La señora Blott, disgustada porque la señora Squasher y los demás también habían sido invitados, no estaba prestando ninguna atención al juego y había perdido una partida tras otra. Había creído que, exceptuando la presencia de su marido, tendría al conde todo para sí, y que podría seguir con su plan de apartarlo de la señora Squasher y llevarlo a su propia cama. No entendía lo que veía el conde en aquella mujer, que parecía un calabacín amorfo coronado con una peluca castaña mal puesta.

Además, la señora Squasher se consideraba la persona más lista del saloncito, y la señora Blott estaba indignada, porque creía firmemente que ese título le pertenecía a ella... a pesar de que, aunque era tan taimada y astuta como su marido, realmente era muy corta de entendederas. Sin importar cuántas veces se lo explicaran, seguía sin entender por qué los demás pensaban que había que asesinar a la reina. Ella simplemente se limitaba a aceptar que era así, sin más. Otra de las razones por las que estaba celosa de la señora Squasher era que, antes de casarse con ella, el señor Blott se había acostado con aquella mujer.

La señora Squasher estaba enfadada porque los demás habían ignorado su negativa a que el señor Blott fuera quien disparara a la reina. Ella quería que apretara

el gatillo el señor Delwyn, quien era el más inteligente de todos después de ella, ya que era un hombre de leyes; sin embargo, además de ser el mayor del grupo también era el más alto y corpulento, y en consecuencia el más lento y visible en medio de una multitud, así que los demás lo habían vetado. Según ellos, el hombre sería incapaz de acercarse a la reina sin que lo vieran, y en caso de que lo apresaran, todos quedarían expuestos.

Entonces la señora Squasher se había ofrecido a ser ella la que perpetrara el crimen, y se había puesto furiosa cuando los demás habían pensado que estaba bromeando y habían estallado en estruendosas carcajadas, a pesar de que ella había hablado muy en serio. Vivía para el día en que las mujeres fueran reconocidas como el sexo superior, y eliminar a la reina Victoria y sus anticuadas ideas sobre el matrimonio y los valores familiares era un gran paso en aquella dirección.

El señor Ploughell era un miembro del Parlamento, y ocupaba un puesto en la Cámara de los Comunes. Estaba bastante nervioso, porque le preocupaba que se descubriera su participación en el plan para asesinar a la reina, y deseaba fervientemente que el grupo reunido en el saloncito de lord Thornleigh estuviera compuesto por personas más dignas de confianza. Por supuesto, apartaba de su mente el hecho de que él mismo era un hipócrita arrogante y corrupto que a menudo aceptaba sobornos de los propietarios de los garitos y los prostíbulos.

Como medía poco más de metro y medio, estaba siempre a la defensiva, y sus ambiciones políticas superaban incluso su celo religioso. No entendía por qué el Parlamento debía seguir con sistemas tan arcaicos como la monarquía y la Cámara de los Lores, en los que uno sólo era admitido si había nacido en la cuna adecuada o si se le había concedido un título. En secreto, le carcomía el hecho de no haber tenido aquella suerte, así que estaba decidido a vengarse como pudiera de todos aquellos a los que envidiaba y que creía que estaban por encima de él.

El señor Douglas Delwyn era juez, y estaba ofendido porque los demás habían votado en contra de que fuera el tirador. No había tenido ningún interés especial en ser quien asesinara a la reina, pero, aun así, le ofendía que hubieran aludido a su altura y a su envergadura; además, la señora Blott había añadido sal a la herida sugiriéndole que se consolara comiéndose otro dulce. Le había parecido muy gracioso viniendo de ella, porque el trasero de aquella mujer se parecía al de un elefante que había visto en el zoo. El señor Delwyn creía firmemente que las reformas sociales eran necesarias para que los jueces y los abogados, además de interpretar las leyes, pudieran también establecerlas; al fin y al cabo, nadie las conocía mejor que ellos.

La señora Lynne era una mujer quisquillosa e inquieta de una edad indeterminada, y era la viuda de un abogado. La unía una vieja amistad a la señora Squasher y al señor Delwyn, así que estaba apesadumbrada por qué había votado en contra de que fuera el juez quien disparara a la reina. Estaba convencida de que sus dos amigos se habían enfadado con ella, y no podía soportar las desavenencias de ningún tipo; por eso había votado lo mismo que la mayoría, para apaciguar la discusión que se había formado. Se había unido al complot porque consideraba que era injusto que tantas mujeres como ella tuvieran relativamente poco, mientras que la

reina Victoria lo tenía todo gracias a su nacimiento; sin embargo, si ella hubiera sido la reina, la señora Ambrose habría opinado de forma muy diferente.

—¡Sigo sin entender por qué no podemos limitarnos a construir una bomba, y hacer saltar a la reina por los aires! —dijo la señora Blott, antes de poner otra carta sobre la mesa sin apenas fijarse—. ¿No sería eso más fácil que hacer que el señor Blott se acerque lo suficiente para poder dispararle?

—Posiblemente —admitió lord Thornleigh con sequedad—, pero como ya le hemos explicado anteriormente, existe cierta preocupación por las vigas que tienen que sujetar la estructura del Palacio de Cristal. Parece probable que una explosión dentro del recinto pudiera provocar una vibración que afectara a las vigas, y el edificio entero podría desplomarse. Nuestro objetivo es asesinar a la reina, no matar a miles de personas inocentes... eso haría sin duda que la opinión pública se nos volviera en contra.

—Ya veo —la señora Blott pareció quedar satisfecha con la explicación.

—Milord, acaban de llegar el coronel Hilary Windermere, la señora Violet Windermere y sus hijas —dijo Eastlake, el mayordomo, al entrar en el saloncito—. ¿Les digo que no puede atenderlos, o desea que los haga pasar?

—Hazlos pasar, Eastlake —le ordenó lord Thornleigh, mientras dejaba bruscamente las cartas sobre la mesa—. El coronel es un viejo carcamal, y su esposa una cabeza hueca con aspiraciones sociales muy superiores a lo que le corresponde. Pero como son una pareja bastante entretenida, y todas sus hijas hermosas y bien educadas, sin duda nos divertirán más que este tedioso juego de cartas.

Momentos después, el mayordomo condujo a los Windermere al pequeño saloncito, y después de que lord Thornleigh les diera la bienvenida, les presentó al resto de sus invitados. Rose pensó que nunca había visto un grupo tan dispar, y como no pertenecían a la clase social del conde, sospechó de inmediato que eran sus compinches en la trama para asesinar a la reina. De no ser así, dudaba que el conde los hubiera invitado a su casa.

En ese momento, Rose se alegró de haberse visto obligada a realizar aquella visita de cortesía con su familia. Empezó a observar a los invitados disimuladamente, con gran interés, y tuvo que esforzarse por ocultar la excitación que sintió al pensar en todo lo que podría contarle a Hugo.

Lo que atrajo su atención en primer lugar fue el tamaño de la señora Blott y de la señora Squasher; de hecho, no recordaba haber visto en su vida a dos mujeres más altas. La señora Squasher debía de medir más de un metro ochenta, y la señora Blott aún más; era una verdadera amazona, y como su marido era varios centímetros más bajo que ella, parecía empequeñecer a su lado. Formaban una pareja de lo más incongruente. El señor Delwyn también era bastante alto, y al andar parecía un enorme y monstruoso pingüino. Junto a él, el señor Ploughell parecía minúsculo; debía de medir metro y medio aproximadamente y tenía la piel bastante morena, así que Rose supuso que seguramente tenía ascendencia española o italiana, porque sus rasgos no parecían indios. Sólo la señora Ambrose era tan corriente que casi pasaba desapercibida.

Rose pensó que todos ellos parecían bastante indeseables. El señor Blott parecía un poco ebrio y estaba observando con descaro a sus hermanas y a ella misma, y la señora Blott y la señora Squasher estaban vestidas de forma muy vulgar; sus pechos prácticamente rebosaban de sus escotes, y Rose se sintió avergonzada de estar en su compañía.

Por la actitud de su familia, era obvio que no era la única que pensaba así. Incluso Lily, que en circunstancias normales se habría sentido eufórica al estar en el saloncito de la mansión del conde de Thornleigh, parecía intimidada y enmudecida.

De modo que, a pesar de la mórbida fascinación que sentía por lord Thornleigh y sus acompañantes, Rose sintió un alivio inmenso cuando, ni un minuto después del tiempo apropiado para una visita de cortesía, su madre se puso en pie y anunció educadamente que era hora de marcharse.

## Capítulo 17

### Una competencia intolerable

Mi señor, guardaos de los celos; son un monstruo de ojos verdes, que se burla del sustento que lo alimenta. Feliz vive el cornudo que, consciente de su sino, no ama a aquélla que le afrenta.

*Otelo (1604 – 1605)*

William Shakespeare.

Russell Square y Grosvenor Square. Londres, Inglaterra, 1850

Durante los días siguientes, Hugo hizo que sus espías vigilaran con ojo avizor la casa de los Windermere. No lo hizo porque no se fiara de Rose, ya que después de que ella fuera a verlo, le había quedado claro que seguía siendo la misma Rose a la que había conocido y adorado siendo niño. Ella había sido su mejor amiga en aquel entonces, y tantos años después tampoco lo traicionaría; aunque ambos habían cambiado inevitablemente al crecer, el vínculo que habían compartido en la infancia seguía siendo igual de fuerte.

Al parecer, había ciertas cosas que uno no llegaba a perder nunca.

Aun así, Hugo temía que sir James sospechara que Rose había tenido en su poder el sobre y la carta, y mientras fuera así, no quería hacer nada que pudiera ponerla en peligro ni que atrajera la atención de su primo hacia sí mismo. De modo que, aunque no deseaba otra cosa que volver a verla y apenas podía contener su impaciencia por hacerlo, se obligó a controlar sus emociones y a esperar el momento adecuado.

Pero al fin, después de más de dos semanas en las que sus espías no habían informado de nada sospechoso, Hugo decidió que cualquier sospecha que sir James pudiera haber tenido sobre Rose se había desvanecido, porque no había vuelto a aparecer por casa de los Windermere. Por su parte, ellos tampoco volvieron a visitarle a Belgrave Square. Eastlake, quien le era leal a pesar de ser el mayordomo de sir James, le había asegurado que había sido sólo una visita de cortesía.

—Créame, milord —le había dicho el mayordomo, que se había mostrado entusiasmado al enterarse de que estaba vivo—, nunca he visto una familia tan incómoda, y con razón. Sir James recibe a unos invitados del todo indeseables en Belgrave Square. El padre de usted, que Dios lo tenga en su Gloria, se estará revolviendo en su tumba ante la mera idea de que gente así esté pisando su casa.

De modo que Hugo se había convencido de que no debía preocuparle la posibilidad de que los Windermere se aliaran con sir James, y se sentía tranquilo en ese aspecto; sin embargo, se sentía más que irritado porque el profesor Prosser seguía yendo de visita a Russell Square, y por la información que le iban proporcionando sus espías, era obvio que el hombre tenía la esperanza de casarse con Rose.

El hecho de que ella tuviera un pretendiente lo enfurecía, porque en todos los años que había estado en la India, planeando y trabajando sin descanso de cara al día en

que pudiera vengarse y recuperar su legítimo patrimonio, nunca se le había ocurrido plantearse la posibilidad de que Rose no estuviera junto a él para compartir ese momento.

Pero por fin se había dado cuenta de lo arrogante y poco realista que había sido. Rose no había seguido siendo una niña, claro, y era lógico que, creyéndole muerto tantos años atrás, hubiera seguido adelante con su vida. Para él, el tiempo había parecido detenerse de una extraña forma, pero para ella no había sido así; de hecho, era un milagro que Rose no se hubiera casado. Hugo sabía que lo único que se lo había impedido habían sido las circunstancias de su familia, y que encontrarla casada con otro habría sido un golpe demoledor para él.

De niño, había querido a Rose. No como un hombre amaba a una mujer, por supuesto, sino con la fe y la devoción de la infancia, y en secreto la creía una de las hadas que aparecían en los libros que tanto le gustaba leer. Para él, ella era etérea y mágica, y cuando jugaban juntos, se había imaginado a menudo que era un príncipe y que la rescataba de su torre encantada; en su mente, siempre la había asociado con cuentos de hadas y finales felices.

Al examinar sus emociones en ese momento, Hugo se dio cuenta de que había encerrado en su corazón los recuerdos que tenía de Rose, porque siempre habían evocado en él todo lo dulce y hermoso de la vida que había perdido cuando los bandidos habían asesinado a sus padres. Si aquella terrible noche no hubiera ocurrido, habría sido algo natural que Rose y él llegaran a casarse algún día, porque se habían criado juntos y estaban muy unidos.

Mayur Singh, que creía firmemente en los dioses y en el destino, había tenido la esperanza de que aquel momento llegara algún día, pero aunque Hugo también compartía las creencias de su criado, los años que había pasado en el Punjab le habían enseñado mucho sobre el libre albedrío, sobre aferrarse a la vida y hacer de ella lo que uno pudiera y quisiera.

Era muy diferente del muchacho que había sido años atrás, y Rose se había dado cuenta. Ella seguía siéndole leal por los viejos tiempos, porque su amistad de la infancia había forjado un vínculo muy poderoso que aún compartían, pero Hugo se preguntaba si podría llegar a quererle de nuevo, a amar al hombre en que se había convertido. No como la niña que había sido, sino como una mujer.

Sólo había una manera de descubrir la respuesta a aquello.

—El señor Raj Khanna —anunció la señora Candlish a las personas reunidas en el saloncito de la casa de los Windermere.

Hugo, que iba justo detrás del ama de llaves, se detuvo de golpe, y se preguntó demasiado tarde por qué había creído que encontraría sola a Rose, sabiendo que vivía en una casa repleta hasta los topes con sus padres y sus hermanas. Pero la situación era peor aún, porque, además de ellos, también estaba presente el profesor Prosser.

El hombre estaba sentado posesivamente junto a Rose en el sofá, y era obvio que estaba inmerso en una de sus disertaciones, porque tardó varios segundos en darse cuenta de que Hugo había entrado en la habitación. Cuando por fin notó su presencia, se calló de golpe y se lo quedó mirando con una expresión de contrariedad tan grande, que Hugo habría estado más que tentado de echarse a reír, si las circunstancias hubieran sido diferentes. Sin embargo, sus propias emociones hicieron que le devolviera al profesor una mirada igual de hostil.

Rose se quedó desconcertada al ver la fiera expresión de su rostro moreno, y se apresuró a levantarse, temblando ligeramente de miedo y excitación.

— Señor... señor Khanna, qué sorpresa. Qué amable de su parte venir a visitarnos, espero que esté completamente recuperado de su percance en el parque —le dijo.

— Eh... sí, lo estoy. Gracias por su interés, señorita Windermere. Permita que me disculpe por no haber venido a visitarlos antes, pero me ha sido imposible debido a mis heridas y a varios asuntos urgentes de negocios —dijo Hugo. Sabía que Rose entendería por qué no quería revelar aún su verdadera identidad a su familia.

— Bueno, lo que importa es que está usted aquí, y estamos encantados de darle la bienvenida a nuestra casa —dijo el coronel Windermere con tono jovial, antes de levantarse para estrecharle la mano—. Tanto el señor Khanna como yo pertenecemos al mismo club, y nos hemos encontrado allí brevemente en varias ocasiones —les explicó a todos los presentes—. Estoy encantado de poder conocerlo mejor.

— Lo mismo digo, señor —contestó Hugo con calidez. Cuando él se acercó a Rose y le besó una mano con elegancia, ella sintió que el corazón le palpitaba con fuerza en el pecho, y el profesor Prosser frunció aún más el ceño.

— Es un placer volver a verla, señorita Windermere.

Hugo sonrió, y por un instante, Rose pensó que debía de haberse imaginado el brillo salvaje que había visto en su mirada momentos antes; aun así, sus ojos negros permanecieron muy serios mientras la observaban con una expresión penetrante, y ella se ruborizó un poco bajo su intenso escrutinio.

Sabía que tenía aspecto de cansancio, ya que le había resultado casi imposible dormir debido a la desacostumbrada excitación de las últimas semanas, combinada con la revelación de que Hugo Drayton no sólo estaba vivo, sino que además había vuelto de nuevo a su mundo. Se había pasado muchas noches en vela, dando vueltas en la cama que compartía con Jasmine, y a menudo paseaba en silencio de un lado a otro de la habitación, mientras acariciaba la moneda gupta que llevaba siempre, oculta bajo el jubón del vestido.

En ese momento, deseó haberse puesto un vestido más elegante esa mañana, y haber prestado más atención a su aspecto.

— Señor Khanna, recordará usted al profesor Prosser y a mi hermana Jasmine, y parece ser que también conoce a mi padre. Por favor, permítame que le presente al resto de mi familia.

Ante el disgusto del profesor Prosser y el nerviosismo de Rose, Hugo se sentó justo entre ellos en el sofá después de las presentaciones de rigor. Rose se dijo que era

absurdo tener la esperanza de que él estuviera celoso del profesor, que era un hombre bajito y con una incipiente calvicie, pero no se le ocurría ninguna otra explicación para su comportamiento. Su corazón se aceleró mientras reflexionaba sobre aquella posibilidad, ya que los celos indicarían que Hugo sentía algo por ella; aun así, se preguntó si sólo serían vestigios de su antigua amistad, o algo más.

Rose no estaba segura de lo que sentía por él, y se dijo que, con todo lo que había pasado en tan poco tiempo, era normal que se sintiera confundida. Hugo ya no era el chico al que había adorado e idealizado de pequeña, y con quien había soñado con casarse algún día. Era un desconocido para ella en muchos aspectos, además de un hombre viril decidido a reclamar lo que le pertenecía y a vengarse de su malvado primo. Su padre había comentado que Raj Khanna era un adversario peligroso e implacable, y ella sabía por experiencia propia que, si quería algo, siempre lo conseguía.

Incluso el profesor Prosser, que normalmente era una persona locuaz y quisquillosa, había preferido guardarse para sí sus protestas al ver que Hugo usurpaba su lugar en el centro del sofá. Había carraspeado sonoramente, como si estuviera preparándose para hacer alguna objeción, pero al ver la mirada acerada que Hugo le lanzaba, se había sonrojado, había cerrado la boca y había tragado con dificultad mientras sus ojos de búho parpadeaban rápidamente tras sus gafas redondeadas.

En otras circunstancias, a Rose le habría costado mucho contener una sonrisa al ver al profesor acallado, pero no pudo evitar recordar el respeto que Hugo siempre había mostrado hacia sus mayores de niño, y volvió a pensar en lo mucho que él había cambiado en aquellos años.

Ella había nacido en la India y se había criado allí, así que no era ajena a las privaciones que sufrían muchos de sus habitantes, y a las crueldades que a menudo se cometían en aquel país; sin embargo, sólo podía imaginarse cómo había sido la vida de Hugo en el Punjab, y cómo le había afectado.

Rose deseó con todas sus fuerzas que la noche terrible del asesinato de los padres de Hugo nunca hubiera sucedido, que Hugo y ella pudieran volver atrás en el tiempo a aquella India que habían conocido y amado, a aquel país que ambos habían compartido durante los idílicos días de su infancia. Pero sabía que aquellos días se habían ido para siempre... y su juventud con ellos.

Ella era una solterona de veintitrés años, que anhelaba desesperadamente tener una vida que estaba pasando de largo. Por su parte, Hugo era cinco años mayor que ella, así que estaba más cerca de la treintena que de la veintena, y tenía mucha más experiencia del mundo. Con tristeza, se dijo que a lo mejor él se había enamorado de docenas de mujeres, mientras que el único amor de su vida había sido el muchacho al que había perdido aquella fatídica noche en la India.

Rose tenía la madurez suficiente para darse cuenta de que la persona que había vuelto junto a ella no era aquel muchacho de su infancia, sino el hombre que había llegado a ser; y, aunque no tenía ninguna duda sobre sus sentimientos por el primero, lo que sentía por el segundo era algo nuevo, desconocido y que no había sido puesto a prueba por el paso del tiempo.

Desde el primer momento, cuando él había estado a punto de derribarla en High Holborn, se había sentido atraída por él desde un punto de vista físico. Sin siquiera mirarlo, era plenamente consciente de todos los planos y los ángulos de su apuesto rostro, de los firmes músculos que se tensaban con cada uno de sus movimientos, y de la dureza de su muslo contra el suyo mientras permanecían sentados en el sofá. Nunca antes había experimentado una atracción tan poderosa hacia un hombre, aunque con ironía tuvo que admitir que tenía muy poca experiencia con el género masculino. Quizás se habría sentido igualmente atraída por cualquier hombre tan atractivo como Hugo. Aun así, seguramente no habría experimentado el mismo vínculo emocional que Hugo y ella compartían desde su infancia. Eso era algo indudable, pero existía una gran diferencia entre dos niños que eran amigos y dos adultos que se amaban como hombre y mujer.

Rose sentía profundamente lo mucho que había sufrido Hugo aquella noche en Delhi, cuando su mundo entero se había roto en pedazos, pero sabía de forma instintiva que él no quería su compasión. Y a pesar de que le daban miedo las ansias de venganza que lo impulsaban, podía entenderlas, y quizás habría sentido lo mismo de haber estado en su lugar. Sin embargo, no sabía qué pensar, porque Hugo había admitido que, creyéndola compinchada con su primo, había tenido la intención de no volver a verla nunca más. ¿La habría condenado con tanta rapidez, si aún la quisiera aunque fuera como amiga?

—Estás a miles de kilómetros de aquí —le susurró Hugo al oído—. ¿Te has escapado a algún reino encantado, vedado a los meros mortales?

—No —contestó ella, mientras esbozaba una sonrisa—. Estaba pensando... en ti y en mí.

Rose se mordió el labio con nerviosismo, porque había estado a punto de decir “nosotros”... pero no estaba segura de si había un “nosotros” del que hablar.

—¿Qué pasa con nosotros? —le preguntó Hugo, como si le hubiera leído la mente.

—Ya... ya no somos niños, hemos crecido. Hemos... cambiado.

—Rose, ¿qué es lo que intentas decirme? —Hugo frunció el ceño, perplejo y un poco ansioso.

—No... no lo sé.

—No me estarás diciendo que piensas casarte con este búho pedante y pomposo, que lleva el último cuarto de hora aburriéndonos mortalmente, ¿verdad?

—¡Sss...!, ¡te va a oír!

A pesar de la mortificación que sentía, Rose no pudo evitar que las comisuras de su boca se elevaran un poco ante su descripción del profesor, quien, después de la interrupción causada por la llegada de Hugo, había retomado su monólogo desde donde lo había dejado.

—¿Y qué? —dijo Hugo, enarcando una ceja—. A lo mejor así captará la indirecta y volverá a su jaula.

Al oír aquellas palabras, Rose no pudo contenerse y tuvo que cubrirse la boca con una mano para intentar sofocar la carcajada que amenazaba con escapar de sus labios.

—Señorita Windermere, ¿acaso he dicho algo divertido? —le preguntó el profesor.

—Claro que no, profesor —dijo Hugo—. Pero si quiere oír algo divertido, podría contarle una anécdota que me pasó el otro día con un... buhonero.

El profesor lo miró con curiosidad. Tenía la cabeza un poco ladeada, sus ojos parpadeaban rápidamente tras las gafas y los dos mechones blancos de pelo a ambos lados de su cabeza sobresalían de tal manera, que realmente parecía un búho. Al parecer, Rose no era la única que lo pensaba, porque Daisy no pudo contener una risita.

—Cielos, no... no sé qué me ha pasado, lo... lo siento mucho —consiguió decir.

—Daisy, ya está bien —la regañó su madre—. ¡Voy a tener que cortarles las alas a ese tipo de comportamiento, señorita!

Al oír aquellas palabras, incluso el coronel estalló en carcajadas, y sólo la señora Windermere y el profesor siguieron sin entender lo que pasaba.

—La verdad, no entiendo lo que os pasa —dijo ella con rigidez.

—Parece que nuestra hija tiene la cabeza llena de pájaros, querida —el coronel se palmeó la rodilla, y estuvo a punto de doblarse de risa en la silla.

—Me temo que yo tampoco entiendo... —el profesor los miró con expresión perpleja, y cuando todos, excepto la señora Windermere, rieron con más fuerza, abrió con un gesto nervioso su reloj de bolsillo y exclamó—: ¡Cielos, qué tarde que es! Lo siento, tengo que salir volando.

Su desafortunada elección de palabras provocó una nueva ronda de carcajadas. Sacudiendo la cabeza, la señora Windermere se levantó para acompañar al profesor hasta la puerta. Mientras salía del saloncito, no dejó de refunfuñar en voz baja sobre la impertinencia de Daisy, a quien no estaba dispuesta a prestar la más mínima atención.

—¡Oh, señor Khanna!, ¡es usted terrible! —exclamó Daisy con indignación, mientras seguía riendo—. Mamá se va a enfadar mucho conmigo... ¡cuando fue usted quien me puso unas ideas tan irreverentes en la cabeza!

—¿Quién, yo? —respondió Hugo. Abrió mucho los ojos y empezó a parpadear con fingida perplejidad, imitando al profesor, y todos estallaron de nuevo en carcajadas.

—Bueno, supongo que no hay nada de malo en reírse, porque es cierto que el profesor Prosa se parece a un búho —dijo Lily, cuando las risas hubieron amainado—. El pobre hombre no puede evitarlo, pero me temo que se ha sentido mortificado y ofendido por nuestro comportamiento; si es así, dudo que vuelva a visitarte, Rose.

—Creí que su apellido era Prosser —comentó Hugo.

—Sí, lo es... y Daisy tiene razón, señor Khanna. ¡Es usted terrible! —dijo Rose.

—Señorita Windermere, estoy seguro de que debe de tener usted docenas de pretendientes, así que la pérdida de uno no le causará ninguna preocupación.

—Al contrario, señor Khanna —contestó ella con recato—, el profesor Prosser era... el único.

Rose se sonrojó por la vergüenza de tener que admitir algo así, pero también por el placer de saber que a Hugo le interesaba cuántos pretendientes tenía, ya que eso podía significar que estaba celoso del profesor.

—En ese caso, debo intentar redimirme.

—¿Por qué debe redimirse, señor Khanna? —le preguntó la señora Windermere, al volver a entrar en el saloncito.

—Me temo que he sido yo el culpable de las risas a expensas del profesor, señora Windermere. Desafortunadamente, el hombre tiene un parecido asombroso con un búho.

—Sí, ya lo había notado... ahora comprendo lo que les parecía tan gracioso a todos, normalmente no soy tan corta de entendederas. Pero debo confesarle que, desde que usted ha llegado, he estado dándole vueltas a quién se parece, porque me resulta extrañamente familiar...

—¿De veras?, no... no imagino por qué; sin embargo, les agradecería al coronel y a usted que me concedieran unos minutos de su tiempo, sin son tan amables. Señorita Windermere, ¿podría usted acompañarnos?

Mientras se levantaba, Rose era muy consciente de que sus hermanas rebotaban de interés y de curiosidad. Su padre, sin embargo, se mostró más perplejo que otra cosa al conducirlos a su estudio, y Rose se preguntó si sospechaba quién era Hugo en realidad. Pero pronto se dio cuenta de que ni su padre ni su madre habían descubierto su verdadera identidad, porque cuando se sentaron en el estudio y él les contó su trágica historia, su madre exclamó, atónita:

—¡Hugo Drayton! ¡Por supuesto, debería haberlo sabido antes! Te pareces mucho a tu padre... es a él a quien me recordabas... aunque tienes los ojos de tu madre. Cielos, pensar que has estado vivo todo este tiempo... ¡es innecesario que te diga que apenas parece posible! Aunque lo cierto es que el coronel dijo en su momento que los cuerpos habían quedado irreconocibles a causa del fuego... oh, mi querido Hugo... permitirás que te tutee, ¿verdad?, no hace falta que nos andemos con formalidades, al fin y al cabo, tus padres eran nuestros mejores amigos en la India. Si hubiéramos sabido que aún seguías con vida, habríamos hecho todo lo posible por ayudarte, te lo prometo.

—Ya lo sé, señora Windermere, y se lo agradezco más de lo que puedo expresar con palabras —dijo Hugo con gravedad—. Pero incluso antes de que pudiéramos confirmar que sir James estaba implicado en los asesinatos, Mayur Singh sospechaba de él, y temió que se supiera que yo seguía vivo. Él creyó que no podía confiar en nadie, y que yo sólo estaría seguro si mi primo creía que había muerto. Como sólo tenía trece años, seguí su consejo y dejé que me llevara junto a la gente de mi madre, en el Punyab.

—Es comprensible, mi querido muchacho, perfectamente comprensible —dijo el coronel, con voz ligeramente ronca—. Fue algo terrible, y Mayur Singh no fue el único que sospechó de sir James. A la señora Windermere también le parecía una persona poco de fiar, y según parece, su instinto fue más que acertado. A pesar de que realicé una investigación exhaustiva, no logré localizar a ninguno de los bandidos que os atacaron, ni encontré ninguna prueba que implicara a tu primo. Y, para serte sincero, cuanto más tiempo dedicaba yo a la investigación, más insistía él en que sólo estaba perdiendo el tiempo, y llegó a volverse bastante... amenazador.

—Lo imagino. Coronel, creo que se trata de un hombre muy peligroso, puede que incluso esté loco —dijo Hugo, muy serio—. Ésa fue una de las razones por las que no quise contactar con ustedes en cuanto llegué de la India, no quería exponerlos a ningún peligro. Pero me temo que, en mi afán de que no me capturaran con el sobre en mi poder, impliqué sin querer a la señorita Windermere y a la señorita Jasmine. Ahora sólo espero que, si sir James sospechaba que ellas pudieran estar relacionadas con todo este asunto, se haya convencido de que no es así después de venir a verlos y de que ustedes le devolvieran la visita. En todo caso, no tiene espías vigilando su casa.

—Eso no me tranquiliza lo más mínimo —dijo el coronel—. Vamos a asumir que el conde ignora que estás vivo y que te has puesto en contacto con nosotros. ¿Qué podemos hacer para ayudarte? ¡No puedo permanecer impasible, sabiendo que hay un plan para asesinar a la reina! Como ya sabes, fui un oficial del ejército de Su Majestad durante muchos años, y aún conservo muchos contactos que nos podrían resultar de gran ayuda... se trata de hombres importantes, con acceso a información y recursos que tú no tienes. Yo diría que una charla con las personas adecuadas serviría al menos para que Avery Ploughell y Douglas Delwyn fueran investigados, y para que los agentes de la reina examinaran minuciosamente sus documentos.

—No lo dudo, coronel, pero la dificultad radica en saber en quién confiar —afirmó Hugo con lógica—. Aunque estoy seguro de que la señorita Windermere acertó en su valoración de quienes acompañaban a sir James el día que fueron a visitarlo, y que eran el grupo al mando de la vil trama, es posible que haya más personas implicadas, cuya identidad desconocemos aún... puede ser que algunas de ellas estén trabajando para la reina, y si fueran alertadas...

—Sí, tienes razón. No queremos que se pongan en guardia.

El coronel empezó a tamborilear distraídamente con los dedos en su mesa y entrecerró los ojos mientras pensaba en todo aquello, y por primera vez que pudiera recordar con claridad, Rose vislumbró a su padre tal y como había sido años atrás. En ese momento, se dio cuenta de que no era el bonachón ligeramente despistado que ella creía, sino un hombre que se había ganado, gracias a su propia competencia y a su inteligencia, un puesto de responsabilidad en el ejército. Se encontraba en su salsa al tratar de cuestiones militares, tal y como demostró con sus siguientes palabras.

—Sin embargo, podemos realizar algunas discretas pesquisas. Después de toda la información que ha aparecido en el *Times*, es normal que en los clubes se charle sobre un posible intento de asesinato de la reina Victoria y del príncipe Alberto, y se puede saber mucho según la reacción de un hombre. Tarde o temprano, los mentirosos y los

fanáticos cometen algún error. También podemos emplear otra fuente: los jóvenes de la zona con los que mis hijas han trabado amistad durante estos años; después de todo, no sólo fueron capaces de localizarte, sino también de tomarte por sorpresa... y a juzgar por lo que he visto y oído de ti, sospecho que eso no es nada fácil. Como han tenido que ingeniárselas para sobrevivir en las calles, son unos muchachos muy espabilados, y saben mantener tanto los ojos como los oídos abiertos y las bocas cerradas, cuando es necesario. Rose puede decirles que, como desconfía de sir James y la ha inquietado la visita que nos hizo, quiere mantenerse al tanto de todo lo que tenga relación con él. Creo que con eso bastaría, y no tendrías que revelar tu verdadera identidad, ni lo que crees que sir James está planeando.

—Tiene razón —admitió Hugo—. Es posible que, con el tiempo, mis espías empiecen a estar bajo sospecha y que los vigilen, debido a que en su mayoría proceden de la India. Lo único que no me gusta de todo esto es la posibilidad de que su familia y usted puedan correr algún riesgo, coronel. Por favor, créame si le digo que nunca me lo perdonaría si le pasara algo a uno de ustedes por mi culpa.

—Hugo, lo entiendo y te lo agradezco —contestó el coronel—. Pero en Delhi, era mi responsabilidad encontrar a los culpables del asesinato de tus padres, y lamento de corazón tener que admitir que fallé estrepitosamente. Es algo que siempre me ha atormentado, y que ahora puedo enmendar en cierta forma. Y no sólo porque fuera mi trabajo, sino porque, tal y como ha dicho antes mi esposa, tus padres eran nuestros mejores amigos en Delhi. Quise que se hiciera justicia por ellos en aquel entonces, y sigo queriéndolo ahora.

—Bien dicho, querido —dijo la señora Windermere, que había estado escuchando muy seria la conversación—. Lo que les pasó a lord y lady Thornleigh fue terrible, ¡un plan ideado por un verdadero monstruo! Hugo, tienes mucha razón al creer que sir James debe de estar loco, pero, afortunadamente, al estar sobre aviso podremos permanecer alerta. Es más: ten por seguro que, cuando llegue el momento, no estarás solo al presentar tu caso ante la reina. Hay muchos ingleses que vivían en la India cuando se cometió el asesinato y que ya han vuelto a nuestro país, y que recordarán sin duda al joven Hugo Drayton y a Mayur Singh. Estoy convencida de que estarán dispuestos a hablar en tu favor, si fuera necesario.

—Muchas gracias, señora Windermere. Es usted muy amable —tras un segundo, Hugo añadió—: Ya he acaparado demasiado su tiempo, así que será mejor que me vaya. Dejo en sus manos decidir si quieren revelarles mi verdadera identidad a sus otras hijas.

—Jasmine es una muchacha sensata, con la cabeza sobre los hombros, así que deberíamos decírselo —dijo el coronel—. Pero creo que es mejor que el resto sepan lo menos posible sobre este asunto.

—De acuerdo.

Hugo se levantó, y después de que se despidiera de sus padres, Rose lo acompañó hasta la puerta principal.

—Espero haber hecho lo correcto —le dijo él.

—No te preocupes, Hugo. Estoy segura de que ha sido así —lo tranquilizó ella—. Me temo que llevas demasiado tiempo solo, pero, como acabas de ver, estás entre amigos.

—Sí —Hugo le tomó una mano y depositó en ella un beso suave y prolongado, mientras sus ojos oscuros la miraban con un brillo ardiente.

Rose sintió que la recorría un súbito escalofrío, mezcla de temor y excitación.

—¿Pensabas casarte con el profesor Prosser? —le preguntó él de repente.

—No —contestó ella con suavidad.

—Entonces, nos he prestado a ambos un gran servicio —dijo él.

## *LIBRO TERCERO*

La rosa de cristal

Ven a vivir conmigo, y sé mi amor, y nuevos placeres probaremos de doradas arenas, y arroyos cristalinos; con sedales de seda, con anzuelos de plata.

John Donne.

## Capítulo 18

El cebo

Si amamos, prestamos un servicio. Si nos aman, me atrevería a decir que somos indispensables. “Entonces, nos he prestado a ambos un gran servicio”.

*A través de las praderas (1892)*

Robert Louis Stevenson.

Russell Square. Londres, Inglaterra, 1850

Tiempo después de que la puerta principal se cerrara tras Hugo, Rose sintió que sus palabras seguían resonando en su corazón, y que causaban tal tumulto en su interior, que apenas podía contenerlo; sin embargo, mientras su corazón se alzaba más allá de las nubes, su mente la instaba a que mantuviera la calma, y a pensar que quizás estaba leyendo en sus palabras más de lo que él había pretendido. Aun así, le resultaba muy difícil recordar que debía ser prudente, porque incluso su familia parecía convencida de que Hugo la pretendía.

—¿Es ésa la razón de que el señor Khanna haya querido hablar a solas con mamá y contigo, papá? —preguntó Lily, incapaz de contener un suspiro de envidia—. ¿Quería pedirnos permiso para cortejar a Rose?

—¿Qué tendría eso de extraño? —intervino la señora Windermere, mientras revoloteaba de un lado del saloncito, nerviosa y emocionada por todo lo que había oído.

¡Y pensar que el rico, atractivo y misterioso señor Khanna era en realidad Hugo Drayton, el legítimo lord Thornleigh! Aquello tenía que ser la respuesta a sus plegarias, a todo lo que había soñado para su hija mayor... porque la señora Windermere, bajo su acostumbrada actitud atolondrada y despistada, era muy astuta en cuanto a la naturaleza humana, y se había dado cuenta de cómo se miraban Hugo y Rose.

Sabía que en su infancia ambos se habían puesto mutuamente en un pedestal, y que era posible que hubieran exagerado en sus mentes el alcance de su relación; al fin y al cabo, los niños tenían imaginaciones muy activas, compartían secretos y se hacían promesas, y la importancia que todo eso tenía en aquellos momentos podía persistir hasta la edad adulta, en contra de lo que dictaba el sentido común. Quizás ése era el caso de Hugo y Rose, y con el tiempo se irían dando cuenta de que lo que veían el uno en el otro era sólo una fantasía, un espejismo nacido de la inocencia y de unos recuerdos atesorados.

Por otra parte, la señora Windermere también sabía que, en ciertas ocasiones, el cariño de la infancia nunca desaparecía, y que con el paso de los años, aquel amor joven e inocente crecía y se hacía más profundo, y que se convertía en un vínculo para toda la vida, tan fuerte y duradero que ni siquiera la muerte podía romper. Ella

creía que ése podía ser el caso de Rose y Hugo, si se les daba el tiempo y la oportunidad necesarios.

—Cualquier hombre sería afortunado de conseguir la mano de una de mis hijas, incluyendo el señor Khanna —continuó la señora Windermere—. Rose es muy hermosa, y creo que él está prendado de ella.

—Creo que tienes razón, porque se apresuró a deshacerse del viejo profesor Búho —dijo Daisy, con una sonrisa traviesa.

—¡Cielos! Con tanta excitación, me había olvidado de él —dijo el coronel Windermere—. Aun así, es una pena que seguramente no vuelva a aparecer por aquí. Estoy convencido de que a él no le habrían importado tus pecas, Daisy, y que quizás podríamos haberlo persuadido de que te pretendiera a ti, en vez de a Rose.

—¡Vamos, papá! ¡Como si a mí pudiera interesarme alguien como él!

Al ver que su familia estaba ocupada charlando alegremente, y tan sorprendida como aliviada por la habilidad con la que sus padres habían explicado la conversación privada que habían tenido con Hugo, Rose salió del saloncito y subió a la habitación que compartía con su hermana Jasmine. Una vez allí, y a pesar de que intentó controlarse, se sintió tan entusiasmada como una colegiala. Sus pies no sólo parecieron tomar vida propia, sino que además echaron alas, porque en cuanto la puerta del dormitorio estuvo cerrada, Rose se vio bailando y dando vueltas por la habitación, con las manos aferradas a la media moneda de oro que llevaba al cuello.

—Bueno, veo que no hace falta preguntarte lo que sientes respecto a las atenciones del señor Khanna —comentó Jasmine, al entrar en la habitación y ver a su hermana bailando—. ¿Qué es eso que tienes en la mano?

—Mi mitad de la moneda gupta, la que me dio Mayur Singh cuando era pequeña —dijo Rose, sonrojada al ver que la habían pillado bailando con un compañero imaginario. Aun así, sentía que estallaría si no se confiaba a alguien—. ¡Oh, Jasmine, como ya no tengo que ocultarte el secreto del señor Khanna, puedo contártelo todo!

Rose tomó a su hermana de la mano, y tras sentarse junto a ella en el borde de la cama, le explicó la situación. Jasmine se quedó tan atónita como sus padres.

—¡Hugo Drayton! Oh, Rose, no me extraña que estés tan contenta, sé lo unidos que estabais de pequeños. Es un milagro que esté vivo, y que os hayáis vuelto a encontrar debe de ser una señal de que vuestra relación estaba predestinada.

—A mí también me gustaría creerlo, pero aun así, Hugo ha... ha cambiado mucho, Jasmine. Es cierto que siento un gran cariño por él, eso es algo que nunca cambiará, pero ahora que ha vuelto a mí, me he dado cuenta de que es un desconocido en muchos aspectos. —Entonces, ¿crees que no lo amas?

—Lo que creo es que tengo que estar segura de lo que siento realmente por él, y de lo que él siente por mí.

—Rose, eso te lo dirán el tiempo y tu propio corazón, igual que a Hugo.

## Capítulo 19

El amor llega sigilosamente

Me parece el igual de un dios, el hombre que frente a ti se sienta, y tan de cerca te escucha absorto hablarle con dulzura y reírte con amor. Esto, no miento, no, me sobresalta dentro del pecho el corazón; pues cuando te miro un solo instante, ya no puedo decir ni una palabra, la lengua se me hiela, y un sutil fuego no tarda en recorrer mi piel, mis ojos no ven nada, y el oído me zumba, y un sudor frío me cubre, y un temblor me agita todo el cuerpo, y estoy, más que la hierba, pálida, y siento que me falta poco para quedarme muerta.

*Efectos del amor*

Safo.

Russell Street. Londres, Inglaterra, 1850

Durante los días siguientes, Rose sintió en ocasiones que estaba viviendo en un sueño, o quizás en el mundo mágico al que, como Hugo había afirmado tantas veces de niño, supuestamente pertenecía. Él iba a visitarlos a Russell Square tantas veces como le era posible, y Rose había descubierto que la vieja conexión que habían compartido de pequeños no se había desvanecido, porque podía hablar con él con tanta facilidad como en el pasado.

Cuando se dio cuenta de que a él no le dolía hablar de su país natal, empezó a preguntarle con frecuencia sobre él, y sobre los cambios que se habían producido allí desde que ella se había ido. Entonces, rememoraban su infancia, y jugaban a "¿Te acuerdas de...?", mientras reían por unos recuerdos y se entristecían por otros. Rose se había dado cuenta de que era en esos momentos cuando los cambios en Hugo eran más visibles.

En el pasado, él siempre había sido abierto y directo sobre sus pensamientos y sus emociones, pero en ese momento era patente la cicatriz que había dejado en él aquella terrible noche, ya que Hugo había construido una muralla alrededor de su corazón y se guardaba contra cualquier posible herida. En ocasiones, sus pestañas bajaban para ocultar sus ojos negros, y Rose sólo podía intentar adivinar lo que estaba pensando. Cuando ella se acercaba demasiado sin saberlo a viejas heridas, él se escudaba tras algún chiste despreocupado que en el fondo resultaba amargo y cínico, o tras un silencio melancólico mientras se retraía a algún lugar oculto que ella no podía alcanzar.

Rose anhelaba poder llegar hasta él, alargar la mano y apartar con dulzura el pelo negro que le caía sobre la frente, hacer retroceder el reloj hasta aquellos días despreocupados de su juventud, antes de que el mundo de ambos se hubiera destrozado con tanta brutalidad. Sin embargo, como sabía que Hugo no quería la compasión de nadie, y en particular la suya, en aquellos momentos delicados

intentaba desviar la conversación a otros temas. Aún no estaba completamente segura de adónde se dirigían, pero lo que sí sabía, con más seguridad que nunca, era que se dirigían hacia allí juntos.

Cuanto más tiempo pasaba con él, más segura estaba, en su corazón y en su mente, de que lo amaba... desde siempre, y para siempre. Sabía con total certeza que ya no se trataba sólo del cariño de una niña por su mejor amigo, sino del amor de una mujer por un hombre. Aunque no hubiera conocido a Hugo en aquella otra vida en Delhi, que ya quedaba tan lejana, se habría enamorado de él igualmente en ese momento, siendo adulta.

Toda su familia apreciaba y respetaba a Hugo, y él ya había hecho tanto por ellos, que Rose no sabía cómo podrían agradecerle sus muchos detalles. Los frecuentes consejos sobre negocios e inversiones que Hugo le solía dar a su padre se habían convertido en unos sustanciales dividendos económicos, que el coronel no habría podido conseguir por su cuenta. Ella sentía un profundo alivio al ver que su padre ya no se preocupaba tanto, y que su carácter alegre ya no se ensombrecía ocasionalmente ante el dolor de desear poder hacer más por su esposa y por sus hijas.

Poco a poco, pero sin pausa, pequeños detalles empezaron a llenar la casa, y Rose sintió que su corazón se henchía de amor y de gratitud hacia Hugo, simplemente por el placer que había sentido su padre al poder permitirse comprar aquellos regalos para su familia. Sin embargo, Hugo se ganó definitivamente a su madre y a sus hermanas el día que llegó la invitación al baile.

—¡Niñas, no vais a creer lo que ha pasado! —exclamó la señora Windermere, obviamente entusiasmada, al entrar a toda prisa en el saloncito—. ¡Sabía que conocer al señor Khanna nos iba a beneficiar a todos!, ¡qué afortunado fue que Rose lo trajera a casa cuando el pobre fue atacado en el parque! Nos han invitado a un baile que va a celebrarse en Grosvenor Square... ¡y lo organiza el mismísimo marqués de Highmoor! —con una mano temblorosa, la señora Windermere levantó la elegante invitación.

—¡El marqués de Highmoor! Pero, mamá, ¡si ni siquiera lo conocemos! —dijo Rose, perpleja.

—¡Oh, por el amor de Dios, Rose!, ¿a quién le importa eso? —Lily se levantó de un salto de la silla, se acercó corriendo a su madre y, tras quitarle la invitación de la mano, la leyó emocionada—. ¡Es verdad!, ¡nos la envía el marqués de Highmoor! Cielos, ¿qué voy a ponerme? ¡No tengo nada lo bastante elegante para la ocasión! ¡Papá! ¡Papá! —Lily salió corriendo del saloncito en busca de su padre, para convencerlo de que le comprara un vestido nuevo.

El resto de las hermanas, incluida Rose, se agruparon alrededor de su madre para leer la invitación que la señora Windermere había conseguido arrebatarse a Lily justo a tiempo.

—Mamá, todas nos sentimos honradas, pero no entiendo por qué el marqués nos ha invitado a su baile —dijo Rose. Aunque, al igual que su madre, creía que Hugo había tenido algo que ver, la había asaltado una súbita y preocupante duda.

—Rose, no sé por qué te preocupas —le dijo la señora Windermere—. Sin duda debemos agradecerérselo a la influencia del señor Khanna.

Rose no estaba tan segura de ello, y se alegró profundamente cuando él le confirmó en su siguiente visita que había intercedido para que recibieran la tan codiciada invitación.

—No sabes el alivio que siento al saberlo, Hugo. Supuse que sería así, pero existía la posibilidad de que se tratara de algún truco malvado de sir James.

—Siento mucho haberte preocupado, Rose. Tendría que haberme dado cuenta de que te resultaría sospechoso y habértelo dicho antes, pero quería darte una sorpresa. Lord Highmoor y yo nos conocimos gracias a unos intereses de negocios mutuos, y desde entonces nos hemos hecho amigos. Cuando él mencionó el baile, no dudé en hablarle de tu familia.

—Hugo, no sé cómo voy a poder agradecértelo.

—No tienes nada que agradecerme —dijo Hugo, restándole importancia al asunto—. Soy yo quien está en deuda con tu familia. Tu padre ha resultado ser de gran ayuda al conseguir información de sus amigos del club, y esos muchachos amigos tuyos también me han proporcionado más de una buena pista.

—Me alegro.

## Capítulo 20

Las más bellas del baile

Tú lo eras todo para mí, amor, por quien mi alma languidecía. Una verde isla en el mar, amor, una fuente, un santuario todo adornado con flores y frutos mágicos, y todas las flores eran mías.

*A alguien en el Paraíso (1834)*

Edgar Allan Poe.

Russell Square y Grosvenor Square.

Londres, Inglaterra, 1850

En las tres semanas previas al baile del marqués de Highmoor, la casa de los Windermere estuvo sumida en tal vorágine de actividad y de anticipación, que a menudo Rose sintió que apenas tenía tiempo para pensar.

Aunque no conocía a lord Highmoor, consideraba que cualquier amigo de Hugo también podía llegar a ser amigo suyo, así que estaba deseando asistir a la gala y conocerlo; de hecho, se habría sentido más feliz que en ningún otro momento de los últimos quince años, de no ser por lo preocupada que estaba por Hugo, y del temor que sentía de que le pasara algo, además de a la reina y a muchos otros, a causa de los planes malvados de sir James.

Deseaba fervientemente poder hacer algo más para ayudarlo, pero no sabía qué. Su familia y ella no se movían en los mismos círculos de las personas que estaban con sir James la tarde que habían ido a visitarlo, así que incluso descubrir información sobre ellas había resultado difícil.

A pesar de todo, a Rose aún le costaba creer que un miembro del Parlamento, un juez y dos viudas de letrados pudieran estar involucrados en un plan de alta traición; hasta ese momento, había creído que la política y las leyes estaban en manos de hombres cuya honestidad, integridad y equidad estaban más allá de todo reproche, pero se había dado cuenta de que aquellos ámbitos estaban llenos de engaños, corrupción e imparcialidad. Desde luego, era un triste reflejo del estado de la sociedad y de las relaciones humanas.

—Rose, estás muy lejos de aquí —comentó su padre, al entrar en el comedor y verla colocando con expresión ausente unas flores de otoño en un jarrón de cristal—. ¿Es que no estás tan contenta como tu madre y tus hermanas de asistir al baile de lord Highmoor?

—Por supuesto que lo estoy, papá —Rose sonrió, mientras intentaba olvidarse de su abatimiento y sus aprensiones—. Pero no puedo dejar de preocuparme por Hugo, y por la posibilidad de que sir James no quede expuesto a tiempo.

—Sí, es un asunto espinoso, ¿verdad? Sir James ostenta el título de conde de Thornleigh, y por lo tanto es un hombre muy peligroso. Aunque sabemos que es un fraude y un asesino, no podemos acusarlo a la ligera y sin pruebas contundentes, pero no tienes de qué preocuparte. Por lo que he podido ver, Hugo es un duro competidor, y tengo una fe absoluta en que todo saldrá bien. Bueno, ¿acaso no vas a pedirme un vestido nuevo, como tu madre y tus hermanas? La señora Candler me ha dicho que están todas reunidas en el saloncito con la modista, y que requieren tu asistencia de inmediato.

—Pero... todo esto supone un gran gasto, papá. ¿Estás seguro de que podemos permitirnoslo?

—Rose, no tienes que preocuparte por eso, te lo prometo —el coronel le palmeó el brazo con incomodidad, como siempre que demostraba afecto—. Hugo ha sido más que generoso con sus consejos, y he podido incrementar nuestros ingresos más de lo que había esperado. Entre otras cosas, he conseguido algunos modestos beneficios con la bolsa de valores, y espero que en el futuro me vaya incluso mejor.

—Me alegro mucho. Eres un buen hombre, papá —dijo Rose, antes de besarle en la mejilla con afecto.

Fue al saloncito sintiéndose mucho más alegre y tranquila. Su madre y sus hermanas estaban examinando varios libros sobre moda, y discutiendo sobre las telas de los vestidos para el baile con la modista y sus asistentes.

—Rose, ¿qué te parece la idea de hacer los vestidos con telas que tengan relación con nuestros nombres? —le dijo Jasmine—. Daisy lo ha sugerido, y debo admitir que la idea tiene cierto encanto. Al menos, así seguro que llamaremos la atención, porque no quiero pasarme toda la noche como un florero, sin que nadie me haga caso.

—¡Es una idea estupenda! —dijo Rose, riendo.

Al ver la felicidad de su familia, y sabiendo que aquello también era obra de Hugo, se sintió embriagada de entusiasmo. Tomó una tela color rosado, se envolvió en ella y empezó a bailar y a dar vueltas por la habitación con un compañero imaginario.

—¿Qué os parece?, ¿seré una rosa perfecta?

—Claro que sí, querida —dijo la señora Windermere—. ¡Mis hijas van a ser las más bellas del baile!

Afortunadamente, la modista había llevado tules, sedas, satenes y terciopelos de muchos colores diferentes, además de un gran surtido de flores artificiales, plumas, lazos y otros adornos. Para Jasmine eligieron un amarillo claro, y para Lily, un blanco precioso igual al de las azucenas. Heather eligió un suave tono lavanda que recordaba a los brezos, y Angelica un pálido turquesa. Daisy tenía varios tonos entre los que podía elegir, ya que la flor a la que debía su nombre era la margarita, y finalmente optó por un azul cielo. La señora Windermere eligió un brillante tono morado de acuerdo a su nombre, Violet, y a su condición de mujer casada. Después se tomaron las medidas, se decidieron los estilos de los vestidos y se encargaron capas, adornos para el pelo, guantes, abanicos, bolsitos y zapatillas.

En los días precedentes al baile, y a pesar de que su preocupación por Hugo y por los planes de sir James siempre estaban latentes en algún rincón de su mente, Rose sintió que sus pies apenas tocaban el suelo. Su madre y sus hermanas también estaban eufóricas y llenas de expectación, e incluso las dos doncellas, Hannah y Nancy, estaban entusiasmadas, porque iban a acompañar a las hermanas como sus doncellas personales.

—Dios del Cielo —decía el coronel Windermere con frecuencia, al ver el revuelo de actividad que se había adueñado de su casa—. No entiendo cómo los miembros de la alta sociedad pueden soportar la serie inacabable de recepciones, fiestas, reuniones y bailes a las que asisten, ¡mirad el alboroto que se ha causado en casa con un solo baile! —sin embargo, sus ojos azules brillaban al decirlo, ya que estaba henchido de satisfacción al ver a su mujer y a sus hijas tan felices.

Toda la familia esperaba con impaciencia el día del baile, y cuando por fin llegó, subieron todos a los dos carruajes que iban a llevarlos a la mansión londinense del marqués en Grosvenor Square, ataviados con sus nuevos trajes de gala.

La calle de Grosvenor Square estaba situada en el distrito de Mayfair. Allí, en los cien acres de terreno al norte de Piccadilly, se había celebrado, desde finales del siglo diecisiete hasta mediados del dieciocho, una feria anual en el mes de mayo; finalmente, las dos familias propietarias de las tierras, los Grosvenor y los Berkley, habían urbanizado la zona, construyendo elegantes plazas con mansiones magníficas en medio de armoniosas zonas ajardinadas con senderos y caminos. En la calle de Grosvenor Square había un enorme parque con forma oval donde se erigía una estatua ecuestre del rey Jorge I, que era célebre porque poco después de ser construida había aparecido mutilada y con unas palabras sediciosas en el pedestal.

Cuando los carruajes finalmente llegaron a la calle, Rose miró con curiosidad por una de las ventanas del vehículo que compartía con sus padres y con Jasmine. Las farolas iluminaban con su luz tenue la plaza y el hermoso parque que residía en su centro, y las aceras y la calle pavimentada estaban mojadas a causa de la fina llovizna, cuyas gotas relucían como miles de diamantes a la luz.

Con la llegada del otoño, los árboles de hoja caduca que poblaban el parque habían adquirido un tono rojizo y dorado. Algunas de las enormes ramas ya habían perdido las hojas, que giraban como extrañas hadas marrones por el suelo húmedo, susurrando y crujendo con cada sople de aire que recorría la plaza. Unos fantasmagóricos jirones de niebla, procedentes del mar y del Támesis, cubrían la zona, y fluían entremedias de los árboles y de las sombras que éstos proyectaban bajo la luz de la luna.

En un completo contraste, la espléndida mansión londinense del marqués de Highmoor estaba encendida con cientos de luces, cuya vibrante luminiscencia se derramaba por las ventanas. La residencia parecía brillar como un faro en la oscuridad, y la puerta principal estaba flanqueada por lacayos alineados a ambos lados, que sostenían paraguas para proteger de la fina lluvia a los invitados conforme iban bajando de los carruajes.

Cuando los Windermere entraron al vestíbulo, que tenía el suelo cubierto de baldosas blancas y negras como un tablero de ajedrez y donde había una enorme y

señorial escalera, el mayordomo les dio la bienvenida con gran cortesía y, después de tomar sus capas y abrigos, los condujo al glorioso salón de baile y los anunció formalmente.

Inmediatamente, la estancia se llenó con un zumbido de interés ante la imagen impactante de las seis hermanas ataviadas con sus mejores galas, y todo el mundo quiso saber quién eran los Windermere. Mientras saludaba a sus invitados, Saxon St. Giles, el marqués de Highmoor, sonrió con satisfacción al ver que habían causado sensación. Como siempre, su amigo Raj Khanna había tenido razón. La aparición de las hermanas Windermere iba a asegurar el éxito de su baile, y la alta sociedad en pleno estaría hablando del evento durante semanas. ¡Iba a ser uno de los triunfos de la temporada!

Rose pensó que lord Highmoor era un hombre atractivo y encantador... sobre todo cuando él le dijo que había alguien en el baile que estaba deseando verla.

—Ah, aquí está. Señorita Windermere, creo que ya conoce al señor Khanna, ¿verdad?

—Sí, por supuesto —Rose miró a Hugo con una sonrisa radiante, mientras su corazón le palpitaba con fuerza en el pecho—. Buenas noches, señor Khanna. Tiene usted muy buen aspecto.

De hecho, Hugo estaba más apuesto que nunca vestido de gala. El color negro de su traje favorecía a su atractivo moreno, y enfatizaba sus profundos ojos negros y la dureza de sus facciones. Llevaba unos impecables guantes blancos, y una rosa de un tono rosado en la solapa.

—Gracias, señorita Windermere —Hugo se inclinó sobre su mano, y rozó apenas el dorso con los labios. En voz más baja, añadió—: Estás arrebatadora, ¡tu padre y yo vamos a tener que alejar al resto de caballeros presentes a base de bastonazos!

—Hugo, vas a sonrojarme con tus cumplidos —bromeó ella.

Sin aliento y con el corazón aún martilleándole en el pecho, Rose dejó que Hugo llevara su mano hasta su musculoso brazo en un gesto posesivo, y que la condujera a cierta distancia de la línea de recepción.

—Hugo, te estoy profundamente agradecida. Como puedes ver, lo que has hecho por mi familia nos ha aportado una gran felicidad.

—Me alegro, pero como ya te he dicho anteriormente, soy yo quien está en deuda con vosotros. Lo que he hecho no es ni remotamente suficiente, y se reduce a algún que otro consejo a tu padre, y a una simple conversación con el marqués. Además, para serte sincero, mis motivos no han sido del todo altruistas, sino también para mi propio beneficio. Me resulta imposible pasar del todo desapercibido, incluso bajo la identidad de Raj Khanna, así que ésta parecía una de las mejores opciones para justificar mi relación con tu familia sin levantar las sospechas de sir James. Una presentación pública por parte de mi amigo, el marqués, además de mi obvio interés inmediato por ti... sería del todo comprensible que la gente pensara que me has cautivado, que tu belleza me ha impactado con la fuerza de un relámpago.

—¿Eso pensarían?

—Por supuesto... y no sería ninguna mentira, porque eres aún más hermosa que en nuestra infancia, cuando creía que eras un hada que había llegado a la India desde alguna lejana tierra encantada —el brazo de Hugo se tensó alrededor del suyo, y la miró con un brillo ardiente—. Pero veo que la competencia se cierne ya sobre nosotros, así que date prisa y dame tu tarjeta para que pueda poner mi nombre en todos los mejores bailes. Entonces hablaremos.

—De acuerdo, pero... ¿de verdad debes lanzarme a las fieras? —bromeó ella.

—Sí, por desgracia. Ya puedo sentir las dagas en mi espalda por haberte monopolizado tan rápidamente y durante tanto tiempo, pero aquí viene tu hermana Jasmine, así que no vas a tener que enfrentarte sola a la manada. Buenas noches, señorita Jasmine. Como siempre, es un verdadero placer saludarla.

Hugo desapareció minutos después entre la multitud, y Rose y Jasmine se vieron rodeadas por una nube de admiradores que, después de conseguir una presentación formal por parte de lord Highmoor, empezaron a competir por hablar con ellas y conseguir que les concedieran algún baile. Las tarjetas de baile de ambas hermanas no tardaron en estar llenas, y cuando la pequeña orquesta empezó a tocar, Rose y Jasmine fueron conducidas a la pista por sus respectivas parejas, donde vieron que ninguna de sus otras hermanas iba a permanecer plantada como un florero en algún rincón. De hecho, el mismísimo marqués le había pedido a Lily el primer baile, y si la sonrisa de su madre, que estaba sentada a un lado junto a un selecto grupo de matronas, hubiera sido aún más radiante, habría acabado cegando a alguien.

Sin embargo, los únicos bailes que tuvieron alguna importancia para Rose fueron los que compartió con Hugo, en especial los valeses, en los que él podía sujetarla cerca de sí y hablar con ella sin las continuas interrupciones que se producían en las cuadrillas y en otros bailes de figuras.

En aquel momento, mientras él la hacía girar elegantemente por la pista de baile, Rose sólo era consciente de él, de lo alto y moreno que era, de su fuerza, de cómo sus ojos negros parecían absorber cada detalle de su apariencia. Aunque no era una mujer vana, sabía que nunca había estado tan atractiva como aquella noche. Su cabello rubio plateado caía en una cascada de rizos adornados con florecillas, el escote de su vestido rosado mostraba su elegante cuello, sus hombros y la curva de sus pechos, y los lazos que rodeaban su cintura enfatizaban su silueta esbelta.

—¿Te lo estás pasando bien, Rose? —le preguntó Hugo.

—Sí, pero... Hugo, no puedo evitar preocuparme. Quizás habría sido mejor mantener nuestra conexión en secreto, porque si sir James se entera, es posible que empiece a atar cabos y que descubra que fuiste tú quien se llevó el sobre.

—Confío plenamente en que lord Highmoor no revele que os invitó a tu familia y a ti al baile porque yo se lo pedí, y no me importa que él se lleve el reconocimiento por haber “descubierto” a las hermanas Windermere. En cuanto a lo demás, creo que de momento no existe ningún indicio que pueda relacionar a Raj Khanna con el ladrón que entró a hurtadillas en la casa de Delphine Squasher, así que es muy poco probable que sir James descubra mi identidad por culpa de mi relación contigo.

– Espero que tengas razón, Hugo. ¿Has descubierto algo más sobre los planes de sir James?

– No. Por desgracia, he hecho muy pocos progresos desde que descubrí que sus compinches y él piensan dispararle a la reina. Como ya sabes, el informador que tengo en la casa de sir James me dijo que se plantearon utilizar otros métodos, como una bomba, pero que, al parecer, decidieron después de una larga discusión que lo mejor era asesinar a la reina de un disparo. El señor Blott recibió la tarea de llevar a cabo el asesinato material y apretar el gatillo, porque consideraron que era quien tenía más posibilidades de escapar después entre la multitud. No sé nada más.

– No entiendo por qué no te limitas a acudir a la reina con lo que sabes, Hugo.

– Rose, aunque tengo considerable información sobre la trama que sir James y sus amigos se traen entre manos, aún no tengo ninguna prueba contundente para poder demostrarlo. Ellos se limitarían a negarlo todo, y me harían pasar por un necio o por un loco... ¡o quizás ambas cosas!

– Pero, ¿cómo piensas conseguir pruebas de lo que planean hacer? Aunque no me cayó bien ninguno de ellos a simple vista, y me quedé atónita al saber que estaban implicados el señor Ploughell y el señor Delwyn, un miembro del Parlamento y un juez respectivamente, sólo la señora Blott y la señora Squasher me parecieron particularmente tontas... aunque lo cierto es que la señora Ambrose era increíblemente quisquillosa, espero no tener que conocer a una mujer más quejicosa y timorata que ella.

– Aún no sé cómo voy a poder conseguir las pruebas que necesito – dijo Hugo –. Sir James y el resto de conspiradores han sido mucho más cuidadosos de lo que yo había esperado, y por eso existen muy pocas pruebas con las que incriminarlos. Lo único que puedo hacer es continuar con mis seguimientos y mis pesquisas, para intentar descubrir algo sustancial con lo que convencer a la reina de que corre peligro.

Hugo se detuvo por unos segundos, y finalmente siguió diciendo:

– Mi principal preocupación radica en que nos estamos quedando sin tiempo. Cuando pasen las fiestas y empiece la temporada, apenas faltarán tres meses para la ceremonia inaugural de la Gran Exposición, que se celebra el uno de mayo. Además, siempre existe la posibilidad de que sir James y sus compinches decidan alterar sus planes, y elijan una fecha y un lugar diferentes para el intento de asesinato. De todas formas, no quiero que te preocupes, sobre todo esta noche. Imaginémonos que hemos regresado de algún modo a nuestra infancia, antes de aquella horrible noche, y que eres una reina de las hadas... la reina del baile. Porque ninguna de las asistentes puede compararse a ti.

Rose se sonrojó, y no pudo evitar sonreír al oír sus halagos.

– Me temo que exageras, Hugo.

– En absoluto. En este momento, soy la envidia de todos y cada uno de los hombres que hay en este salón. Mañana, tendrás todo Londres a tus pies.

– No quiero tener todo Londres a mis pies.

— ¿Cómo lo sabes?, tienes muy poca experiencia de los hombres y del mundo.

— ¿Crees que debería tener más?

— Lo que creo es que quiero que estés completamente segura en lo que a mí respecta, Rose. En este momento, ni siquiera puedo ofrecerte mi verdadero nombre, y tú te mereces mucho más que eso.

— Pero yo no pido nada más, Hugo... si tú me quieres a tu lado.

— Claro que te quiero a mi lado, Rose. Estoy seguro de que ya lo sabes, en el fondo de tu corazón.

— Nunca doy nada por sentado.

— Yo tampoco, porque ahora ya sé con qué facilidad el mundo de uno puede desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. Pero ahora soy un hombre, y por el bien de nuestro futuro, debo enterrar los fantasmas que se ciernen sobre mi pasado.

La conversación terminó allí, porque en aquel momento la música cesó y el vals llegó a su fin. Como Hugo había tenido la previsión de reservarse el último baile antes de la cena de medianoche, tuvo el privilegio de poder acompañarla al comedor del piso inferior. Allí esperaban ya largas mesas llenas hasta los topes de una gran variedad de platos diferentes, como carnes frías, lengua de cerdo y de vaca, pollo y ensaladas de langosta. Ocupando todo el espacio disponible, se habían dispuesto sillas alrededor de unas mesas redondas cubiertas con manteles. Como los asientos no estaban asignados, los invitados tenían libertad para sentarse donde quisieran, así que las hermanas Windermere y sus acompañantes se acomodaron en dos mesas contiguas y disfrutaron de una animada conversación.

Cuando llegó el momento de despedirse, todos sintieron que la velada terminara.

## Capítulo 21

### Una dulce rendición

Duermen ahora el pétalo blanco y el pétalo encarnado; no ondulan los cipreses en el paseo palaciego, ni la aleta dorada reverbera en la fuente de pórvido. Despierta la luciérnaga: despierta tú conmigo.

*La princesa (1847)*

Alfred, lord Tennyson.

Russell Square y Harley Street.

Londres, Inglaterra, 1850

En los días siguientes al exitoso baile del marqués de Highmoor, llegaron docenas de visitas a casa de los Windermere. Muchos se marcharon pensando que, a pesar de que no había nada objetable en la procedencia o en los modales de la familia, y que la belleza de las seis hermanas era innegable, el hecho de que vivieran en aquella zona era una auténtica pena y seguiría siendo un impedimento para que fueran admitidas en los círculos más selectos. Sin embargo, también hubo quienes, como no tenían la necesidad de adquirir un título ni una fortuna, estuvieron más que dispuestos a obviar el hecho de que las hermanas no tenían ninguna de las dos cosas, y se convirtieron en visitantes regulares de la casa de la familia.

Por supuesto, Hugo se encontraba dentro de ese grupo, aunque los únicos que conocían su verdadera identidad eran Rose y sus padres. En ocasiones iba solo, como solía hacer antes de la noche del baile, pero otras veces aparecía acompañado de lord Highmoor o de algún otro caballero al que le unían asuntos de negocios, y a menudo se reunían con el coronel Windermere durante una o dos horas antes de unirse a las damas en el saloncito. Aun así, a nadie se le escapaba que, aunque Hugo pasara algún tiempo con el coronel, era Rose la verdadera razón de que fuera a visitarlos.

Los días se habían vuelto aún más fríos y lluviosos con la llegada del invierno, pero si el tiempo lo permitía, Hugo y Rose solían pasear juntos por el parque de Russell Square, donde podían hablar en privado sobre el futuro inmediato y sobre las posibles estrategias que podían seguir para impedir que la trama de sir James tuviera éxito.

Sin embargo, casi nunca hablaban sobre su propio futuro, y Rose tenía miedo de sacar el tema, de intentar conseguir algo más de lo que había obtenido la noche del baile. Sólo sabía que, si era honesta consigo misma, debía admitir que en algún momento se había enamorado de Hugo, el hombre, y que su amor era más profundo con cada día que pasaba. En el fondo de su corazón, creía que él correspondía a sus sentimientos, y que de no ser por la existencia de sir James, a aquellas alturas ya estarían felizmente juntos.

Sin embargo, Hugo seguía decidido a reclamar su herencia y a conseguir que sir James pagara por sus muchos crímenes. Por lo que él le había dicho en el baile, Rose

sospechaba que no quería hablar de un posible futuro juntos hasta que hubiera logrado sus objetivos, y que además no quería hacerlo como Raj Khanna, un inmigrante de la India, sino como Hugo Drayton, conde de Thornleigh.

Conforme se fueron acercando las fiestas, además de recibir y hacer visitas, Rose y sus hermanas pasaron también muchas horas elaborando pequeños regalos para todos los muchachos y las muchachas con los que habían trabado amistad a lo largo de los años, y que les entregarían en Navidad. Habían decidido tejer sombreros y mitones de lana para los chicos, y bufandas y guantes para sus dos floristas preferidas, Ashley y Jolette.

De vez en cuando, Rose encontraba nuevas tareas en la casa para Bobby, el ladronzuelo. Sabía que todos los muchachos seguían muy pendientes de ella, porque les había confesado lo mucho que desconfiaba de sir James y lo inquieta que se había quedado después de que él visitara a su familia.

En ese momento, mientras Jasmine y ella paseaban por el mercado de Covent Garden con las cestas de la compra, Rose sonrió al ver a Ashley y a Jolette, que de inmediato empezaron a hacerles gestos insistentes para que se acercaran. Durante los meses invernales, las muchachas vendían en su carrito ramos de flores cultivadas en invernaderos que se llevaban al mercado por medio de carros y del ferrocarril. Sin embargo, la sonrisa de Rose se fue desvaneciendo poco a poco conforme Jasmine y ella se fueron acercando a las muchachas, porque sus rostros estaban desacostumbradamente serios y sus ojos llenos de temor.

— Ashley, Jolette... ¿qué es lo que pasa? — les preguntó Rose, preocupada.

— No sabíamos si se había enterado ya, señorita. Pero Leddy y Bobby nos dijeron que usted quería que siguiéramos alerta por si lord Thornleigh volvía a aparecer por aquí — susurró Ashley, mientras miraba a su alrededor para asegurarse de que nadie más las estuviera oyendo.

— ¿Lo habéis visto? — dijo Rose, con más brusquedad de la que pretendía.

Las dos muchachas negaron con la cabeza.

— No, pero Chandon se ha pasado por aquí esta mañana — dijo Jolette, mientras ataba un lazo alrededor de un ramillete—. Ya sabe usted que trabaja en los muelles, pero a veces ayuda a descargar las mercancías de los carros, y de vez en cuando, si tiene tiempo, ayuda a Jordan y a su padre a traer sus frutas y sus verduras al mercado.

— Entiendo — dijo Rose, preguntándose adónde conducía todo aquello.

— Bueno, pues Chandon nos ha contado lo del cuerpo — dijo Ashley, con los ojos como platos.

— ¿El cuerpo?, ¿qué cuerpo? — le preguntó Jasmine, horrorizada.

— El que han sacado esta mañana del río — anunció Jolette, con un estremecimiento.

— Dios mío, ¿nos estáis diciendo que lord Thornleigh se ha ahogado? — dijo Rose.

—No, señorita. No era lord Thornleigh, sino su mayordomo —la corrigió Ashley—. No hay ninguna duda, algunos de los que estaban allí cuando lo sacaron del agua lo reconocieron, porque alguna vez habían hecho alguna entrega a la casa de su señoría, en Belgrave Square.

—Al principio, creyeron que Eastlake, el mayordomo, había estado bebiendo y se había caído en el río, pero entonces se dieron cuenta de que había recibido una paliza... ¡y que le habían cortado el cuello! —exclamó Jollette, claramente horrorizada.

—¿Nos estáis diciendo que alguien ha asesinado al mayordomo de lord Thornleigh?

La cabeza de Rose era un auténtico torbellino. Sabía que Eastlake, el mayordomo, había sido el informador de Hugo en la casa de sir James, así que era posible que el falso lord Thornleigh hubiera descubierto que su sirviente lo estaba traicionando, y que lo hubiera matado después de torturarlo.

—Sí, señorita. Pensamos... pensamos que querría saberlo —le dijo Ashley.

—Sí... sí, muchas gracias. Y por favor, dadle también las gracias a Chandon de mi parte, realmente os agradezco que me hayáis contado todo esto —Rose abrió su pequeño bolso, y compró el doble de ramilletes de los que solía llevarse. Después de colocarlos en su cesta, le dijo a su hermana—: Jasmine, acaba de comprar tú sola. No sé si Hugo se ha enterado de lo que le ha pasado a Eastlake, y si no es así, es posible que esté en peligro. Debo ir a avisarle de inmediato.

—¿Por qué? No entiendo qué conexión puede haber entre el mayordomo y Hugo —dijo Jasmine, desconcertada.

—Eastlake era el informador que Hugo tenía en la casa de sir James, y creo que su asesinato significa que el conde descubrió que su mayordomo estaba espíandole... ¡y si lo torturó antes de matarlo, es posible que Eastlake le revelara la verdadera identidad de Hugo!

—¡Cielo santo! Entonces, Hugo tiene que ser advertido de inmediato, por supuesto. ¿Qué digo en casa para explicar tu ausencia?

—Di que... que Ashley o Jollette se ha puesto enferma, y que me he quedado para ayudar. No quiero que mamá y papá se preocupen innecesariamente. Volveré a casa lo antes posible, pero si no estoy allí al anochecer, cuéntale a papá lo que ha ocurrido, porque significará que algo nos ha pasado a Hugo y a mí.

—Lo haré. ¡Por favor, Rose, ten mucho cuidado!

—No te preocupes.

Rose le dio su cesta a su hermana y se apresuró a alejarse. Se abrió paso entre el gentío y fue prácticamente corriendo por Covent Garden en dirección a Long Acre, donde se subió a un coche de punto. Después de darle la dirección de Hugo al conductor, se reclinó en el asiento mientras los engranajes de su cabeza rodaban con mayor rapidez que las ruedas del vehículo. Además de sentirse conmocionada y horrorizada por lo que le había sucedido a Eastlake, estaba aterrada por Hugo. Si el cadáver había sido descubierto aquella misma mañana, era muy posible que él aún no se hubiera enterado de nada, y el hecho de que el mayordomo hubiera recibido

una paliza antes de morir, indicaba que sin duda había sido torturado para intentar sonsacarle información.

Cuando el vehículo se acercó a Harley Street, Rose le indicó al conductor que se detuviera en la calle que había justo detrás y fue por el callejón hasta la puerta del jardín trasero de Hugo. Después de atravesarlo, llamó suavemente a la puerta trasera de la casa.

— ¡*Memsahib!* — exclamó Mayur Singh, claramente sorprendido de verla—. ¿Qué ha sucedido?, ¿pasa algo malo?

— No lo sé. ¿Está Hugo en casa?

— Sí, en su estudio. Por aquí, *memsahib*.

El criado llamó a la puerta del estudio, y cuando anunció a Rose tras recibir permiso para entrar, Hugo se puso en pie de un salto, se apresuró a acercarse a ella y tomó sus manos entre las suyas.

— ¡Rose! ¿Qué pasa?, ¿por qué has venido?

— Hugo, he sido muy cuidadosa. He hecho que el conductor me dejara en Mansfield Street, así que no creo que nadie me haya seguido — sin aliento, Rose se quitó el sombrero, el abrigo y los guantes, y se los dio a Mayur Singh—. Pero tenía que verte de inmediato, tenía tanto miedo de que... ¡de que corrieras un peligro inminente!

— Ya veo. Debes contarme lo que ha pasado, pero antes quiero que te calientes junto a la chimenea. Estás temblando de frío, y te has mojado. Mayur Singh, por favor, prepara té para nuestra invitada.

— Por supuesto, *sahib*. Ahora mismo.

Hugo llevó a Rose hasta uno de los sofás de cuero que había junto a la chimenea, y la ayudó a sentarse. Ella acercó agradecida las manos al calor de las llamas, helada hasta los huesos no sólo por el frío y la lluvia, sino también por el miedo que la recorría. Hugo tomó una pequeña manta de cachemira con flecos que había sobre la otra silla, y la cubrió cuidadosamente con ella. Sus manos fuertes y delgadas permanecieron unos segundos sobre sus hombros, con un gesto tranquilizador y cargado de ternura.

— Mi pobre Rose... aún estás temblando. Por favor, cuéntame lo que te ha alterado tanto — le dijo, mirándola con una profunda preocupación—. Espero que no haya pasado nada en tu casa... tus padres, tus hermanas... ¿están todos bien?

— Sí, no tiene nada que ver con ellos. De hecho, quizás te hayas enterado ya de lo sucedido, pero... pero no podía correr el riesgo de que no fuera así — Rose se detuvo durante unos segundos, para intentar recobrar el aliento, y entonces continuó diciendo —: Hugo, me dijiste que el mayordomo de sir James seguía siéndote leal, y que estaba haciendo de informador para ti, ¿verdad?

— Sí, ¿por qué?

— Esta mañana han sacado su cuerpo del Támesis. Había recibido una brutal paliza, y le habían cortado el cuello.

— ¡No puede ser!

Hugo se levantó de la silla con la rapidez de un tigre, y se cernió sobre Rose con una expresión tan fiera, que ella se asustó. La dejó completamente atrapada al colocar las manos a ambos lados de ella, en los brazos del sillón donde estaba sentada, y le preguntó:

— ¿Cómo lo sabes?

— Ashley y Jolette, dos jóvenes floristas de Covent Garden, nos lo han dicho a Jasmine y a mí hace poco, mientras estábamos comprando en el mercado. Chandon, el muchacho que trabaja en los muelles, está enamorado de Jolette, y él les ha contado a Ashley y a ella lo que le había pasado a Eastlake. Creo que él estaba presente cuando encontraron el cuerpo y lo sacaron del río.

Los labios de Hugo se apretaron con fuerza.

— Rose, no sabes lo que me gustaría que esta información no fuera cierta, pero como Chandon y las dos floristas no tienen motivos para mentir, supongo que lo que me cuentas es verdad. ¡Maldición! — dijo, con voz contenida pero cargada de furia —, Eastlake llevaba muchísimos años trabajando para mi familia. Despreciaba a sir James, y era la única persona en esa casa en la que yo podía confiar.

— ¿Conocía Eastlake tu verdadera identidad?

— Sí, y si realmente fue torturado antes de morir, es posible que le contara la verdad a sir James.

— Oh, Hugo, eso es lo que me tiene tan preocupada, ¡por eso he venido a verte de inmediato! No soportaba la idea de que estuvieras en peligro, y sin siquiera saberlo.

— Rose, no puedo expresar con palabras lo mucho que te agradezco que hayas venido a avisarme. No tenía planeado volver a encontrarme con Eastlake hasta dentro de unos días, y me habría llevado mucho tiempo descubrir lo que le ha sucedido. Estoy en deuda con Chandon y con las dos jóvenes floristas, pero no debes decirles quién soy, ni que sir James está planeando asesinar a la reina. ¿Les has contado algo al respecto?

— No. De haberlo hecho, no sólo habría traicionado tu confianza en mí, sino que además los habría puesto en peligro a ellos. Sólo les dije que desconfiaba de sir James, y que temía que pudiera suponer una amenaza para mí.

— Bien. Ah, aquí está Mayur Singh con el té — Hugo se apartó de ella, y tras colocarse delante de la chimenea, le dijo a su criado —: Mayur Singh, Rose me acaba de contar una noticia muy preocupante, y tengo una tarea para ti. Quiero que averigües si Eastlake fue asesinado ayer, y si su cuerpo ha sido encontrado esta mañana en el Támesis.

— *Sahib*, si esa terrible noticia es cierta, debemos mantenernos más alerta que nunca — dijo el criado —. Es posible que Eastlake le revelara su verdadera identidad a sir James.

— Sí, lo sé.

— Iré ahora mismo a ver lo que puedo descubrir, *sahib* — Mayur Singh inclinó la cabeza en señal de respeto, y se apresuró a salir del estudio.

Poco después, Hugo y Rose oyeron el ruido de la puerta trasera al cerrarse, y supieron que el criado había salido de la casa.

— Hugo, ¿qué harás si sir James ha descubierto tu verdadera identidad?

— No tengo demasiadas alternativas. Si sir James buscara una confrontación, yo siempre podría negarlo, pero eso complicaría las cosas cuando más tarde reclamara el título y la herencia. Sin embargo, no creo que sir James opte por un enfrentamiento directo, porque él tiene mucho que perder; al fin y al cabo, se arriesgaría a que sus crímenes salieran a la luz. No, creo que no se lo contará a nadie. Aun en el caso hipotético de que haya descubierto quién soy, desconoce lo que sé sobre el asesinato de mis padres y sobre su plan de asesinar a la reina.

Hugo se detuvo durante unos segundos, y finalmente admitió:

— Pero es posible que me considere una amenaza, y que intente matarme... y lo peor de todo es que es posible que tu familia también corra peligro, porque sir James ignora si tú conoces mi verdadera identidad o no. Nunca me lo perdonaré si os pasa algo, a tu familia o a ti. Debería haber hecho caso de mi instinto, ¡no tendría que haberte visto de nuevo hasta que todo esto se hubiera solucionado!

— ¡No, Hugo, no! — Rose se levantó del sillón, fue hasta él y posó una mano en su brazo mientras lo miraba con gran seriedad—. Después de descubrir que no estabas enterrado en tu tumba, como había creído durante todos estos años, sino vivo, habría sido insoportable no haberte visto nunca más. Mayur Singh tenía razón, desde que salvaste mi vida aquel día en Chandni Chowk, entraste a formar parte de mí. ¿Por qué otra razón chocaste precisamente conmigo mientras huías con el sobre?, creo que fue la mano del destino, que nos volvió a unir por algún propósito que en aquel entonces nos resultaba desconocido.

De repente, con dedos que ya no temblaban de frío, sino de emoción, Rose se sacó de debajo del jubón del vestido el collar de oro con la mitad de la moneda gupta.

— Mira, Hugo. He guardado esto durante todos estos años, no lo olvidé nunca.

Hugo sintió una gran emoción al darse cuenta de la fe y la confianza que ella había depositado en él, y al ver el profundo e indestructible amor que resplandecía abiertamente en sus grandes ojos verdes, que brillaban con lágrimas contenidas. Maravillado, Hugo cerró las manos alrededor de la media moneda que colgaba de la cadena de oro que Rose llevaba al cuello. Conservaba el calor de su cuerpo, de los senos entre los que había descansado, y olía al perfume de rosas que ella solía usar. Hugo se preguntó si Rose había llevado el collar desde su infancia, en su recuerdo, aunque ella nunca había hecho ningún comentario al respecto.

Lo único que sabía con certeza era que la deseaba con una pasión posesiva, súbita y fiera que jamás antes había sentido por ninguna mujer, y que podría haberse ahogado en las dulces e insondables profundidades que eran los estanques de sus ojos, sin intentar siquiera respirar. Tras soltar la moneda, levantó las manos hasta enmarcar su hermoso rostro, y sus pulgares acariciaron sus pómulos con ternura.

Era la calma antes de la tormenta, pero Rose, que apenas tenía experiencia con los hombres, no lo sabía. Lo único que ella sabía era que sus caricias la dejaban sin aliento, como si hubiera estado corriendo, y que de repente sentía un dolor sordo en el centro mismo de su ser, un anhelo extraño que nunca antes había sentido. Deseaba algo que aún le resultaba desconocido e inexplicable, algo difuso que veía como a través de un cristal, pero sabía que al descubrirlo se volvería claro y diáfano, y que la llevaría a un estado nuevo y glorioso.

—Rose... oh, Rose...

De repente, la boca de Hugo descendió hambrienta sobre la de ella, como si todas las murallas que él había levantado alrededor de su corazón a lo largo de aquellos años se hubieran derrumbado de golpe, y hubieran liberado sus emociones contenidas. Como si ya no hubiera vuelta atrás para él... ni para ella.

Aunque Rose sintió cierto temor al estar durante lo que le pareció una eternidad en el umbral que separaba a la niña de la mujer, no quiso retroceder. Lo que la esperaba al otro lado de aquella puerta que Hugo acababa de abrir para ella la atraía con tanta fuerza, con una pasión tan desenfrenada, que era imposible dejarlo inexplorado.

Temblando bajo la fuerza de sus propias emociones desatadas, Rose atravesó el umbral y llegó a un lugar que había buscado durante toda su vida sin saberlo... y al fin, supo que nunca volvería a preguntarse si el corazón que le había entregado a Hugo tantos años atrás había sido atesorado y amado, o si aún seguía siendo así.

Rose y Hugo permanecieron tumbados largo rato en su dormitorio, disfrutando de la cálida cercanía que los unía después de hacer el amor, hablando entre susurros y tiernas caricias.

—No era así como esperaba que sucedieran las cosas entre nosotros —le dijo él, mientras la apretaba contra su cuerpo y le acariciaba el pelo.

—¿Te arrepientes de lo que ha pasado? —Rose, que tenía la cabeza apoyada en su hombro, lo miró con cierta ansiedad. No quería que Hugo pensara que se había aprovechado de ella, porque el deseo había sido mutuo.

—No, pero tengo tanto miedo por ti, Rose... sir James es un hombre muy peligroso, y si Eastlake realmente está muerto, puede que haya descubierto mi verdadera identidad. Existe la posibilidad de que intente hacerme daño a través de ti. Sé que tendría que haber esperado a recuperar mi título y mis tierras antes de volverte a ver, pero te confieso que eres una tentación que me ha costado mucho resistir.

De repente, Hugo se levantó de la cama y fue hasta el tocador, sin prestar ninguna atención a su propia desnudez. Tras sacar de una caja de madera tallada un objeto que Rose no alcanzó a ver, volvió a la cama y se acostó de nuevo a su lado.

—Quiero enseñarte algo —le dijo. Abrió el puño, donde descansaba una fina cadena de oro igual a la que Rose llevaba alrededor del cuello. De ella colgaba su mitad de la moneda gupta que Mayur Singh había cortado en dos tantos años atrás—

. Al igual que tú, yo también he atesorado siempre la mía, para poder tener un recuerdo de ti, de lo felices que fuimos juntos de niños, antes de que las vidas que conocíamos cambiaran para siempre.

Hugo tomó la mitad que descansaba entre los pechos de ella, y juntó las dos partes para formar un todo.

—Hace años, sir James nos separó. No voy a permitir que vuelva a hacerlo, Rose.

Su tono de voz y su expresión mostraban una determinación tan fiera, que ella sintió que un escalofrío recorría su espalda, y se estremeció.

—¿Tienes frío? —le preguntó él, malinterpretando su reacción—. Ven, deja que te ayude a vestirte, y volveremos a mi estudio para sentarnos frente a la chimenea. Mayur Singh debe de estar a punto de regresar.

—Lo sé, pero no puedo esperar a que venga, porque ya llevo demasiado tiempo fuera de casa. Jasmine no puede cubrir mi ausencia de forma indefinida, y además, estará preocupada por mí. Sabe lo que ha pasado y dónde estoy, y si no regreso antes del anochecer, se lo contará todo a papá. No quería que mamá y él se preocuparan innecesariamente.

—De acuerdo. A pesar de lo mucho que me cuesta dejarte ir, sé que debo hacerlo... pero sólo de momento.

Después de que ambos se vistieran, Hugo acompañó a Rose hasta Mansfield Street, donde detuvo un coche de punto para ella. Tras pagar por adelantado al conductor e indicarle la dirección a la que debía llevarla, se volvió de nuevo hacia ella y la besó con ternura.

—Rose, a partir de ahora tienes que ser aún más cuidadosa. Si sir James va a visitaros de nuevo, házmelo saber de inmediato.

—Lo haré. Pero no temo por mí, Hugo, sino por ti.

—No me pasará nada. Pasé muchos años en el Punyab, aprendiendo a cuidar de mí mismo. Y ahora vete, iré a verte en cuanto pueda.

Cuando Hugo dio un golpecito en el pescante, el conductor chasqueó las riendas de cuero sobre el lomo del caballo negro que tiraba del vehículo, y el coche de punto empezó a alejarse de allí.

El trayecto fue relativamente corto, pero en el tiempo que transcurrió desde que salió de casa de Hugo hasta que llegó al hogar de su familia en Russell Square, Rose sintió el repentino impacto de la enormidad de sus acciones. Había hecho el amor con un hombre, se había entregado a él sin reservas, y aunque ya no dudaba que él la amaba con todas sus fuerzas, sintió un momento de temor virginal al pensar en lo que había hecho. Sin embargo, el profundo amor que sentía por Hugo y la conciencia de mujer que acababa de despertar en ella acallaron sus temores. De repente, sintió que la invadía una extraña alegría, ya que sabía que nunca volvería a ser la misma.

## Capítulo 22

### El rapto

Y así como los estorninos vuelan en grandes y compactas bandadas en la estación de los fríos, así aquel torbellino arrastra a los espíritus malvados llevándolos de acá para allá, de arriba a abajo, sin que abriguen nunca la esperanza de tener un momento de reposo, ni de que su pena se aminore.

*La divina comedia* (1310 – 1320)

Dante Alighieri

Russell Square y High Holborn.

Londres, Inglaterra, 1850

Mayur Singh confirmó la muerte de Eastlake, y también que el mayordomo había sido torturado y asesinado tal y como Chandon, el muchacho que trabajaba en el puerto, les había descrito a Ashley y a Jolette. Hugo le dio la inquietante noticia a Rose cuando fue a visitarla varios días después. Era difícil encontrar algo de intimidad en una casa como la de los Windermere, pero afortunadamente la madre de Rose había decidido que Hugo seguía siendo el único hombre para su hija mayor, a pesar de que existía la posibilidad de que nunca llegara a recobrar su título y su herencia, y había hecho arreglos para que los dos pudieran estar a solas en el saloncito.

En cualquier otra ocasión, Rose se habría sentido un poco avergonzada por las tácticas tan transparentes de su madre, pero en ese momento se sentía agradecida.

– Creo que tendría que hablar con tu padre, para asegurarle que mis intenciones son honorables – comentó Hugo, cuando la señora Windermere se fue y cerró las puertas tras ella.

Rose sintió una alegría indescriptible ante aquellas palabras.

– Entonces, ¿lo son? – le preguntó.

– Por supuesto. No puedo creer que tengas ninguna duda al respecto, Rose.

– Claro que no, pero... supongo que quería oírtelo decir. Nunca hemos hablado demasiado de nuestro futuro juntos.

– No, supongo que no. Pero creo que sabes que me he mostrado... cauteloso debido a la incertidumbre que planea sobre mi vida en estos momentos. Rose, cuando me case contigo quiero hacerlo como Hugo Drayton, el legítimo conde de Thornleigh, y no como el misterioso señor Raj Khanna... a pesar de que él también forma parte de mí. Quiero que ocupes el lugar que te pertenece en la sociedad, como mi esposa y mi condesa.

–Hugo, no me importa nada de todo eso. Me sentiría feliz y honrada de ser la esposa de Raj Khanna.

–Ya lo sé, pero si sir James consiguió que Eastlake le revelara mi verdadera identidad, correrías un peligro aún mayor que ahora.

–Entonces, ¿es cierto que Eastlake está... muerto?

–Sí, me temo que sí. Ésa es una de las razones de mi visita, contarte lo que Mayur Singh ha descubierto.

–Lo siento mucho, Hugo.

–Sí, yo también. Eastlake era un buen hombre, y como ya te dije, llevaba muchos años sirviendo a mi familia. Él entendía el riesgo que asumía al espiar a sir Jades, pero nunca pensé que iban a descubrirlo y a matarlo. Mucha gente, sobre todo la que pertenece a los mismos círculos sociales que sir James, tiende a ignorar a los sirvientes. Supongo que Eastlake puso tanto celo en ayudarme, que sin quererlo se delató; además, en estas circunstancias, no podré conseguir ningún otro aliado en la casa de sir James... aunque de todos modos, no hay nadie allí en quien pueda confiar.

–Entonces, no hay manera de saber si Eastlake le reveló a sir James tu verdadera identidad, ¿verdad?

–No. Pero aun así, no me atrevo a cometer el error de creer que no sabe nada. De ahora en adelante, daré por hecho que sir James sabe quién soy.

–¡Entonces, tu vida corre peligro!

–Si sir James aún no sabe la verdad, no corro peligro por ahora, pero me mantendré en guardia en todo momento, y tú debes hacer lo mismo. Quiero que me prometas que no harás nada para involucrarte aún más en este asunto, y que tomarás todas las precauciones posibles para mantenerte a salvo en las semanas venideras. Rose, no soportaría que te ocurriera algo por mi culpa.

–Claro que te lo prometo.

Hugo permaneció en silencio durante unos segundos, como si no quisiera seguir hablando de aquel tema tan desagradable. Entonces vio el muérdago que colgaba de la lámpara que tenían sobre sus cabezas, y sin pensárselo ni un momento, atrajo a Rose hacia la calidez de su cuerpo y la besó profundamente. Cuando por fin la soltó, ella estaba sin aliento y muy sonrojada.

–Estoy convencida de que mamá me hará un montón de preguntas en cuanto te vayas. ¿Qué voy a decirle?

–Dile... dile que soy un pretendiente tímido que aún no se te ha declarado, pero que estás... esperanzada.

Hugo la miró con una sonrisa traviesa que le hizo parecer mucho menos severo que de costumbre, y Rose pudo vislumbrar al muchacho al que había conocido en la India hacía una eternidad. Levantó una mano, y le apartó con ternura un mechón de pelo negro que le caía sobre la frente.

—Hacía mucho que deseaba poder hacer eso. Ése es el Hugo que recordaba, y me alegro de que aún siga siendo parte de ti.

—Igual que lo eres tú, Pose, y que siempre lo serás. Te he querido desde que era ese muchacho, y aunque hubo un tiempo en que creí que te había perdido para siempre, que nunca volvería a verte, siempre estuviste en un lugar especial de mi corazón. Ahora que te he encontrado de nuevo, no pienso volver a perderte nunca más.

Las fiestas llegaron y se fueron, y como no sucedió nada alarmante, Rose empezó a respirar con algo más de tranquilidad, ya que creyó que Eastlake quizás había conseguido mantenerse fiel a Hugo y que no había revelado su verdadera identidad, a pesar de haber sido torturado.

Con los ahorros que había ido acumulando a lo largo de los años, le había comprado a Hugo como regalo de Navidad un hermoso libro encuadernado en piel, una novela que había pensado que podía interesarle. Le había estado dando vueltas y más vueltas a lo que podía regalarle, pero no se le había ocurrido ninguna otra cosa que él no tuviera y que ella pudiera permitirse con su presupuesto limitado.

En todo caso, no tenía de qué preocuparse, porque Hugo se había mostrado entusiasmado cuando se lo había dado. Él, a su vez, le había regalado una pulsera de oro macizo con pequeños amuletos que representaban elementos típicos de la India, incluyendo un tigre y un elefante. Rose se había emocionado profundamente al verla y pensaba llevarla siempre puesta, igual que la cadena con la media moneda gupta.

Varias semanas después de las fiestas, mientras volvía con Jasmine de Covent Garden, Bobby, el ladronzuelo, se acercó a ellas. Como siempre, sus últimas paradas habían sido la panadería, la carnicería, la pescadería y el carrito de Chris, y estaban junto a éste último, comiéndose sus empanadas mientras contemplaban el nuevo velocípedo que Joey les estaba enseñando a sus amigos, cuando apareció Bobby.

—Buenos días, señorita Windermere, señorita Jasmine —las saludó con amabilidad—. Señorita Windermere, ¿ve aquel carruaje de allí? Dentro hay un caballero y dos señoras que dicen que la conocen, y me han pagado un chelín para que viniera a preguntarle si le importaría acercarse un momento, porque les gustaría hablar en privado con usted.

—De acuerdo, Bobby. Gracias por darme el recado.

Rose se sintió perpleja, porque no reconoció el carruaje; en todo caso, creyó que no pertenecía a sir James, porque no tenía el escudo de armas de los Thornleigh. De hecho, en los laterales del vehículo no había distintivo alguno, así que Rose se dijo que quizás lo había alquilado alguna de las amistades de su madre. Convencida de que ése debía de ser el caso, supuso con alivio que seguramente se trataba de la señora Collingwood y la señora Penworthy.

Después de darle su cesta a Jasmine, Rose se acercó al carruaje. Se sintió un poco más tranquila al darse cuenta de que el cochero que esperaba junto al vehículo le resultaba vagamente familiar, y le sonrió cuando el hombre le abrió la puerta para

que entrara. Sin embargo, Rose se detuvo de golpe al ver que en el interior estaban esperándola el señor y la señora Blott, y la señora Squasher.

—¡Por el amor de Dios, no se quede ahí parada, señorita Windermere! Hace mucho frío fuera, y nos estamos helando con la puerta abierta —dijo la señora Blott con tono petulante—. ¡Vamos, entre! Onslow, ayuda a subir a la señorita Windermere, y después cierra la puerta.

Rose no supo cómo reaccionar. Las buenas maneras dictaban que subiera al vehículo y que saludara a sus ocupantes, pero lo hizo con una gran reticencia, y se sintió más que incómoda cuando el cochero levantó la escalerilla y cerró la puerta tras ella.

—Buenos días a todos —consiguió decir con calma—. Creo que querían hablar conmigo, ¿verdad?

—¡En marcha, Lombard! —exclamó la señora Squasher, mientras daba unos golpes imperiosos en el pescarte—. ¡Rápido, inútil! ¡Vamos!

Antes de que Rose pudiera darse cuenta de lo que pasaba, el carruaje se puso en marcha con una sacudida tan brusca, que su espalda golpeó contra el asiento.

—¿Qué están haciendo?, ¿qué significa esto? —exclamó, mientras se aferraba a la agarradera que tenía a mano para no bambolearse de un lado a otro mientras el vehículo ganaba velocidad—. ¿Adónde me llevan?, ¡detengan el carruaje ahora mismo!

—¡Cállese ya, señorita Windermere! —le ordenó la señora Squasher con voz gélida, mientras sus mejillas regordetas temblaban con el movimiento del carruaje—. Si no lo hace, el señor Blott va a tener que drogarla... y estoy segura de que no quiere que lo haga.

Horrorizada, Rose miró al hombre en cuestión, que estaba sentado frente a ella y a la señora Squasher. Él le devolvió la mirada con aparente inocencia y le sonrió amablemente, como si estuvieran dando un agradable paseo, antes de sacarse de la chaqueta una botella de cloroformo y un pañuelo.

—Adelante, nunca he visto anestesiar a alguien con cloroformo —dijo la señora Blott, que estaba sentada junto a su marido, con una tonta risita—. ¿Cuánto tiempo tarda en hacer efecto?, ¿perderá el conocimiento enseguida, o tardará un poco?

Rose se sintió aterrorizada. Estaban secuestrándola a plena luz del día... ¡y tres personas que debían de estar locas estaban amenazando con drogarla!

## Capítulo 23

Una persecución a la carrera

Locura es perseguirla, locura poseerla; sin tenerla, teniéndola y ansiándola, excesiva; una gloria el probarla; probada, dolor cierto; antes, gozo ofrecido; después, sueño tan sólo: esto lo sabe el mundo, pero no sabe nadie cómo evitar el cielo que nos lleva a ese infierno.

*Soneto 129*

William Shakespeare.

High Holborn y Nine Elms Road.

Londres, Inglaterra, 1851

— Rose ha entrado en ese carruaje... ¡se ha puesto en marcha! — dijo Jasmine, muy preocupada al ver que el vehículo empezaba a alejarse—. No puede ser... ¡aquí está pasando algo!, ¡Rose no se iría así sin más, sin avisarme!

— Caramba, ¿quiere decir que la están secuestrando? — dijo Chris, con los ojos como platos.

— Bobby, ¿quién había dentro del carruaje?, ¡describemelos! — dijo Jasmine.

Al oír la descripción del ladronzuelo, la hermana de Rose se dio cuenta de que los ocupantes del vehículo eran el señor y la señora Blott y la señora Squasher, y su temor se intensificó aún más.

— ¡Oh, no! ¡Seguro que quieren hacerle daño a Rose!

Al oír aquello, Brock, el aprendiz del carnicero, echó a correr tras el carruaje y fue regateando a la carrera a los transeúntes que circulaban por la acera, con su delantal ensangrentado agitándose enloquecido al viento. Bajo la mirada atónita de Jasmine y de los demás, el muchacho bajó de la acera de un salto y fue esquivando hábilmente coches y vehículos hasta conseguir saltar a la parte posterior del carruaje, que empezaba a ganar velocidad.

— ¡Joey, no te quedes ahí con la boca abierta! — le ordenó Nick, el hijo del panadero—. ¡Súbete a tu cacharro y ve a Covent Garden a buscar a los demás!

— ¡Cuando los reúnas a todos, venid a la caballeriza del padre de Jake! ¡Tenemos que salvar a la señorita Windermere! — añadió Victor.

— ¡Vale!

Joey se apresuró a subir al velocípedo, y se alejó pedaleando a toda velocidad.

— ¡Señorita Jasmine, no se preocupe! ¡Cuando ese tipejo me dio el chelín, le metí la mano en el bolsillo y le quité todo lo que tenía, así que no van a llegar muy lejos! — exclamó Bobby por encima del hombro, mientras se alejaba corriendo con Nick, Victor y Chris hacia Long Acre, donde estaba la caballeriza con carruajes de alquiler del padre de Jake.

— ¡Brock! ¡Brock! ¿Dónde está ese pillo perezoso? —el señor Cox, el carnicero, salió de su establecimiento con expresión de enfado—. Lo he visto hace sólo unos minutos hablando con usted, señorita Jasmine, y aunque le agradezco que venga usted a comprar a mi tienda, no le pago a ese bribonzuelo para que pierda el tiempo charlando. ¡Siempre se pasa de la raya!

— Señor Cox, lo siento tanto, pero... pero... ¡acaban de secuestrar a mi hermana! Brock salió corriendo detrás del carruaje para intentar salvarla, igual que el resto de los muchachos.

— ¡Cielo Santo! —el carnicero se quedó sin habla por un segundo, pero consiguió recobrar la compostura y le dijo con voz ronca—: Entre, señorita Jasmine. Siéntese, siéntese, por favor, mientras yo voy a hablar con el panadero y con el pescadero. Uno de ellos puede hacer que alguien vaya a buscar a un policía, y entonces llegaremos al fondo de este asunto, ¡se lo prometo!

Rose permanecía sentada en silencio dentro del carruaje, enfadada y asustada. Su silencio y su aparente cooperación habían hecho que el señor Blott no la drogara con el cloroformo, así que al menos seguía consciente.

No sabía adónde la llevaban, pero como el vehículo iba en dirección a Long Acre, temía que pretendieran llevarla por un puente a la parte sur del río Támesis, donde había algunos distritos indeseables como Lambeth, Southwark y Bermondsey. Aquella posibilidad hizo que se le cayera el alma a los pies, porque dudaba que nadie, ni siquiera Hugo, pudiera encontrarla en aquellos barrios bajos atestados de gente.

Sin embargo, todos los ocupantes del carruaje ignoraban que Brock, el aprendiz del carnicero, seguía aferrado a la parte posterior del vehículo, y que se estaba planteando lo que debía hacer. Sabía que podía subir a la parte superior del carruaje y tomar por sorpresa al cochero y a su compinche, pero no sabía si llevaban pistolas, y él sólo llevaba su cuchillo de carnicero. Y si a él lo tiraban del carruaje o lo mataban, ¿qué le pasaría a la pobre señorita Windermere?

El vehículo siguió en dirección sur, y enfiló por el puente de Waterloo, que cruzaba el río Támesis. Estaban a medio camino cuando Brock miró por encima del hombro, y sintió un enorme alivio eufórico al ver a otro vehículo tras él, que acababa de llegar al puente. Jake llevaba las riendas y otros colegas suyos iban subidos en el techo, así que Brock supuso con acierto que, cuando la señorita Windermere había sido secuestrada, Joey y los demás habían ido a la caballeriza a buscar algún medio de transporte, y que habían visto el vehículo de los secuestradores cuando había pasado por Long Acre.

Brock agarró por una esquina el largo delantal que llevaba en la carnicería, y empezó a agitarlo para indicarles a sus colegas que iban por el buen camino. Vio que Joey, que iba junto a Jake en el pescante, se levantaba como podía y empezaba a gritarle y a hacerle señales, y sonrió de oreja a oreja al ver que su amigo perdía el equilibrio y se caía de espaldas en el asiento.

Al llegar a Lambeth, el carruaje siguió la orilla sur del río hacia Battersea Fields, y Rose se sintió aún más desmoralizada, ya que empezó a sospechar que sus cantores querían sacarla de Londres. Si ése era el caso, no sabía qué iba a ser de ella, porque nadie sabría dónde buscarla.

Nine Elms Road era una carretera larga y aislada en medio de una amplia extensión de terreno, Battersea Fields. Estaba relativamente poco transitada, y el hosco cochero les gritó a los cuatro caballos que tiraban del carruaje para que aceleraran el paso, mientras hacía chasquear la fusta.

El vehículo empezó a correr a una velocidad de vértigo, y los ocupantes se vieron zarandeados por las brascas sacudidas. La señora Blott empezó a quejarse a la señora Squasher por la mala calidad de los muelles y de los asientos, lo que dio pie a una discusión entre las dos mujeres, ya que había sido la señora Squasher quien había alquilado el carruaje. El señor Blott se sacó un frasco del bolsillo de su chaqueta, tomó un buen trago e ignoró por completo la pelea.

Por su parte, Rose se mordió el labio tembloroso mientras se aferraba a la agarradera, y se planteó la posibilidad de arriesgarse a abrir la puerta y saltar del vehículo. No era la primera vez que se le ocurría la idea, y aunque antes había tenido miedo de morir aplastada en medio de todo el tráfico de la ciudad, la velocidad que llevaba el vehículo en aquella carretera casi desierta era tal, que saltar seguía siendo prácticamente un suicidio.

Se sentía reconfortada al sentir su preciada moneda gupta descansando entre sus pechos, y su corazón palpitó con fuerza al preguntarse si volvería a ver a Hugo. Aquel secuestro indicaba que sir James debía de haber descubierto su verdadera identidad, seguramente a través de la confesión de Eastlake al ser torturado, y que sus compinches y él querían mantenerla prisionera para poder presionarlo.

De repente, se le ocurrió la escalofriante posibilidad de que Hugo ya estuviera muerto, y de que la hubieran secuestrado sólo para averiguar lo que ella sabía sobre los planes del asesinato de la reina. En ese caso, sin duda ella también acabaría muerta. Después de darle vueltas al asunto, se había dado cuenta de que el cochero y el hombre que le acompañaba eran los dos maleantes que habían perseguido a Hugo el día que había chocado con ella, así que pensó que todo estaba perdido.

Sin embargo, un carruaje pareció salir repentinamente de la nada, avanzando a gran velocidad junto a ellos. Perdida como estaba en sus aterradoras reflexiones, Rose tardó un segundo en darse cuenta de que Jake y Joey iban en el pescante, y sintió que una tenue llama de esperanza se encendía en su pecho al darse cuenta de que no estaba sola. ¡Los muchachos habían acudido en su ayuda!

— ¡Para! ¡Para ahora mismo! — le gritó Joey a Lombard, mientras agitaba un puño en un gesto amenazador.

En vez de obedecer, el conductor espoleó a los cuatro caballos que tiraban del carruaje para que aceleraran el paso. El resto de los chicos, que estaban aferrados al techo del vehículo y también llenaban su interior, empezaron a gritar también, y la situación habría resultado cómica en otras circunstancias. Burke, el artista callejero, que obviamente estaba un poco ebrio, sacó por la ventanilla una mano en la que tenía

aferrada una pesada jarra de cristal llena de cerveza, y empezó a zarandearla de un lado a otro mientras vociferaba:

— ¡Para, o te arrepentirás!

— ¡Más rápido, Lombard! ¡No les hagas caso! —ordenó la señora Squasher, mientras daba golpes en el pescarte—. ¡Sólo son una pandilla de desastrados borrachos!

— ¡No, son esos mocosos de High Holborn! Uno de ellos es al que le di un chelín para que fuera a buscar a la señorita Windermere —dijo el señor Blott. Entonces se sacó una pequeña pistola del bolsillo de su chaqueta, bajó una de las ventanillas del carruaje, y apuntó el mortífero cañón del arma hacia los muchachos.

— ¡Tiene una pistola!, ¡tiene una pistola! —gritó Chandon, desde encima del otro vehículo.

Burke lanzó la jarra de golpe hacia el señor Blott, y al golpear como una bomba contra una de las ventanillas del vehículo, fragmentos de cristal roto y un chorro de cerveza parecieron explotar en el interior.

Todo sucedió tan deprisa, que al principio Rose creyó que el señor Blott había disparado antes de que ella pudiera hacer algo para impedirselo, y que el arma le había estallado en las manos. Como no sabía nada de pistolas, al sentir el impacto de los fragmentos de cristal y de la cerveza, pensó que eran balas y sangre respectivamente, y empezó a gritar mientras intentaba protegerse con los brazos. El aire se llenó también con los alaridos aterrados de la señora Blott y la señora Squasher, y con los juramentos del señor Blott, con lo que se formó un auténtico caos.

El carruaje de Jake golpeó con fuerza contra el suyo, y el cuerpo ensangrentado de Onslow cayó a la carretera desde el pescante, víctima del cuchillo de carnicero de Brock. El ímpetu del otro carruaje contra ellos hizo que su vehículo se escorara de forma precaria, hasta que volcó pesadamente sobre uno de sus costados. El eje se partió por la mitad, y los caballos quedaron libres y se alejaron de allí al galope.

En el interior, el señor Blott fue el primero en recobrase. Gimiendo por el esfuerzo, abrió la puerta y logró salir con dificultad del carruaje, que descansaba sobre un costado en medio de la carretera. El otro vehículo aún no se había detenido, y era obvio que el conductor tenía problemas para controlar a sus caballos. Lombard yacía muerto con el cuello roto a un metro del carruaje caído, y en la cuneta había un muchacho recio que intentaba levantarse, obviamente aturdido. El señor Blott no se detuvo a ver nada más, y echó a correr campo a través para escapar mientras podía.

Unos segundos después, Brock consiguió recuperarse un poco y se acercó tambaleante al carruaje caído.

— ¡Señorita Windermere! ¡Señorita Windermere! ¿Se encuentra bien? —gritó con ansiedad.

— Sí... sí, creo que sí... —contestó Rose, temblorosa, mientras intentaba recobrase—. Me... me duele la cabeza —se llevó una mano a la frente, y se dio cuenta de que tenía un considerable chichón y que estaba sangrando.

— ¡Voy a sacarla de ahí!

A aquellas alturas, Jake ya había conseguido que su tiro de caballos redujera la marcha y diera la vuelta. Al llegar junto a ellos, detuvo el vehículo y, después de poner el freno, bajó junto al resto de muchachos y todos corrieron a ayudar a sacar a Rose.

La señora Blott soltó un gemido debajo de ella, pero la señora Squasher no había hecho sonido alguno hasta ese momento, así que Rose pensó que la desagradable mujer debía de estar muerta. Mientras Brock y el resto de sus amigos la ayudaban a salir, se dio cuenta de que le habría resultado imposible hacerlo sola, porque el peso de la falda y de las enaguas entorpecían sus movimientos, así que se sintió más que agradecida por su ayuda.

— ¡Sacadme de aquí!, ¡sacadme de aquí! — gimió la señora Blott.

Como era tan alta y pesada, sólo pudieron sacarla con los esfuerzos combinados de Joey, Burke, Nick y Victor. La mujer estaba aturdida por el impacto, pero aunque tenía algunos cortes y magulladuras, no parecía estar herida de gravedad.

— Será mejor que la atemos, para que no intente huir — comentó Leddy, mientras fulminaba a la mujer con la mirada.

— Sí. Jake, ¿tienes algo de cuerda? — dijo Bobby.

— Sí, en el carruaje — contestó Jake.

— Voy a por ella — dijo Chris.

En cuestión de minutos, y a pesar de las débiles protestas de Rose y de los chillidos indignados de la señora Blott, varios de los muchachos la tuvieron bien atada y la metieron en el carruaje de Jake. Mientras tanto, otros habían comprobado que la señora Squasher estaba muerta. Uno de los fragmentos de cristal de la ventanilla se le había clavado en el ojo, y había llegado hasta el cerebro.

— No podemos... no podemos dejarla así — dijo Rose—. Lo digo muy en serio, no sería decente.

— Sería mucho más decente que lo que ella intentó hacerle a usted, señorita Windermere — comentó Jordan, muy serio.

Al final, la opinión de Rose prevaleció, y los muchachos sacaron el voluminoso cadáver de la mujer y la cargaron en el carruaje de Jake. Sin embargo, no tenían nada con lo que poder cubrirla, y mientras regresaban a Londres, Rose pensó en lo furiosa que se habría puesto la mujer ante la idea de que su cuerpo fuera expuesto de aquella manera a las miradas atónitas de los transeúntes.

## Capítulo 24

A punto para el juicio

La dura prueba a la que nos enfrentamos hará que esta generación sea considerada con honor, o que quede sumida en la deshonra.

*Segundo mensaje anual al Congreso (1862)*

Abraham Lincoln.

Russell Square. Londres, Inglaterra (1851)

Obviamente, algo tan serio como un secuestro no podía ocultársele a la familia de Rose... ni a Hugo, por supuesto. Rose fue informada de que él seguía vivo, aunque también había sufrido un intento de asesinato, probablemente llevado a cabo por el mismo sir James o por alguno de sus compinches.

Como no se le había ocurrido qué otra cosa podía hacer, Rose les había pedido a los muchachos que llevaran el carruaje a su casa, y desde allí había mandado a Joey a que fuera a buscar al agente Dreiling. Allí había descubierto que su familia entera estaba enterada de su secuestro, ya que Jasmine había enviado un mensaje a casa y también a Hugo.

—Está buscándote por todo Londres, Rose —le dijo su padre mientras la abrazaba emocionado, obviamente aliviado al descubrir que estaba a salvo—. Tenemos que intentar contactar con él de inmediato, y también con tu hermana Jasmine. Se ha quedado en la carnicería, por si los muchachos volvían allí con las manos vacías. ¡Oh, gracias a Dios que estás bien!

Después de tomar declaración a Rose y a los muchachos, el agente Dreiling mandó a Joey a que fuera a avisar a los servicios funerarios, y también le dijo que pidiera refuerzos. Poco después, llegaron varios agentes más, además de un vehículo policial donde metieron a la señora Blott para llevarla a prisión.

—¿Qué va a ser de ella? —le preguntó Rose al agente Dreiling.

—La acusarán de secuestro, como mínimo.

—¡Me temo que eso es sólo la punta del iceberg, agente! —dijo Hugo al entrar en el saloncito—. ¡Rose! —se acercó a ella a toda prisa, y la tomó de las manos mientras sus ojos negros escrutaban su rostro—. He venido en cuanto me avisaron de tu rescate. ¿Estás bien?, ¿te han hecho daño? Tienes una herida en la cabeza...

—Me la hice cuando el carruaje volcó —le dijo ella, aliviada al verlo sano y salvo.

Rose procedió a contarle lo que había ocurrido, y cuando terminó, Hugo dijo:

—Gracias a Dios que el daño sólo ha sido una pequeña herida, estoy convencido de que pretendían asesinarte. Y gracias también a todos vosotros, muchachos, por vuestra rapidez de reflejos y vuestro valor. Habéis hecho algo muy noble al acudir al

rescate de la señorita Windermere, y os prometo que todos recibiréis una cuantiosa recompensa.

—Caramba, señor, no lo hicimos por ninguna recompensa —contestó Brock, muy serio—. Aunque no le niego que algo de dinero nos vendría muy bien a todos... he estado ahorrando para poder casarme con Ashley, y puede que con lo que usted me dé ya tenga bastante. Eso, si no me arrestan por haberme cargado al tipo que conducía el carruaje de los secuestradores, claro.

—Brock, no permitiré que te detengan —dijo Hugo con voz firme—. Estabas intentando salvar la vida de la señorita Windermere, así que tus acciones estuvieron más que justificadas. ¿Está de acuerdo conmigo, agente Dreiling?

—Eh... sí, claro. Además, no se sabe si el individuo murió por culpa del cuchillo de Brock, o por el accidente —razonó el agente. Estaba claro que Hugo era un hombre poderoso, y no quería buscarse problemas—. Puede que Brock sólo lo hiriera.

—Me alegra saber que no van a arrestar a Brock ni a presentar cargos contra él. Sin embargo, se pueden presentar cargos contra la señora Blott por varios delitos más, aparte del secuestro —Hugo se volvió hacia el coronel Windermere, y le dijo—: Señor, ha llegado el momento de aprovechar todos sus contactos en el ejército y en el gobierno. Por la información que he recibido sobre la señora Blott, parece ser una mujer increíblemente tonta y egoísta, así que creo que, si se la interroga de forma adecuada, no dudará en contarle todo sobre los planes de sir James, para intentar salvar su propio pellejo. Eso, sumado a toda la información que yo he recabado, a la carta que sir James le envió a la señora Squasher, y al desesperado intento de secuestro de la señorita Windermere, debería ser suficiente para demostrarles a las autoridades que realmente está en marcha un plan para asesinar a la reina.

—¡Asesinar a la reina! —exclamó el agente Dreiling, atónito—. ¡Señor, no puede hablar en serio!

—Agente, le aseguro que jamás en mi vida he hablado más en serio —dijo Hugo con sequedad—. Y estoy convencido de que cualquier ayuda que usted nos preste en este asunto le será recompensada con un ascenso.

—¿En serio?, ¿eso cree? —el agente se pasó la mano por el bigote mientras pensaba en ello, y finalmente dijo—: Bueno, por supuesto, cualquier cosa que pueda hacer para ayudar...

—Será enormemente agradecida —dijo Hugo.

Al cabo de unos minutos, llegaron los servicios funerarios, y sacaron el cuerpo de la señora Squasher del carruaje del padre de Jake. La señora Windermere, a pesar de estar atónita y un poco incómoda al tener a varios muchachos de las calles en su saloncito, les estaba profundamente agradecida por haber salvado la vida de su hija de una forma tan heroica, así que, al ver que ya no los necesitaban en el saloncito, se los llevó a todos al comedor para que les sirvieran una opípara comida.

Mientras tanto, Hugo, el coronel Windermere y el agente Dreiling se encerraron en la biblioteca, y empezaron a planear cómo iban a contactar con las autoridades competentes para que se hicieran cargo de la señora Blott y la hicieran confesar. Rose

se quedó con sus hermanas en el saloncito, y después de que le curaran las heridas y de que se tranquilizaran un poco, empezaron a especular sobre lo que iba a pasar a partir de entonces.

— ¡Qué gente tan horrible! — dijo Angelica, con un estremecimiento—. Sé que no está bien que diga esto, pero me alegro de que la señora Squasher esté muerta... ¡y espero que cuelguen a la señora Blott del cuello!

— Angelica, siempre has sido una persona muy temperamental, pero en este caso en particular me temo que debo darte la razón — dijo Heather—. Esas personas terribles pensaban sin duda asesinar a Rose, y no podré descansar tranquila hasta que capturen y encierren al señor Blott. ¿Dónde creéis que está?

— No lo sé. Después de que el carruaje volcara, consiguió salir y escapar antes de que Jake pudiera controlar a sus caballos y volver en nuestra ayuda. La última vez que lo vi, huía corriendo por Battersea Fields.

— ¡Qué cosa más horrible! — exclamó Daisy. Su rostro, normalmente alegre, estaba ensombrecido por lo horrorizada que se sentía—. Sólo pensó en sí mismo y dejó a su propia mujer allí, sin preocuparle lo más mínimo si estaba viva o muerta.

— Sí, tienes razón — dijo Jasmine, con obvia repulsión—. Está claro que el señor Blott está loco y que es un completo monstruo que carece de sentimientos. Cuando me imagino a la pobrecita Rose en sus garras... ¡la mera idea es insoportable!

— Tienes razón, pero ahora ya estoy a salvo — dijo Rose—. Y siempre les estaré agradecida a los muchachos que acudieron a mi rescate.

— Todas les estamos agradecidas — comentó Jasmine con tono suave—. Ahora me alegro de no haber denunciado a Bobby cuando intentó robarme el bolso... ¡oh acabo de acordarme de algo! Antes de que entraras en el carruaje, Bobby le robó al señor Blott el dinero que llevaba en el bolsillo, así que seguramente no podrá llegar muy lejos.

## Capítulo 25

Los barrios bajos de Southwark

J. B. es un tipo duro, señora. Duro y endemoniadamente listo.

*Dombey e hijo (1848)*

Charles Dickens.

Southwark. Londres, Inglaterra, 1851

Gerald Blott no había estado tan furioso en toda su vida. A pesar de que él mismo había robado un montón de bolsillos, descubrir que un simple golfillo callejero le había robado la cartera lo encolerizaba. Por no hablar del hecho de que en dicha cartera había una cantidad considerable de dinero, que justo el día anterior le había sacado a su madre.

A pesar de que ella nunca se había preocupado lo más mínimo por él y lo había mandado al campo para que lo criara su abuela materna, el señor Blott iba al cuchitril infestado de ratas donde ella vivía para adularla y seducirla cada vez que necesitaba dinero. Y como Charlotte Blott no quería admitir, ni siquiera ante sí misma, que era una madre antinatural que carecía del más mínimo instinto maternal por su hijo, con quien había tenido una relación incestuosa desde que era un muchacho, aliviaba la poca conciencia que tenía dándole el dinero que necesitaba.

—No entiendo cómo un mocoso ha podido tomarte el pelo, Gerry. Creía que eras más listo. Te enseñé todos los trucos del negocio, ¿no? —dijo Charlotte, arrastrando las palabras.

Al igual que su hijo, era una bebedora empedernida y una adicta a la ginebra, la “ruina azul” que resultaba ser la perdición de muchos como ella. Se colocó el andrajoso y sucio chal que llevaba de la forma que creía que más le favorecía, y entonces se pasó una mano similar a una garra por sus finos y resechos mechones de pelo, que no sólo tenían un color platino completamente artificial, sino que además siempre parecían no haber sido peinados en meses.

—Además, ayer te di un montón de pasta. Ya no gano dinero con tanta facilidad, no soy tan joven como antes —añadió.

De hecho, Charlotte era mucho mayor de lo que decía, y llevaba años mintiendo sobre su edad... aunque su hijo era plenamente consciente de ello.

—¿Y qué? Sé muy bien que tu único negocio no son los viejos borrachos. ¡Tienes dinero guardado por toda la casa, y lo necesito ahora mismo! ¿Es que no lees nunca los periódicos? ¡No, claro que no, porque no sabes leer! A veces me sorprende saber que tengo unos orígenes tan penosamente ignorantes y vulgares, ¡pero sin duda, logré superarlos! Han arrestado a Dora, y para salvar su propio cuello, esa vaca culona ha cantado como un canario. Ploughell, Delwyn y Ambrose también han sido

arrestados, y lord Thornleigh se ha esfumado. Necesito dinero para sobornos y otros gastos, para que no me pillen a mí también. No querrás que me ahorquen, ¿verdad?

—No, pero... ¿para qué has venido aquí? Dora seguramente le ha dicho a la poli dónde vivo, así que puede que estén vigilando la casa, esperando para atraparte.

—No. Esa tonta inflada puede ser estúpida, pero sabe quién puede guardarle las espaldas. No revelará dónde vives.

—¿Cómo puedes estar tan seguro, Gerry?

—Porque Dora me quiere. Ya lo verás, al final, se retractará de todo lo que les ha dicho a las autoridades y les soltará un montón de mentiras.

—Bueno, sé que no soy precisamente una lumbrera, pero no acabo de entenderlo, Gerry. No creo que la poli y los jefazos se dejen engañar tan fácilmente.

—En cualquier caso, no es mi problema, porque de todos modos no van a poder atraparme. Anda, dame un beso y algo de dinero, mamá. La única forma de salir de este lío es seguir con el plan original, y deshacernos de la reina. Cuando ella ya no esté en medio, los que han estado esperando para tomar el control del gobierno no me colgarán, sino que me pondrán una medalla. Pero hasta entonces, tengo que permanecer escondido.

—Dora tiene un montón de dinero. Por eso te casaste con ella, ¿no?

—Sí, pero de momento está fuera de mi alcance. ¿Crees que si pudiera conseguirlo estaría arriesgando el cuello aquí? Existe una minúscula posibilidad de que nos haya traicionado.

—Entonces, ¿qué haces ahí como un pasmarote? —Charlotte se arrodilló, levantó una tabla floja del suelo y sacó de debajo un pequeño saquito—. Toma. Es todo lo que me queda de momento, pero tienes razón. Siempre puedo conseguir más —su amplia sonrisa dejó al descubierto sus dientes cariados y sus encías ennegrecidas—. Mi último cliente está en las últimas, y podré conseguir unas monedas por su ropa cuando la palme por fin.

—Mamá, cuando mate a la reina, te convertiré a ti en una —dijo el señor Blott, con una brillante sonrisa. Después de conseguir lo que quería, estaba dispuesto a mostrarse amable y encantador con su madre.

—Venga, lárgate ya. ¿Yo?, ¿una reina?

—Mamá, tendrías que tener más fe en mí. Al fin y al cabo, logré salir de Southwark, ¿no?

—Sí, Gerry, es verdad.

—Puedo hacer lo que quiera, soy invencible. Nadie podrá conmigo.

—Bueno, siempre fuiste muy listo, hasta cuando eras sólo un muchacho. Pero ten cuidado... ¡y no dejes que el dinero de Dora se te escape! Fue una suerte que su padre se lo guardara antes de que perdiera la chaveta, ¿eh?

—Sí. De hecho, no me sorprendería descubrir que la pobre Dora está tan loca como él. A lo mejor la encierran en el manicomio en vez de colgarla, ¿no crees?

Madre e hijo se echaron a reír a carcajadas ante la idea, y compartieron unos tragos de ginebra.

## Capítulo 26

Las noticias matutinas

Hay un dicho: “las malas noticias vuelan”.

*Moralia*

Plutarco.

Russell Square. Londres, Inglaterra, 1851

– Buenos días, Leddy.

– Buenos días, señorita Windermere. ¿Cómo está usted en este bonito día de primavera?

– Ya me he recobrado del susto, gracias. Nunca olvidaré lo que hicisteis por mí todos vosotros, no sé cómo puedo agradeceréoslo.

Leddy se sonrojó.

– Caramba, señorita Windermere, no necesita agradecernos nada. Además, el señor Khanna... eh... su señoría... nos recompensó a todos de forma más que generosa – Leddy tomó un ejemplar del *Times* de su bolsa, lo dobló cuidadosamente por la mitad, como siempre, y se lo dio a Rose –. Seguro que le interesan las noticias de hoy, señorita Windermere. ¡El juicio aparece en primera página!

– ¡Cielos! ¡Apenas puedo esperar a leer el artículo!, ¡gracias por avisarme, Leddy!

Rose se apresuró a volver a entrar en la casa y llamó a su padre; en cuestión de minutos, la familia entera estuvo reunida alrededor de la mesa del desayuno en el comedor.

– ¿Qué dice el *Times*, papá? – le preguntó Rose con impaciencia.

Al final no había leído el artículo, temerosa de que informara de que la señora Blott iba a ser puesta en libertad; además, no quería estropear el ritual matutino de la familia.

– ¡Sí, coronel, no nos tengas en vilo! ¿Van a condenar o no a esa horrible mujer? – dijo la señora Windermere, indignada al recordar el papel que la señora Blott había jugado en el secuestro de Rose.

– Vamos a ver... – dijo el coronel, mientras abría el periódico –. ¡Cielos, la señora Blott es una mujer especialmente descomunal y fea!

– ¿Por qué lo dices, papá? – le preguntó Dais.

– Hay una caricatura.

El coronel volvió la primera plana para que su mujer y sus hijas pudieran ver la enorme y poco favorecedora imagen de la señora Blott sentada en el banquillo de los acusados junto al señor Ploughell, el señor Delwyn y la señora Ambrose.

— Bueno, veamos cómo va progresando el juicio — dijo el coronel.

Empezó a leer el artículo, e informó a su familia de que el juicio, que se había iniciado de inmediato tras la captura de la mayor parte de los conspiradores, había sido declarado un “espectáculo bochornoso”, porque estaban implicados tanto un miembro del Parlamento como un juez.

— El señor Ploughell insiste en que los documentos firmados por él, que las autoridades encontraron en su despacho, son falsos, y que sir James, el señor Delwyn o el señor Ambrose debieron de ponerlos allí para intentar incriminarle. Nadie le cree, por supuesto. Se dice que el señor Delwyn tiene tendencias suicidas, pero él afirma que es una mentira inventada por el señor Blott para avergonzarlo y angustiarse aún más. ¡Cielos!, aquí pone que la señora Ambrose y la señora Squasher empezaron a cartearse cuando empezaron a gestarse los planes del asesinato, y que las autoridades tienen las cartas y las han sacado a la luz... y que algunas incluyen sórdidos detalles sobre las relaciones íntimas de la señora Squasher no sólo con su difunto marido, Jeffrey, sino también con sir James y con el señor Blott. Según el artículo, es posible que esas cartas en particular no sean publicadas.

— ¿Y qué pasa con la detestable señora Blott, papá? ¿Van a colgarla? — preguntó Angelica con impaciencia. Quería que aquella mujer pagara por haber intentado secuestrar a Rose.

— Bueno, al parecer ha cambiado su declaración. Ahora dice que la policía se inventó lo del plan para asesinar a la reina, y que ella es completamente inocente.

— ¡Qué descaro! — exclamó Heather, indignada—. ¿Cómo ha explicado que intentara secuestrar a Rose?

— Dice que se trató de un simple malentendido, y que la “señorita W”, que es como llaman a Rose en el periódico, accedió a acompañarlos en el carruaje a Battersea Fields.

— Cielos, es mortificante que hablen de mí en el *Times* en relación con todo este asunto, aunque no aparezca mi nombre. La gente acabará enterándose de que se refieren a mí — dijo Rose—. Papá, ¿crees que tendré que testificar en el juicio? No podría soportarlo, sería horrible verme envuelta aún más en un escándalo tan público.

— No, los letrados que llevan el caso nos han asegurado que no tendrás que participar en el juicio — la tranquilizó el coronel Windermere—. Todos, incluyendo los muchachos que te salvaron, hemos aportado ya nuestras declaraciones; además, el foco del caso no es tu secuestro, sino la trama para asesinar a la reina.

— ¿Hay alguna novedad en el caso de Hugo? — le preguntó Rose.

— Sí. Teniendo en cuenta todos los sucesos relacionados con las pruebas que Hugo ha presentado, es más que probable que el tribunal que se ocupa de su caso confirme

su identidad, autentifique el testamento y la última voluntad de su padre y le transfiera el título y las propiedades.

—Oh, me alegro tanto... —dijo Rose, de corazón—. Fue una suerte que Mayur Singh rescatara la caja de seguridad de lord Thornleigh la noche que los bandidos los atacaron. ¿Han localizado ya a sir James y al señor Blott? No podré descansar tranquila hasta que ellos también sean apresados, porque estoy segura de que fue sir James quien disparó a Hugo el día de mi secuestro. ¡Menos mal que él estaba alerta!

—Sí, lo más probable es que fuera sir James quien le disparó; por desgracia, ni el señor Blott ni él han sido localizados, a pesar de que la ciudad entera los está buscando. Pero, de todos modos, no tienes de qué preocuparte, Rose —dijo el coronel, mientras plegaba el periódico y lo colocaba junto a su plato—. Estoy convencido de que es cuestión de días que consigan atraparlos.

Sin embargo, el convencimiento del coronel no se confirmó, porque a pesar del enorme dispositivo que se puso en marcha para buscar a sir James y al señor Blott, ninguno de los dos fue localizado.

## Capítulo 27

En el Palacio de Cristal

Había un señorial palacio delante suyo, cuyo nombre era Hermoso.

*El progreso del peregrino (1678)*

John Bunyan.

Hyde Park y el Palacio de Cristal.

Londres, Inglaterra, 1851

El uno de mayo de 1851, el día de la gran ceremonia inaugural de la Gran Exposición promovida por el príncipe Alberto, amaneció con un cielo limpio y despejado, así que parecía que incluso el tiempo estaba a favor del evento. Aun así, Rose creía que el entusiasmo de los visitantes del Palacio de Cristal no habría disminuido lo más mínimo ni aunque hubiera sido un día lluvioso y gris. La enorme construcción se levantaba en Hyde Park, y albergaba expositores de todo el mundo.

Hugo y el coronel Windermere habían alquilado dos carruajes para que los llevaran a todos a Hyde Park, y la señora Beasley les había preparado unas cestas de comida. Tanto la señora Windermere como sus hijas se habían comprado sombreros y vestidos nuevos para la ocasión, y todas excepto Rose charlaron animadamente mientras subían a los dos carruajes, sombrillas y bolsitos en mano.

—Rose, ¿es que no te alegra ir a la exposición? —le preguntó Hugo.

Tras ayudarla a subir a uno de los vehículos, subió y se sentó junto a ella.

—Sí, por supuesto, pero... no puedo evitar preocuparme. No dejo de preguntarme si, a pesar de todo lo que ha ocurrido en las últimas semanas, sir James y el señor Blott seguirán adelante con su plan de asesinar hoy a la reina.

—Admito que yo también creo que es posible, pero te aseguro que, después de lo sucedido, tanto la reina como los responsables de su seguridad están alerta por si se produce cualquier intento de asesinato... contra la propia reina, o contra el príncipe Alberto. Las medidas de seguridad van a ser muy estrictas, así que no creo que la intentona tuviera éxito si realmente se produjera.

Rose se obligó a sonreír, y dijo:

—Tienes razón. Tendré que intentar olvidar mis temores, para no estropearle la excursión a mi familia. Lilly estaba especialmente impaciente por ver la exposición.

—¡Apenas puedo esperar! —dijo la hermana en cuestión—. Espero que hayamos salido lo bastante pronto para no quedar atrapados en medio del tráfico, seguro que se forma un colapso tremendo.

Al dejar atrás el barrio de Bloomsbury y llegar a la intersección de Tottenham Court Road y Oxford Street, los ocupantes de los dos carruajes no tardaron en darse

cuenta de que recorrer el tramo final hasta Hyde Park y el Palacio de Cristal no iba a ser tarea fácil. Oxford Street estaba abarrotada de caballos, carruajes y decenas de miles de personas a pie, y aunque algunos de ellos querían ver la exposición, la mayoría esperaba poder ver el séquito real.

—Creo que sería mejor que nos bajáramos, y hacer el resto del trayecto a pie — comentó Jasmine.

—¡Nos ensuciaríamos los vestidos en medio del gentío! —dijo Lily, a pesar de lo ansiosa que estaba por llegar.

—Jasmine, seguro que hay agentes de policía dirigiendo el tráfico —razonó Hugo—. Además, no sé si ir andando sería más rápido o no, ¡parece que la ciudad entera tiene entradas para la exposición!

Rose le dio la razón en silencio, y deseó en parte que el tráfico les impidiera llegar al parque; sin embargo, gracias a las indicaciones de los agentes, la muchedumbre que abarrotaba Oxford Street fue avanzando de forma gradual, y finalmente, Hugo, Rose y su familia consiguieron llegar.

Al bajar de los vehículos y avanzar por el parque hacia el enorme Palacio de Cristal, Rose no pudo evitar sentirse emocionada a pesar de su preocupación.

—¡Oh! —exclamó Daisy, extasiada—. ¡Ni siquiera las imágenes del periódico le hacían justicia!, ¡es magnífico!

Rose también se sintió maravillada a ver tamaño logro de ingeniería y construcción. El edificio se alzaba por encima de los tejados de las casas, y tenía unos quinientos cincuenta metros de largo y ciento veinte de ancho. Cubría unos veinte acres de terreno del parque y tenía el techo más grande que jamás se hubiera construido, además de unos 293.655 paneles, que suponían unos doscientos setenta y cinco metros de vidrio en total; además, se habían utilizado unas tres mil toneladas de hierro fundido, trescientas treinta colosales columnas de hierro, y cuarenta y ocho kilómetros de tuberías.

El interior estaba dividido en una serie de recintos a derecha e izquierda, donde se mostraba la historia mundial del arte y de la arquitectura. En el enorme transepto central abovedado, donde iban a celebrarse varios conciertos durante la exposición, se encontraba el órgano más grande del mundo, y también había una instalación circense donde los funámbulistas y otros acróbatas realizaban sus arriesgados números. Las tres alas del edificio estaban compuestas por distintas galerías, donde había cerca de catorce mil expositores de todo el mundo. Por si se declaraba algún incendio, también había doce vehículos de bomberos, con sus respectivas brigadas, de servicio a todas horas.

Sin embargo, lo que más sorprendió y alegró a Rose fue ver que los grandes árboles del parque, en su mayoría olmos, se habían preservado y se cernían sobre las farolas de gas, las verjas de hierro forjado y los cenadores repartidos por el interior del recinto.

Se había calculado que la exposición recibiría entre cuarenta y sesenta mil visitantes, y veinticinco mil personas habían pagado las cuatro libras que valía una

entrada para poder sentarse en el transepto central y presenciar cómo la reina inauguraba la exposición.

Al llegar allí, Hugo, Rose y su familia vieron que se había construido un estrado para la ceremonia. En agradecimiento por haber sacado a la luz los planes de asesinato de sir James, les habían asignado asientos especiales relativamente cerca de él, así que pudieron contemplar el desarrollo de la ceremonia sin perderse detalle.

El primero en dirigirse a la multitud fue el príncipe Alberto, que le entregó a su esposa, la reina Victoria, un ejemplar del catálogo ilustrado de los objetos expuestos. Después, la reina y el príncipe empezaron a recorrer el recinto entero acompañados de su séquito, para contemplar la extensa variedad de expositores, tras lo cual la reina debía volver al estrado para inaugurar de manera oficial la exposición.

Mientras los espectadores esperaban sentados en el transepto central a que volviera su soberana, Rose sintió que se le helaba la sangre en las venas al ver al señor Blott.

—¡Dios mío! ¡Hugo, es el señor Blott! —exclamó, mientras le agarraba el brazo frenética.

—¿Dónde?

—¡Allí de pie! ¡Junto al estrado, disfrazado de policía! ¡Está loco, seguro que pretende dispararle a la reina!

—¡No si yo puedo evitarlo! —Hugo se levantó, con el rostro tenso por el miedo—. ¡Coronel, aquel policía de allí es el señor Blott! ¡Va a intentar asesinar a la reina!

—¡Cielo Santo!

El coronel Windermere se levantó de golpe, y tanto Hugo como él recorrieron el transepto con la mirada, plenamente conscientes de los obstáculos que se interponían en su camino. Los asientos se habían colocado muy juntos para que pudiera caber todo el mundo, así que había muy poco espacio de maniobra. Gritar para intentar alertar a alguno de los agentes que vigilaban la zona no serviría de nada, porque los miles de espectadores generaban una cacofonía de sonidos que resonaba en el techo abovedado.

—¡Coronel, usted vaya por ese lado, yo iré por éste otro!

Murmurando disculpas, Hugo y el coronel empezaron a avanzar por las hileras de asientos, aterrados ante la posibilidad de que fuera demasiado tarde. La reina Victoria se estaba acercando ya al estrado escoltada por su esposo, y una vez allí tomaría la palabra y se convertiría en un blanco fácil. Hugo se dio cuenta de que el disfraz que el señor Blott había elegido resultaba idóneo para sus terribles planes, porque a nadie se le había ocurrido siquiera cuestionarse la presencia de aquel policía que permanecía cerca del estrado, sonriendo amablemente a unos espectadores y fingiendo estar asegurándose de que no bloqueaban el camino de la reina.

Aunque los asientos que les habían asignado estaban relativamente cerca del estrado, Hugo se dio cuenta de que ni el coronel ni él iban a poder llegar hasta el señor Blott a tiempo de impedir que disparara.

— ¡Señor Blott! — gritó desesperadamente, mientras se metía la mano en el bolsillo en busca de la pistola que había llevado por si acaso — . ¡Señor Blott!

Los espectadores se habían ido acallando al ver que la reina regresaba, por lo que el señor Blott pudo oír su nombre a pesar del ruido aún existente. Se volvió hacia Hugo de forma instintiva, y sin pensárselo dos veces, sacó el arma que llevaba escondida debajo de la chaqueta y le disparó.

El ruido del disparo reverberó por todo el recinto, y varios gritos aterrorizados rasgaron el aire. Cuando los espectadores sentados en la parte delantera se dieron cuenta de lo que estaba pasando, empezó a cundir el pánico en las primeras filas. Eso hizo que las personas sentadas en los asientos posteriores se asustaran aún más, ya que sólo habían oído el fuerte eco del disparo y creyeron que las vigas de metal que sostenían el edificio habían empezado a ceder, como muchos habían temido.

Horrorizada, Rose vio cómo empezaba una estampida. No sólo la aterraba que alguien de su familia pudiera ser aplastado por la multitud, sino también la posibilidad de que alguno de los policías que corrían hacia el estrado confundiera a Hugo con el asesino y le disparara.

— ¡Señor Blott! — volvió a gritar Hugo. Tras pasar por encima de unos asientos vacíos, se fue abriendo paso entre la multitud mientras corría hacia el estrado—. ¡señor Blott!

Se oyeron más disparos, pero Rose no sabía si habían sido obra de Hugo o del señor Blott. Mientras luchaba por acercarse al estrado en medio de la confusión y de los empujones, estrujada entre la multitud confusa y asustada, pudo entrever al príncipe Alberto escudando a la reina, y le pareció oír a su familia llamándola. Sin embargo, su mente sólo podía centrarse en Hugo, en la necesidad de saber que él estaba a salvo.

De repente, sin previo aviso, una mano fuerte e inflexible la agarró dolorosamente del brazo, y empezó a arrastrarla a través de la masa humana de espectadores. Rose consiguió ver a su captor por un segundo, y se dio cuenta de que era sir James.

— ¡Suélteme!, ¡suélteme! — gritó, furiosa y desesperada. Empezó a forcejear con todas sus fuerzas, intentando liberarse.

En vez de soltarla, sir James la abofeteó salvajemente y la dejó aturdida, a punto de perder el conocimiento. Sin andarse con miramientos, él se la echó al hombro y siguió abriéndose paso a empujones entre la multitud.

— ¡Socorro! ¡Socorro! — gritó Rose... o al menos, eso intentó. De hecho, su voz sonó tan débil y trémula que nadie pudo oírla.

Al darse cuenta de que tendría que liberarse por sus propios medios, empezó a golpear a sir James con los puños y a darle patadas, con la esperanza de que alguien se diera cuenta de que le pasaba algo y acudiera en su ayuda. Sin embargo, los que la vieron pensaron simplemente que se había puesto histérica debido al caos que se había generado, y que su acompañante se la estaba llevando a casa, así que nadie se ofreció a ayudarla; además, la principal prioridad de todo el mundo era ponerse a salvo, así que nadie le dedicó nada más que una atención pasajera.

Poco después, sir James la sacó del Palacio de Cristal y la metió en un carruaje sin distintivo alguno que estaba esperando cerca de allí. Tras sentarla bruscamente en el asiento frente a él, golpeó en el pescante y el vehículo se puso en marcha de inmediato. Rose había estado intentando incorporarse, pero el súbito movimiento hizo que volviera a dar contra el respaldo del asiento; antes de que pudiera recobrar el equilibrio, sir James presionó contra su cara un pañuelo que olía a algo dulzón.

Mientras sentía que la oscuridad la engullía, el único pensamiento de Rose fue que ni siquiera sabía si Hugo estaba vivo o muerto.

## Capítulo 28

Drayton Hall

Ya en el salón entró la novia, como rosa encarnada.

*Poema del viejo marinero (1798)*

Samuel Taylor Coleridge

Drayton Hall. Dartmoor, Inglaterra, 1851

Cuando Rose emergió por fin de las profundidades de su subconsciente, se dio cuenta de que el interior del carruaje estaba bañado por la luz del atardecer, así que hacía mucho que habían salido de Londres. Le dolía la cabeza a causa del cloroformo con el que sir James la había drogado, y se sentía tan indefensa como un gatito recién nacido, como si le hubieran arrebatado todas sus fuerzas. No tenía hambre, a pesar de que no había comido nada desde el desayuno, y sentía una terrible sensación de náusea que se veía incrementada por el traqueteo del vehículo. Soltó un suave suspiro, y se llevó una mano a la sien mientras intentaba incorporarse.

—Será mejor que se quede donde está, mi querida señorita Windermere —le dijo sir James—. Aún nos queda un largo camino que recorrer y no va a poder escapar, se lo aseguro.

—Está... está loco —susurró ella—. ¿Cómo puede creer que va a salirse con la suya?

—Ya lo he hecho.

—Hugo vendrá a por mí.

—Si aún sigue con vida, claro. Creo que el señor Blott lo mató, porque estoy convencido de que lo vi caer.

—¡No! ¡No es verdad, me está mintiendo! —protestó Rose, desesperada.

—¿Eso cree? Bueno, piense usted lo que quiera. Le aseguro que me trae sin cuidado.

—¿Por qué me ha secuestrado?, ¿de qué le sirvo ya? Seguramente, debe de saber por los periódicos que su cómplice, la señora Blott, lo confesó todo sobre el plan para asesinar a la reina, que el señor Ploughell, el señor Delwyn y la señora Ambrose están bajo custodia, y que la señora Squasher murió cuando intentó secuestrarme.

—Sí, por desgracia, lo que dice es cierto. Sabía que no tendría que haber confiado en la señora Blott, no creo que haya existido jamás una mujer más estúpida y mentecata. Aunque no le ha servido de nada retractarse de lo que dijo en un principio, ¿verdad? Van a colgarla junto a los demás. Pero decidí dejar que se implicara en el plan, porque de todas maneras le habría sacado la información a su marido. Era a él a quien yo necesitaba, porque se trata de un hombre de muchos y

variados recursos, aunque tiene una confianza inquebrantable y desgraciadamente equivocada en su propia omnipotencia. ¡Qué arrogancia! Aun así, sabía que me sería muy útil, porque haría lo que fuera para sacar adelante el plan, completamente convencido de que nunca conseguirían atraparlo. Me resultaba muy divertido observar cómo su esposa, la señora Squasher y él competían entre ellos, ya que cada uno se creía más listo que el resto de todos nosotros.

—Lo cierto es que ninguno de ustedes tenía ni la más mínima inteligencia —dijo Rose con frialdad—. Están locos, hinchados como odiosos sapos con su orgullo y su arrogancia, y carecen de toda emoción humana que denote cordura o piedad. Para conseguir sus viles objetivos, no dudaron en secuestrarme, en torturar y asesinar al pobre Eastlake, el mayordomo, y estaban dispuestos a asesinar también a la reina. ¡Son todos despreciables!

—Ésa es sólo su opinión, querida. De hecho, es usted tan patéticamente idealista como todos los de su clase. En la historia del mundo, los cambios de verdad se han conseguido casi siempre gracias a la violencia. ¡Un asesinato puede alterar el curso de la historia! Si nuestro plan hubiera tenido éxito, con el tiempo nos habrían considerado unos héroes, porque la reina Victoria y el príncipe Alberto están llevando a Inglaterra por un camino muy peligroso, por culpa de sus reformas sociales. ¡De seguir así, pronto el más insignificante deshollinador se creará el igual de un lord!

—Entonces, Hugo tenía razón. Los objetivos que usted perseguía eran muy diferentes de los de sus cómplices. ¿Saben ellos que los utilizó y que les mintió?

Sir James esbozó una sonrisa cargada de desdén.

—Como usted misma ha comentado antes, señorita Windermere, no son excesivamente brillantes. Aun así, hay que contentarse con los colaboradores que uno tiene a mano, y como ya le he dicho, estaba convencido de que el señor Blott me resultaría muy útil, a pesar de lo impredecible y volátil que puede llegar a ser.

—Me parece increíble que lograra convencerlo de que siguiera adelante con el plan, después de que el resto de sus compinches fueran arrestados.

—Para serle franco, no he tenido nada que ver con eso. No había sabido nada del señor Blott desde el día en que él y los demás intentaron secuestrarla de forma tan desastrosa. Pero tengo la habilidad de poder juzgar con astucia la naturaleza humana, y si hay algo que el señor Blott no puede soportar es que alguien le gane la partida; de hecho, está tan obsesionado con ello, que incluso hace trampas a las cartas. No es un caballero, sino un sinvergüenza andrajoso que consiguió salir de la podredumbre de Southwark, emulando el habla y los modales de la gente de alcurnia. Aunque en ocasiones revela sin querer su verdadero origen con alguna palabra o algún gesto incorrecto... igual que la señora Blott, que a pesar de sus grandiosas pretensiones, procedía de una familia relativamente humilde. Su padre era un simple tutor, y adquirió el dinero que le dejó a su hija robando a la familia para la que trabajaba. Consiguió escapar... la policía tiene una incompetencia pasmosa, me temo... y nunca lo atraparon. Pero al final su robo le sirvió de poco, porque murió en un manicomio.

Rose había sabido que los compinches de sir James eran gente sin escrúpulos, pero se sintió impactada y asqueada por todas aquellas revelaciones contadas con tanta naturalidad, y no pudo evitar estremecerse. Ya había conseguido sentarse, así que pudo mirar por la ventanilla del vehículo, y se le cayó el alma a los pies al ver el paisaje cada vez más aislado, sobre el cual la luz del atardecer empezaba a dar paso a la oscuridad.

—¿Adónde me lleva?, ¿por qué? —le preguntó—. Aún no me lo ha dicho, y creo que tengo derecho a saberlo, dadas las circunstancias.

—Al contrario, señorita Windermere. Dadas las circunstancias, no tiene ningún derecho y es mi prisionera, así que puedo hacer con usted lo que quiera.

El tono suave de su voz hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Rose. Entonces él se encogió de hombros en un gesto despreocupado, y añadió:

—Sin embargo, le diré que vamos camino a Dartmoor... en concreto a mi mansión, Drayton Hall, donde tengo sirvientes que me son leales, al contrario que aquel insensato mayordomo. Usted y yo nos casaremos allí de inmediato, gracias a una licencia especial que he obtenido, y entonces nos iremos al continente y permaneceremos allí hasta que me asegure de que Hugo ha muerto; afortunadamente, me aseguré de transferir allí gran parte de mi dinero. Entonces, cuando las aguas vuelvan a su cauce, volveremos y yo podré retomar el lugar que me pertenece en la sociedad, como conde de Thornleigh. Mi título y mi fortuna servirán para convencer a las autoridades de que era Hugo quien estaba implicado en la trama para asesinar a la reina, y no yo, y que la señora Blott no lo traicionó porque seguía manteniendo la esperanza de que podría llevar a cabo el plan. En cuanto a usted, querida mía, me temo que, después de que su familia y usted en particular sean castigados como merecen por interferir en mis planes, iré enloqueciendo paulatinamente y acabaré muriendo en un manicomio, igual que el padre de la señora Blott.

—¡No va a salirse con la suya! —dijo Rose firmemente, con un valor que ni ella sabía que tenía.

Sin embargo, estaba temblando de miedo para sus adentros ante la posibilidad de que Hugo estuviera muerto, y al pensar que quizás sir James podría salirse con la suya. Estaba claro que aquel hombre era mucho más listo de lo que ella había creído en un principio.

Cuando el carruaje salió de la carretera principal que se extendía por los páramos aislados y enfiló por un camino largo y serpenteante, Rose vislumbró Drayton Hall y sintió que se hundía en una desesperación asfixiante, que nunca conseguiría escapar de aquel lugar.

Había empezado a caer una fina llovizna con la llegada de la noche, y las ventanas del carruaje no sólo estaban empañadas por la lluvia, sino también por la niebla que avanzaba desde el mar distante y cubría la tierra como un manto fantasmal. Sin embargo, bajo la luz de la luna llena y el tenue resplandor de los farolillos que había a ambos lados del vehículo, Rose consiguió ver la mansión y se quedó sin aliento.

Quizás le habría encantado aquel lugar si hubiera llegado allí a plena luz del día y del brazo de Hugo, siendo su esposa, pero en ese momento sólo pudo pensar en que parecía tan amenazador e implacable como el paisaje que lo rodeaba. Tenía tres pisos... cuatro, si se contaba el ático... y estaba construido enteramente con granito oscuro, sólido y severo. Al frente, se erigían dos torres con las fachadas de las dos alas de la mansión a ambos lados, y las estrechas ventanas con paneles parecían mirarla como ojos tras una máscara en medio de la niebla y de la lluvia. Los miradores estaban cubiertos de una hiedra que, bajo la tenue luz, parecía una espaciosa de zarza fantasmagórica y distorsionada salida de alguna pesadilla.

Tras pasar por las puertas de hierro forjado, el carruaje avanzó con paso atronador hasta detenerse por fin frente a la enorme puerta principal de roble. El cochero descendió del vehículo para abrir la portezuela y bajar la escalerilla, y sir James obligó a bajar a Rose y la agarró con fuerza para evitar que se cayera, al ver que le flaqueaban las piernas.

En algún rincón oscuro de su mente, ella se dio cuenta de que los cuatro caballos de tiro estaban húmedos por la llovizna y por el sudor de su esfuerzo, y que ella también estaba mojándose bajo la lluvia y sudorosa, como si también la hubieran obligado con una fusta a correr a toda velocidad; sin embargo, Rose no pudo detenerse a divagar, porque en aquel momento la puerta se abrió de par en par en medio del chirrido de las bisagras oxidadas.

Sir James entró en el gran vestíbulo, con ella prácticamente a rastras, y cuando el mayordomo le dio la bienvenida a su señor, Rose se dio cuenta de que no recibiría ninguna ayuda de él, y que tenía ante sí un futuro terrible si no conseguía encontrar la forma de escapar de allí.

Las habitaciones que sir James y ella fueron dejando rápidamente atrás no causaron más que difusas impresiones en ella, aunque le pareció que la mayor parte estaban cerradas y muy dejadas. Los muebles estaban cubiertos por sábanas que habían amarilleado bajo el peso de los años y de la mugre, cada rincón, esquina y recoveco estaba cubierto de intrincadas telarañas, y el polvo que se iba levantando a su paso formaba una fina capa sobre las alfombras y los suelos de madera.

Al final, llegaron a un pequeño cuarto en el ático, y tras abrir la puerta, sir James la hizo entrar de un empujón y se fue sin más, sin olvidarse de cerrar antes con llave. Rose pasó varios minutos aporreando la puerta y gritando pidiendo auxilio, pero o nadie pudo oírlo en la inmensa mansión, o se limitaron a ignorarla. Finalmente, tragó con dificultad y se obligó a recuperar la sensatez, al darse cuenta de que lo que estaba haciendo era inútil y que lo único que estaba consiguiendo era agotarse.

Gracias a la tenue luz de la luna que se filtraba por la ventana, vio sobre una pequeña mesa una vela, junto con todo lo necesario para encenderla. Se apresuró a ir hacia ella, y cuando la suave luz de la llama iluminó el cuarto, se dio cuenta de que estaba prisionera en lo que supuso que era uno de los dormitorios de los sirvientes, porque había un camastro, un pequeño tocador y un orinal. Fue hasta la ventana, pero comprobó desalentada que la herrumbre la había dejado completamente atascada; sin embargo, parecía su única vía de escape, así que al ver un peine sobre el tocador, lo agarró y empezó a intentar abrirla.

Se le había ocurrido la descabellada idea de bajar hasta las tejas que había debajo de la ventana y así poder escapar, aunque apartó de su mente la certeza de que lo más probable era que resbalara y que muriera al caer al suelo.

Prefería morir a estar en las garras de sir James.

## Capítulo 29

El rescate

Libra mi alma de la malignidad de estos hombres, libra de estos leones al alma mía.

*Libro de los Salmos, capítulo 35, versículo 17*

La Biblia.

Hyde Park, Londres y Drayton, Dartmoor.

Inglaterra, 1851

En el Palacio de Cristal, Rose había olvidado debido al pánico que los policías sólo llevaban porras y no estaban armados con pistolas, así que cuando el señor Blott había sacado la suya, los agentes se habían dado cuenta de inmediato de que no era uno de los suyos. Eso, sumado a las instrucciones que el príncipe Alberto empezó a gritar mientras escudaba a su esposa, hizo que supieran que el señor Blott era el asesino, y no Hugo.

Hugo se lanzó al suelo y se parapetó tras unas sillas vacías, apuntó con cuidado y, cuando estuvo seguro de que no iba a herir accidentalmente a nadie, disparó a su blanco justo entre los ojos. Cuando la bala letal penetró en su frente, el señor Blott se quedó inmóvil durante lo que les pareció una eternidad tanto a Hugo como a él, y en su rostro moreno e hinchado apareció una expresión de incredulidad, como si no pudiera creer que su muerte fuera inminente. Había creído que era invencible, que viviría para siempre, y darse cuenta en aquel momento de que era mortal y que la muerte estaba a un latido de distancia lo impactó aún más que la bala.

Entonces, como a cámara lenta, el señor Blott se desplomó, y sus ojos siguieron llenos de asombro mientras miraban ciegos hacia la bóveda de cristal que se elevaba sobre él.

—Lord Thornleigh, tenemos una gran deuda de gratitud con usted —dijo la reina Victoria, al ver que el hombre que había ido a asesinarla estaba muerto.

A aquellas alturas, los agentes de policía, los bomberos y otras autoridades empezaban a instaurar de nuevo la calma, y la multitud empezó a darse cuenta de que las vigas de metal que aguantaban el Palacio de Cristal no se estaban desmoronando, sino que la reina había sufrido un intento de asesinato. El príncipe Alberto dio instrucciones para que retiraran el cuerpo del señor Blott, y con su inestimable valor, la reina anunció a todos los presentes que la ceremonia inaugural continuaría si se calmaban y retomaban sus asientos. Mucha gente había escapado aterrorizada del edificio, pero la gran mayoría aún no había podido hacerlo, así que todo el mundo se apresuró a obedecer a su soberana.

Entonces la reina Victoria siguió con la ceremonia, como si no hubiera habido ninguna interrupción.

Sin embargo, con el permiso de la reina y del príncipe, Hugo no se quedó a ver el resto de la ceremonia, porque el coronel Windermere le informó desesperado de que sir James había secuestrado a Rose, aprovechando el caos que se había generado por el intento de asesinato.

— ¡Estoy tan avergonzado! — exclamó el coronel, casi llorando, mientras se retorció las manos — Vi lo que sucedía, pero no pude evitarlo. Le... ¡le dio una bofetada, Hugo! Entonces se la echó al hombro y se la llevó... ¡oh, mi pobre niña!

Hugo apretó con fuerza la mandíbula, y dijo con firmeza:

— Coronel, no pierda la esperanza. Creo que se la ha llevado a Drayton Hall, donde tiene aliados; además, desde allí puede hacer que un barco lo lleve hasta el continente. Pero no nos lleva demasiada ventaja, ¡lo atraparemos si nos damos prisa!

Tras encargarle al marqués de Highmoor, que también estaba allí, que se encargara de la señora Windermere y del resto de sus hijas, Hugo y el coronel se fueron de inmediato. Mientras salían a toda prisa del Palacio de Cristal, se encontraron al agente Dreiling, que estaba allí de servicio, y el hombre se ofreció de inmediato a ir con ellos cuando le contaron lo que sucedía. Mucha de la gente que había abarrotado las calles circundantes ya había regresado a su casa, consolándose con la idea de que en los días siguientes la exposición podría visitarse por sólo los cinco chelines que costaba la entrada, así que con el camino más despejado, Hugo, el coronel y el agente Dreiling pudieron ir más rápido de lo que debía de haber ido sir James según sus estimaciones, lo que avivó sus esperanzas de poder recuperar el tiempo perdido.

Fueron preguntando por él en todos los sitios donde se detuvieron a cambiar de caballos, y cada vez que les aseguraban que había pasado por un punto en concreto, se sentían profundamente aliviados, ya que así confirmaban que iban en la dirección correcta. También se aseguraron de pedir que les indicaran cómo llegar hasta Drayton Hall, para no arriesgarse a que el cochero se perdiera en medio de la oscuridad que empezaba a cubrir los páramos y retrasara su avance.

Cuando divisaron por fin la mansión ancestral de Hugo, ya hacía mucho que había anochecido; la lluvia caía con fuerza sobre el carruaje, y una fina e inquietante niebla cubría la zona. En cualquier otro momento, Hugo habría querido detener el carruaje para poder contemplar todo lo que le rodeaba, pero el miedo que sentía por Rose superaba a cualquier otra emoción, así que le ordenó al cochero que acelerara el paso; sin embargo, al llegar a las pesadas puertas de hierro forjado las encontraron firmemente cerradas.

— Coronel, debe ir con el agente Dreiling a buscar a las autoridades más cercanas — dijo en voz baja, para que el viento no pudiera llevar sus palabras por los páramos—. Es posible que necesitemos ayuda. Yo iré solo y a pie, e intentaré localizar a Rose. Vuelvan tan rápido como puedan... ¡y tiren abajo esas malditas puertas, si es necesario!

Con los planes trazados, Hugo desapareció en la oscuridad. Después de escalar con cierta dificultad las puertas y de evitar los peligrosos pinchos que tenían en la parte superior, se dejó caer al otro lado.

En silencio, de forma furtiva, avanzó por el borde del camino, con mucho cuidado de no hacer ningún ruido. De repente, se paró en seco y por un momento interminable le pareció regresar a su infancia, y a la noche del incendio de la *haveli* de sus padres. Rose estaba en una de las ventanas que se alineaban a lo largo del tejado, y como le había pasado en la lejana Delhi tantos años atrás, se le encogió el corazón; sin embargo, nunca había estado tan aterrorizado por ella como en ese instante. De alguna forma, se las había ingeniado para abrir la ventana, y bajo su mirada aterrada, empezó a salir hacia las resbaladizas tejas que había debajo.

— ¡Oh, Dios mío! — exclamó Hugo.

De repente, Rose resbaló y empezó a caer, pero consiguió aferrarse al alféizar justo a tiempo. Hugo contuvo el aliento, horrorizado, sin saber qué hacer. Por un lado, no quería sobresaltarla y hacer que se soltara, pero tampoco deseaba que siguiera con su desesperado intento de escapar.

— ¡Rose! ¡Rose! — la llamó con suavidad —, ¿me oyes?

— ¿Hu... Hugo?

— ¡No! ¡Por el amor de Dios, no mires hacia abajo! ¿Puedes volver a entrar?

— Creo... creo que sí.

Al darse cuenta de que Hugo no sólo estaba vivo, sino que además había ido a buscarla y estaba en Drayton Hall, Rose sintió que el corazón le daba un brinco de alegría en el pecho, aunque seguía llena de miedo por el aprieto en el que se encontraba. Se había quitado la crinolina e incluso había arrancado parte del vestido para poder moverse sin engorros por el tejado, pero aun así, la falda se le enredaba entre las piernas y por un terrible momento pensó que no iba a poder volver a entrar en su pequeña celda. Fue subiendo poco a poco, centímetro a centímetro, hasta que se quedó apoyada en el alféizar con medio cuerpo dentro y medio fuera, intentando recuperar la respiración. Con un último esfuerzo decidido, dio un impulso final y cayó de cabeza en el suelo de la habitación.

En cuanto estuvo seguro de que ella estaba a salvo, Hugo se apresuró a ir hacia la mansión; vio a sir James a través de unas puertas acristaladas, y sin pensárselo dos veces, las abrió brutalmente de una patada, con lo que fragmentos de madera y cristal parecieron estallar en la habitación.

Sir James se levantó de golpe, sobresaltado, y empezó a rebuscar febrilmente en los cajones de la mesa de su estudio; sacó una pistola y disparó a Hugo, pero éste se tiró al suelo y rodó por la alfombra para impedir que le diera, y disparó a su vez con su arma.

— ¡Se ha acabado, James! ¡Ríndete! — — exclamó, parapetado tras un sofá—. ¡El coronel está fuera con las autoridades, tirando abajo las puertas! ¡Van a arrestarte, junto a todo el que te ayude!

Sin embargo, en vez de dispararle de nuevo, sir James soltó un furioso juramento y salió corriendo por las puertas destrozadas hacia los establos. Hugo masculló una maldición y echó a correr tras él, pero se apresuró a resguardarse detrás de uno de los viejos árboles nudosos que salpicaban el terreno cuando sir James se volvió y le disparó dos tiros, antes de retomar su huida.

Aun así, Hugo tenía las de ganar. Aún no tenía treinta años, mientras que sir James tenía más de cincuenta y además estaba mucho más gordo y falto de forma debido a la vida disoluta que había llevado. El hombre empezó a resollar con fuerza mientras corría con dificultad hacia los establos, con piernas que parecían pesarle como el plomo, y finalmente Hugo consiguió acercarse lo suficiente para lanzarse contra él y derribarlo violentamente.

Desde la ventana del ático, Rose contempló aterrada la lucha salvaje entre los dos hombres, y se le heló la sangre en las venas cuando se oyó otro disparo. Uno de los combatientes cayó de espaldas al suelo, y su camisa blanca de lino empezó a cubrirse con una horrible mancha de sangre que fue extendiéndose por su pecho.

## Epílogo

### Un vínculo imperecedero

Felices, felices tres veces y más son aquéllos a quienes une un vínculo inquebrantable, y cuyo amor no conocerá en toda su vida peleas que puedan distanciarlos.

*Sátiras (35 a. J. C.)*

Horacio (Quintus Horatius Flaccus).

### La luna de miel

Tres círculos trazad en torno suyo, y los ojos cerrad con miedo sacro, pues se nutrió con néctar de las flores y la leche probó del Paraíso.

*Kubla Khan (1798)*

Samuel Taylor Coleridge.

### Chandni Chowk. Delhi, la India, 1851

La *haveli* que había ardido aquella fatídica noche había sido reconstruida en algún momento de los años posteriores, y se había levantado de sus cenizas como un ave fénix... igual que él, pensó Hugo, mientras contemplaba aquel lugar donde su vida había cambiado su rumbo de forma tan drástica.

Rose permanecía a su lado en silencio, con el brazo entrelazado con el suyo en un gesto cargado de amor, esperando pacientemente a que él asimilara todo lo que había cambiado desde que ellos habían vivido allí de niños. A pesar de que había mucho que aún les resultaba familiar, el tiempo no había permanecido parado en su ausencia, y los cambios habían sido inevitables.

—Pensé... pensé que aquí encontraría algunos fantasmas —dijo Hugo al fin, con voz suave—. Pero hace mucho que mis padres se fueron... ahora lo sé, finalmente y para siempre. Aun así, creo que les alegraría ver que se construyó una nueva *haveli* en el mismo lugar donde estaba la suya.

—Hugo, ¿quieres que entremos a ver la casa? —le preguntó Rose—. Estoy segura de que al dueño, quienquiera que sea, no le importará dejarnos entrar cuando le cuentes tu historia.

—No —dijo él. La miró con una tierna sonrisa, y añadió—: Lo que hubo aquí, para mí, está en el pasado. Tú eres mi futuro, Rose... tú, y todos los hijos que creemos juntos. ¿Sabes que te estás sonrojando?, ¿acaso he dicho algo incorrecto? Mmm... creo que no, porque sólo he dicho la verdad, y al fin y al cabo, eres mi esposa, mi mujer.

—Sí, lo soy, pero... ¿qué pasa si Mayur Singh te oye? —Rose miró de soslayo al criado, que los esperaba a una respetuosa distancia.

—Pues que se sentirá encantado, porque la moneda gupta que cortó en dos para nosotros hace tantos años está entera de nuevo... igual que mi corazón. Te amo, Rose. Siempre te he amado.

—Y yo siempre te he amado a ti. ¡Oh, Hugo, cuánto me alegro de que sugirieras que viniéramos a Delhi en nuestra luna de miel! A lo mejor era algo cobarde de mi parte, pero... no quería estar en Londres cuando se llevaran a cabo las ejecuciones — Rose se mordió ligeramente el labio inferior, porque a pesar de todo, no sentía ninguna satisfacción por el hecho de que la señora Blott, el señor Ploughell, el señor Delwyn y la señora Ambrose hubieran sido condenados a la horca.

Ya lo sé le dijo Hugo, con ternura y comprensión—. Cuando volvamos a Inglaterra, todo habrá acabado y pertenecerá al pasado. ¿Crees que puedes considerar Drayton Hall tu hogar, a pesar de todo lo sucedido?

—Sí... sí, lo creo. De momento es un lugar triste, pero igual que ha pasado con la *haveli*, algo hermoso puede renacer de sus escombros. Es tu patrimonio, Hugo, y el de nuestros futuros hijos. No podemos abandonarlo, debemos devolverle toda su antigua gloria.

—Rose, muchas gracias —Hugo tuvo que detenerse por unos segundos, ya que su corazón rebotaba con el profundo e inquebrantable amor que sentía por ella—. Bueno, ¿quieres que compremos un poco de *sohanhalwa*?

—¡Por supuesto! —exclamó Rose, entusiasmada. Cuando ella lo miró con una sonrisa radiante, Hugo vislumbró por un instante a la niña que había sido. Entonces se volvió hacia Mayur Singh y le dijo: —¡Vamos, *Mahout*! Vamos a Ghanewala, en busca de un poco de *sohanhalwa*... ¡y es posible que necesitemos tu ayuda si aparece algún elefante!

—Estoy listo, *sahib*.

El viejo sirviente sonrió de oreja a oreja al atrapar con destreza la antigua moneda gupta que Hugo le lanzó. Cuando su palma se cerró sobre ella y sintió la suavidad y la calidez de su recientemente recuperada unidad, Mayur Singh ni siquiera tuvo que mirarla para saber de qué se trataba, y se la metió con cuidado en el bolsillo.

Los dioses daban y los dioses arrebataban, pero el amor verdadero no estaba predestinado, tal y como él había creído en el pasado. Simplemente, estaba forjado con un vínculo tan fuerte e imperecedero, que ni siquiera los mismísimos dioses podían romperlo.

*Fin*